MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 16

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA V
(Ensayos III y Obra dispersa)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1992

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1991
ISBN 980-231-082-4 - Obras Completas
ISBN 980-231-134-0 - Vol 16

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 16

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA V
(Ensayos III y Obra dispersa)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1992

COMISION EDITORA

Pedro París Montesinos
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Defensa de la Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Jefe de la Oficina de Investigaciones
Históricas y de Publicaciones

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Catalina Gago G.

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 16 XI

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 16
OBRA LITERARIA V
(Ensayos II y Obra dispersa)

TEXTOS LIRICOS 3
Naufragio de amor 5
Poemas en prosa 7
Palabras sin eco 7
Las lágrimas 7
Lo ignoto 8
Entonces 9
Prosa inédita 11
Ojos 13
Poemas en Prosa 15
Marco de tinieblas 15
La mancha 15
La mirada 16
Despropósitos para agradecer a los Alamos 17
Canción de los niños en la tarde 27
Canción de los ojos tuyos 29
Canción sin esperanza 31
Canción del amor perdido 33
Canción del amor que pasa 35
Romancillo de la canción vendida 37

Pág.

Romancillo de la vida breve 39
Claridad 41
[Dos textos en lengua Timoto-Cuica] 43
Manós be kiu nisbó Chilin Jahn / Alabanza para la bella Chilin Jahn 43
Kiu kak-neun finá wotsuí / La joven india llora en la tarde 45

PROSAS DE LLANTO 47
Dos responsos a Emmet Till 49
Llanto en la muerte de un muchacho negro 49
Segundo responso a Emmet Till 53
Responso al niño de Hiroshima 57
Responso con luces para Don Gnocchi 61
Palabras para aliviar a Víctor Riesel 67
Responso al juez desesperado 73
Responso al General José Moscardó 79
Responso al elector de voluntad de hierro 85
Responso a cuatro víctimas del odio en Chipre 91
Responso a las víctimas de la tragedia argentina 97
Responso a los estudiantes del avión incendiado 107
Responso a Giovanni Papini 113
Palabras para consolar a un cobarde 121
Responso a Joseph Hajek 127
Responso a las víctimas de Cali 131
Responso al periodista Jean Roy 137

OTROS TEXTOS 141
Dios 143
Nihil 145
Almas muertas 146
El hombre nuevo 150
Meditación sobre la muerte 157
Apólogo de los herederos traicionados 159
Apólogo de los pastores infieles 165

CRITICA LITERARIA 171
Prólogo a **Alma en flor** de J. A. Llavaneras Carrillo 173

Pág.

Palabras iniciales 181
"O mal da vida" 183
Los libros nuevos: **En el cerezal** 187
La "Balada de la estancia vacía". Anotaciones críticas 189
A propósito de Vanguardismo 197
Una historia literaria de América 203
El ocaso de una literatura 207
Al margen de una crítica 213
Lección inaugural de la Cátedra de Literaturas Antiguas 217
La **Literatura argentina** del señor Ayala 225
Eloy Guillermo González 229
Elogio de Lisandro Alvarado 235
Un escritor trujillano [Domingo Briceño y Briceño] 237
La muerte de Pedro Emilio Coll 241
Palabras para alabar a Luis Correa 247
Palabras extraviadas para un poemario de Pedro Sotillo 257
Pequeña historia de la literatura brasileña por Ronald de Carvalho 261
A manera de prólogo 263
Enrique Bernardo Núñez 267
Homenaje al Dr. Santos Aníbal Domínici 273
Caracas y Andrés Bello 279
La ausencia de Bello 285
La amistad de Enrique Planchart 289
Jacinto Fombona Pachano 295
Este oficio de escritor 297
Bello, maestro de escritores 301
Evocación de Eduardo Carreño 307
Domingo Martínez no regresará a Caracas 313
El genio de Víctor Hugo 317
En memoria de Andrés Eloy Blanco 323
Creación y biografía 331
Exaltación de Andrés Eloy Blanco 335

REFLEXIONES SOBRE EL LENGUAJE 341
A propósito de la obra del Padre Olea 343
Ensayo gramatical del dialecto de los indios guaraúnos de Bonifacio Mª de Olea 345

Pág.

La fiesta del idioma 347
Crispín Ayala Duarte 353
Juan Vicente González y el Padre Iradi 359
Santos Aníbal Domínici 367
Gramática social 371
La "mula" litúrgica 375
Hacia una sociedad sin ortografía 379
El español de América 383

Historial bibliográfico del volumen 16 387

Indices de volumen 16
Indice onomástico y toponímico 399
Indice de materias 417

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 16

Este volumen abarca materiales de carácter literario y algunos estudios sobre aspectos del lenguaje, escritos por Briceño Iragorry entre 1911 y 1958. Concluye así, la serie de cinco tomos dedicados a recoger la obra literaria édita, e inicia lo que ha de continuarse en cuatro más donde ha de aparecer un sustancial número de trabajos que hasta ahora se hallaban diseminados en la prensa de la provincia venezolana, de Caracas y de otros países –España, Colombia, Chile, Panamá, Perú, Ecuador y Costa Rica– en donde sistemáticamente se publicaron los artículos de Don Mario; su "modus vivendi" en los años del exilio europeo.

Está integrado por un buen número de trabajos no publicados, cuyos originales, mecanografiados o manuscritos (éstos ameritaron de una cuidadosa transcripción a pesar de la hermosa caligrafía de MBI) fueron encontrados en el archivo del autor; y por materiales dispersos –poemas, ensayos, prólogos, reseñas y discursos–, algunos de los cuales, por la fecha de aparición, debieron incluirse en el volumen 13 **Primeras Páginas,** pero por haber sido localizados con posterioridad a su compilación aparecen en el presente volumen.

Los materiales se clasificaron en cinco secciones. La primera de ellas, **Textos Líricos,** comprende poemas en prosa y verso, inéditos en su mayoría. Estos últimos, en verso, fueron escritos todos en Costa Rica, entre 1939 y 1940 y de ellos sólo se llegó a publicar el titulado "Claridad", tal vez en alguna revista de ese país; algunos están firmados con el seudónimo "Lope de Encina". Vale la pena destacar por su valor poético y lo novedoso del tema, el titulado "Canción a los ojos tuyos", hermoso poema de tema amoroso, notable por la recatada carga de erotismo que contiene; así como también "Despropósitos para agradecer

a los Alamos", largo poema en coplas de carácter jocoso, donde da rienda suelta a la vena humorística, y que fuera leído en banquete que le ofreciera en Costa Rica el historiador venezolano Antonio Alamo. Estos poemas muestran una vuelta de MBI a la poesía, género en que se había iniciado en sus años mozos y que cultivara hasta 1915. Desde entonces sólo publicaría, en 1925, su "Poemas del hijo muerto"; ahora, después de 15 años, vuelve a ella. Tal vez el ambiente en Costa Rica, le es propicio. Toda la producción poética obtenida, de esa temprana época, ha sido recogida en el volumen 13, **Primeras Páginas** de estas **Obras Completas.**

Se incluyen también en esta sección, otros dos trabajos inéditos, escritos hacia 1945, en lengua Timoto–Cuica, y que se localizaron acompañados de su correspondiente traducción al español: "Alabanza para la bella Chilín Jahn" y "La joven india llora en la tarde". En el Archivo del autor quedan sus apuntes sobre el léxico de esta lengua; sus estudios sobre otros temas relativos a esta cultura, han sido incluidos en los vols. 5 y 17 de las **Obras Completas:** ornamentos fúnebres, procedencia, cultura y moneda Timoto–Cuicas.

En la segunda sección **Prosas de llanto,** se ha incorporado la obra homónima, ampliada para este volumen con los responsos dedicados a: "Joseph Hajek", "a las víctimas de Cali", y "al periodista Jean Roy", que no fueron incluidos en la recopilación hecha en 1969 por el Ateneo de Boconó.

En la tercera, **Otros textos...,** aparecen cinco ensayos, todos en prosa lírica; entre los que se puede destacar, "El hombre nuevo", con discurso entre narrativo y dialogado, en el que desarrolla sus ideas sobre la necesidad de estimular el conocimiento interior del hombre como medio de renovación de la sociedad; niega la capacidad de los sistemas legislativos para generar justicia y el igualitarismo de los hombres, pues ambos deben surgir como un estado de conciencia más que como un estado de aparente conformidad social y de equilibrio económico; y destaca brevemente el papel de la ciencia como destructora del idealismo humano.

En los Apólogos, "de los herederos traicionados" y "de los pastores infieles", fechados ambos en Madrid en 1956, expresa en parábola, la visión angustiosa del desterrado sobre la situación de la Venezuela traicionada por las camarillas militares y políticas que prefirieron, a cambio de jugosos dólares, entregar el país a la voracidad del capital extranjero, y la visión de lo que sucederá a los "pastores", quienes habiendo sido dejados al cuidado del país, se han corrompido para permitir su destrucción. La rígida censura perezjimenista no permitió que estos materiales llegaran a publicarse en Venezuela sino hasta junio de 1958.

Crítica literaria, cuarta sección, agrupa los prólogos, reseñas, discursos y ensayos de carácter crítico o histórico sobre autores, obras y tendencias de la literatura universal. En ellos encontramos textos que dan sobrada fe de su bonhomía y generosidad, y de la lealtad hacia algunos autores –Eduardo Carreño, Luis Correa, Pedro Sotillo y Enrique Planchart–, intelectuales relevantes de su entorno, a quienes dedica verdaderos cantos de amistad, a la que él rinde culto fervoroso.

Su visión de lo que debe ser la crítica literaria está expresada en el ensayo "Una historia literaria de América", en el que manifiesta: "la verdadera significación de la crítica debe ser antes que condenar, examinar", y la mejor crítica es la que se hace en retrospectiva, pues al juzgar las obras contemporáneas se carece de "la parcialidad que a su ánimo pudo traer el no hallarse capacitado, de acuerdo con un concepto previo, para juzgar lo que se inicia".

La última sección **Reflexiones sobre el lenguaje,** acoge aquellos ensayos en los que hay planteamientos que expresan preocupación sobre el manejo de la lengua, comentarios sobre obras que estudian las lenguas indígenas, estudios de carácter semántico y reflexiones sobre problemas ortográficos.

EL COMITE EDITOR

El Comité Editor expresa su agradecimiento al Lic. Javier Hernández Carmona, quien al facilitarnos un ejemplar de su Tesis de Maestría, "Mario Briceño Iragorry. Artesano de la escritura" (presentada en la Universidad de Los Andes, Trujillo en 1992), nos permitió integrar al presente volumen, "Naufragio de amor" (p. 5), "Prosa inédita" (p. 11), "Ojos. Poemas mínimos" (p. 13), "Poemas en prosa: Palabras sin eco, Las lágrimas, Lo ignoto, Entonces" (pp. 15–16), "Dios" (pp. 141–142) y "Nihil" (p. 143), textos que permanecían olvidados en la prensa de Mérida y Trujillo y de los cuales no existía copia en el archivo de MBI.

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 16

TEXTOS LIRICOS

NAUFRAGIO DE AMOR[1]

La dulzura de la ola gemidora, coronada de espumas, saturada de marinas sales fortificantes, corre hacia la playa, en cuyas lejanías azules piensa encontrar amoroso lecho donde descansar de la temblante ondulación de inquieta e informe vida. Corre con anhelo, más bien vuela impulsada por el viento eólico que hace romperse con sus hermanas de vuelta a la orilla, y va confiada a estrechar con sus amables brazos el suspirado bien a quien amorosa besa... ¡Mas retrocede espantada, rotos sus senos cristalinos, roja de dolor la nacarada frente y destrozada su algarina cabellera! El sueño azul de su lejanía, la suspirada playa, trocóse en puntos grises de afilada roca que con impiedad dantesca la recibe con crueles desengaños... ¡Revuélvese desecha, doliente y mujedora!... ¡El canto de la vida trocóse en un gemido y piérdese en el piélago llorando su ilusión!...

Yo vi rodar por los campos inxemles de mis ensueños una fugaz guinara. Corrí anhelante a desafiar la dicha de poseer sus rosadas caricias. Como la ola confiada de las azules lejanías de la ribera, caí en el grisáceo seno de la más grande desventura. No fueron realizados mis ensueños. Y como la onda roja retrocede en abismo neptuniano, así se perdió el suspirado ideal que el alma inspiraba en belleza...

Las nacarinas rosas de mis sueños yacen marchitas en el brícaro de mi pecho.

Valera, septiembre de 1911.

(1) Tomado de: *Génesis.* Valera, 23-9-1911.

POEMAS EN PROSA[1]

Palabras sin eco

Recuerdo que me decía uno de mis mejores camaradas respondiendo melancólicamente una pregunta mía:

–Sí, estoy triste. Hace ya dos lunas que no veo a mi Amada, dos lunas que son para mi corazón y mis anhelos dos años, ¡dos lustros de pena!

Ah, buen amigo, sufres porque hace dos lunas no ves a tu Amada, por ello tus ojos están rodeados por las ojeras del insomnio y tienes la cutis pálida. ¿Qué te diré yo?... Se sucederán los meses, el invierno de los años blanqueará mi melena, un siglo podrá tejer mi corazón la mañana de días infinitos y siempre estaré en espera de verla, en espera de sus manos que ya no son, de sus labios que ya no ríen, de sus ojos que no mirarán jamás...

¿Qué te diré yo, buen amigo?

Las lágrimas

El pobre poeta enfermo de luna. Juan Ramón Jiménez, el alma más exquisita de la lírica española, dijo melancólicamente en un poema:

(1) Tomado de: *Azul.* Trujillo, 13–3–1917.

Mi vida es una lágrima
que no acaba de caer.

Y al margen de estos versos he pensado tantas veces en que si habrá algo más triste que una lágrima enredada en la zarza bruna de unas pestañas o rodando lenta, muy lentamente, sobre unas mejillas pálidas como la cera: y después de haber pensado muchas horas en los versos del autor "olvidanzas", he sabido que hay algo más triste aún, algo que encierra más pesadumbre, y son esas lágrimas furtivas que se desprenden en silencio, en medio de un apartado rincón lleno de humedad, sin tener unas manos que las recoja ni un pedazo de tela con que enjugarlas, lágrimas que huyen de las miradas indiscretas, y que muchas veces ¡ay cuántas! ni pueden correr por las mejillas de cera ni enredarse en la zarza bruna de las pestañas.

Lo ignoto

Hace ya muchos días, fue en una hora inolvidable de charla cordial, las cosas se llenaban de una tenue claridad que semejaba un oro mate sobre el brillo inmaculado de la tarde, las rosas iban tomando un pálido color de muerte como la faz de una novicia en oración, la fuente, sólo la fuente era la misma, con su eterna letanía con su música de un solo rithmo... Entonces, recuerdo, junto a la letanía monocorde de la fuente en medio de la oración de las rosas moribundas, lleno de oro mate de las cosas de la tarde, ví en sus ojos –aquellos ojos gloriosos como una sinfonía de Ricardo Wagner– algo extraño, ajeno al influjo del crepúsculo, ví una obscura claridad de triunfo que brillaba sobre la sombra clara de su pupila ignota.

– ¿Qué miras? me preguntó entre una muda sonrisa.

– Veo en tus ojos. Le respondí, un misterio inefable. Contemplo en tu iris milagroso la verdad de una ley eterna de Sabiduría y de Arte: la conjunción de la sombra y la luz, el milagro eterno de la estrella surgiendo del fondo de la noche, la unión de un punto luminoso –lleno de claridad y sombra– de todo lo que oscurece y de todo lo que brilla. ¡Ah, tus ojos son un símbolo precioso!

Y plegó la pantalla de sus párpados como negándose a que descubriese alguna verdad incógnita existente más allá de su pupila: en su alma.

¿Acaso, en el fondo de sus ojos, estaría ya el sello imborrable de la Muerte?

Entonces

Dentro de muchos años, centenares acaso, cuando la tierra gire aún incansable en su órbita, cuando de tantos pueblos que hoy existen apenas quede un vago recuerdo y en el lugar donde hoy está el cementerio en que tú duermes crezcan flores silvestres y ni una cruz derruída señale el lugar de una tumba, cuando nosotros –en el país tenebroso de la Muerte– no tengamos ya en la tierra seres queridos en que pensar, quizá entonces en una tarde melancólica, en medio de la agonía silenciosa del crepúsculo –un crepúsculo igual que los que, juntos tú y yo, vimos morir muchas veces llenando nuestras almas de nostalgia y poniendo una sombra indecisa en nuestros ojos– en una tarde así, quizá dos niños perdidos en el intrincado laberinto de la selva que será entonces nuestro pueblo querido, lleguen hasta el pedazo frondoso de la tierra que se abrió para recibir tu cuerpo en flor, e ignorándolo todo y llenos de miedo que traen las sombras de la tarde, corran alegres para alcanzar una flor purpurea o rosa que sonría entre entre el verdor de las hojas, y al percibir su fragancia, al admirar su hermosura encantadora, ¡ay! no sabrán que ella es –merced a la transformación continua de los seres y las cosas– un resto de vida, que su tentadora color tiene la sangre de tus venas y que la suavidad sedeña de sus pétalos es la misma que tuvieron muchos años atrás, tus mejillas y tus manos. ¡Ah, tus mejillas y tus manos!...

PROSA INEDITA[1]

Yo he visto en el sereno cristal de vuestros ojos, en el cristal húmedo de vuestros ojos tentadores, quietos como las hondas glaucas de un agua dormida, algo que evoca en mí recónditos misterios, claves jamás resueltas en el continuo correr del pensamiento. En la arcana profundidad de sus pupilas, en la fulgurante coloración de sus iris magos, mi inquietud ha podido adivinar la existencia de algo profundo, acaso un inexplicable misterio fascinante, el minúsculo sello de una herencia. Y si el vientre de Cleopatra o Salomé no hubiera sido infecundo, yo os diría que en la escala de vuestra ascendencia ocupan un lejano sitio: Vuestros ojos invitan a las tremantes delicias de voluptuosidades sabias y excesivas, son como motivos religiosos para nuevas virtualidades pasionales.

¡Vuestros ojos señora! Diríase que en ellos una mano ignota derramase el alma inquietante de la muerte o del absinthio y que al mirarse en sus cristales surge como una sagrada embriaguez olímpica, el deseo de hundirse en ellos como en piscinas de regeneración o locura. Locura frente a los ojos vuestros, ¡si oh! señora, de escansiarlos como desbordantes copas de absinthio, de menta, locura de morir en ellos como en fuentes profundas de vida o de lujuria, locura de agostarlos en la húmeda prisión de los labios como preciosas frutas –acaso la prohibida del Bien y del mal tuvo semejante color al de ellos.

Locura, sí y ¿podré negarlo? locura he sentido mil veces al mirar en vuestros ojos tentadores, quietos como serpientes que vueltas sobre sí sueñan con apoteosis de venenos y de gulas.

(1) Tomado de: *Cróquis.* Mérida, 8–5–1921.

OJOS

(Poemas mínimos)[1]

¡Celeste dulzura tienen sus ojos, amiga mía! Cielo de Mayo, cuando indiferentes los fijas en cualquier cosa; alegría de clara mañana, cuando usted ríe; beata quietud, cuando usted ora y cuando usted dice «amor», son como ventanas divinas. ¡Ah, como serán de dulces, de beatos, de divinos y claros cuando usted duerme!...

(1) Tomado de: *Luz*. Mérida, 1-9-1923.

POEMAS EN PROSA[1]

Marco de tinieblas

Con silenciosa reverencia nos despedimos de la aflicta. Más bella surgía su blancura nítida entre las negras gasas, más puro el azul de sus ojos soñadores, más frágiles sus líneas admirables... Su rostro tenía la tímida belleza de las albas que luchan por nacer, como si la negra vestidura fuera marco de ébano para el claror mañanero de las lágrimas.

La mancha

La mañana verdecía en la ancha pradera. Húmedo el camino por el rocío de la noche. Pausado caminaba el cortejo. Todas las caras estaban pálidas por la larga noche en vela. Sobre los hombros de cuatro campesinos iba la caja negra. Los hombres, dando tumbos de sueño, semejaban estar ebrios. Las viejas hilaban el rumrum de sus rezos.

–¿Cuándo llegaremos? –preguntó un muchacho.

–Ahí cerca queda el pueblo –respondió el baquiano.

Apretaron el paso, vadearon el río y siguieron el camino. El sol se hacía más pequeño y más blanco. En medio del campo lleno de flores y de pájaros músicos se espaciaba la siembra. El ganado perezoso esperaba el hierro del gañán. Por grupos caminaban los otros hombres, friolentos,

(1) Tomado de: *Elite*. Caracas, 23–2–1929, s.n.p.

que iban al trabajo con la resignación en la boca. Todo era verde en la pradera, llena de la alegría de la mañana, menos aquella mancha negra que iba a esconderse bajo la tierra verde...

La mirada

La dama de gris atisba desde la ventana el paso de la muchedumbre. Siempre a la misma hora, cuando se avecina el crepúsculo, asoma su otoño esplendente tras los hierros floridos. Su mirada es insinuante como de quien procura sonrisas del que pasa. Larga su mirada, como una esperanza sin calor. Los que varias veces han pasado por su lado, saben de esta insistencia suya en buscar ojos ajenos, y la miran con muda sonrisa de burla. ¡Oh, cuántos años hace que lanza su mirada sobre todos los hombres que pasan!... Mira con más insistencia los muchachos de veinte años, los más hermosos, los que tienen los ojos más bellos, como deben ser los del hijo aquel que le robaron cuando empezaba a caminar...

DESPROPOSITOS PARA AGRADECER A LOS ALAMOS[1]

"Cuando no podáis hablar,
hacedme señas", decía
Xenofonte a sus amigos
cuando en retirada huía.
Como ignoro en griego señas
en criollo las usaré,
y la ciencia del "llanero"
para empezar buscaré.
Todos me perdonad
por los traspieses que dé,
más que poeta soy sordo,
y he de medir con... el pie,
y bien lo sabéis vosotros
que existe siempre el peligro
de meter, no sólo uno,
sino a menudo los dos.

Por el cuerno gana el toro
y el tigre por lo ligero,
el hombre gana la guerra
cuando pega de primero.

Alamo ya me ganó
con este espléndido obsequio

(1) Poema inédito localizado en el archivo del autor.

y con el oro sin par
de su traviesa invención...
Me batiré en retirada
con lo poco que poseo,
y si la suerte no es mala,
resultaré en mi punteo.
Como de improntus no sé,
para rendir homenaje
a Don Antonio y Señora
este adefesio arreglé.
Fuera de aquí, no lo duden,
diré que lo improvisé.
(El ejemplo me lo dio
mi colega Che Loudet,
quien en cercana ocasión
se llevó cinco proyectos,
en la bolsa bien seguros,
para hacer una oración,
y después, tranquilo decir,
que era... improvisación).

En la tarjeta se lee,
sin que ninguno lo sepa,
que el alma de Guaimerú
en esta fiesta se enreda.

¡Guaimerú, Guaimerú,
reina de la tierra mía
ven en mi socorro tú
cuando intento poesía!

Perdóneme Don Froilán,
que en su presencia yo intente,
sin mostrar mayor afán,
pasarme de irreverente,
y pretender que esto sea
de verso calificado.

Le ruego que no me lea
después que me haya oído,
y que en nombre de las Musas
me absuelva de este pecado.
Ya famosos profesores
me han mostrado piedad,
al escuchar de mis labios
irreverencias mayores.

A Guaimerú la gitana
la supongo milagrosa
y de espléndida belleza.
A Doña Iginia encantó
y de Antonio la cabeza
en duro trance salvó,
inspirándole el humor
con que pudo reclamarla
para seguir adelante
lleno de fe y de vigor,
hasta venir a ponerme
en el aprieto en que estoy.

Pero señores, perdón,
he de decir la verdad,
esta fiesta del Champaña,
que los Alamos ofrecen
a mi cónyuge y a mí,
más que fiesta es una maña
con que se venga de un juego
que paso a contar aquí:

Cumplía Antonio unos años
(¿cuántos?, no es cosa mía)
y mi mujer le arregló
una torta con candelas
que contaban hasta cien,
para que él se sincerará

en el seno de su hogar
y a su esposa le dijera
las que habría de colocar.
(Por eso en "La Prensa Libre",
a Palau mal informó,
y le dijo que cincuenta
bien vividas primaveras
a la fecha cuento yo).

La Señora, muy gentil,
para evitar la verdad
y a su esposo algún sufrir,
puso veinte sólo a arder,
y le dijo, muy melosa:
"Si me dudo, mi querido,
que casados bien estemos,
pues careces de la edad
que reclama el juramento
para hacer por siempre válido
ante Dios aquel momento,
que sin ser musical,
ya en los hijos que tenemos
pentagrama es sin igual"...

Pero venganzas así
las quisiera cada día.
Mi espíritu pacifista
lo volviera alevosía,
la diplomacia dejara
y al mal me dedicaría,
mi religión olvidara
y en ateo me tornaría,
el guante lo repugnara
y la manopla usaría,
mi débil caña botara
y en sable me apoyaría,
mi sangre yo condenara
y otra me inventaría.

(Esto sería harto fácil
pues entre otras tonterías
en que debiera ser hábil
soy muy listo para hacer
geneálogos arbolitos,
tan limpios y bien vestidos
como se han de menester.
Recuerdo que en cierta búsqueda
que en los Archivos hacía
de remotos pobladores
de Caracas, la muy mía,
cierto amigo con humor,
a menudo me decía:
"Cuando encuentre mi apellido
en terceras y asesinos,
dígamelo, Don Mario,
que de allí seguro vengo,
pues, sin ser estrafalario,
en saberlo bien me huelgo").

¿Pero a qué tal ilusión
de confiar en la venganza,
si, realizada la acción
que la reclame en verdad,
recibimos, no agasajos,
sino golpes y maldad?
¿Dónde abundan estos Alamos
en que es seguro encontrar,
a la par de corazón,
sombra suave para estar?

La sola venganza está
en que Antonio y su mujer
nos ponen causa mayor
para mejor los querer.
Y por si poco esto fuera
nos obligan más aún

trayendo la compañía
de amigos y quienes vemos
con cariño singular,
y a los cuales nuestro afecto
habremos de duplicar.
Sólo el cariño bien paga
los gajes de la amistad...

Por la tarjeta yo sé,
que nos dedican aquí
recuerdo de Guaimerú,
reina antigua de mi tierra,
en sus selvas las del Sur.
El obsequio correspondo,
en lo que dice a leyenda,
dedicándoles la historia,
en malos versos urdida,
que al espíritu consuela
y que en mi tierra se ignora,
del porqué de nuestra Patria
ser llamada Venezuela.

La palabra, aunque lo callen
cronistas de prez y fama,
es de aborigen raíz:
mis indios, los caquetíos,
llamaban así la tierra
en recuerdo muy feliz
de la reina Benetuera,
abuela del gran Manaure,
la que primero tuvo
en Coro su señorío.
Vino de Oriente la Reina
en curiara de oro y plata
con hermosas amazonas
y flecheros arrogantes.
Benetuera era muy sabia

y a los indios enseñó
el arte de fabricar
redes para la pesca,
tejidos de fina pita,
los sitios do duerme el oro,
que el indio llamó *say-say,*
el secreto del cardón
y los placeres de sal.
Organizó los sembrados
en forma tan peculiar
que nadie tuvo la tierra
por conquista personal:
todos podían trabajar,
hoy aquí, mañana allá,
pues no existían valladares
que negaran libertad
para que el suelo pudiera
a los hombres, de Dios hijos,
sin diferencia, obsequiar.

A los indios, que eran bravos,
la paz les aconsejó
y adonde dos reñían
ella siempre acudió.
"Vendrá un día, vendrá un día,
la buena Reina enseñaba,
en que esta tierra dará
ejemplos de valentía,
pero mis hijos, sabed,
vuestro destino será,
defender en este mundo
la justicia y la verdad".

Y cuentan viejas historias
que ya anciana se marchó
a la hora en que su fama
ocultaba el padre Sol.

Iba cubierta de sartas
de lindas y finas perlas
que en la tarde deslumbraban
con destellos sin igual;
su cabeza era de nieve,
sus vestidos todos blancos,
más que mujer parecía
lo que era en la realidad
hija del sol y la espuma
nacida en la plena mar.
Vinieron aires del norte
que al remover las arenas
de los médanos corianos,
hicieron que los indígenas,
absortos imaginaron,
que fuera raro milagro
para a la reina ocultar,
y lloraron en su ausencia
con cantos que repitieron
sin por los años cesar:
"¡Benetuera, Benetuera,
vuelve a tus hijos mirar,
tus hijos que no te olvidan,
Benetuera, Benetuera,
todo de ti lo debemos,
somos tuyos, Benetuera!..."

Y al oírlo el español,
confundiendo los fonemas,
tierra de Venezuela
nuestra tierra llamó.

No somos diminutivo
de cosa alguna europea.
Ni en el nombre ni en la sangre
nada pequeño nos sea.
Nuestro abuelo el español,

si segundón en fortuna
fue primero en el valor:
dejó la almohada de pluma
y la paz del descansar
y en estas ásperas tierras
formó de nuevo el hogar,
donde mejor esplendió
la esencia de lo español,
y el fuero que Carlos Quinto,
con su violencia germana,
en Villalar arruinó,
en virtud de su entereza
vida mejor adquirió,
y aquí de nuevo se dijo,
tanto el Rey como al Oidor.
"En verdad obedecemos,
pero somos iguales, Señor".
Fueros los de Castilla,
fueros los de Aragón,
dichosa la navecilla
que a esta América os dio!
I para que tardos oídos
os supieran entender,
la tierra de Benetuera,
nuestra tierra, vive Dios!,
produjo como milagro
al Padre Libertador!...

Y si esta historia refiero
en esta grata ocasión,
no creáis que es por alarde
de engrandecer mi Nación,
pues ella tiene sus nexos,
como paso a demostrar,
con nuestro fino anfitrión:
Entre muchas maravillas
la Reina al indio enseñó

los secretos del cardón:
le indicó la cochinilla
para dar bello color,
la breva le señaló
por excelente licor,
y al oído le explicó
su excelencia la mayor:
Alegre siempre vivir,
hacer feliz al amigo,
voluntades amarrar,
lucir eterno vigor,
dar ejemplo de bondad,
aquél lo conseguirá
que sepa usar el cardón
cual la Reina lo enseñó.

Para desgracia del mundo.
de este mundo del dolor,
el secreto de la Reina
perdido se le creyó,
pero ninguno osará,
decir que soy falso yo,
al pregonar la verdad:
los Alamos encontraron
en Yaracuy la receta,
y ella es causa de esta fiesta
que generosos nos dan.

¡Oigame usted Don Froilán:
descalifique mis versos,
diga que ellos son pésimos,
pero son pura verdad!...

San José, septiembre 17 de 1940.

CANCION DE LOS NIÑOS EN LA TARDE[1]

Dentro de muchos años, cien o mil,
¡Dios lo sabe!
Dos niños alegres buscarán,
allá mismo donde duermes
el sueño sin fin de tu existencia
mariposas o rosas en la tarde.
Dos niños. Inocentes al par.
Galán el uno. De blonda melena
la linda compañera.
Bajo el suave crepúsculo, inocentes
entrarán en la selva
que entonces será la tierra santa
donde tranquila duermes.
De su tallo una rosa arrancarán,
de capullo recién abandonado,
leve mariposa apresen
pétalos o alas serán adorno de sus pequeñas manos.
Dorado polvo o pasajera esencia
en su recuerdo quedará
de aquella travesura.
Mas, cuando al hogar retornen,
no lo sabrán los niños,
que alas de mariposa,
o pétalos fragantes,
son huellas aún de la vida implacable.

Lope de Encina

(1) Poema inédito manuscrito, firmado con seudónimo, localizado en el archivo del autor.

CANCION DE LOS OJOS TUYOS[1]

¿Sabes de la pasión ilímite
que has despertado en mí?...
Tu espíritu inocente, oh, bella amiga,
acaso no ha advertido la locura
de esta ansia sin nombre
que mis desvelos llena.
Ansias de ti, de tus hermosas líneas,
de tus altivos labios y de tus formas únicas.
Tus senos, tus recatados senos
de virgen admirable,
erectos cual si fueran
montes sagrados de una extraña tierra
donde los hombres hallar pudieran
quietud para sus ansias.
Tus ojos, tus ojos luminosos
cual estrellas caídas en la noche
para avivar las ansias de los hombres
perdidos en la sombra de un mundo sin caminos.

Señor ¡sin caminos, no!
Estos ojos sin par,
estos ojos que sin saber memoran
ritos antiguos donde vive un avatar

(1) Poema inédito manuscrito, firmado con seudónimo, localizado en el archivo del autor.

que fijó la inquietud de mi destino,
son como puertas ofuscantes de luz
que invitan a marchar
hacia el infinito donde vives tú...

Lope de Encina

CANCION SIN ESPERANZA[1]

Por el camino largo marchan,
marchan, marchan los peones tristes.
Como baño de fuego sobre las espaldas,
cansadas y desnudas,
caen las saetas del sol de junio.
Desnudos los pies, desnuda el alma,
el corazón sin esperanza,
marchan, marchan, marchan...

¿En qué pensáis, oh hermano,
de destino incierto?
¿En el hijo que aguarda con las manos yertas
y la boca vacía de pan y de palabras?
¿En la mujer sufrida que riega con su llanto
la tierra que no produce nada?
¿En la calentura de la noche larga
que nunca termina para quien no tiene nada?
¿En qué pensáis, oh, hermano,
compañero en el continuo anhelar?

¿Pensáis en el inútil trabajo de vivir y sudar
para que sean otros quienes gocen
el fruto del esfuerzo que os acosa?

(1) Poema inédito, firmado con seudónimo, localizado en el archivo del autor. Se encontró otra copia mecanografiada de este mismo poema pero con el título "Por el camino...".

¿Pensáis en la justicia, pensáis en el dolor,
pensáis en qué?

¡En nada!...

Sólo sufrís, que es como pensar en carne.
Sufrir es vuestro sino y vuestra meta.
Vivir con el alma entre las manos,
mientras el sufrimiento vibra cual el arco
que el artista sin saber gobierna.

Sólo sufrís, y vuestra pena ciega
no alcanza a reflejarse en la mirada,
hecha a los horizontes imposibles
y a contemplar la ausencia de las cosas.

No os interesa nada. Vivir. Morir.
Soñar. Andar. Os son iguales.

Lope de Encina

CANCION DEL AMOR PERDIDO[1]

Rompo versos, señora a otras mujeres escritos.
Empiezo la rima y falla.
Ningún metro expresa cabal mi fantasía.
Miro allá, miro acá y en ninguna hallo
la fuente que inspire mi estro tardo.
Sola tú, muerta mía, tú que hace tiempo no existes,
tienes el grave poder de animar las alas
que en lo profundo de mi ser se agita.
Tú la sola, la única que puedes aligerar mi ánimo,
la que dar puedes vuelo a mis anhelos locos
de ver en una gota compendiado el océano.
De ver en un rayo compendiada la luz
que no cabe en lo infinito.

Tú que duermes tranquila
hace más de veinte años,
bajo el peso de piedra que mis manos
no pueden levantar victoriosas;
tú, que altiva, cual Diana,
emprendiste el más largo de los viajes posibles
tras la cruz sagrada de tus sueños de virgen;
tú, la única la simpar dama altiva
de mis sueños mejores,
de mis sueños que hiciste para siempre cesar

(1) Poema inédito manuscrito, firmado con seudónimo, localizado en el archivo del autor.

la mañana sin nombre
en que con manos de arcángel
descorriste los velos del más allá imposible.
Oh tú, amada mía de todos los tiempos,
oh tú, cuyo nombre jamás mis labios pronuncian
sin relamer el gozo del sentir
sobre sí el almíbar de abejas de ensueño;
oh tú, la que pudiste, con solo decir
una breve palabra frente a los astros de abril,
amarrar mi destino por siempre
a tu nombre
y a tu sombra.
Tú,
la única mujer que mis sueños levanta
hasta poder gritar que has sido
sobre la tierra donde viven los hombres,
llenos de miseria y de envidia,
el solo ser que crearon
para deleite suyo
Las manos de Dios.

Lope de Encina

CANCION DEL AMOR QUE PASA[1]

La dulce canción de la tarde
leve brota del monte y del mar.
Palabras pequeñas llenan los labios amantes.
Del cielo apacible baja la luz de una estrella.

La niña solloza. La brisa su trenza acaricia.
Un ave desgrana su queja.
El aire se impregna del sabor de los besos.
Una rosa deshoja sus pétalos
junto a la niña que llora,
y a los pies del amante, amarilla,
resbala una hoja.

Lope de Encina

(1) Poema inédito, firmado con seudónimo, localizado en el archivo del autor.

ROMANCILLO DE LA CANCION VENDIDA[1]

Tu canto mujer altiva,
es canto que desespera:
se te adivina en los ojos
y tus labios lo revelan.
Negra pena que te anuda
el grito de verte pobre,
la angustia que te envenena
al sentir como se enfrían
los piececitos del nene.
Paño no tienes ninguno
para cubrirle del tiempo,
ni leche ni cosa alguna
que aliente su vida breve,
que fuerza dé a su respiro
y ponga en brillo sus ojos
vecinos al blanco inmóvil
de las pupilas ya muertas.

No pides limosna a nadie;
tu mano jamás se alarga
para implorar un socorro;
tu labio nunca se ha abierto
para historiar tu desgracia;

(1) Poema inédito manuscrito, firmado con seudónimo, localizado en el archivo del autor.

las monedas que te dan
las cambias por tus canciones,
como tus penas, amargas,
como tu duelo, sin nombre.

Mientras a tu hijo le niegan
aquello que por hombre es suyo,
tú sin quejarte jamás,
como la flor que perfuma,
como el agua que al correr
deja rodar su murmurio,
vas vendiendo melodías,
como pudieras vender
claveles y rosas blancas...
como otras, para sus trajes,
para sus lujos y vicios,
venden honor y caricias.

Lope de Encina

ROMANCILLO DE LA VIDA BREVE[1]

Alegres pasan las horas;
fugaces corren los tiempos;
sobre las aguas, las velas;
bajo los cielos, las nubes;
en las llanuras, los vientos;
y en los montes, leve brisa,
todos a una van diciendo
la canción de lo que acaba
sin dejar ninguna huella
para el incierto mañana.

Las copas que rebosaron,
las risas que hicieron fiesta,
las caricias y los besos,
pasan como las nubes,
corren como la velas,
como los vientos se callan,
como la brisa se aquedan.

Llama que un' hora brillaba
más tarde es pavesa fría;
fuego que ardió en el alma
se torna en triste ceniza.
Humo. Niebla. Soplo. Nada.
Llanto. Risa. Muerte. Vida.

(1) Poema inédito localizado en el archivo del autor.

CLARIDAD[1]

Desnuda en la ancha playa
servíanle de regios ornamentos
la sombra de la noche y las ásperas brisas del mar.

Su figura altiva, recta, inmóvil
como estatua de sal,
ponía un blanco profundo en la negra inmensidad.

Sobre la tibia arena
semejaba una vela arrojada por la feroz tempestad.

Y en la quietud de la noche grávida
parecía el germen de la mañana por despertar.

Era la infinita claridad pugnando
por romper la estrechez de un diabólico avatar.

Faro lumínico que llamase a sí las naves
náufragas de rudas tormentas sin igual.

A sus pies las olas rodaban y no decían nada.
El viento la cubría con sus sales, y callaba.
Un portentoso silencio le servía de regio valladar
y el silencio se hacía voces ante la estupenda claridad.

Lope de Encina

(1) Sin datos de publicación. Localizado en archivo del autor. Firmado con seudónimo.

[DOS TEXTOS EN LENGUA TIMOTO-CUICA][1]

Manós be kiu nisbó Chilin Jahn

Kuchí kúm ih, Nisbó Sirajá!, e shkeúm chonta nascuy tis kak nachfó, kus quisnacuyes, aras-na ek-nán: Du ku kabok teuk shatú kas manós!...

Heúp-na tobek, miyumiste be kus shkustomo nhupe, nicasí fifó du puratí trindú butash-nahbe kiu gusúeh narcupa: chés kambéu ok ún tit kundek kak, kus quisnacuyes: kuté sxowosh keún-nah eum nunis katey chí.

Kas taitu matsaspy-ku hen-nah. Ok touk shatú ih an o shnachfuéi aras duih. An mahí haup na tit nicasí triundú me shapú kishmiteuk kas kuaén, Nische Sirajá!...

Machú ingué–ku kas taita kiu chonta aras-na kus quisnacuyes, tit kak nachfó: kiyen chonta nascuy Tibisay arás-na tit kambéu kchú kumá–ku un tis veuch!...

An-hé, Nisbó Sirajá!, houp-na e wo tebek miyumiste be tit togn gang nupé, gem trindú uarap tis kak beuch kus quisnacuyes ok-nan suruk-ku

(1) Estos dos textos poéticos localizados en el archivo de MBI, mecanografiados y con correcciones de su puño y letra, fueron con toda probabilidad, escritos hacia 1945, en lengua timoto-cuica y traducidos por él al español, aunque sólo la "Alabanza"... aparece con su nombre. MBI había estudiado esta cultura ampliamente y sobre ella escribió varios trabajos, incluidos en diferentes volúmenes de estas **Obras Completas.**

en mahí matek titgem cum ma-nasasú be hí an teuk shatú shmindik-ma ih.:

Mahuín du ka kiñon nuhueuis kiu camurí nicasí trindú, suruk-na un kas quisnacuyes, tit kak nachfó heup-ku ok shucupirás misek. Ih kupé nadé katey, sit gubon, micuch trindú–na, chapú–keún-na!... An-hé Nisbó Sirajá!, an e shnachfuéi shatu du ih: Tibisay a shkupé–ku anicsí nachpú ih!...

Alabanza para la bella Chilin Jahn

Hoy por tí, Bella Niña, despierta la lengua muerta que hablaron los bravos indios mis antepasados; y por mis labios dirá tu alabanza!...

Hay en las cumbres, allá donde está mi pueblo, hermosas espeletias de amarillas flores abiertas al ardiente sol, dios principal de los antiguos indios, mis antepasados; son como espuma dormida para descansar en ellas las divinidades agrestes.

Tu padre recogió muchas, y él podrá decirte que no mienten mis palabras. Yo desearía muchas de estas hermosas flores para depositarlas a tus plantas, Bella Niña!...

También allá buscó tu padre la lengua que hablaron mis antepasados, los indios bravos. Pobre lengua muerta con que Tibisay habló a las águilas venidas de los cielos!...

Sí Bella Niña, hay en las cumbres, allá donde están los fríos páramos muchas flores que sembraron los indios bravos, mis antepasados, y sólo desearía cortar muchas para ofrendártelas a ti y tímido diríate:

Recibe en tus manos bondadosas este cesto de flores bellas, sembradas por mis antepasados, los bravos indios de ágiles flechas. Tú eres blanda deidad agreste, tierna paloma, campo florido, fuente dormida!... Sí, Bella Niña!, yo no miento al decirlo. Tibisay no fue más hermosa que tú!...

Kiu Kak-Neun Finá Wotsuí

–Nachfó kak
Kas taita naná:
kuchí an na
kiyen sirajá...
Kumá, kumá
kiai sem-ná
kiai sem-ná
ok-nan schará
es sit migá!...

Kuschi
wotsuí
an aa
nará
skari.
Kuschi
wotsuí
finá
nará
skarí.

–Teu, sirajá
du an nishi ih.
Trindú niosí
an ih shamá.
Esh in finá,
nuyen an du ih,
nisbó sirajá...

An du ih kobok
es katey kundok,
ok-nan kumá,
nisbó sirajá...

Ih nasabú an
kas kuañen ti:
ih nasasú an
kas kabok ki.

–Scarayú
kak nicsí,
scarayú
kak nicsí:
an teuk shaiú
be shi na du ih:
Esh ih mahi
kiyen sirajá.
An skrmahí
ak-pé finá:
Nachfó kak
Icus taita na:
kuchi an na
kiyon sirajá...

Kuschi
wotsuí
an aa
nará
skarí.
Kuschi
wotsuí
finá
nará
skarí...

La joven india llora en la tarde

Indio bravo
fue mi padre:
pobre muchacha
soy yo.
Vinieron, vinieron
muchos hombres
muchos hombres
y arrancaron
nuestro plantío!...

Ahora
en la tarde
me quejo
aquí
sola.
Ahora
en la tarde
lloro
aquí
sola.

Ven muchacha
juntos vivamos.
Bellas flores
para ti traeré.
No llores más
muero yo contigo,
linda muchacha...

Juntos los dos
llamaremos nuestros viejos dioses
y ellos vendrán
linda muchacha...
Dame tus brazos
dame tu boca.

Gracias
indio hermoso,
gracias
indio hermoso.
Lejos me voy
donde tú no estés.
No desees
la pobre muchacha.
Yo sólo quiero
poder llorar.
Bravo fue mi padre
pobre muchacha
soy yo...

Ahora
en la tarde
me quejo
aquí
sola.
Ahora
en la tarde
lloro
aquí
sola.

PROSAS DE LLANTO[1]

(1969)

(1) Reproducido de la 1ra. ed. Boconó: Edics. del Ateneo de Boconó, 1969. 202 p.

DOS RESPONSOS A EMMET TILL

Llanto en la muerte de un muchacho negro

Mamie Bradley, llora, llora tu negro destino. Tus lágrimas copiosas harán de ti una solemne Niobe de basalto. Frente a la quemante caja que guarda los despojos del pobre Emmet Till –rescatado con dificultad de las aguas del Tallahatchie sonoro– eres, en realidad, viva estatua del dolor. Wilde hubiera dicho que eres la estatua del dolor que dura eternamente. Lloras con transida amargura de madre y con espantoso dolor de víctima innominada de la crueldad de los hombres. De fuego son las lágrimas que saltan tanto de tu herido corazón de madre como de tu vulnerada condición nacional.

En tu llanto, Mamie Bradley, se conjuga el más amargo dolor humano con el más claro, dulce, noble, sentimiento de mujer. Eres la madre desolada que sufre por el hijo sacrificado injustamente, y eres la raza, tu pobre raza negra, que llora un destino sombrío.

Una vez más, Mamie Bradley, la petulancia agresiva del hombre blanco se ceba en la carne sufrida de la raza irredenta. Tu pobre Emmet Till miró –¡miró apenas!– con ardiente mirada de quince años, a una mujer blanca, y los hermanos de la mujer incitante vengaron sobre su cuerpo de muchacho inerme la estridencia con que acompañó la mirada irreverente. Junto a este crimen se alza, además, otro crimen de mayor resonancia. La comunidad blanca de Sumner, en Mississippi, está armando trampa para que no se haga justicia en el caso de tu hijo. Los jueces, Mamie Bradley, son puntillosos señores blancos, que niegan a tu raza los derechos fundamentales de la criatura humana.

En la noche de tu dolor –doble noche de dolor del negro–, tú, seguramente, salmodiarás, Mamie Bradley, en medio de la negra sombra de tu comunidad adolorida, canciones sin esperanza y desoladas por donde se evade el dolor de tu raza perseguida. Al Cielo elevarás la voz cargada de inquietantes preguntas:

Didn't my Lord deliver Daniel?
an'why not every man?

He delivered Daniel from de lion's den,
Jonah from de belly of the whale
An'de Hebrew chillum from de fiery furnace,
an'why not every man?

Dios sí creó a tu raza para gozar la libertad, oh, Mamie Bradley, pero los intendentes de Dios, los hombres que se dicen encargados de velar por la libertad y la dignidad de sus semejantes, no han querido cumplir el mandato divino. Tus abuelos, Mamie Bradley, llevaron cadenas a los pies y fueron herrados como bestias en la nalga. Tus abuelos trabajaban a sol y agua, bajo duro látigo, para enriquecer al engreído y presuntuoso blanco. Los descendientes de los dueños de esclavos no perdonan a tu raza, Mamie Bradley, la seguridad de que hoy goza para contratar libremente el trabajo que necesita la industria blanca. El hombre blanco no puede atentar hoy en América contra vuestra bien ganada libertad. (Duele a nuestra vocación de libertad que en otras regiones del mundo, hombres y mujeres sean vendidos aún como ganado en los mercados). La libertad que no se os puede regatear, la traba para su ejercicio el hombre blanco. Escudado en egoístas y absurdos principios racistas, vuestro enemigo ha fraguado una conciencia de desigualdad, que destruye la esencia de vuestra dignidad humana. El resentimiento del abolido señor frente a vuestra libertad civil, mantiene vivo el odio y el desprecio hacia vuestra comunidad atropellada.

Tus quejas, tus lamentos, tus sollozos, Mamie Bradley, juntan en tu inmenso y reciente dolor de madre, el dolor profundo y viejo de tu raza. Cuando por tu hijo linchado lloras frescas y tiernas lágrimas, lloras, también, lágrimas amargas, que tienen siglos de retención en la enjuta

cuenca de todos los ojos, de abismática blancura, de los negros y las negras del mundo. Más que los otros negros, sufrís vosotros, los negros de la América del Norte. Vuestra comunidad, Mamie Bradley, está enmarcada en un maravilloso cuadro humano, cuya técnica, cuya riqueza, cuyo poder lo lleva a preciarse de ser hoy el más celoso, el más fuerte y el más temido guardián de la civilización cristiana. Sin embargo, en medio del régimen jurídico de esa gran nación –tan grande y respetada como en la antigüedad fue la Roma de los Césares– se perpetúa un sistema de vida que hace la vista gorda ante crímenes como el que ha dejado sin vida a tu infeliz muchacho de quince años, golpeado y asesinado por haber puesto los ojos cargados de deseo sobre una mujer de raza blanca.

Mientras tú lloras, ninguna protesta humana se levantará fuera de tu adolorido mundo de color. Sólo sufre contigo, Mamie Bradley, la comunidad de tu pueblo negro. Contigo lloran los hombres y las mujeres que por ser negros se ven vejados y atropellados en las universidades, en los teatros, en los tranvías, en los hoteles, en los mismos templos del Señor. Lloran contigo las muchachas de opulentas formas, que se saben menospreciadas aun por la exaltada concupiscencia de los hombres blancos. Contigo están llorando los muchachos humildes y ardientes que miran a distancia insalvable el dulce y romántico rostro de una blanca muchacha. También, junto a las tuyas derrama sus lágrimas el niño asustado y perplejo que recibe un puntapié o un bastonazo cuando en el parque se atreve a tocar el juguete de los niños blancos.

No hay comprensión ni justicia para tu pena, ¡oh, Mamie Bradley! Hace ya mucho tiempo que, sin haber subido al Norte, en las playas del Caribe, San Pedro Claver murió de los dolores de tu raza. Abraham Lincoln pagó con un balazo en la cabeza iluminada de prodigios, el crimen de haber sacado a vuestros padres de los duros cepos donde los mantenían los soberbios terratenientes del Sur. Vuestros sufrimientos, vuestros dolores, vuestra miseria no son sentidos por los hombres que se dicen marcados con el signo de la justicia. Vuestro dolor, en cambio, tiene una extraordinaria dignidad que se encumbra sobre la soberbia de vuestros opresores sin conciencia. A través del "mysterium doloris" estáis fuertemente anudados a las entrañas de Cristo. Mientras tanto, los

que niegan el valor humano de vuestras vidas, niegan y contradicen la autenticidad del Cristianismo. Integran ellos las huestes satánicas que han levantado el estandarte del hombre contra el hombre y, con su conducta pecaminosa, llaman contra sí mismos y contra su sistema la rebelión de los hombres que buscan el orden de la justicia.

Emmet Till, tu infortunado hijo, está en el Cielo ya, ¡oh, Mamie Bradley! Cuando era pequeñito lo dormías con voz transida de esperanza, al son de cantares impregnados del dolor de tu raza.

When I get to heab'n, I'm goin'to put on my shoes,
I'm goin'to walk all over God's heab'n,
Heab'n heab'n;
Everybody talkin'bout ain't goin'dar,
Heab'n heab'n,
I'm goin' to walk all over God's heab'n.

Así es. No van al Cielo todos los que del Cielo hablan, pero Emmet Till, tu buen muchacho, de ojos curiosos y cargados de lejanía, camina ya con sus zapatos nuevos, a través de las plazas, de las calles, de los parques, de los palacios de la gran ciudad de Dios... ¡Cómo se siente libre Emmet Till! ¡Cómo Emmet Till se mira igual a todos los demás muchachos y muchachas!...

¡No llores, Mamie Bradley, por la suerte de Emmet Till! Sosiega tus lágrimas santas de madre crucificada. Llora, en cambio, con la severa dignidad que te transfiere tu dolor, por los hombres que asesinaron a Emmet Till. Sentirás cómo es dulce, reparador y saludable pedir por los verdugos. Llora, también, por los jueces que evaden el castigo de los criminales. Llora, llora siempre por los hombres blancos que se obstinan en mantener sobre el mundo el reinado de la injusticia y del terror. Emmet Till, tu hijo sin fortuna en la tierra, ganó ya los dominios del Cielo. Sabe ahora Emmet Till que todos los hijos de Dios tienen derecho a poseer iguales zapatos para caminar libremente por todos los caminos del mundo universo.

Llora, Mamie Bradley, llora sin cesar la angustia y el destino de tu raza. Tu imagen ensombrecida, como letra historiada en la página del libro de

la Justicia, iluminará algún día el corazón duro de los hombres que niegan a los negros la igualdad de oportunidades a que tienen derecho como hijos de Dios. Por Emmet Till, tu hijo sin ventura en este mundo, no llores más, Mamie Bradley. Tu hijo ya alcanzó la igualdad suprema. ¡Si vieras cómo se pasea, sonreído y ágil, en medio de ancho prado de rosas y de lirios, llevado de la mano por un luminoso arcángel de rubios cabellos y maravillosos ojos azules!...

Septiembre de 1955.

Segundo responso a Emmet Till

Cuando a tu madre llorosa dirigí palabras de consuelo por tu muerte atroz, expresé, ¡oh, Emmet Till!, una convicción amarga de que sólo en tu mundo negro repercutiría la angustia levantada por el crimen perpetrado en tu inocente persona. He vivido en el Sur de Estados Unidos y he visto de cerca –en medio de la indiferencia general– la tragedia de la discriminación y del odio que pesa sobre tu raza infeliz. Durante dos años miré diariamente en los tranvías de New Orleans el infamante letrero "For color people only", con que se señalaba el sitio donde solamente podía sentarse la pobre gente negra. En varios templos vi también con espanto cómo se segregaba al pueblo de color. En cambio, de rodillas ante un negro contemplé más de una vez en las tiendas de calzado a hombres blancos que probaban a gente de tu raza distintos zapatos. En este caso no funcionaba el prejuicio del color, sino el aliciente del dinero que pagarían los compradores. ¡Oh, absurda moral de mercaderes!

Mi experiencia sobre el menosprecio que hace del negro la gente de Norteamérica, me llevó a creer que tu caso quedaría, como los otros, reducido al dolor de tu raza. Vi con vergüenza cómo se hilaron argumentos para no castigar a tus asesinos, pero he visto también, cómo en Norteamérica misma, en Londres, en Roma, en París, en Madrid, han insurgido agudas voces de protesta contra el crimen abominable de que es objeto permanente tu raza. Tu muerte ha sido oportunidad para que muchos hombres y muchas mujeres hayan sentido como propia la injusticia de tu caso. La hora de tu muerte, ¡oh, Emmet Till!, ha coincidido con la resonancia de voces angustiadas que en los cuatro

vientos del mundo claman contra la soberbia de hombres y naciones poderosas, que siguen creyendo en la inferioridad de grupos humanos, a quienes para brillar en la Historia sólo ha faltado oportunidad de ascender por medio del bienestar y de la cultura.

Un Obispo católico, de evangélico tuétano, ha ordenado que no se diga Misa en una Misión de la Luisiana, porque los fieles rechazaron los servicios de un sacerdote negro. Se está haciendo justicia a tu raza, ¡oh Emmet Till! La Iglesia de Cristo ha tomado una vez más cartas activas en el problema espantoso de la discriminación autorizada por las leyes de Norteamérica. ¿Qué cristianos son esos que menosprecian la piel del sacerdote ungido de dignidad y de poder para transubstanciar en carne divina el blanco pan eucarístico? Si sus manos pueden realizar el milagro extraordinario de distribuir el Cuerpo de Cristo, ¿cómo no mirarlas en toda su albura mística? ¿Qué cristianos son esos que olvidan las virtudes de la gracia engendradora de criaturas nuevas e iguales, en quienes vive la plenitud de Cristo? No son en realidad cristianos, ¡oh, Emmet Till!, quienes no han abierto los ojos para mirar la blancura extraordinaria de las almas bañadas en las aguas de Cristo.

En el mundo protestante también se han levantado voces para protestar contra la injusticia de tu caso. Robert Bertrand, desde California, ha escrito que siente vergüenza de ser sudeño y protestante; todo a causa de la injusticia con que ha sido juzgado el crimen de que fuiste víctima inocente, ¡oh, Emmet Till! Los judíos han participado también en la protesta, hasta decir por boca de su Comité norteamericano "que el prestigio de Estados Unidos sufre extraordinariamente en el exterior" a causa de crímenes como el que te dejó sin vida, por haber puesto tus ojos cargados de deseo sobre una mujer blanca.

Cuando con palabras adoloridas consolé la pena de tu madre infeliz, no pensé, Emmet Till, que este crimen funesto llegase a promover la protesta universal que llena las planas de la Prensa del mundo. En el propio Parlamento norteamericano ya se habla de medidas coercitivas que obliguen a los Estados del Sur a variar su conducta hacia tu raza. Y ha sido tu muerte, ¡oh Emmet Till!, el toque de gracia que ha levantado la universal protesta. Tú, un pobre negro sin valor social, has alzado con tu

muerte esta tormenta de voces clamorosas de justicia para tu raza. Un pobre negro para el blanco engreído, que aún cree en el prestigio tornasolado de decrépitos linajes; pero, en cambio, un hombre, una criatura divinizada, un espejo de Dios, para quienes saben que los hombres somos todos iguales en el reino profundo y sagrado de la justicia natural y divina.

Cien años se cumplirán en breve de haber sido asesinado legalmente John Brown, por sublevar a los esclavos del *Deep South;* y aún resuenan las protestas que levantó su muerte. Víctor Hugo, el grande Hugo de la palabra encendida y centelleante, declaró en solemne manifiesto que era crimen mayor que el de Caín matando a Abel el de Washington matando a Espartaco. En ti, ¡oh, Emmet Till!, la venganza de los señores blancos ha asesinado a un descendiente del esclavo maravilloso. En tu carne inocente tus verdugos se vengan de ver libre a tu raza, pero, en cambio, tu sangre ha hablado como testimonio de la justicia debida al hombre negro; y cuando la sangre, como en tu caso, se hace mensaje del espíritu, ya no cesará de hablar hasta tanto se remedie la injusticia. Tu sangre, Emmet Till, ha entrado a ocupar sitio egregio en la historia solemne de los grandes sacrificios. Tu nombre, con el de John Brown, será esmaltado entre los nombres de las víctimas sacrificadas por la libertad de tu raza.

Ya, Emmet Till, en el orden de la vida y en el orden de la muerte, todo es para ti reposo y paz. Feliz para tu vida permanente fue la hora en que miraste con ojos de vehemencia contenida el rostro atrayente de una mujer blanca. Con despertar el odio baldío de los enemigos de tu raza, ganaste, sin quererlo y en contrario plano, una gran jornada para tu comunidad irredenta. Deseaste en vano una efímera sonrisa de mujer, y conquistaste, en cambio, ¡oh, Emmet Till!, la permanente sonrisa de la gracia...

Noviembre de 1955.

RESPONSO AL NIÑO DE HIROSHIMA

Sobre las espaldas cansadas de tu madre, escuálida y llorosa, entraste en Hiroshima, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, al día siguiente de haber caído sobre la infortunada ciudad la primera bomba atómica que dirigían los técnicos militares contra un objetivo humano. Tu pobre madre fue en busca de tu padre desaparecido. Nada intuía ella del riesgo tremendo que corríais ambos al penetrar en la ciudad devastada. Aquello ocurrió hace ya más de diez años. La guerra en que se decían comprometidos los llamados países democráticos –¡cuántos nos sumamos a ellos en espíritu!– estaba ya declinando. Era, sin embargo, preciso economizar tiempo. Urgía dominar con prisa al Japón en ruinas. En el secreto más profundo del Estado Mayor de los ejércitos estadounidenses se guardaba la peligrosísima bomba. Los técnicos y los políticos creyeron llegada la hora de utilizar su terrífica potencia y con rapidez satánica fue lanzada sobre tu pobre ciudad, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!...

Diez años han corrido desde la hora infausta que dejó sembrada para siempre la desesperanza y el pavor en el corazón de los hombres. Aquel día comenzó para ti un vivir estrecho; ya no hubo hogar ni alimentos suficientes. Tu pobre madre duplicó el quehacer de donde provenía la parva ración. Tu salud fue menguando lentamente como consecuencia de las radiaciones de la bomba funesta. La palidez de tu raza se hizo más intensa sobre la piel reseca y anémica. Mientras tu cuerpo se espigaba, ojos avizores miraban cómo en ti no crecía la vida, sino la muerte. Tu sangre empobreció en elementos eficaces para luchar contra las partículas mortíferas, y lentamente, sin nada que recordase la prisa de la

muerte, te apagaste como llama que enflaquece y se duerme en la minúscula pavesa.

Cuando parecía cerrado un ciclo prescriptivo en el recuerdo de los hombres, la Prensa anuncia tu muerte tardía, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi! Contigo vuelven a aparecer en la memoria de todos los hombres y de todas las mujeres del mundo las doscientas mil víctimas de la bomba de Hiroshima. Meses apenas contabas cuando el horrendo asesinato. Junto con la leche materna bebiste las emanaciones de uranio que terminaron por matarte también, como a tu padre, como a tus hermanos, como a todas las familias de tu ciudad desventurada. Diez años después del desastre cierras tú los ojos para testificar eficazmente con tu muerte tardía la enormidad del crimen perpetrado por Robert Lewis, en cumplimiento de órdenes dictadas por el Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos del Norte. ¿Crueldad, imprudencia, vesania? El asesinato del 6 de agosto de 1945 no solamente destruyó la vida de tu gente y la tuya propia, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!; destruyó, además, y por siempre, toda esperanza de seguridad material para el futuro del hombre. A luego de Hiroshima y Nagasaki, los jefes de gobierno de los países vencedores anunciaban llenos de ufanía, el final de la llamada Segunda Guerra Mundial. Ese día, en cambio, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, comenzó esta terrible y espantosa tercera guerra fría, cuyo prólogo sin más mantiene en permanente pánico la conciencia de los hombres pacíficos. Tan atroz es el recuerdo espantoso de la bomba con que fue destruida tu ciudad nativa y que, a diez años de distancia, te deja hoy sin vida, que sobre su amenaza se mueve una guerra más cruel y más destructora que las antiguas aventuras de los capitanes, cuyo fue el oficio de asolar llanuras y collados para vengar el honor de un rey o para doblegar la altivez de una torre enemiga.

Nada hiciste, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, para merecer semejante agonía. Cuando la desgracia descendió del cielo invadido por las aves apocalípticas de la destrucción, apenas comenzabas a sonreir. Tus ojillos oblicuos no estaban aún del todo abiertos para la contemplación del paisaje amable de la vida. Tus ojillos de almendra diminuta sólo habían tropezado con la risa maravillosa de tu madre enamorada. Un signo extraño te ha unido, en cambio, a la Historia del Mundo. Con tu nombre,

lo mismo que con el nombre desafortunado de Robert Lewis, comienza la aventura de la desesperanza de la paz. Quienes te sobrevivimos nos angustiamos cada día ante la seguridad de que jamás retornará la paz en el campo internacional, mientras las grandes potencias insistan en almacenar, como se almacena trigo para el hambre, bombas semejantes –y aún peores– que la bomba lanzada sobre tu desgraciada ciudad.

Diez años luchaste con la muerte, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, hasta cerrar para siempre tus oblicuos ojillos de almendra. Diez años hace que luchan contra los fabricantes de guerra los hombres que anhelan un compromiso pacífico en el orden de las naciones, y por nada se anuncia la hora de la razón y de la concordia. El hombre parece destinado fatalmente a proseguir su existencia de temblor y pavor. O sosiega en la plegaria silenciosa, que le aísla del mundo atormentado; o se aturde en el festín de la riqueza, engendrada al amor de las propias empresas que alimentan la devastación: hierro, cobalto, petróleo, uranio, estaño, plomo, carbón, celulosa. Todo ha caído en el área de Marte. Aun la fina seda de Oriente, la suave, crujidora, iluminada seda de los quimonos historiados de mandarines y de gheisas; la seda magnífica, producida en ejemplar silencio por el humilde gusano de destino pacífico; la seda de suntuarios usos antiguos, ha caído en el radio funesto de la estrategia y se la utiliza para fabricar los paracaídas, que convierten los anchos cielos en perverso vientre de caballos troyanos. Junto con las bombas mortíferas caen, también, del cielo hombres armados de metrallas para la sorpresiva destrucción de otros hombres.

Ese es, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, el maná que desciende de los cielos conquistados por los hombres modernos. El cielo ha sido despoblado de arcángeles y ocupado por los aviones de guerra. Afortunadamente esta ocupación no ocurrió antes de la era cristiana. En un firmamento vigilado por los espías atómicos y por las antenas de radar, habría hallado cerradas las rutas de su viaje extraordinario el Angel de la Anunciación. Tendría, en cambio, más congruencia el mundo. Lo que hoy vemos, ¡oh, Yochito Kiyomi!, es la negación absoluta del Misterio de Amor que anunció a María el mensajero divino. Algo, en realidad, sobra en el orden del mundo presente de los hombres: o las bombas funestas o la caridad de Cristo. Tú, ¡oh, infeliz Yochito Kiyomi!, te has

librado de la angustia de vivir en un mundo sin amor. Con tu muerte lenta y cruel has ganado la libertad y la igualdad de que se decían defensores tus verdugos. Gozas la igualdad y eres ya libre en el mundo superior de los espíritus, y eres, en el mundo cruel de los hombres, tan libre y tan igual como los demás cadáveres que evolucionan hacia el polvo de lo inexistente. A la par de tu cuerpo, el alma luminosa que brillaba en tus oblicuos ojillos de almendra, ya ganó la paz verdadera, única posible en un mundo que ha dado espaldas al amor, para seguir con alegría diabólica las consignas del odio...

Madrid, enero de 1956.

RESPONSO CON LUCES PARA DON GNOCCHI

Seguramente, ¡oh, maravilloso y tierno Don Gnocchi!, has alcanzado ya el sosiego que tu grande espíritu perseguía en vano a través de este cruel, insensible, despiadado mundo de los hombres. Los niños que te han hecho corro cuando llegaste al Cielo, tienen todos intactos los brazos, las piernas y las alas. Ya no verás jamás el espectáculo espantoso de niños mutilados, que diariamente te ofrecía un sistema de vida social, cargado de dolor, de miseria y de venganza. Feliz fuiste mientras ejercías el manso ministerio de sacerdote de Cristo en tu iglesia milanesa de San Pietro in Sala. Con voz dulce y persuasiva enseñabas a los niños la doctrina del amor cristiano. Con palabras ágiles, sencillas y suaves les explicabas cómo Jesús tomó carne, si bien exenta de culpa, tan frágil y dolorosa como la nuestra, para alcanzarnos la redención de los pecados. En el espíritu de los niños promovías el amor y la entrega a ese Jesús bueno que bajó del Cielo para ganarnos libertad y decoro, y les decías, con esforzada claridad, cómo dicho amor no se realiza por medio de alambicados discursos y lucidas prácticas litúrgicas, empero sabiéndole hallar humilde y ansiosamente en la persona del prójimo que camina con nosotros el mismo camino de la vida diaria. Entre los inocentes y alegres pequeñuelos, tu vida discurría con la esperanza de que el Evangelio terminaría por abrirse vías francas al empuje de los piadosos niños a quienes tu doctrina vestía la túnica alba de los nacidos en Cristo.

Después, ¡oh, pavor de la realidad acerba de los odios!, te tocó la dura y cruel misión de acompañar como capellán a los ejércitos italianos que salieron a guerrear en Grecia y Montenegro. Tu palabra, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, fue como almohada blandísima donde sosegó la

agonía de los soldados moribundos. En el cuadro de aquella guerra, atroz e injusta, como son las guerras, tu presencia entre la tropa era como la blanca paloma del mensaje pacífico en medio del fiero festín de los cuervos y las hienas. Fuiste la paz y la esperanza que aquietaba el ansia de los heridos agonizantes. Entre el tableteo ensordecedor de las metrallas y bajo el ruido siniestro de los aeroplanos que vomitaban mortíferas bombas, tú eras la promesa de la sola bondad que podía reinar en el futuro de los hombres enceguecidos por los odios. Tú anunciabas el Mensaje de la seguridad cristiana a hombres ya asomados al precipicio final. La locura de la guerra contrastaba con la misión de paz de tu palabra. En medio del Infierno fuiste la propia y extraña presencia de Cristo.

Si a la guerra habías ido con sublimado espíritu cristiano, de la guerra regresaste transfigurado en la propia Caridad. La experiencia directa del dolor promovido por los odios de los hombres, te movió a aguzar aún más tu vocación piadosa. A la patria vencida regresaste con la memoria doliente de los soldados caídos. El parte frustrado de la ansiada victoria, fue sustituido por la copia de lágrimas que tú recogiste en el cuenco agigantado de tu corazón paternal. Uno a uno fuiste visitando los hogares de los hombres sin retorno. A las familias aflictas te sumaste como una amorosa voz fantasmal. Eras en medio del cenáculo de los dolientes como la presencia tibia y dulce de los ausentes definitivos. A los padres llorosos y a las viudas sin consuelo fuiste relatando, como un sueño entenebrecido, los momentos finales de los seres amados. Removidas por la fuerza del relato las capas del recio dolor, de nuevo lloraron los padres, ahora desasistidos del amoroso báculo del hijo; de nuevo lloraron las viudas, condenadas a sola la compañía de las sombras en el lecho de amplitud baldía; lloraron, también, de nuevo salobres lágrimas las novias, que vieron marchito antes de abrirse el azahar de penetrante aroma. En cambio, ante tus reconfortantes y unciosas reflexiones, cómo supieron novias y viudas y padres trocar con resignada dulcedumbre el amargo vacío que en sus hogares tristes produjo el odio enloquecido de los hombres.

Con tu fácil palabra cargada de esencias cristianas, curaste, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, la herida interior que laceraba a los deudos

de los soldados desaparecidos. Tu discurso tuvo eficacia samaritánica para que sanasen los dolientes entristecidos y aun para que brillase sobre las tinieblas del dolor la luz suave de una fe acrisolada por la resignación y la paciencia. Extraordinario fue el poder de tu verbo amoroso para realizar la obra de reconstrucción del mundo abatido de los hombres y de las mujeres que habían esperado en vano el regreso de los seres amados. Pero, ¿cómo reconstruir la arquitectura destrozada de tantos y tantos niños que habían recibido sobre sus cuerpos inocentes y frágiles el impacto feroz de la guerra? Si las víctimas incontables de los campos de guerra crispaban aún las conciencias más duras, qué terribles reacciones no producía la desgarradora presencia de estas tiernas y absortas víctimas civiles de la inhumana tragedia. ¿Cuál participación habían tomado estos inocentes y asombrados niños, de bellos rostros y rizos suaves, en la lucha satánica que dejó a unos sin el lirio de los brazos, a muchos sin el gajo de las piernas, a otros sin el lucero de los ojos? ¿Dónde ahora el hogar y los padres que abrigasen y atendiesen a estas criaturas desvalidas? El abandono y la miseria eran la sola respuesta que hallaba la súplica desfalleciente de los niños infelices. La guerra no sólo les había dejado sin techo y sin padres, pero, además, habíales destruido la propia y sagrada integridad de sus finos cuerpos dolorosos.

Frente al abandono y la orfandad de los niños azotados por la guerra, sentiste, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, la plenitud absoluta de la paternidad cristiana. Embriagado del mosto de todas las esencias de la caridad de Cristo y advertido por la luz de la gracia de que tus manos y tu lengua no eran ya tuyos, sino meros instrumentos del Padre Todopoderoso, te entregaste con febril entusiasmo de apóstol a la obra extraordinaria de abrigar, de alimentar, de remendar, de educar y de alegrar a los niños dañados por la hecatombe. El mundo de Europa y el mundo de otros continentes supieron luego de tu labor ejemplar a favor de los niños destrozados por la guerra. Ya no se te llamó Don Gnocchi, ni Don Carlo, sino en lengua alada se te nombró "El Angel de los niños". ¡Qué bien y hábilmente supiste desatar las ataduras de la carne pecaminosa, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, para ganar en la vida terrestre los atributos de los ángeles. No se te veían las alas, pero donde tú entrabas se respiraba el aire de un mundo seráfico. Los niños de tus hospicios llegaron a no necesitar ni drogas ni golosinas. Con verte, ya curaban los

dolores y sosegaban las penas. Bastaba que tú les mirases con tu dulce mirada paternal o que sobre ellos dibujases la cruz de tu santa bendición, para que la alegría brillase de nuevo en el rostro de los pequeñuelos.

Se borró tu nombre humano, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, y ya sólo se te llamó por grandes y pequeños "El Angel de los niños". Angel bueno y luminoso como el ángel que anunció a María la maternidad divina, como los ángeles que avisaron a los pastores de Belén al nacimiento del Señor, como el ángel que consoló a Cristo paciente en la noche terrible de Getsemaní. Angel. ¿Qué título mayor puede aspirar un hombre? Serafín fue llamado el bueno y dulce Francisco de la perfecta alegría, porque, como tú, se convirtió en foco de amor para todo lo que fuese frágil y pequeño. Angel de las Escuelas se llamó a Tomás de Aquino, porque a la pureza de la vida, unió el destello de una luz acusadora de su claro conocimiento de la Verdad Eterna. Serafín el que se hizo pequeño para amar mejor; ángel el que recibió el secreto de la luz increada. Sin estigmas y sin soles, tú también ganaste el tratamiento reservado a los grandes espíritus para la hora en que se desvisten el arreo de la carne pecadora. Angel te llamaron los niños, los obreros, las madres, el hombre común que tiene sentido para intuir los rastros que en el mundo de abajo dejan los enviados del Señor.

Lleno aún de posibilidades para vivir, la muerte minó tu cuerpo robusto y te hizo sentir la angustia de abandonar tu misión protectora cerca de los niños sin fortuna. Cómo debiste sufrir, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, cuando advertiste que tus manos generosas se tornarían rígidas e inútiles para servir a los pequeños, cuando supiste que tus pies andariegos en pos de auxilio para tus fundaciones, quedarían inmóviles para siempre, cuando tuviste la seguridad de que en breve tu lengua ya no sería eficaz para ablandar el corazón de los poderosos de quienes solicitabas ayudas para tus hospicios infantiles. Rápida, una luz generosa iluminó tu sentido de darte, y te hizo ver cómo algo tuyo, algo de tu cuerpo condenado a ser podre, podía sobrevivirte. Tus dulces y luminosas córneas podían ser implantadas en los ojos ciegos de algunos de tus niños. ¡Cómo holgaste, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, cuando descubriste que después de tu muerte física podías seguir viviendo en la luz de unos ojos de niño!...

¡Oh, mundo inhumano, contradictorio y falaz! Cuando tu alma volaba a reunirse con los otros ángeles, los hombres del Derecho hacían achacosos reparos a tu legado cristianísimo. No se podía lícitamente verificar –decían algunos– el trasplante de tus córneas a los ojos ciegos de los niños. También los fariseos invocaron no sé qué rúbrica de la Torah, para impedir que Jesús curase enfermos en los días sábado. El pueblo egregio, que instituyó en tiempos de paganía el generoso y elástico edicto pretoriano, para aligerar con su fórmula el rigor de las XII Tablas, ese mismo pueblo que ha dado al mundo actual juristas del tamaño de Del Vecchio y Carnelutti, cuenta, sin embargo, amañados cernidores de anís y de eneldo, que querían aplicar al caso tuyo torcidas normas que dificultan convertir los tejidos muertos en tejidos vivos. Pudo más, empero, el justo empeño de que fuera ejecutado tu espléndido legado. Manos de doctores expertos trasplantaron las córneas de tus ojos sin luz a los ojos ensombrecidos de Silvio Collagrande y de Amabile Battistella, niños mutilados, a quienes ya tú en vida habías comenzado a restaurar sus cuerpos.

Volaste al Cielo, ¡oh, maravilloso Angel de los niños!, pero material y físicamente quedaste en la tierra por gracia del amor. Demás de las obras magníficas que iniciaste a favor de los niños mutilados, demás del recuerdo estupendo de tu apostolado generoso, has quedado vivo en la luz de los ojos de dos de tus pequeños protegidos. Vivo en la luz espléndida que contrasta con la obscuridad que provocan el puñal, el fusil, las bombas, las ametralladoras, las cárceles, dirigidos por hombres enceguecidos, que ordenan sin juicio la muerte, la prisión, el vejamen y el destierro de otros hombres, sólo para satisfacer un insaciable instinto de crueldad y de venganza. Tú, en cambio, ¡oh, maravilloso Don Gnocchi!, has dejado luces vivas en los ojos de dos niños, que bendecirán tu recuerdo con palabras perennes. Cuando ya te acercabas al goce sin velos de la visión de Dios, quisiste que la luz de este mundo iluminara por medio de tus córneas generosas las tinieblas de dos vidas infantiles. Mientras tu alma se gozaba con la presencia de Jesús y de los ángeles, tus ojos muertos, vivificados por el inmenso amor que enardeció tu espíritu, alumbraban en la tierra la obscuridad antigua de dos pequeños ciegos...

¡Oh, dulce, tierno, maravilloso Don Gnocchi! Tu vida útil la dedicaste a reparar la deficiencia física de los niños mutilados por la guerra, ayuda hoy, con la gracia que has ganado por tu inmenso amor, a que los hombres todos puedan rehacer la maltrecha arquitectura de sus almas, y haz, sobre todo, el milagro de que aquellos que se dicen cristianos miren a Cristo doliente en la persona de los otros hombres, que con ellos caminan el mismo camino doloroso hacia la muerte. Préstales tus córneas, ¡oh, maravilloso, tierno y dulce Don Gnocchi!...

Madrid, 23 de abril de 1956.

PALABRAS PARA ALIVIAR A VICTOR RIESEL

Nueva York, 5.– El periodista Víctor Riesel, que el día 6 de abril fue atacado por un desconocido, que le arrojó ácido sulfúrico al rostro, ha quedado ciego, según informan los médicos que han tratado por todos los medios de salvar la visión del periodista. Víctor Riesel se ha caracterizado siempre por su elevado concepto de la misión que desempeñaba como informador, y ni las amenazas graves que le hicieron sus enemigos lograron desviarlo de su objeto.– "ABC", mayo 6 de 1956.

Hoy, domingo de luminosa y riente primavera, la prensa me ha ofrecido una sombría noticia. Has perdido, ¡oh, Víctor Riesel!, y para siempre jamás, la gracia maravillosa de la luz. Tus ojos han quedado ciegos, como consecuencia fatal del ácido corrosivo que arrojó sobre tu rostro uno de los gángsteres cuyas fechorías denunció tu palabra moralizadora.

Desde los más obscuros y bárbaros tiempos del hombre, innúmeros han sido los mártires que cuenta la libertad de expresión. Patíbulos, hogueras, cárceles, potros, garrotes, horcas, hachas, puñales, han quitado vida y libertad a hombres que se atrevieron a decir la verdad a los poderosos o que avanzaron a publicar doctrinas, teorías y conceptos contrarios a la verdad impuesta por los sistemas vigentes. Entre todos los pecados del hombre, pocos tienen la resonancia lamentable de la arbitraria presunción a que lleva la idea de quienes se sienten con derecho para obligar a los otros sus creencias y sus juicios. Olvidados de que Tertuliano en el siglo II dejó dicho que es de derecho humano y de derecho natural que cada quien adore lo que a bien tenga, las hogueras convirtieron en ceniza a millares de hombres desviados de la fe oficial,

mientras las cárceles y las playas extrañas siguen colmadas de sujetos con sólo el crimen de diferir del modo de juzgar los poderosos.

Tu caso, ¡oh, infeliz Víctor Riesel!, adquiere una dimensión singular en medio de los numerosos atentados que en el mundo se cometen diariamente contra los hombres que dicen la verdad. Tú has luchado abiertamente contra una de las tantas formas de gangsterismo que han hecho presa en el sistema social presente. Si se tratase de una liza honesta, se te pudo haber atacado con los mismos instrumentos por ti empleados en tu lucha moralizadora. El bárbaro, en cambio, buscó tu rostro para apagar tus ojos. Su fin era cegarte. Su empeño era quitarte la luz que ilustraba de material luminosidad el campo de tu vida. No pensó, sin embargo, el criminal en que te dejaba la luz de adentro. Que te dejaba intacta la luz del corazón. En la primitiva fraseología de los cristianos no cursaba la palabra conciencia. Hablaban San Juan y San Mateo de corazón y de luz interior. El corazón y su luz maravillosa te han quedado en condiciones de mayor potencia irradiante. Si antes veías el mundo de fuera y te alegrabas con los árboles, con los pájaros, con las nubes, ahora tu fiesta es de silenciosa luminosidad ojos adentro. Seguirás viendo con la misma intensidad con que la cieguecita de Arizona miró los tétricos resplandores de la primera bomba atómica, ensayada a cien kilómetros de su contorno inmediato. El fuego de fuera, el incendio devastador que destruye conciencias y aniquila ideales, continuará llegando hasta tu mundo, secreto en la voz de quienes han hecho consigna indesviable de trabajo declarar la injusticia y la corrupción que corroen el cuerpo doliente de una sociedad enloquecida por las más aberrantes deformaciones del entendimiento y de la voluntad.

El gángster que arrojó sobre tu rostro el ácido necrosante, llevaba en su ánimo, ¡oh, infeliz Víctor Riesel!, la misma impronta moral (y que me perdone el vocablo tan desapropiado uso) de los miles y miles de gángsteres que no han podido subir aún a la rectoría de la sociedad. El bárbaro que te atacó es, sin embargo, un gángster de frescura selvática: impulsivo, sin reflexión, audaz. Fue directamente contra ti con sus propias manos. No había llegado al estadio de los gángsteres ilustres, que disponen de periódicos para calumniar y vejar a sus enemigos y para envenenar las más puras vertientes donde abreva ideas y recibe normas

de conducta el hombre común. Tampoco estaba asociado con los poderosos que tienen a su disposición organizaciones terroristas, capacitadas para hacer desaparecer sin huella alguna a los hombres libres que censuran sus desafueros o que gozan de medios para ordenar con precisión indesviable el asesinato y el atropello de quienes contradicen las intenciones aviesas de las organizaciones y los sistemas que aquéllos dirigen.

El gángster que te atacó no era en realidad un gángster de calidad. Era apenas un vulgar elemento adiestrado en los métodos del atraco deslucido, que practican los ladrones de bancos o los vendedores de marihuana. No pertenecía a esas poderosas asociaciones gansgteriles que en un momento dado pueden cortar el suministro eléctrico a una estación televisora o suprimir el papel a una empresa editorial. Menos es imaginable que tuviera relaciones con esos elegantes, finos, solemnes gángsteres, de blancos y pulidos guantes, que llegan a influir poderosamente en los cuadros de la política de las naciones y que, con humos de estirada y hueca reflexión, califican de terroristas, de anarquistas y de gente peligrosa a hombres honestos que, como tú, denuncian el tremedal de vergüenza donde asientan reputaciones y conductas erigidas en fuerzas rectoras de los pueblos. El grupo de gángsteres en que actúa el criminal que cegó tus ojos, no posee influencias capaces de insinuarse con la discreta reptación con que obran quienes han llegado a poner el propio veneno en los vasos sagrados de los templos y han llegado a susurrar consejos pérfidos en los oídos incautos de candorosos servidores del altar. El criminal que te atacó se sintió empujado, más por las voces bárbaras de la jungla y por el eco del hampa irritada, que por la disimulada prudencia con que contrabandistas, traidores y vendepatrias saben aparentar interés y celo por los propios valores que destruyen con su execrable conducta.

Te cerró el infame, ¡oh, infeliz Víctor Riesel!, los caminos de la claridad por donde te mantenías en comunicación con el mundo exterior; mas, en cambio, te pulió las vías profundas del reino interior y dio a tu palabra una categoría extraordinaria en el área de las realidades. Aquellos padecen cárceles, éstos sufren destierros, esotros han sido callados para siempre al temor de la inminente represalia. A ti se te trató con crueldad

esquiliana, pero se te convirtió en símbolo, medio sombra y medio luz, de la hora tremenda que vive la libertad.

En el momento presente del mundo la libertad de información y de opinión está amarrada al orden económico. La Prensa se ha convertido en una actividad que más mira a los provechos de las empresas editoras que al fin de educar implícito en la categoría ontológica de la palabra. A veces, como en tu caso, se hacen en el orden de la publicidad resquicios favorables a la emisión de líneas directivas que contradicen bastardos intereses de grupos. Como para dar la impresión de que nobles ideas mueven a las empresas, grandes diarios y hermosas revistas del mundo dedican columnas a la exaltación de los principios de la justicia, del orden, de la libertad y de la paz; pero la estructura general de la mayoría de los periódicos es acondicionada en la mesa de los administradores más que en el severo escritorio de los directores. Los periódicos –ya en tinta, ya en el aire, ya en la luz de las pantallas– son empresas y no cátedras. Son negocios y no voces consagradas al servicio de la colectividad. Una torcida interpretación del concepto clásico de la libertad ha dado a la noticia el sitio que ayer ocupó la idea. La noticia es la materia prima del negocio de imprenta. Hasta se ha invocado un deforme derecho de informar sobre los pormenores del crimen y del vicio y aun de la vida privada del hombre, a fin de tener atenta una viscosa conciencia colectiva, que ya no huelga sino con la insolencia vergonzosa. Al lado de esa mayoritaria conducta, perduran, empero, voces claras, discretas, honestas, que buscan dar cumplimiento a la misión específica de la Prensa. Quedan, sí, en el mundo diarios egregios que siguen siendo faros que ilustran el camino de la sociedad.

No se resignan a la ruina moral de la vieja institución periodística y hacen acto de presencia en el foro de la publicidad, con palabras encaminadas a servir a los hombres. Este grupo, en cambio, está expuesto a mil torturas, como lo prueba tu dolor y como lo testimonia la amenaza que respiran los periodistas honestos.

Lamentablemente, ¡oh, Víctor Riesel!, esa virtud que es decoro de tu vida, se paga a precio altísimo. Los hombres libres y responsables, que asumen la función de dirigir mensajes educadores a los pueblos, son,

como tú lo has sido, víctimas inmediatas de los grupos poderosos, que buscan mantener en ignorancia al público que explotan o al público distante que engañan. Alto el precio, con él se paga, como lo has pagado tú, el derecho de ser señalado por apóstol de la palabra orientadora del pueblo y por juez severo, adelantado a denunciar uno de los tantos manaderos de la corrupción social. Ciego para las rutas materiales del mundo, te has convertido en símbolo de una luz mejor que la luz cotidiana de que están hoy privados tus ojos. Los hombres estarán obligados a mirar en ti una conciencia luminosa de libertad y de deber. Mientras con paso incierto deambules entre sombras por los caminos materiales de la vida, la gente te mirará pasar como si en realidad fueses una altiva, orientadora, generosa columna de luz...

Madrid, mayo de 1956.

RESPONSO AL JUEZ DESESPERADO

Cuando ocurrió tu lamentable suicidio, ¡oh, malogrado juez Giuseppe Manfredini!, la nube de una espesa duda había obscurecido totalmente el campo de tu reflexión y de tu voluntad. Aunque planeaste con aparente frialdad el hecho trágico, no eras ya señor de tus actos. Eras un enajenado. Habías entrado ya en la tiniebla indeterminada de quienes viven fuera de sí mismos.

Desde los años juveniles en que acompañaste a Piero Gobetti en la fundación del movimiento intelectual llamado en los anales de la cultura italiana "adhesión creadora a la Historia", mostraste una férrea devoción por el orden del deber, en el cual viste una expresión del orden del ser, del orden del bien y del orden de la verdad. Creíste en la justicia como un valor soberano, mas llegaste a considerarla un mero producto racional de la sociedad organizada y no expresión objetiva de la ley eterna que rige el ser, el bien y la verdad de la vida. Tu suicidio lamentable colinda con la actitud de Sócrates frente a la muerte. El gran filósofo se sabía víctima de los jueces, mas rehuyó la posibilidad de escapar que le ofrecieron los discípulos solícitos. Se sentía Sócrates condenado contra todo principio de justicia, pero consideraba que huir la pena constituía un irrespeto sacrílego a las leyes de la ciudad. Para él era preferible la muerte a la violación de la ley. Para ti el deber llegó a constituir, también, una suerte de religión. Una especie de Moloch sin entrañas. Para ti la ley adquirió dimensiones de Biblia y de Dogma. Sólo tuviste en tu vida de juez el afán de aplicar los principios legales en forma perfectísima. Cuando a la Corte de Turín subió el proceso incoado contra el Profesor Carlo Migliardi, juzgaste que el célebre químico había

sido condenado erróneamente en primera instancia. Cuando los jueces de alzada se limitaron a reducir la pena, no pudiste dominar la idea de estar en falta con la justicia, en razón de no haber rendido los colegas a tu tesis absolutoria. "No soporto la idea de haber condenado a un inocente", escribiste en el billete que, como explicación de tu muerte, dejaste junto al retrato de Piero Gobetti, que servía de *palladium* en tu estudio.

Entendiste que habías faltado a la justicia de la ley cuando dejaste de imponer en la mesa de tus conjueces el criterio absolutorio, y juzgaste, por una consecuencia fatal, que debías expiar con tu propia vida tu imaginario pecado. Así no se alabe, ni se recomiende así la fatal solución que diste al problema de tu duda, ¡oh, malogrado juez Giuseppe Manfredini!, es tónico y educador mirar hacia las profundas motivaciones ontológicas que sirvieron de germen al paso de tu locura. Si una rígida moral atea extendiese la severidad de sus normas hasta obligar a que se quiten la vida los jueces que falten en sus sentencias a los principios de la justicia, ya estarían despobladas muchas curules magistraticias. Es absurdo pensar en la licitud de tu conducta final, pero es necesario alabar y ponderar hasta lo sublime el espíritu de celo que animaba tu proceder de dispensador de la humana justicia.

Mártir laico de una obcecación de justicia, tu nombre será recordado en los anales judiciales como testimonio desviado de un tremendo sentido de responsabilidad. "Fácil es ser juez; difícil, en cambio, hacer justicia", repetías con frecuencia en rueda de amigos. Tu íntegra vida estuvo consagrada a administrar justicia. Entre la trama literal del Código buscabas empeñoso los resquicios por donde pudiera llegarte la luz necesaria para iluminar la verdad debatida en los procesos. Pero, cuando más necesitabas luces, de las apiñadas letras del Código se fueron levantando densas tinieblas que terminaron por obscurecer tu juicio, ¡oh, infortunado juez Giuseppe Manfredini!

¡Cuántos enloquecen frente al verde tapete donde jugaron la suerte de la familia! ¡Cuántos perdieron el sentido cuando ganaron la certeza de que sería puesta en evidencia la indebida apropiación de los fondos confiados a su guarda! ¡Cuántos cayeron en locura cuando se supieron sorprendidos en la operación que entregó al enemigo los planos de la

defensa de la Patria! En la fraseología del alto mundo social, el suicidio en que desembocaron aquellos casos ha sido calificado como testimonio de un seruendo honor, más que como real testimonio de cobardía ante la presencia de la culpa indesviable. Tu caso rompe el móvil común de aquellos desenlaces. Tu lamentable suicidio no acusa miedo frente a la sociedad, sino razonadora locura que desatinó la palabra que descargase a tu alerta conciencia del reato imaginario de una falsa culpa.

Si en verdad es condenable el acto que remató tu sombría tragedia interior, en cambio la delicadeza, el escrúpulo, la sensibilidad de tu espíritu de juez merecen un recuerdo honorable. Enloqueciste cuando llegaste a la falsa convicción de haber cometido una injusticia. ¿Qué pensarán de ti aquellos magistrados que han hecho sistema del ultraje a la justicia? ¿Qué dirán de ti los graves jueces que vendieron el patrimonio nacional a cambio de una vil pitanza? ¿Qué pensarán de ti quienes huelgan con el injusto dolor de sus víctimas? ¿Qué dirán de ti los ensoberbecidos que se declaran sin ánimo de clemencia y sin afán de rectificar posibles errores? ¡Oh, infortunado y generoso juez!, ¡cómo resalta la severidad de tu conciencia ante el crimen realengo con que los hombres infelices tropiezan en los caminos del mundo! En un momento sombrío de la justicia universal, tu locura, a pesar de las penumbras que hicieron presa en ti, aparece como testimonio paradojal de una luz que se quiebra, desgraciadamente, en desequilibrados espectros, capaces de desviar la gravedad de conciencias tan sensibles como la tuya.

Duele, también, pensar que tu caso excepcional sea tomado por una suerte de mentís tremendo a la propia justicia. Espanta imaginar que los enemigos de la justicia den curso a la idea de que quienes se esmeran en ser justos pueden caer en precipicios de desesperación como el que tú pisaste, mientras huelgan y ríen aquellos que no tuvieron enfado ni en burlar el grave ministerio de las leyes ni en pisotear la dignidad de la criatura humana. Contradictorios los hechos, sirven, sin embargo, para que se exalte la pasión del juez que enloqueció cuando, al tratar de medir la dimensión del delito juzgado, creyó haber confundido la encina con el lentisco. Si el hecho fatal acusa en ti ausencia de discernimiento escatológico, prueba, en cambio, un esmerado concepto del deber que atañe a los encargados de administrar la justicia. Tras la sombra molesta

de tu suicidio precisa descubrir la lección angustiosa del magistrado que sólo tuvo por norte servir la noble causa de la justicia. Fiel discípulo del Estagirita, supiste que "ni el Héspero ni el Lucero brillan con fulgores tan lúcidos" como la virtud de la justicia. Tal fue tu devoción por la luz de lo justo, que llegaste a perder el sentido de la proporción de las propias sombras que dan relevancia a los cuerpos lumínicos. La claridad llegó a ofuscarte hasta el punto de que enceguecierа tu mirada interior y de que fuera en tiniebla apretada donde discurriese tu última reflexión sobre la justicia. Tú, el juez inmaculado; tú, el magistrado sin achaques; tú, el sentenciador ecuánime, te volviste contra ti mismo y te creíste responsable de un delito fantasmal, para cuya purga nada encontraste más recomendable que tu propia muerte..

Mientras agonizabas junto al hornillo del gas, tu pensamiento pudo alcanzar la luz del final arrepentimiento. Meditaba Santa Teresa de Jesús sobre la suerte de honesta persona amiga, que se había lanzado desde un puente a las aguas del Tormes sonoro. A la Santa preocupaba el destino de aquella alma desesperada, y la meditación del caso la llevó cada vez a una mayor intensidad interrogante. Sosegó la inquieta Doctora cuando en su interior escuchó una voz que le decía: "Entre el puente y el río hay espacio". Tal vez, también, tú aprovechaste el espacio temporal que tardó en irse la vida de tu cuerpo asfixiado, para ganar, en una última reflexión de arrepentido, la gracia del perdón divino.

Me place, ¡oh, malogrado Giuseppe Manfredini!, imaginarte en compañía de los Justos que pueblan el Empíreo. Tu devoción a la justicia, tu empeño por hacerla llegar como partícula de luz a la vida doliente de los hombres, se compadece con la idea de tu arrepentimiento y de la gracia alcanzada en medio del estertor agónico. A favor tuyo ha podido intervenir Daniel, con la misma elocuencia con que supo defender a Susana de la perversidad de los lascivos jueces. Tú fuiste el Juez. Tú, fuiste, en realidad, una de las piedras resistentes sobre las cuales descansa la sillería de las repúblicas. No hay libertad, ni hay derecho, ni hay vida social allí donde la voz templada del juez no prevalece sobre la voz airada de autoridades que se creen dueñas de la vida, de la libertad y de la honra de los ciudadanos. Tú llegaste a ser la exaltación humana de un ánimo de justicia que, en extremoso afán de integridad, rompiste tu

propia voluntad. Fuiste como cuerda finísima que de puro tensa para la nota perfecta dejase, al reventar, inconclusa la frase definitiva. Seguramente, tu espíritu compungido en el salvador minuto final que te acercó a la Eternidad, goce la paz de los justos y haya logrado tratamiento canónico en otra cuerda más alta para la frase musical soñada en tu anhelo de justicia. Amén.

Madrid, junio de 1956.

RESPONSO AL GENERAL JOSE MOSCARDO

Envuelto en blanca mortaja y con el rosario entre las manos yertas, tu cadáver, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, pudo ser tomado por el cadáver de un fraile. Ninguna diferencia existe, en realidad, entre un guerrero muerto y un penitente rendido. España, además, es país de santos, de poetas y de guerreros. Los santos, los poetas y los guerreros alcanzan un ápice común en la lucha que libran para ganar las escalas por donde suben a la eternidad. Eternidad de gloria en los anales del tiempo o eternidad de eternidades más allá de los vaivenes de lo pasajero. En el orden de lo nacional, el más grande de los capitanes de la reconquista es seguramente el santo Rey Fernando. En la categoría de los estadistas que dieron mayor contenido y más templada resistencia al Estado español, ocupa sitio preferente Francisco Jiménez de Cisneros, el recio franciscano que sobre el pacífico sayal antiguo vistió la agresiva armadura del Cruzado. En la jerarquía de los grandes milicianos que defendieron a la Iglesia de la herejía protestante, tiene lugar principal el antiguo Capitán que en Pamplona sufrió la baldadura de una pierna y que, en el silencio poblado de altas voces de la cueva de Manresa, ganó piernas descomunales para trepar a las cumbres aspérrimas donde se alzan los alegres castillos del dominio interior. No eran gente de ímpetus bélicos Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. Sus espadas fueron simples plumas de ganso, tajadas con el fino acero de la más recia fe y cebadas en la tinta milagrosa del amor a lo divino. Cuando la religiosidad decaía, fraile y monja se unieron para hacer la reforma de su orden y para armar la empinada escalera de cruces por donde el alma sube a los finos, secretos, maravillosos deliquios de la mística. Santo a su manera, poeta a su modo, guerrero a su estilo, Don Quijote resumió los ideales que definen

al español como hombre y como pueblo. "Desfacer agravios y enderezar entuertos" es misión comprensiva de los más puros y nobles y activos valores cristianos. Sea así intemporal en los anales de España, pese a parecerse tanto al alucinado aventurero del siglo XVI, Don Quijote luce sublimada la hombradía y afinado el espíritu que dan carácter al siglo de San Ignacio y de San Juan de la Cruz. Don Alonso Quijano vivió alzado sobre escalas semejantes a las que cantó con angélico estro el dulce carmelita. San Ignacio, en gesto de cabal caballero, se creyó por un momento obligado, como auténtico Quijote, a desafiar y rendir al moro insolente que se adelantó a negar la virginidad inmaculada de la Señora Santa María. En la vida de estos santos, de estos poetas, de estos caballeros, no se acierta a precisar dónde termina y dónde comienza la zona que les fija sus cualidades determinantes. En todo son ellos españoles, que es tanto como decir recios, abnegados, sufridos, caballerosos, soñadores. Sobre la realidad ambiente, se mueven por sólo el espíritu. Para ellos, primero que el vivir está el saber que se vive para bien morir.

No precisa una visión de bandería, ni un sentido claro de lo religioso, para entender y valorar la inmensa vocación heroica y el aguzado talante piadoso de quien, como tú, ¡oh, glorioso general José Moscardó!, al asumir la rígida inmovilidad del cadáver, pudiste ser tomado por los despojos de un añoso fraile, macerado por las duras penitencias. Fuiste hombre de fogosa fe cristiana. Encerrado en el Alcázar de Toledo –¡Toledo la imperial, donde resonó un tiempo toda la grandeza del alma española!– te sentiste Cruzado a la manera de Godofredo de Bouillón y de San Luis de Francia. Cuando más desesperaba la resistencia, cada vez menos segura por el acosamiento de los atacantes, la amorosa voz de tu hijo Luis –mozo de cortos años– te llegó a través del hilo del teléfono, para comunicarte, con toda la carga de angustia contenida en la palabra muerte, que de no rendir tú la fortaleza, el enemigo, que lo tenía por prisionero, le fusilaría irremediablemente.

La historia de España ya había recogido el vigoroso ejemplo de Guzmán el Bueno, mirando impasiblemente desde la torre del homenaje del castillo de Tarifa, cómo era asesinado su hijo de nueve años, cuya vida le ofrecieron los moros por precio de la rendición. Los romanos,

destinados a dar líneas perdurables y severas al Derecho, recordaban cómo Lucio Junio Bruto había confirmado la sentencia que condenó a sus hijos a la muerte, por haber atentado contra la república. Los griegos sintieron admiración sombría por el intento de sacrificar Agamenón a su hija Ifigenia, como oblación propicia para ganar de Diana el favor que salvara a la flota amenazada por los vientos. La Sagrada Escritura nos cuenta, en versículos de tetánico temblor, cómo Abraham no dudó en sacrificar a su hijo Isaac, cuando así lo pidió Yehveh como prueba de sumisión y de respeto. Guzmán el Bueno, Bruto, Agamenón, Abraham, te precedieron, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, en el ejemplo de la terrible decisión de permitir que pereciera la vida en flor del hijo antes que dejar incumplido el altísimo deber en que estaban envueltos ora el honor del guerrero, ora la voluntad del español, ora la obediencia del creyente. Sois todos a una héroes de la impavidez que sabe domar el pavor que bordea, como hierba funesta, los precipicios de la desesperación.

Nos parece un hecho real e histórico porque ayer lo difundió en lenguaje nervioso de tragedia toda la prensa del mundo y porque ahora hemos visto la capilla mortuoria donde comienzas a descansar definitivamente. Dentro de algunos siglos, tu hazaña, ¡oh glorioso general José Moscardó!, parecerá historia tejida con laureles de mítica leyenda. Mientras el Alcázar de Toledo pregone la magnitud del hecho, el visitante nuevo se rendirá a la realidad de los sucesos. Cuando la Historia alcance perspectiva más profunda, el Alcázar se esfumará en sus contornos de piedra, y tú y tu hijo y el diálogo trágico y la feroz resistencia y todos los valientes que revivieron a Sagunto y a Numancia, todo, todo subirá a los niveles de la desorbitada fábula y de ti hablarán entonces los hombres con la misma carencia de certeza con que nosotros escuchamos hablar de la venta donde veló sus armas nuestro señor Don Quijote, o de la playa libia donde Eneas reparó sus naves desmanteladas para proseguir la aventura que dio vida a la Roma inmortal. En el clásico país de los frailes, de los poetas y de los guerreros, tú fuiste, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, un general efectivo. Eras un general que no miraste al vano lucimiento del uniforme ni al relumbrón sin trascendencia de los alamares y las condecoraciones, por donde algunos oficiales sin fuste parecen artilugios de quincalla. Tú te fijaste un deber y lo

cumpliste. Por ser general y ser cristiano a la vez, amalgamaste en lo interior de ti mismo la recia estructura de los antiguos caballeros, que en España desvelaron durante ocho siglos los ojos para hacer la reconquista cristiana de la Península. Como los aguerridos y hoscos Cruzados que buscaron la liberación del Sepulcro de Cristo, pudiste haber penetrado a caballo en los templos donde se distribuía como viático eficaz el Pan Eucarístico y donde, después, se repartían las cruces altivas que daban carácter exterior a los guerreros. Fuiste un general de verdad, que para defender tu fe de cristiano y tu palabra de militar, llegaste a los más angustiosos sacrificios que puede realizar criatura humana. Fuiste un general que a la técnica aprendida en las academias agregaste decoro, valor, audacia, austeridad y extraordinario espíritu de sacrificio, ingredientes todos que definen la autenticidad de quienes con fines de servicio se consagran a la disciplina de las armas.

En el mundo de la hora no existe sitio alguno –ya poblado de soldados, ya habitado por inermes hombres civiles– donde no se alabe en el tono más subido tu conducta extraordinaria. Aun los más rezagados pacifistas hacen un breve paréntesis a su desgana de guerra, para alabar el ejemplar contorno heroico que supiste dar a tu figura excepcional, ¡oh, ínclito general José Moscardó! Los mismos que enjuician la guerra de España desde ángulo opuesto a los ideales que tú defendías, convienen sin reserva alguna en que te condujiste como auténtico general, a quien no arredraron el dolor y la desgracia propia y la desgracia y el dolor de la familia. General que te diste a tu causa, a tu doctrina y a tu fe, tu ejemplificas el héroe en su máxima amplitud de sacrificio. Los perfiles de tu gesta llegan a ser extraordinarios aún sin que se mida la resonancia de los principios que servían de motor a tu conducta. En cualquier escuela de guerra del mundo y sean cualesquiera la religión y la política que se profesen, puede y debe presentarse tu ejemplo como norma de conducta de un general. Fuiste un general de verdad. Fuiste un general con vocación de sacrificio y no un general con ansias de provecho; un general que, habiendo jurado servir, probaste con tus actos que mayor era tu estatura cuando aparecías ennegrecido y quemado por la pólvora y enflaquecido por el hambre y los desvelos, que cuando ostentabas bien ganadas bandas y luminosas decoraciones en las ceremonias sin peligro.

Fuiste, ¡oh, ínclito general José Moscardó!, la reencarnación de un general de la España vieja, en quien, una vez muerto, apareció, con su perfil austero, el monje que duerme en el interior de los verdaderos caballeros cristianos. Envuelto en simple mortaja y no cubierto de charreteras y galones, has hecho tu último viaje al Alcázar que defendiste con ejemplar heroísmo. Ya has vencido a todos tus enemigos. Lo pasajero, lo superfluo, lo engañoso, no existe ya.

Todo lo vano pasó para ti. La gloria la dejas para ejemplo al mundo y por honra a tu estirpe. Espada y espuela de nada te sirven para la vida futura. Rosario en mano, como los sarmentosos penitentes, has emprendido el viaje sin retorno. Para ganar a Cristo, segura es la vía interior de quienes se asen a la Cruz y a la oración, y no las brillantes jornadas de los Cruzados, que en vano derramaron la sangre generosa para la conquista material del Santo Sepulcro. En la Cruz minúscula de tu rosario llevas los mejores planos para la batalla definitiva, ora ya sin el hambre, sin la desnudez, sin los ardores de la resistencia numantina, que implantó tu nombre en los anales permanentes del heroísmo universal. Con las líneas que señala esa Cruz diminuta se ganan los caminos que van a los altos, maravillosos alcázares donde se sirve el vino que sacia a los espíritus sedientos de Dios. En ese tu alcázar nuevo ya no habrá para ti ni ardores, ni fatigas, ni asedios, ni tormentos... (*).

Madrid, abril de 1956.

(*) El cadáver del Capitán General don José Moscardó fue trasladado de Madrid a Toledo el 13 de abril, para recibir sepultura en el Alcázar, por él heroicamente defendido durante la guerra civil.

RESPONSO AL ELECTOR DE VOLUNTAD DE HIERRO

En Trieste, Antonio Fonda, de cincuenta y cuatro años de edad, insistió en que tenía que votar en las primeras elecciones desde la devolución de Trieste a Italia, a pesar de encontrarse gravemente enfermo. Fue llevado a votar en una camilla, y tres horas después falleció.

"Informaciones", mayo, 28

A la parihuela te hiciste llevar desde tu lecho de dolor hasta la mesa electoral, ¡oh, Antonio Fonda!, a fin de emitir tu voto en las primeras elecciones celebradas en Trieste, después de su reincorporación a la madre Italia. Estabas gravemente enfermo, mas escuchaste en lo interior de tu conciencia de patriota la voz de un mandato indeclinable.

Bien mediste las flacas fuerzas que sostenían tu desmedrado cuerpo; sin embargo, insististe en que los tuyos te condujeran hasta la urna donde se recogían los votos de los ciudadanos libres. Pusiste el voto que te dictó tu albedrío y luego la muerte se enseñoreó triunfal sobre tu agotada naturaleza.

Como mera anécdota la Prensa anunció la noticia de tu fallecimiento. La gente frívola la recibió con la misma curiosidad intrascendente con que se impuso de que el Presidente Gronchi hubo de presentar sus documentos de identidad para poder votar. Tal vez quienes no piensan en el valor cívico de este hecho, rían de la simpleza del Jefe de Estado que necesita probar su carácter de votante al igual del obrero modesto que le antecedió en el acto material de consignar el voto. Menos medirán la dimensión moral de tu conducta quienes no sepan que el sufragio del

pueblo es el sustituto cultural de los viejos sistemas de imponerse los hombres por la fuerza en el cuadro de los mandos sociales. Hubo tiempos en que los hombres graduaban su fuerza por medio de la tétrica operación de segar cabezas humanas. La técnica moderna del Poder ha creado una distancia abismática en la manera de contar las cabezas. Ayer se hizo el recuento en el suelo. Tanto más poderoso era el hombre cuando mayor fuera el número de cabezas enmudecidas que rodasen por tierra como fruto de la brillante violencia guerrera. Hoy, la fuerza de un hombre se calcula por el número de cabezas que hablen a su favor en el terreno del sufragio.

El derecho de hablar en esa justa nueva, te llevó medio muerto hasta la urna electoral. En el radio reducido de tu mundo cívico, ibas a librar una verdadera batalla. Para seguir en Trafalgar luchando al frente de su nave capitana, el heroico Almirante Churruca se hizo colocar dentro de una cuba de arena por donde pudiera ser detenida la copiosa hemorragia que adelgazaba el hilo de su vida. También tú, ¡oh, férreo Antonio Fonda!, tenías conciencia de que participabas en una batalla enderezada a ganar mayor resistencia para tu municipio y tu república. A la hora actual, los bandos que buscan el gobierno no van a la guerra sangrienta sino al combate cívico. El arma del ciudadano es el voto. En el frágil papel se concentran tanto la antigua fuerza que hinchó el músculo armado del hacha o de la cimitarra, como la visión certera que acompañó al proyectil mortífero en su parábola de ruina. El voto testimonia la razón de ser de las repúblicas. Derecho y función, en él aposenta la fuerza del pueblo. Moribundo, tú fuiste a ejercer ese derecho y a cumplir esa función mucho más imperiosa y mucho más reclamada en ti, por cuanto era la primera vez que en Trieste se votaba después de su retorno feliz a la unidad italiana.

Sabías, ¡oh, ignorado Antonio Fonda!, que sumando tu derecho electoral al derecho de los demás italianos capaces de actividades de sufragio, ejercías mancomunadamente el derecho de soberanía electiva que caracteriza a los pueblos democráticos. Estabais todos plenamente ciertos de que la mayoría que pudierais llegar a formar se convertiría irremediablemente en poder de administración, sin sombra alguna de duda que os llevara a sospechar la ineficacia de vuestros votos. Sabíais

todos los italianos que votasteis en la jornada cívica de mayo último, que erais en realidad el pueblo que expresaba su voluntad decisiva, y en ningún momento llegasteis a pensar que los ciudadanos armados –bersaglieri, carabineros, ejército regular– pudiesen atentar contra la fuerza de los votos de la mayoría vencedora.

Afincado en la certidumbre del respeto que a las autoridades todas, y en especial a las fuerzas armadas, impondría el resultado electoral, te hiciste conducir, ¡oh, buen ciudadano Antonio Fonda!, hasta las mesas de votación. Estabas cierto de que ibas a ejercer la plenitud de tu sagrado derecho de ciudadanía. Ibas con la conciencia del obrero que se sabe responsable en la obra planeada por el aparejador certero. Sabías que en la batalla cívica que libraba el pueblo italiano eras tú un capitán igual al más encumbrado de los votantes de la república. Tu voluntad de ciudadano tenía en el momento del voto dimensión igual a la voluntad del Presidente, a la voluntad del Cardenal, a la voluntad del poderoso jefe de empresa. Todos erais en aquel momento representantes de la misma y total soberana voluntad del pueblo de Italia.

Por alcanzar un laurel lucharon los antiguos atletas y se sacrificaron los héroes impávidos. Donde la democracia funciona –aun aliada con formas monárquicas, como en Inglaterra, Holanda, Bélgica– el voto es el instrumento con que se ganan las grandes lizas políticas. El ciudadano que marcha hacia las mesas electorales es una manera de capitán que se encamina al campo de batalla. La fiereza antigua ha sido reemplazada por la altiva compostura de quien se sabe defendido por la fuerza de las leyes y no por la ley arbitraria de la fuerza. Sin salud para intentar la marcha del hombre corriente te hiciste llevar a la parihuela, como capitán herido, para hacerte presente en el campo de la litis cívica. Te interesaba cumplir tu deber de ciudadano. Te preocupaba el destino de la región, de nuevo puesta a ritmo con la marcha de la gran patria italiana. A la hora de la muerte, te pareció mejor que el descanso de la cama muelle la satisfacción secreta de haber ejercido el alto, austero, noble derecho de participar en la elección de los funcionarios de tu ciudad.

Para librarse de un castigo infamante San Pablo invocó su carácter de ciudadano romano. Serlo, era en realidad un derecho y un orgullo. Para

ti, ¡oh, bondadoso Antonio Fonda!, fue también un alto orgullo ejercer la ciudadanía italiana, con cuyo título entrabas a participar en la elección de las nuevas autoridades de Trieste. Eras un patriota capaz en otro tiempo de haber derramado tu sangre por Italia. A la hora de la realidad cívica del pueblo fuiste moribundo a consignar tu voto en el foro de un derecho que pide al hombre reflexión y no violencia para escribir sus actos.

Al pueblo que fraguó las normas severas de la más encumbrada legislación que conocen los tiempos, y sobre la cual aún tienen eficaz soporte muchas instituciones jurídicas de Occidente, bien va el cambio de altar para los sacrificios por la Patria. Pedían los viejos dioses sangre de animales, y aun sangre humana, para sosegar en su ira y su venganza. Han reclamado, también, las naciones estrépito de ejércitos y amenaza de combates, para asentar su grandeza y su prestigio. Una pedagogía más humana y fácil pide que los hombres discurran en la paz engendrada al amor de un severo cumplimiento del deber de convivir. Desarmados y alegres, los pueblos pueden dirimir por medio de ancho y jubiloso diálogo sus problemas ingentes. No se necesita que los unos dominen a los otros, sino que unos y otros –hombres y pueblos– comuniquen entre sí la abundancia y remedien mutuamente sus carencias. Con ojo zahorí Fray Luis de Granada descubrió en pleno siglo XVI las bases para un sistema eficacísimo de filosofía económica y de política internacional, cuando dijo que "queriendo el Creador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí". Miró el gran maestro de la ascética cómo la necesidad, es decir, la indefensión, obliga con el peso de la ley imperiosa a la relación amigable de los hombres. A ningún pueblo dio la Providencia todo lo necesario para la perfecta autarquía. Ningún hombre tiene, tampoco, a su disposición las facultades y recursos que reclaman sus urgencias. Hasta del analfabeto ayuda de cámara necesita el encumbrado sabio, con la misma precisión que el ignorante necesita sus consejos. En el orden universal de la vida, los hombres coexisten con otros hombres. Coexisten para la intercomunicación inteligente y fecunda. No existen unos frente a otros en actitud de rebatiña. Existen en función de conjunto, de condominio, de coparticipación, de convivencia. Puestos a

un lado el odio, la refriega, la violencia como sistema de vida, la igualdad de aspiraciones y de derechos mueve las masas ordenadamente hacia las mesas donde se cuentan las papeletas expresivas de la voluntad de obrar de los ciudadanos.

Sobre la lucha antigua, el voto representa la vocación del hombre que camina los caminos de la cultura y de la paz. Pacíficamente fuiste, ¡oh, empeñoso Antonio Fonda!, hasta el sitio donde te correspondía expresar tu albedrío de ciudadano. Cumpliste tu deber, y en seguida entregaste tu espíritu al Señor. Moriste como antiguo romano, en quien el celo por la república había creado vivencias estimulantes. Sabías que el pueblo es el soberano y tú te sentiste pueblo. Todo lo que han enseñado los grandes iusnaturalistas de ayer y de hoy, tú lo sabías y lo sentías con ejemplar sencillez cívica. Sobre tu ánimo pesaba la certeza de que Dios comunicó a la sociedad el Poder de gobernar y dirigir. Contra la soberbia de los reyes, los grandes teólogos sostuvieron la doctrina que prefiere al pueblo como intermediario entre la ley eterna y el ordenamiento positivo. Tú fuiste a sumar con tu voto la partícula de voluntad divina que en ti residía, a los millares de idénticas partículas en que se disuelve y con que se articula la voluntad del pueblo. No sólo cumplías un deber de servicio político, sino una función que tiene sus raíces ontológicas en los secretos abismos de la Sabiduría increada. Fuiste a ejercer un alto, noble, generoso atributo de racionalidad por donde gana resonancia la pacífica convivencia que hace la paz de las naciones.

Héroe inadvertido de un cívico deber, tu muerte, ¡oh, bondadoso y cumplido Antonio Fonda!, es testimonio de un fino sentido responsable y testimonio, al mismo tiempo, de tu fe en las instituciones en cuyo nombre se convocó al pueblo para que expresase su libre voluntad de sufragio. Se te puede invocar como ejemplo de fe en la fuerza de la república. Jamás hubieras pedido tu traslado a la mesa electoral, si en tu espíritu hubiera apuntado sombra alguna de duda sobre la eficacia que ante las autoridades tendría tu voto libre. Fuiste a votar porque sabías que tu deber y tu derecho no serían burlados. Sobre la certeza de que eras una voz del pueblo soberano, realizaste el esfuerzo que te precipitó la muerte. De haber vivido un poco más y de haberse dado el hecho insólito de que las autoridades desconociesen el resultado de las elecciones,

seguramente te habrías hecho trasladar a la plaza pública para engrosar la voz de la protesta colectiva y para dar ejemplo teórico de que la dignidad cívica la pagan los pueblos con moneda de sacrificio...

Descansa en paz, ¡oh, bondadoso y entusiasta Antonio Fonda! En silencio cumpliste tu deber con la misma dignidad con que los Gracos supieron dejar la huella de su nombre en los anales de la República romana...

RESPONSO A CUATRO VICTIMAS DEL ODIO EN CHIPRE

Pendientes de trágica cuerda, vuestros cadáveres, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, son testimonio desesperado y veraz del odio espantoso que ha hecho presa en la isla hoy sin ventura, célebre ayer en los anales del placer y la alegría, por el vino deleitoso, cantado en sonoras estrofas por altos y finos poetas. La venganza de un pueblo ofendido puso mano en vuestra promisoria juventud y cobró con vuestras vidas la muerte arbitraria a que las autoridades de ocupación condenaron a dos jóvenes chipriotas.

Sangre y odio son el ingrediente con que hoy se aliña la vida de los hombres que habitan la antigua isla de Afrodita, cuya mayoría reclama que se le permita decidir su suerte cívica y unir su destino político al destino de la noble Atenas.

Ayer la feroz justicia de ocupación ordenó el ahorcamiento de los fogosos chipriotas Miguel Karaolis y Andreas Demetriu, empeñados en recia lucha por la *enosis* que dé continuidad al disperso gentilicio griego. Por las venas de las infelices víctimas corría la misma sangre altiva de los antiguos patriotas, que al amparo de Inglaterra lucharon en las primeras décadas del siglo XIX contra el turco opresor. Lord Byron sintió como propio el dolor de los griegos esclavizados, y sobre las aguas pobladas de leyendas heroicas navegó en rápido yate que ostentaba como alegre promesa de triunfo el nombre de *Bolívar*. Para unir su memoria al ardoroso empeño de los patriotas que luchaban contra la Media Luna, en la resistente Misolonghi se durmió en la muerte el soñador poeta de la libertad. Se sintió el gran vate voz propicia de una

potencia empeñosa en libertar el suelo nobilísimo, donde en la era de la fábula había afincado el leve pie Minerva y donde habían susurrado su misteriosa canción las abejas que nutrieron los sueños dispares de Platón y de Anacreonte. Flotaba entonces por el mundo un aire entonado con voces que invitaban a la libertad y a la justicia. Grecia renacía de un letargo secular, y en su juventud apuesta, la sangre y el espíritu proclamaban la presencia de un glorioso parentesco con los héroes de Salamina y las Termópilas. El león británico enaltecía, a la vez, sus garras y colmillos haciendo suya la causa de la libertad helena. Inglaterra, al aliarse a Grecia, asumía la función tutelar de Occidente, enfrentado, como en la época de las guerras médicas, a la penetración en Europa del mundo oriental. Sobre el suelo humillado de la Hélade renació luego el orgulloso gentilicio que arraiga con Hefaistos y con Dédalo en la génesis mitológica de la plástica y que distingue desde Parménides, en el mundo del tiempo, la reflexión profunda sobre las esencias de la vida. Inglaterra, al asumir más tarde la protección del suelo de Chipre, alentaba la tradición de hombres para quienes el mejor de sus títulos son los nexos que enlazan su cultura con la cultura alentada bajo la sombra propicia de los olivares de Palas Atenea.

Ayer Inglaterra estimuló la lucha por la libertad y la unidad de los griegos. Hoy, como sarcasmo funesto, os expone a vosotros, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, a ser víctimas de la venganza griega, que en vuestra carne rebosante de ímpetu vital, cobra el injusto y feroz ahorcamiento de enérgicos chipriotas, empeñados en ganar la decorosa autonomía de la isla donde Pablo y Bernabé anunciaron el mensaje de Cristo.

Para vengar a los héroes de la resistencia patriótica, vosotros, ¡oh, pobres y obscuros soldados!, habéis sido elegidos como víctimas propiciatorias. Vosotros, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, nada teníais que hacer con el crimen que ha segado la vida de los ardorosos chipriotas. Vosotros erais apenas un par de buenos muchachos, llevados a filas en nombre de un deber nacional, que, desgraciadamente, se confunde en sus hondas y secretas vertientes con el anhelo de dominio de los poderosos. Vosotros sois, en último análisis, víctimas inocentes de los fabricantes de guerras e incautos sostenedores

de las ficticias necesidades que mantienen el ritmo creciente de la industria de armamentos.

A los alegres muchachos ahorcados por la justicia británica, se les recordará como a héroes viriles de una causa noble. Mañana se dirá que Miguel Karaolis y Andreas Demetriu ofrendaron sus vidas cargadas de promesas a la causa de la dignidad de Chipre. En las escuelas griegas se sumarán sus nombres a la lista infinita de héroes que desde los tiempos de Homero se han sacrificado por el decoro de la Hélade. Atenas, la ciudad sagrada, ya dio sus nombres a una vía pública y en breve el bronce mantendrá visible la figura de los nuevos héroes al lado de las columnas seculares donde se afinca la memoria de los viejos dioses paganos. Los llorarán las madres desoladas, los recordarán las novias aflictas; empero, las lágrimas de novias y de madres mantendrán fresco el laurel que el pueblo ha sembrado sobre sus tumbas tristes. Vuestra muerte atroz, ¡oh, desafortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, la llorarán apenas vuestros deudos desolados. No se os citará como héroes de noble resistencia alguna. La Historia recogerá el recuerdo de vuestro sacrificio como doloroso testimonio anónimo de la crispatura de la garra opresora del agónico imperialismo. No sois soldados de causa alguna que reclame las palmas y la gratitud del hombre. Sois, por lo contrario, instrumentos ciegos de un terco poder que insiste en no avenirse con la transformación que reclaman los aires justicieros del tiempo. Sois meros soldados sin ventura, ofrendados al Minotauro feroz de la guerra sin razón. Simples, buenazos, enérgicos, fuisteis escogidos para vigorizar con vuestro ímpetu y vuestra capacidad resistente el aparato temible de que Inglaterra se vale para hacer sentir en Chipre, tanto como en las Guayanas, como en Gibraltar, como en Belice, como en Kenya y como en mil otros sitios del mundo esclavizado, la presencia de su dominio imperial. De vuestras islas afortunadas fuisteis sacados para sembrar el terror en el orbe. En vuestras islas la vida humana discurre rodeada de seguridad y de respeto. En pocos sitios de la tierra el hombre se siente tan hombre como en suelo británico. Con supersticiosa pasión, las autoridades del Imperio defienden todos los derechos y todos los privilegios que en el orden cívico y en el orden social corresponden a los súbditos dichosos de su Graciosa Majestad la Reina Isabel II. Altivo, entero, pleno de consideraciones y de garantías, al inglés parece que le doliera

compartir con los demás hombres los derechos que hacen digna la existencia. En Africa, en Asia, en América, en el propio Mediterráneo, de extraordinaria jerarquía en la valoración histórica, Inglaterra olvida la projimitud que nivela las aspiraciones de los hombres. En sus Universidades defiende los más nobles principios de justicia, pero en su práctica internacional olvida los más elementales derechos del hombre y no se desdeña de hacer causa común con los verdugos que azotan países incursos en su órbita económica. Para librar las duras batallas que hacen vigorosa más allá de las aguas insulares la autoridad británica, es invocado el patriotismo y aun llegan a ser desglosadas ideas con tintura liberal; mas, así sea mucho el bulto del falso razonamiento, la verdad termina por ganar la batalla, y espíritus de calidad, como el frustrado Eduardo VIII, al referirse a la guerra de los boers, han comprendido que fue aquella "una guerra imperialista, hecha con fines algo menos nobles de lo que entonces se decía".

Indomables las ansias de dominio imperial, Inglaterra mantiene en su aventura colonial el mismo espíritu que tiñó de crueldad la guerra boer. Ese espíritu –o, para decir mejor, ese antiespíritu– echó garra de los jóvenes chipriotas Karaolis y Demetriu, cuya muerte violenta habéis pagado vosotros, ¡oh, desventurados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, vosotros que apenas erais irresponsables rodajas en la maquinaria opresora de la enloquecida sociedad capitalista, tercamente negada a transformar sus sistemas de provecho. Vosotros, los frescos, jubilosos, valientes soldados que formáis los cuerpos donde apoya su potencia un régimen de explotación, que se atreve a invocar aún supuestos cristianos para legitimar su rígida permanencia en el orden del mundo. ¡Vosotros, sí, las víctimas sin nombre del ansia de los poderosos, sois quienes pagáis el odio que debería caer sobre las cabezas que dirigen el terror!

Súbditos espirituales del vejado y enérgico Patriarca Makarios, adoraban Karaolis y Demetriu al mismo Jesús que San Pablo predicó a los paganos chipriotas del primer siglo y que vosotros recibisteis, a través del episcopalismo británico, del grande Apóstol Agustín de Cantorbery. En el fondo de ambas confesiones sistemáticas alumbra la misma enseñanza de caridad que forma la esencia de la verdadera doctrina de

Cristo. Pero, ¿piensan los pretensos abanderados del Señor, ayer mirados por nosotros mismos como defensores de la Fe, que pueden ganar la batalla a las fuerzas del ateísmo materialista, cuando entre sí se destrozan y se niegan como valores sociales? ¡Oh, delirio agonizante de un sistema que para defenderse del enemigo exterior, comienza por negar dentro de su propia estructura la eficacia de los valores que pregonan como lema de combate! De nada les sirve el fecundo y peligroso ejemplo de alianza del irreductible mundo islámico, para intentar la unión, sobre activas y generosas realidades cristianas, del sistema que pomposamente se dice interesado en la defensa del mundo occidental, mundo, en realidad, maravilloso y que en sí no es otra cosa que el pensamiento griego iluminado por las luces de la revelación de las esencias sutiles, soberanas, creadoras del Cristianismo.

Mas la reflexión, ¡oh, víctimas infelices del odio que sopla en la isla de accidentada historia!, ha sido sustituida por una delirante visión de pesadilla, y en nombre de ese delirio se os sacrifica a vosotros, ¡oh, infortunados Gordon Hill y Ronnie Smilton!, y se sacrifica a la vez a Miguel Karaolis y a Andreas Demetriu. Estos por defender el derecho legítimo a la autodeterminación política; vosotros, por servir el sistema que se empeña en dominar a los pequeños, so pretexto de asegurar su ficticio orden, que en vano se intenta vestir con categorías cristianas. Unos y otros habéis invocado el nombre admirable de Cristo cuando el odio anudaba la cuerda del crimen en vuestras anhelantes gargantas. Vuestros labios resecos por la agonía tuvieron el dulce alivio de la misma oración contrita. En medio del terror que ha hecho de Chipre un Infierno abreviado, vuestra angustia postrera os sirvió de pulimento espiritual. A la piedad es grato imaginaros a todos cuatro haciendo corro en torno al Arcángel Miguel, mientras éste pesa las almas recién llegadas al Cielo. Víctimas del odio y de la incomprensión, el ardor con que aquéllos lucharon, la obediencia con que vosotros servisteis, os absuelve de culposa intencionalidad, y, sobre todo, es tan grande el número de los que se salvan por la sangre de Cristo, que el teólogo más exigente daría prenda de que estáis vosotros cuatro gozando por igual las claridades de la Luz Eterna. Ante la mirada piadosa de Dios, Inglaterra y Chipre son puntos apenas en el incidente del hombre que pretende fijar en temporalidades sin trascendencia el destino del mundo. Vosotros

cuatro, ¡oh, infortunados Miguel Karaolis, Andreas Demetriu, Gordon Hill y Ronnie Smilton!, lucís ya la impronta de la Divinidad que salva, contra toda la maldad de los hombres y de los imperios, el destino supremo de las almas...

Madrid, 12 de mayo de 1956.

RESPONSO A LAS VICTIMAS DE LA TRAGEDIA ARGENTINA

Uno tras otro, ¿cuántos habéis caído bajo el peso funesto de las condenas de muerte? El de más nombre eras tú, ¡oh desventurado General Juan José Valle!; los otros eran como tú oficiales del Ejército, que juntos probasteis fortuna para alcanzar el Poder. Las noticias os presentan como servidores de fuerzas extremistas, unidas a quienes ayer se dijeron portavoces del pueblo. Para lamentar vuestra muerte poco me interesa la orientación específica de vuestras presuntas ideas políticas, que en el presente caso tienen por gravedad que lindar con algún plan comunista, según la técnica de los regímenes que en América buscan el apoyo de los llamados grupos de orden; vuestro caso me duele como testimonio de la barbarie que de nuevo ha hecho presa en el cuerpo sacrificado de nuestra América española.

Si forzadamente me separa el Atlántico del mundo llamado de la esperanza, en cambio, para mí América comienza en mi propio costado. En función de leyenda alguien dijo que América colinda al Este con la mitológica Extremadura de Cortés, de Pizarro, de Orellana y de García de Paredes. Hoy vivo en la vecindad de esta región, privilegiada por ser cuna de los hombres mayores que hicieron la conquista de las nuevas Indias; mas, su relación genética con nuestro burlado Continente, al igual que la profunda relación de toda España, apenas sírveme para recordar con mayor intensidad la epopeya homérica de donde surgieron nuestros pueblos. El mundo de América comienza para mí en el cascabullo de mi conciencia de hombre. El odio mostrenco me arrojó ayer de mi Patria original; mas, cuando abandoné sus dulces playas y me

alejé de su cielo luminoso y límpido, sentí que conmigo viajaba Venezuela, convertida en dolor y en esperanza. En mi sangre, en mis huesos, en mi espíritu escucho permanentemente con verdadera sensación de cercanía el palpitar vigoroso de la Patria prohibida. Me faltan muchos de los afectos inmediatos, pero escucho el torrente del tiempo que me impulsa con su fuerza insobornable y que me hace sentir cómo la sirvo mejor con mi angustia en suelo extraño que bajo sus mansos aleros a trueco de ignominia. Mientras otros callan, yo tomo la voz de quienes sufren y confían en el despertar de la abatida libertad. Mientras allá es destrozada la tradición y se arruinan los más puros valores de la Historia, yo me sé "la voz antigua de la tierra".

Pero, ¡oh, infelices víctimas de los odios fratricidas!, mi dolor de patriota no está confinado entre los linderos de mi Patria venezolana. Como buen hijo de América, pienso en una Patria mayor que la Patria de mis padres inmediatos. Pienso en nuestro Continente hispánico como una unidad incomprendida y burlada por quienes buscan de enseñorear sobre la anarquía de sus pueblos y de sus hombres, y por quienes para saciar ingobernables apetencias, hacen el juego a los intrusos explotadores de nuestra riqueza. Para mí Argentina es Venezuela y Venezuela es México, porque las tres son porciones y no partes de una maravillosa unidad, que si bien surgió a la vida independiente bajo el signo de la variedad política, era lo que era y realizó la gesta magnífica que da lustre a sus anales, por haber constituido una poderosa unidad, en titánico esfuerzo extendida hasta los confines donde comienzan a morir en el Norte los Montes Rocosos y hasta las heladas tierras sudeñas que descubrió el audaz Magallanes. Una fue la lucha que igualó en sentimientos a los patriotas del Sur con los patriotas del Centro y con los patriotas del Norte. La palabra que animó a San Martín y a Rivadavia andaba igualmente suelta y vibrante en las concentraciones populares donde cobró fuerza de perennidad histórica el verbo de Bolívar y en las reuniones sigilosas de donde salió el mensaje rebelde de Hidalgo y de Morelos. Cuando declinaba el gran siglo de la libertad, en Hostos y Martí tomó de nuevo cuerpo para impulsar la independencia semifrustrada del luminoso archipiélago caribe; y cuando se la miró burlada y escarnecida aun por los que se dijeron celosos de la dignidad de América y rendidos guardianes de su historia, siguió viva, como eco y alerta de

una razón y de un deber, en la conciencia de hombres que, si bien carecen de medios para realizar las acciones condignas, levantan el tono de la voz para que se sepa cómo en medio de la apretada medianoche hay espíritus que esperan vigilantes las luces de la aurora.

Cuando de Argentina me llega el anuncio de los atroces fusilamientos con que las autoridades del momento han dominado la rebelión por la que habéis pretendido ganar en los mismos andurriales de la violencia las cimas del Poder, yo no escuché la angustiosa pasión de un pueblo extraño que debate por medio de la fuerza bruta sus problemas de gobierno, sino un nuevo eco sombrío de la barbarie que vuelve a imperar en la mayoría de los países americanos. Con la misma aguzada sensibilidad con que Francisco Luis Bernárdez –el altísimo poeta que en buena hora descubrió "que no hay ser con quien no tenga parentesco"– pudo recibir el aviso de vuestra muerte, bajo el plomo de las sentencias sumarísimas, así llegó hasta mí, ¡oh, infelices víctimas de la trágica lucha argentina!, la noticia de vuestro inmisericorde fusilamiento. Más que oficiales y políticos de la gran República rioplatense erais ciudadanos de América y, en consecuencia, hermanos míos en un destino interrumpido por la desorientación tremenda que preside nuestra marcha discorde de naciones.

Parece mentira, pero es un hecho indiscutible nuestro regreso colectivo a las vigilias de 1810. Después de que ganamos en homérica jornada la emancipación de nuestros pueblos, se quedaron éstos en actitud de compartimientos estancados, sin interés alguno por los problemas del vecino. Durante mucho tiempo nuestra relación se miró como si estuviese sólo encaminada a discutir problemas de fronteras más o menos extensibles. En nombre de esos problemas se produjeron en nuestra América mestiza casos tan cargados de dolor como la guerra del Pacífico, como las luchas de Colombia y Ecuador con la República del Perú, como la espantosa guerra que en el Chaco promovieron los dirigentes de las compañías interesadas en los monopolios del petróleo, como la desgraciada aventura suscitada entre Guatemala y Honduras por los intereses voraces de las compañías fruteras, como el asesinato de millares de negros indefensos en la frontera haitiano-dominicana.

La asociación con el Norte, que en 1812 miró Monroe como posibilidad de "provecho" para nuestros países en germen de independencia, ganó al fin camino con la política de Blaine, por donde el sentido primario de la hispanoamericanidad se subordinó a un panamericanismo dirigido desde Washington, en cuyas fórmulas no entra el valor conjugante de la comunidad antigua, sino el nexo individual y directo de cada país con el Departamento de Estado, interesado –como es lógico, por provechoso a sus intereses privativos– en la poca solidez de las relaciones grupales de nuestros países criollos.

Siglo y medio a la vista de nuestra heroica, abnegada, sangrienta lucha independiente, pareciera que el viejo eje de la subordinación a la Corte de Madrid renaciese confundido con el meridiano de la Nueva Inglaterra. Quienes miran con ojo vigilante este doloroso desplazamiento de los husos imperiales, sienten cómo nuestros tiempos reviven, en realidad, la inquietud, la angustia, el desasosiego que llenaban por 1810 las vigilias de nuestros Padres. Entonces Inglaterra nos prometía seguridades contra el peligro napoleónico. Hoy, Estados Unidos nos ofrece garantías contra el riesgo comunista. La campaña de los británicos del siglo pasado se convirtió en ayuda para la libertad, bien compensada, es cierto, por medio de altos intereses para los empréstitos y de facilidades para el comercio y las industrias. Hoy, Estados Unidos nos habla del deber de defender la amenazada libertad, mas al mismo tiempo declara buenos medios para hacerlo, confiar su guarda a quienes se han veteranizado en los más eficaces sistemas de destruirla. Se alaba la libertad y se pondera la política de los déspotas; se exalta la dignidad del hombre y se premia a quienes la destruyen. Es difícil pensar que en los primeros años del Cristianismo algún Obispo hubiera confiado la custodia del Pan Eucarístico a los fornidos atletas que en el circo romano cuidaban las fieras a cuya voracidad eran entregados los fieles perseguidos. Hoy, sin embargo, vemos dar prenda respetuosa a los que, sobre destruir nuestra libertad doméstica, adversan los sistemas encaminados a hacer práctica la integración de nuestro viejo mundo latinoamericano.

Cuando los problemas de América se contemplan en su vasta totalidad continental, el atroz fusilamiento de vuestras personas, ¡oh, infelices

rebeldes argentinos!, es un problema de dolor, que interesa por igual a los demás hijos del Continente. Estamos, como los lobos, destruyéndonos unos a otros, cuando debiéramos cerrar filas, en lo nacional como en lo internacional, para hacer un frente cívico que defienda el destino moral de nuestros hombres y el destino total de nuestros pueblos. Si allá y acullá se propende al progreso material, por donde alcanzan despacho los intereses del capital internacional y por donde se justifican las jugosas participaciones financieras de los poderosos, en el orden de nuestra realidad de pueblos dejamos crecer la maleza bárbara, a cuya sombra funesta regresamos fácilmente hacia la anarquía disolvente. ¿Qué se hicieron las palabras solemnes y esperanzadas de Bello, de Irisarri, de José Cecilio del Valle, de Sarmiento, de Alberdi, de Lastarria, de Bilbao, de Toro, de Montalvo, de Justo Sierra, de Máximo Jerez, de José Mármol, de Cecilio Acosta, de Justo Arosemena, de Miguel Antonio Caro, de Carlos E. Restrepo, de González Víquez, de Drago, de Rodó, de Ugarte, de Darío, de Arguedas? ¿Dónde el fruto de sus prédicas de respeto a las leyes, a la sociedad, a las personas? ¿Dónde la dignidad pregonada como meta por los gobiernos? ¿Dónde el empeño aconsejado para salvar nuestra libertad y nuestra dignidad de pueblos? ¿Dónde los esfuerzos por perfeccionar el tesoro valentísimo que para nosotros trabajaron los arquitectos de la tradición?...

Han sonado en el corazón de Buenos Aires los disparos fatales que dejaron sin palabra vuestros labios rebeldes, ¡oh, desdichadas víctimas del drama argentino! Su eco inmediato ha debido destrozar los oídos de Alfredo Palacios, de Arturo Frondizi, de Carlos Sánchez Viamonte, de Carlos Cossío, de Francisco Romero, de Mario Amadeo, y los oídos de cuantos pregonan la necesidad de que sea el debate cívico y no el empuje brutal de los fusiles lo que decida la suerte de los pueblos. Fuera de la ilustre y aflicta capital Argentina han repercutido, también, las detonaciones mortales. En Europa vuestra muerte ha sido mirada como testimonio de la angustia que vive la gran nación rioplatense. Los disparos que segaron vuestras vidas son, en cambio, agudas notas apenas en el desconcierto que en nuestras repúblicas pareciera dirigir un Lear frenético. Por haber sido dictadas a pleno sol y en frases completas las sumarísimas sentencias que os privaron arbitrariamente de vida, se las mira como expresión de extraña violencia. Las autoridades que

sancionaron vuestra muerte asumieron, sin embargo, ante la Historia, la responsabilidad del hecho atroz. Pero, ¿las sentencias que se cumplen a puertas cerradas en las cárceles sombrías, en las calles colmadas de transeúntes, en los caminos solitarios, en las aldeas y despoblados indefensos, en calles aun de ciudades sometidas a jurisdicción de los déspotas que ordenan los crímenes? ¿Qué decir de esos procedimientos tremendos que se cumplen con complicidad de la técnica y consejo de doctores, por medio de los cuales los sabuesos del falso orden procuran descubrir el pensamiento de quienes adversan la barbarie reinante? ¿Qué código, fuera de las leyes del odio y de la crueldad, puede justificar la presencia en tierras extrañas de verdaderas migraciones de familias que fueron arrojadas de sus lares tradicionales por la saña perseguidora de los detentadores del Poder?

Para quienes conocen el fatal retorno de la violencia y el terror como métodos de gobierno en numerosos países de América, toda la tremenda tragedia continental revive al eco medroso de los disparos que ocasionaron vuestra muerte. La tragedia no sólo opera en Argentina. Lo que ocurre en vuestra convulsa Patria es apenas una escena sombría de la obra de regreso que sufren hoy gran parte de nuestros pueblos engañados. Dentro y fuera se atenta contra el valor de las instituciones democráticas. Se las vilipendia por quienes ganan con el mantenimiento de los sistemas irresponsables; se las ataca por quienes niegan al pueblo no sólo el uso de los derechos políticos, pero aun el simple, elemental, desnudo ejercicio del derecho humano de comer completo y de reír como ríen los demás hombres. Y como en el estrado de la democracia se hacen oír las voces que promueven el proceso crítico enderezado a descubrir las turbias operaciones de los aprovechadores y de los capataces del dinero, las poderosas fuerzas reaccionarias buscan de silenciar las palabras que denuncian su alianza con los sombríos grupos opresores. Buscan silenciarlos aun por medios que no excusan el sacrílego empleo de las nobles, altísimas, sagradas consignas cristianas. Aun de asperges simoníacos se valen los tiranos para hacer creer que defienden las propias virtudes cristianas, por donde se ha visto el hisopo en manos sacrílegas bendiciendo antros de tortura...

En el orden privativo de lo argentino, el movimiento político que encabezasteis y que pagasteis con la pérdida de vuestras engreídas

cabezas, debió de haber esperado, para lanzarse al debate fecundo, a la hora prometida de los comicios decisorios. En el paréntesis *de facto* que sufre la nobilísima nación Argentina, vuestro propósito primordial ha debido de estar encaminado hacia la efectividad de las anunciadas elecciones. Como militares, vuestra obligación era meditar acerca del carácter pasivo de las Fuerzas Armadas. Servir a un contragolpe era dar un paso atrás en el camino de llegar al institucionalismo. Lejos de disipar en pequeños movimientos la acción del pueblo, os correspondía, ¡oh, infelices víctimas de las pasiones exaltadas!, uniros para ganar la pronta paz, a cuyo sombraje sea posible reflexionar una vez más acerca del gran deber de América en el conjunto de pueblos del orbe. No tenéis derecho los argentinos, como no lo tienen los colombianos, ni los peruanos, ni los cubanos, ni los guatemaltecos, ni lo tenemos los venezolanos, a mantenernos en actitud de regresiva conducta pública, por donde se pierde la fuerza que pueda darnos derecho a voz completa en el concierto del mundo americano.

Bueno es llamar al hombre de Europa y al capital de fuera para que participen en el aprovechamiento de nuestras grandes posibilidades naturales y para que den valor humano a las inmensas superficies vacías; mas, capital y hombres forasteros necesitan hallar una unidad y un sentido que sirvan de signo a la futura jornada común. No son los advenedizos que se mueven en los muelles de Buenos Aires, de Valparaíso, de La Guayra, de Veracruz, de Panamá, de Cartagena o de La Habana lo que define a América. Nuestro ser, nuestra substancia de pueblo, nuestro destino de nación viene, como un viento de lejanía, desde los meandros del pasado. Los pueblos y los hombres no son la transitoria aventura del momento. Los hombres y los pueblos son Historia. "No somos –dice un fino asceta– como una calle sobre la cual cruza el interminable tráfico de los instantes. Somos mucho más semejantes a un tesoro, en el que cada instante, al despedirse, deposita lo que en él había de eterno". Nuestra primera misión para ganar la resistencia de hoy es buscar y unir lo duradero que nos dejó el pasado. En América, ese pasado perdurable se concretó en el hombre que luchó por la libertad y por el decoro de una república; cuya divisa irrenunciable es el derecho de participar en el incesante progreso del hombre libre que hace la cultura. ¿Será acaso expresión de cultura ese proceso tremendo

de persecuciones y de muertes por donde se reviven los sistemas de la jungla? ¿Acaso habrá alguien que mire como testimonio de cultura levantar torres y edificios faraónicos, a cuya vera caminan hombres, ora de voluntad enflaquecida por el miedo, ora de sensibilidad netamente zoológica? ¿Serán expresión de progreso y celo humano los quirófanos donde hábiles doctores examinan el enredo milagroso del sistema nervioso, mientras fuera prospera una terrífica organización represiva, que destroza el funcionamiento de los hilos finísimos por donde se expanden y recogen las sensaciones comunes?...

Nuestra América, la América del criollo, del mestizo y del mulato que hicieron ayer la Independencia, la forman sus hombres y no los techos de las casas dentro de las cuales discurren sus vidas asustadas. Nuestra América no es la riqueza de su suelo y sus cosechas; sino la altivez creadora de sus ciudadanos. Nuestra América no es el grito destemplado e insolente del ensoberbecido capataz. Nuestra América, mirada a la luz de los valores argentinos, es la constancia de la fina conciencia que en el maravilloso país de las pampas sudeñas se expresó por medio del discurso de Sarmiento, en la dignidad doctrinaria de Drago, en la robusta estética de Lugones, en el decir cargado de sentido popular de José Hernández, en el dulce mensaje evangélico de Fray Mamerto Esquiú y en la diligencia meliflua del mestizo beato Namuncurá, ambos hoy en camino de los altares católicos. Nuestra América no es el parcelamiento de naciones recelosas, sino la unión de pueblos que por su igualdad de origen –por su Dios, por su lengua y su sentido– se sienten en un plano semejante para la lucha creadora y que frente a sus vecinos de otra estirpe cultural han de saberse con derecho a una respetuosa inteligencia, que asegure la colaboración activa de sus fuerzas para la defensa eficaz de la cultura cristiana de Occidente.

Justamente cuando la conciencia pacífica de los ciudadanos de América ha sido herida por los crueles disparos que os dejaron sin vida, ¡oh, desafortunadas víctimas del invencible terror!, se anuncia que en el istmo panameño se reunirán los hombres que gobiernan nuestro Continente, y con el anuncio de su reunión se dice que el fin principal de ella será tomar un nuevo acuerdo en el camino de defender de la amenaza comunista el destino cristiano de nuestros sufridos países.

Loable y digno todo lo que se haga para guardar la integridad de nuestros valores tradicionales y para robustecer nuestro derecho a la libertad. ¿Pero los tiranos que concurrirán con el disfraz de Jefes de Estado estarán en condiciones de hacer algo a favor del tono cívico y de la respetuosa dignidad que sirvan de apoyo a las prácticas cristianas? ¿Pueden discernir sobre los medios de defender la libertad los mismos que se complacen en destruirla? ¿No será una nueva burla y un destrozo nuevo del pensamiento de Bolívar reunir en asamblea a los magistrados que obran y piensan en América de digno y respetuoso modo con los déspotas que se empeñan en arruinar el destino decoroso y libre de hombres y de pueblos? ¿Servirá a los tiranos la lección honesta de los repúblicos? ¿Puede esperarse contra toda esperanza que el autorizado Presidente de los poderosos Estados Unidos del Norte escoja el tablado estupendo de Panamá para declarar que al fin los políticos de su extraordinario país han llegado a reflexionar sobre los medios lógicos de ganarse la auténtica colaboración de los pueblos iberoamericanos? ¿Dará acaso el Presidente Eisenhower prenda honorable a los pueblos del Continente burlado de que cesará la farsa de llamar sus tentáculos del mundo libre a los burdos, crueles, engreídos déspotas que mantienen vigente el miedo entre las masas inermes y confusas que se mueven en las abatidas tierras de nuestro Continente?...

Esta larga y dura reflexión hace más angustiosa la lucha que os llevó a perder la vida, ¡oh, infelices víctimas de la tragedia argentina!, ¡Cuánto mejor hubiera sido para vosotros dedicar vuestras energías a la causa de sosegar al pueblo extraordinario de Martín Fierro, para emprender, una vez ganada la paz nueva, el camino que conduzca al debido e inteligente añudamiento de los intereses de nuestro mundo común! Tal vez no sea estéril vuestra muerte. Acaso sirva para que en tan desfigurado espejo tomen ejemplo los verdugos que azotan a los pueblos y rebajan el tono decoroso de nuestra política continental. Atroz, horrendo, espantoso sistema de hacer justicia, con cuya crueldad vosotros seguramente purgasteis en el límite que convierte en eternidad el tiempo pasajero, todo lo que en vuestros espíritus pudo ser substancia de pecado. Vuestro dolor del último momento, indudablemente os ganó una ventana luminosa por donde pudo penetrar la gracia en vuestras almas temblorosas. Tras el disparo funesto, la paz eterna descendió misericor-

diosamente sobre vuestro antiguo dolor. También por vosotros, como por tantas víctimas de la incomprensión y de los odios de América, aparecerán lágrimas ardientes en el rostro celeste de Nuestra Señora de Luján, Patrona de vuestra Patria, como aparecen en la faz morena de la Virgen de Coromoto, Patrona de mi Patria, y como aparecen en el rostro iluminado y dulce de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de toda la América. Amén.

Madrid, junio de 1956.

RESPONSO A LOS ESTUDIANTES DEL AVION INCENDIADO

En memoria de

Alvaro Dominguez
Milagros Huncal
Fernando Ramón Marimón
Alicia Pérez Rendiles
Guillermo Socorro Villasmil
Elsa Boccardo Stefani
Diego Fernando Blanco
Danae Touron
Carmen Croes
Luis Alfredo Borjas
María Yolanda Alfonso
Guillermo Socorro
Ligia Terán
Mercedes Terán
María Cristina Ramos
Mercedes Teresita Alfonso
Pedro Raúl Castillo
Omaira Freites Marcano
Mireya Esperanza Castillo
Fernando Padrón
Nancy María Borges
Margarita Rosa Croes

† el 19 de junio de 1956.

Sobre las aguas profundas del Atlántico y frente a la babilónica Nueva York, cayó convertido en trágico bólido el avión poderoso en que regresabais a la Patria, ¡oh, desafortunados estudiantes venezolanos! Con los otros compatriotas y con los demás infelices ocupantes de la nave sumabais setenta y cuatro personas. En el orden de las catástrofes

ocurridas en los servicios regulares de pasajeros, ésta en que perdisteis vuestras vidas en flor fue considerada en el mundo como la más grande que registraban los anales de la aviación civil.

Estudiantes, también, y en grueso número, colmaban las naves que, en fechas ya un poco distantes, se estrellaron dentro del territorio nacional contra el funesto Cerro de Las Pavas y contra las nieves mortales del Pico de Los Torres. En todos los hogares de la Patria hubo luto entonces. En unos, por imperio de la sangre; en otros, por haber sido sentida como propia la desgracia ocurrida a quienes, como vosotros ahora, representaban una alegre promesa para una hora mejor de la República.

En medio de un infierno de llamas perdisteis la vida vosotros, ¡oh desafortunados muchachos y muchachas en quienes apuntaba aún la luminosa pureza por donde se ganan los caminos del Cielo! ¡Con qué alegría tomaríais asiento en la nave destinada a llevaros en prontas horas a gozar el aire dulce y manso de la Patria! Habíais ganado buenos puntos en los exámenes de fin de año y llevabais vuestras notas como trofeo encumbrado para regalar con ellas la solicitud amorosa de los padres. Allá, en la tierra distante, estaban ellos soñando vuestro retorno inminente. Con la fresca mañana descendieron desde el Avila solemne hasta la playa tibia, donde debía de hacer su descenso la nave infortunada. En sus espíritus todo era alegría desbordada, y en sus labios ya iniciaba el despliegue explosivo la ancha sonrisa con que sería saludado vuestro arribo. Los lechos de vuestras alegres cámaras habían sido vestidos con sábanas, aún tibias, de nítida holanda. A la cabecera de las camas habían sido colocadas amorosas y polícromas rosas. Con finísima piedad vuestras madres –sin presentir que pronto se tornarían en angustiosos lacrimatorios– habían puesto el agua bendita en la graciosa pileta, sostenida por ángeles risueños, que en balde esperaron cubrir con sus alas protectoras vuestra dulce resiembra de sueños sobre la blanda almohada hogareña. Pasteles de subidos sabores aguardaban su fiesta de mieles y de esencias la hora de celebrar vuestro regreso. Hasta las jaulas, de sentido triste, mostraban mayor agitación de alas y más dulces gorgoritos, tal como si las avecillas prisioneras sintieran la onda entusiástica que invadía, como clara promesa de risa, aun los más silenciosos rincones de la casa.

Toda la fiesta, ¡oh, desventuradas criaturas!, dio un vuelco tremendo hacia la más espantosa tiniebla, cuando una voz crispada de horror anunció la espantosa tragedia. Nadie sabría explicarlo con palabras corrientes. Para pintar lo que debió de ocurrir en el espíritu de los seres amados que os estaban esperando, habría que pedir a los coros de la tragedia griega el refuerzo de sus voces tenebrosas y ululantes. En la mañana fría, las palabras debieron de reventar con el ímpetu de fuego de un simún funesto. Las palabras, con el poder terrible que las alienta y les da sentido, se tornaron quemantes como las propias llamas que consumieron vuestras vidas promisorias. Fuego devorador destruía también en un momento horrible las torres festivas que en el espíritu de vuestros deudos había levantado la regocijante espera. Luego, ya no se oyó sino un sordo quejido que pasaba de seres a seres, como frase quejumbrosa que de la más baja cuerda de un violín pasase a la cuerda más baja del violoncello hasta ir a morir con igual tratamiento en el más grave bordón del contrabajo. Hora funesta, hora infeliz en que súbitamente el sol se ocultó tras el propio Oriente, cuando apenas acababa de derramar sobre las crestas de los altos montes el oro sonrosado de sus luces mañaneras. ¡Oh, dolor sin nombre de quienes supieron vuestra muerte horrible, mientras desplegaban los blancos pañuelos para adelantaros al saludo primicial! ¡Cuándo pensaron los pobres que los pañuelos de la alegre bienvenida se convertirían en mortajas vacías que inútilmente aguardaban a vuestros cuerpos amados para la piadosa sepultura imposible!

A la racha devastadora del fuego destructor de ilusiones sucedió en el alma estrujada de quienes en vano esperaron, una absorta inconsciencia que les hizo sentir hasta los huesos el pavor de la palabra muerte en su absoluta frialdad. La noción voraz del fuego que trajo la noticia desapareció totalmente, y en los espíritus aposentó el hielo total, que había hecho presa ya en vuestros cadáveres, por siempre perdidos en lo profundo de las tenebrosas aguas oceánicas.

A poco, el duelo no fue sólo pesadumbre de vuestros agobiados deudos. Por todo lo ancho del territorio patrio y fuera de él, donde viven núcleos de gente venezolana, la noticia de vuestra muerte se extendió como tormenta atroz que azotara praderas de esperanzas. ¿Hasta cuándo un

destino aciago se ceba sobre las mejores promesas de la Patria? ¿Por qué, Señor, tu justicia prueba nuestra vida de nación por medios tan acerbos? ¿Será un simbólico aviso esa muerte de los buenos en medio de las llamas provocadas por el exceso del poderoso carburante que produce, como delirio infernal, nuestra tierra infortunada? ¿Necesitáis, Señor, acaso, la ofrenda de estas delicadas vidas de muchachos y muchachas para que se reparen en el campo de la responsabilidad colectiva los tremendos pecados con que diariamente sois ofendido por los grandes? ¿Es imaginable que en el orden corriente de la justicia compensativa se pida el sacrificio de las flores más nobles de la juventud para borrar los crímenes en que participan, ora por omisión, ora por indiferencia silenciosa y cómplice, todos quienes ven como algo sin trascendencia lo que a diario se hace contra la dignidad de los hermanos de gentilicio? ¿Hasta cuándo, mientras para el mal acrecen las garantías y suben las alabanzas, caen y perecen las mejores esperanzas de la familia venezolana?...

Vosotros, ¡oh, infortunados muchachos y muchachas!, conoceréis ya el secreto que rige el curso del humano destino. Tal vez, al mirar el dolor de los que permanecemos sobre el tinglado de la comedia humana, sintáis el júbilo de la libertad ganada al precio de la muerte. Acaso en el plano de una arcana teología salvífica, sobre el inmenso altar oceánico, la masa ígnea en que perdisteis la existencia, fuera como hostia propiciatoria ofrecida por la salud de todo nuestro pueblo. Esta esperanza alivia el dolor de quienes hemos llorado vuestra muerte como pérdida que trasciende el ámbito doméstico hasta alcanzar dimensión de tragedia colectiva. Nos consuela pensar que el fracaso de vuestra juventud promisoria se convierta en feliz camino por donde se haga realidad las esperanzas de quienes cada día aguardan que también salga el sol para los que sufren y lloran los hondos dolores de la Patria.

Númenes nuevos, espíritus tutelares, que disteis, como el incienso, lo mejor de vosotros al ser quemados por las llamas que envolvieron, a guisa de sábana infernal, vuestra inocente agonía, se os puede invocar como eficaces mensajeros ante el Trono del Altísimo. Si la ordinaria virtud decae, si flaquean hasta la nulidad los hombres vivos, en cambio crece el número de almas privilegiadas que representarán a nuestra

Patria en el Coro de los Bienaventurados. Será pobre y triste la categoría corriente de nuestros hombres, empero, estarán los Cielos poblados de almas sacrificadas al dolor por sus semejantes crueles, y por espíritus elevados a la categoría angélica en razón de un imprevisto sacrificio.

Para compensar el pecado de quienes todo lo rinden al reclamo de los vicios, vosotros, ¡oh, infortunados muchachos y muchachas de mi tierra!, os levantáis cual ángeles propicios para enseñorear en un nuevo territorio, donde la Patria implanta su derecho a la perennidad de una justicia y de un amor, por jamás amenazados. En esa Patria nueva –prometida a Abraham por premio de los justos– seréis como estrellas de miel y como lirios luminosos, en cuya invocación benéfica se recreará constantemente el alma abatida de vuestros padres sin ventura. Para vosotros ya todo es dulzura y paz y luz y gracia. Amén.

Madrid, julio 5 de 1956.

RESPONSO A GIOVANNI PAPINI

A la hora de la muerte, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, debió de estar Jesús a la cabecera de tu lecho, en espera de que tu alma se desasiera de los lazos que aún la mantenían unida a la tierra pecaminosa. Señor de buena paga, Cristo venía a retribuirte lo que tú hiciste por ganarle almas. Cristo venía a conducirte a las moradas de paz y de gloria porque tu espíritu, antes cargado de tormentosa duda, suspiraba con vehemencia de beduino en ardoroso desierto.

Jesús te ha pagado con creces tu valiosísimo esfuerzo por servir a los hombres extraviados. Ha pagado, también, Jesús por todos los que directamente recibimos favores de tus letras. Cuando tú descendías del encumbrado pedestal de tu incredulidad demoledora, regresaba, también, yo a la casa del Padre. Tú tenías bien ganada fama de filósofo y de consumado escritor. Yo era apenas un muchacho vacío y presuntuoso, que imaginaba merecer con sólo negar sin argumentos la fe de mis mayores. Cobarde para arremeter contra el vicio circundante y contra mis propios vicios, creía que ganaba fama de valiente por medio del escándalo parroquial y por medio del irrespeto a las autoridades de la Iglesia. Me gustaba que me llamasen ateo y librepensador. Cobraba orgullo cuando en cualesquiera de las tribunas ofrecidas a mi petulancia juvenil prorrumpía en discursos enderezados a escandalizar a la gente común.

Como a niño malcriado, Dios me tomó de la oreja y me puso un día frente a mí mismo en la soledad acogedora de un templo. Me hizo sufrir y me obligó a arrodillarme. Me hizo padecer, y me obligó a llorar. Mas,

pese a la claridad que suelen dar las lágrimas, me encontré entre tinieblas, frente a un Dios escondido, que era para mí un misterio numinoso y atrayente. Sabía de El apenas lo que declaró a Moisés, cuando de Sí mismo dijo: "Yo soy el que soy". De Cristo me quedaba una memoria nostálgica, entenebrecida por la lectura de Renán, de Strauss, de Nietzsche, de Rosadi, de Binet-Sanglé. Pero en mi corazón había burdos carbones que para arder esperaban la llama propicia. El viejo y maravilloso Kempis me era ininteligible por la densidad de su doctrina. San Juan de la Cruz aparecíame como nube lejana, para cuyo alcance se me hacía necesario trepar los empinadísimos montes de la meditación y del examen. Santa Teresa me ofuscaba con la extraordinaria pedrería que adornaba sus Moradas. Insistiendo en buscar la fe a través de la literatura hallé las biografías corrientes de Jesús como temas más para ser leídos por gente instruida que por pródigos de regreso a la casa paterna.

Un día, ¡oh, maravilloso Giovanni Papini!, di con tu "Historia de Cristo". Devoré el libro y sentí en mí no ya la iluminación esplendorosa de la fe renacida, sino el calor extraordinario de la inmediatez de la humanidad del Señor. Teólogos, ascetas y escrituristas hacían de primera intención reparos a tu libro, sin pensar que "tu" Cristo era el Cristo callejero que esperaba la gente cansada por la experiencia demoledora y ascosa del positivismo. El hombre del siglo XX necesitaba oír hablar de Cristo en lenguaje cargado de realidad humana. No era con el estilo denso de los teólogos ni con las frases titánicas de los místicos como precisaba que hiciese su reaparición en el mundo de los descreídos el Cristo Salvador. El Cristo del siglo XX –idéntico al Cristo de la hora cero de la Redención– necesitaba hablar un lenguaje rotundo, directo, acerado, demoledor, como para hacerse oír de oídos tupidos de cerumen empozoñado por la voz venenosa de los evangelistas del Anticristo. El Cristo secreto de místicos y ascetas necesitaba también una túnica burda con qué echarse a las calles de un mundo donde diariamente se simulaba su presencia por medio de Cristos fingidos y ornamentados con signos de una realeza irrespetada y vendida.

Tu libro adquirió la resonancia de un mensaje vibrante, que de nuevo echaba a los vientos la vieja y perdurable palabra del Crucificado. Tú

escribiste "tu" Cristo no con pluma de asceta, ni con cálamo de teólogo, ni con puntos de místico, ni con estilo de escriturista. Tú escribiste con la misma vigorosa pluma antigua con que le habías negado y con que habías comenzado a externar en tu "Leonardo" tu enemiga contra el ponzoñoso positivismo. Te debatías entre los alcances del pragmatismo jamesiano y el iluminado intuicionismo de Bergson. Aún la duda se oponía en tu camino hacia la luz. Erizada de paradojas, la vida te mantuvo algún tiempo más al borde abismático de la angustia, hasta que el estrago de la primera post-guerra te habló con mayor fuerza que todos los argumentos filosóficos por ti estirados y contorsionados en tu búsqueda desesperada de la razón de la vida. La mugre que rodeaba a la sociedad decadente te hizo ver, con mayor fuerza que las teorías, la necesidad de una limpieza desgarradora en el profundo de la conciencia humana.

Antes que entenderlo, palpaste a Cristo con las alas de tu corazón destrozado. Sentiste que la vida sin Cristo es un absurdo. Viste con mirada iluminada de luz de conciencia, que un mundo sin Cristo sería una aberración por donde sólo se explicaría el suicidio colectivo de las guerras y el fango permanente de los vicios. Sentístelo y luego lo entendiste. Ya en posesión de tu verdad, avisaste, como Andrés, la presencia de Cristo en medio de los pecadores y de los hambrientos que esperaban la gracia del perdón y el pan de la justicia.

El mensaje que dirigiste a tus hermanos de dolor y de angustias estaba lleno de los fulgores violentos de tu vieja pluma combativa. No te limitaste a decir a los hombres la vía por donde suele aparecer el Señor. No te redujiste a recordar que bajo el cielo no ha sido dado a los hombres otro nombre para salvarse que el nombre de Jesús. Quisiste hacer obra verdaderamente eficaz y te diste a la maravillosa tarea de derrumbar las murallas que obstruyen los caminos de Cristo. Con entusiasmo febril de converso te entregaste a denunciar a los farsantes que se sirven de un Cristo vestido de almidonadas holandas para engañar a los hambrientos de misericordia y de justicia. Seguiste al Señor en todos sus pasos, y después que los acusadores de la adúltera dejaron caer de sus manos desgonzadas y frías por la vergüenza las piedras del castigo, tú las recogiste del suelo y las arrojaste contra los fariseos que envenenan las

aguas puras de la religión. Cuando Jesús sosegó de su ira a las puertas del templo invadido por los mercaderes, tú levantaste el látigo con que había castigado a los traficantes que ensordecieron la oración de los humildes por el ruido de las pujas insolentes.

Tú, como Saulo, habías combatido con violencia a Cristo. También, como Saulo converso, tú te trocaste en una fuerza de proyección extraordinaria. No buscó San Pablo a los circuncisos que esperaban al Mesías. Su campo era la paganía que nada sabía de la Promesa. "Tu" Cristo tampoco estaba dirigido a los que creían en el Señor y buscaban comunicar con El. "Tu" Cristo fue escrito fundamentalmente para tus hermanos de ignorancia, para las mentes dañadas por el racionalismo disolvente, para los que siguen traicionando y negando a Cristo en nombre de la engreída ciencia y en nombre, también, de las propias ideas cristianas puestas al servicio del Demonio.

¡Qué no te debe el mundo cristiano! ¡Qué no te debemos quienes nos atrevimos en hora menguada a negar la divinidad del Señor! Con tu poderosa palabra, con tus fulgurantes metáforas, con tus paradojas audaces, nos pusiste frente a frente con la radiante y realísima humanidad de Cristo; nos hiciste comprender que el Verbo se había hecho nuestro hermano de carne y sufrimientos; nos hiciste sentir cómo es un mero problema de voluntad encontrar el camino que nos pone en comunicación con el Cristo eterno que vino a salvarnos, así persistiesen voces, como la de Santayana, en el empeño de sostener que el mundo no quiere salvarse. Tú viste, en realidad, cómo el mundo sí busca la salvación, pese a su erradiza conducta. Para ayudarle en su angustiada búsqueda, le presentaste una visión realista, contundente, eficacísima de lo que es el mensaje de Cristo.

Maestro de fe entre los incrédulos y perezosos, proseguiste tus enseñanzas con verdadero celo de apóstol. ¡Cuántos libros no escribiste para avivar el sentimiento de los hombres hacia los grandes temas de la santidad y la salvación! Anhelante de dar forma didáctica a tu palabra, te metiste entre las imposibles vestiduras del supuesto Papa Celestino VI, e inventando un mundo semejante al tormentoso mundo de que formamos parte, "lanzaste al viento –en tono de Pontífice– las palabras de tu gran

corazón, como rayos de luz destinados a penetrar en todos los corazones". Valido de la más fina, piadosa y elegante superchería, diste a tu palabra resonancia y ámbito de magisterio ecuménico, porque más sirviese para ablandar la férrea dureza de sacerdotes, de monjes, de frailes, de teólogos, de ricos, de pobres, de regidores de pueblos, de ciudadanos y súbditos, de mujeres y de poetas, negados a ajustar su conducta a las suaves enseñanzas de la Iglesia.

Tu deseo de bien fue aún más lejos, ¡oh, maravilloso Giovanni Papini!, y quisiste acabar con la eternidad del Infierno. Creíste que la Suma Bondad no se compadece con el castigo sin fin, e imaginaste la posibilidad de que Satán vuelva a la categoría del caído Luzbel. Tu bondad te hizo errar. Para quienes vemos en la Historia un sentido profético sobre las leyes tornadizas de la causalidad social, el Infierno es el verdadero complemento de la justicia, y sin justicia no hay orden, ni libertad, ni bondad, ni amor. Cuando en tu afán de generosidad llegaste a pensar que un "Dios verdaderamente Padre no puede torturar eternamente", no andabas solo en tus razonamientos. Muchos teólogos y muchos poetas habían pensado antes que tú en la posibilidad de la salvación de Satán. Con negar el Infierno en su perdurabilidad espantosa negaste la libertad del hombre. No es Dios, quien crea la pena. La pena la arrastra fatalmente el acto libre del hombre. Pecado, crimen y castigo reclaman en el balance cósmico su concatenada presencia frente al premio y al amor. ¿Cómo se explicaría el orden de la injusta justicia de los hombres si no es por el complemento de las penas eternas? Ante los horrores que viste en las espantosas guerras y en las postguerras atroces que nos ha sido obligado vivir, ¿no te sentiste movido a tomar sus pésimos efectos como escolio práctico de la prueba teológica de la eternidad del Infierno? ¿Pueden ganar perdón acaso los sádicos e impenitentes verdugos que libremente han puesto en crispática tensión aun el alma tierna, inocente, abismada de niños cuyo sueño fue metódicamente desvelado por las linternas sordas de quienes perseguían a sus padres por el delito de amar la libertad? ¿Son perdonables los soberbios, engreídos, fríos, inaccesibles capataces, que en un momento de locura se consideran dueños y señores de la suerte de sus semejantes? ¿Tendrá, acaso, duración el fuego que pueda purificar a Nerón, a Calígula, a Gengis Khan, a Tamerlán, a Iván el Terrible, a Hitler, a

Stalin, por citar apenas los mayores, hasta ponerlos en tono de pureza que les autorice sitio en el coro donde se hacen uno con la Visión Beatífica de San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, Santo Tomás de Aquino, San Vicente de Paúl, San Felipe Neri, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús?...

Pecaste por carta de más, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, y quisiste que el amor aboliese la justicia. Lástima que los hombres todos no pecásemos por ese extremo generoso. Olvidaste que, lejos de negar la eternidad de su castigo, necesitamos recordar la constante participación de Satanás en el orden del mundo. Tal vez, más que olvido lo que pesa sobre nuestra cultura deplorable es la aceptación de la parte del Diablo como algo natural y corriente. Hemos dado carta de licitud a lo demoníaco como principalísimo ingrediente de la inteligencia y del arte, por donde se ha vestido de dignidad el crimen y se ha justificado el pecado que sirve de soporte a los corrompidos cuadros del mundo presente.

Pero tu pecado fue pecado de generosidad y de hipérbole amatoria. Muchos vieron en tu "Diavolo" una travesura de erudito, más que un empeño formal de enmendar a los teólogos y de negar el Dogma. Tu obra madre, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, fue "Tu" Cristo. En medio de la noche apretada de los extraviados, tu libro fue una promesa de albergue y de camino. Buenas luces había en las casas de quienes gozaban la virtud y la gracia de la fe. Maravillosas lámparas, cuajadas de vívidas candelas, mantenían la claridad en las moradas de los hijos del privilegio; en cambio, eran los que transitaban las tinieblas quienes en verdad tenían urgencia de luminarias. Para los necesitados de luz escribiste tu libro portentoso; para los perdidos entre las densas sombras, prendiste como seguro de esperanza y certeza de camino el verde fanal de tu luz penetrante. Era necesario que en el mundo resonase el nombre de Cristo en una voz que hubiera blasfemado, en una voz que hubiera escandalizado, en una voz que hubiera negado, en una voz que así tuviese fuerza persuasiva entre los escandalizadores, entre los blasfemos, entre los negadores.

Para convencer a los hampones, siempre tendrá mayor persuasión quien hable el caló que disfraza los secretos de la consigna certera, que el

encumbrado moralista de pulido lenguaje. También, en el orden de la gracia, los que reniegan de Cristo son como pícaros emboscados en tortuosos caminos, a quienes más fácilmente convencen los dueños de las palabras del secreto sesámico. No cualquiera, sino una robusta voz experta en los misterios de la magia negadora, era la llamada a dar el alerta del retorno a los caminos de la luz. Esa voz fue tu voz. Entre tus antiguos correligionarios la echaste a rodar con la responsabilidad de quien, como tú, al desertar las filas de los contrabandistas de la verdad, te sentiste obligado a salvar a quienes se habían hundido en la negación de la luz.

Hoy, ¡oh, extraordinario Giovanni Papini!, aquel a quien serviste te ha pagado con creces tus servicios. Luz y amor colman ya tu visión y llenan con sus reflejos el hondón de tu espíritu. Has alcanzado lo que anhelabas contemplar. Has bebido el vino eterno de que deseabas embriagarte. Estás con Cristo, con "tu" Cristo, con el Cristo único y múltiple, que sirve de camino, de fin y de sosiego a nuestro anhelo de paz. Con el poder de tus méritos, intercede, ¡oh, generoso Giovanni Papini!, por los infelices que no creen en Cristo! Amén.

Madrid, julio de 1956.

PALABRAS PARA CONSOLAR A UN COBARDE

Tendrás hijos desgraciados o cobardes. Prefiérelos desgraciados.
Leopardi, en el álbum epitalámico de su hermana.

He sabido por labios de quienes bien te quieren todo lo que sufres en el silencio de ti mismo, por saber que tus viejos amigos suelen darte el mote de cobarde. Es explicable tu pena. También es digno de aprecio el celo que pones en la defensa de tu honra social. El pueblo, siempre sabio, tiene un concepto comprensivo y piadoso del miedo. Cuando dice que el miedo es libre, da a entender que arranca de un movimiento incontrolable del ánimo. Un examen práctico del miedo, así no se intente bordear los límites ontológicos de la angustia kierkegaardiana, nos conduce al campo de los reflejos sin dominio. El miedo linda con el instinto. El miedo está firmemente implantado en las capas inferiores del subconsciente.

El miedo es inconsciente. El valor es reflexivo. Si tú hablases íntimamente con hombres que lucen categorías de valientes, sabrías que el acto de donde arranca su buena fama constituyó para ellos una lucha tremenda contra la flaqueza instintiva que indicábales el prudente escurrimiento de la responsabilidad.

Tal vez una de las fuerzas más poderosas contra las cuales ha luchado el hombre sea el instinto del miedo. Se dice que la civilización arranca de la hora prometeica en que el hombre sacó fuego del choque de dos piedras. Hasta ese momento el hombre primitivo temió de modo pavoroso al fuego que del cielo bajaba en forma ofuscante de centella. Cuando el hombre primitivo se sintió dueño del fuego, comenzó a sosegar de su miedo espantoso a las fieras y a los fenómenos de la naturaleza. Supo entonces que, rodeado de fuego, podía defenderse de los animales

feroces. Su circunstancia, cargada antes de pavor, se fue llenando de confianza. Supo, también, que el fuego que baja de los cielos, es fuego semejante al que podía sacar de las piedras. Una intuición remota le llevó seguramente a pensar en un futuro dominio del fuego misterioso de las nubes.

En el orden de los valores puede decirse que el miedo es una reacción de respuesta ante la inminencia de un peligro. El papel fundamental de la mente consiste en despejar el campo de la inmediata peligrosidad y enfrentarle la noción del deber. Cuando la iluminación del espíritu llega a desterrar el temblor del miedo, para robustecer, en cambio, el área del deber, entonces el miedo puede llegar a ser un factor útil. Cuando los ingleses después de Dunkerque temblaban ante la idea de una invasión nazi de las Islas, Bernard Shaw dijo que los alemanes ignoraban lo que es un inglés con miedo. Un inglés con miedo era para el grande escritor un inglés puesto en actitud suicida frente a su propio deber de hombre y de patriota. Un inglés con miedo, según la frase de Shaw, es la realidad de un hombre desnudo ante su responsable conciencia. (En tu caso, no precisa examinar el miedo metafísico, que engendra la angustia y la locura).

Posiblemente tú, ¡oh, sufrido y tímido amigo!, no has pensado en el deber de dar rostro a tu propio miedo, cuando se trata de salvar valores que están sobre la fácil concupiscencia. En un momento has pensado preferentemente en el goce que sería puesto en riesgo por el acto de valor. Tú te has quedado en la zona del temor prudente, por donde aseguras tranquilidad y beneficios. Tu moral se parece a esa espuma blanquecina que se mueve sobre las charcas donde croan sapos y ranas. Es moral de quietud conformista, dispuesta a sacrificarlo todo ante la amenaza de que pueda ser interrumpido el disfrute, humilladamente asegurado, de tu feliz pasar. Pero, como no te falta luz en la inteligencia, comprendes que tu excesiva prudencia te ha llevado al cobarde incumplimiento de elementales deberes con otros y contigo mismo. Sabes que procedes mal, pero desearías, también, poder silenciar las voces que te empujan a la permanente claudicación. Comprendes que tu conducta te muestra como hombre de voluntad decrépita, seguidor sumiso de una fácil ética de resultados; mas, entiendes, a la vez, que tu

conducta te aleja del territorio valioso donde desearías colocarte. En fin, sabes que procedes de manera incorrecta, pero careces de voluntad para enmendar los entuertos hacia donde te conducen diariamente la cobardía y el ansia de holgar a cualquier precio.

Eres cobarde. Tienes miedo. No posees el ánimo suficiente para vencer tu debilidad instintiva, así busques sofismas y alambicados razonamientos para explicar tu conducta atroz frente a tus compañeros de ayer. Tal vez sepas que Burke escribió a Lord Loughbarough, cómo el miedo es el más ignorante, el más injusto y el más cruel de los consejeros. Sin embargo, escuchas los provechosos y cómodos consejos por donde ganas mercedes y favores a costa de tu dignidad de hombre.

Pero, ¡oh infeliz amigo de voluntad caediza!, no eres tú el único cobarde que anda por el mundo. El miedo tiene una jerarquía sorprendente en el orden de la Historia. Los Santos –esos maravillosos gladiadores en la búsqueda de Dios– han tenido miedo y ¡qué miedo! San Pedro, nada menos que San Pedro, sintió pánico ante la voz de una mujerzuela que le preguntaba si era él también discípulo de Cristo. Y Pedro, el de la entusiasta industria para hacer tiendas en el Monte Tabor, cuando vio al Señor transfigurado, Pedro, el llamado a ser piedra fundamental de la Iglesia, tembló de pavor y negó a Cristo. Grave caída, espantosa miseria la del apóstol mayor. Sin embargo, Pedro lloró su debilidad y las lágrimas hicieron recia su voluntad hasta llevarlo a morir clavado, cabeza abajo, sobre el madero de una cruz, como el Maestro a quien había negado en la noche infeliz del miedo invencible. En los misterios del Cristianismo, esta cobardía de Pedro funciona con un sentido de profundo consuelo para la debilidad humana. A todos puede ocurrirnos una hora sombría y terrible como la hora en que Pedro negó al Señor. En la economía valorativa de la salvación, nada importa la caída, así esté doblemente ratificada como la negación del Apóstol. Para completar la formación moral de Pedro, Jesús lo sometió a la prueba tremenda de vivir y dominar el miedo. Quiso el Maestro hacer pasar al discípulo destinado a ser piedra angular de la Iglesia, por la misma prueba espantosa que en el Huerto de los Olivos le había hecho dirigir al Padre una súplica angustiada porque lo librase de la agonía que le esperaba como hombre. Sí, ¡oh, amigo de voluntad decrépita!, también Jesús en

su naturaleza humana sintió miedo al dolor y a la muerte. Bajo la sombra de los olivos sagrados, el Maestro nos enseñó a vivir el miedo y nos enseñó a superarlo, por medio del absoluto sometimiento al deber. Se humilló el Verbo hasta tomar nuestra carne, para enseñarnos a imponer silencio a las voces altaneras y cobardes que pretenden mantenernos hundidos en la mugre.

El miedo es debilidad humana, flaqueza instintiva, que nos llena de dolor. Justamente por existir el miedo, es valiosa la virtud contraria. Nada valdría la castidad si no hubiese el reclamo de la lujuria; ningún precio tendría la templanza si no fuera por el llamado de la gula. El valiente es valiente porque domina los reclamos del miedo. Quizá tú, ¡oh, amigo de ánimo enflaquecido y cómodo!, no has pensado en el tremendo proceso del miedo. Tu debilidad te ha mantenido en la zona fría y temblorosa del temor, sin que hayas puesto nunca esfuerzo alguno por dominar las vías mezquinas que te impiden ver cuánto ganarías si descargaras tu espíritu de la nube que se levanta desde los sótanos sombríos de tu conciencia enclenque.

No te faltan luces para medir la peripecia de tu voluntad raquítica. Bien sabes que con una sola palabra que te dijeras a ti mismo, podrías saltar la barda que divide tu predio de bellotas doradas, del predio, hoy espinoso, de quienes gozan de mejor sitio que tú en la apreciativa ética de lo que es permanente en el orden de la República. Tú tienes miedo y te avergüenzas de que tus amigos te motejen de cobardía. ¿Aspiras acaso a que se te rindan parias por tu conducta huidiza, acomodaticia y desleal? A tanto no puedes aspirar; empero, si piensas en hombres mayores que tuvieron miedo, puedes ganar consuelo y esperanza. Más grave que el tuyo fue el caso de San Pedro. Simón negó a Cristo por miedo. Si lo tuvo Pedro, ¿por qué no puedes tenerlo también tú? Si el primero de los apóstoles traicionó al Señor, ¿por qué no puedes tú negar a tus amigos? La falta tuya es infinitamente menor que el miedo que azotó la conciencia de Pedro ante la mujerzuela preguntona de la madrugada del Viernes Santo. Pero el miedo de Pedro se tornó en ímpetu poderoso de apostolado y la debilidad humana de Jesús quedó de testimonio para mostrar la integridad de la naturaleza histórica del Crucificado. El miedo del Señor y el miedo de San Pedro son pruebas elocuentísimas de la

debilidad del hombre. Porque hubiese buen espejo para juzgar la conducta de los hombres flacos y hubiese, a la vez, en ellos confianza para levantarse, en el plan salvífico del Cristianismo se dieron estos ejemplos desesperados y contradictorios.

No has tenido gracia suficiente para compensar la flaqueza de tu ánimo. Tal vez el tuyo sea solamente miedo al riesgo de ver alterada la paz de tu vida corriente. En ti, posiblemente, a este temor abundoso, se agregue el miedo de cerrar posibilidades a lo que tú crees un brillante porvenir público. Otros, más despreocupados que tú, dan a la carencia de actos nobles el calificativo de listeza y de visión para el provecho de la hora. Esto, en realidad, cae en otra zona de contravalores. Esto ya no es miedo sino inmoralidad y desvergüenza. El caso tuyo se presenta como de miedo absoluto. Como de ruptura total de toda resistencia capaz de impedir el temblor y el pavor de imaginarte perseguido. Estás justamente en el momento en que Pedro exclamaba: "No conozco a ese hombre que decís". Momento infeliz, momento horrible, que para dicha del apóstol fue iluminado en seguida por una larga, luminosa, tierna mirada de Cristo...

Para ti, ¡oh, amigo de flaco ánimo!, se ha alargado descomunalmente el mero instante de la negación. El miedo te ha hecho olvidar todo. El miedo es señor y dueño de tus actos. Pero tienes, como vez, hermanos mayores en la tragedia del miedo. El recuerdo de Pedro puede servirte de alivio en tu inquietud y en tu vergüenza de saberte llamado cobarde. Pero, también, como Pedro debes hacer siquiera un ligero esfuerzo hasta hallar la luz de los ojos del Maestro. Verías cómo es fácil entonces dominar el miedo. En realidad, no estás en tinieblas. Son muchos los que pueden darte la luz que Pedro sólo pudo encontrar en la mirada compasiva, dulce, serena del Señor. El caso suyo era de salvación eterna; el tuyo es un caso corriente de salvación histórica. ¡Atrévete y verás!...

Madrid, agosto de 1956.

RESPONSO A JOSEPH HAJEK[1]

Frente al luminoso mar latino, imbuido en la paz profunda que promueve la contemplación de las olas rizadas y quejumbrosas de la Costa Azul, he leído la noticia desesperante de tu muerte. En el Jardín Zoológico de Nuremberg te entregaste voluntariamente a la voracidad de los leones embravecidos. ¡oh, triste e infeliz Joseph Hajek! Cuando la audaz y enérgica domadora logró entrar en el cubil de las fieras, ya uno de los poderosos leones africanos sostenía tu cuerpo entre las recias mandíbulas, como si fueras una fina muñeca. Al grito de la valiente mujer, la bestia te dejó caer al suelo, mas, si pudiste alzarte, de nuevo caíste rendido. El mayor de los leones mordióte entonces en el cuello. Con voz espantosa lanzaste un grito agudo y ya no te moviste más. La diligencia policíaca, por medio de disparos al aire y con la ayuda de gases, pudo apenas evitar que los animales destrozaran tu cadáver, ensangrentado como bandera de libertad.

¿Qué peripecias tremendas. qué tetánicas contorsiones sufrió tu mente hasta anclar en la idea de poner término a tu vida con tan bárbaro y desusado medio? Tu caso, en esta hora sombría del mundo, se confunde con los cientos de millares de situaciones semejantes que sufren los hombres de uno y otro hemisferio. No te sentías avenido con la política checoslovaca de la hora. Tras la Cortina de Hierro viven tus padres y tu novia. Débil para alimentar la llama de la esperanza, miraste para siempre cancelado tu derecho a la pequeña patria, donde sufre la madre, donde suspira la muchacha tierna, que abrió tu espíritu a las dulces

(1) Texto inédito localizado en el archivo del autor.

visiones del amor en primavera. Carente de recursos en un mundo hostil, debiste de haber padecido la calentura del hambre y el frío del desabrigo que suelen acompañar al desterrado. Los hombres que te impedían la gracia de gozar tu suelo, de disfrutar tu hogar, de comunicar con tus amigos y tus deudos, seguramente fueron adquiriendo en tu imaginación atormentada contornos de bestias salvajes. Frente al rostro de los leones, imaginaste iguales los rostros de los hombres que te negaban el derecho a respirar el aire de la tierra natal. El distante sitio donde fueron enterrados los abuelos, donde el agua mansa del riachuelo familiar corre con la dulce sencillez de las cosas que se mueven sin cambiar de esencia, donde los verdes pinos alargados te señalaron en la niñez apacible el nocturno camino de las estrellas; el sitio lejano que aprendiste a amar como dimensión determinante de tu propio ser, de tu propia fe, de tus propios sueños, la Patria, en fin, con todos sus grandes valores morales y económicos, con toda la fuerza nutricia de su tradición y de su historia, con la miel de sus canciones y el ritmo de sus danzas, con toda la potencia germinal que señala al hombre su vínculo más denso con el orden del mundo y del ser, la Patria, en su realidad de nudo que enlaza el ayer y el mañana, llegaste a mirarla, ¡oh, Joseph Hajek!, como entelequia sin sentido, como visión desesperada, sin posibilidades de ganar nuevamente cuerpo para realizar en ella tu humano destino.

Cuando en tu conciencia atormentada, ¡oh, Joseph Hajek!, se afirmó la idea de que jamás retornarías a los viejos lares, viste tu mundo interior poblado de funestos fantasmas, sin gravedad y sin reposo, que terminaron por cerrarte el propio sentido de la vida. En la tiniebla de tu espíritu, hombres y bestias resultaron seres semejantes. Acaso en los leones del Zoológico de Nuremberg viste criaturas más cercanas a la inocente bondad de la Naturaleza que en los fieros hombres, que imitan en su relación con los otros hombres la parte destructora y salvaje de las bestias. Quizás por un proceso de trasmutación de sujetos, cuando atravesaste a nado el foso que te separaba de las fieras, creíste encontrar al otro lado de las quietas aguas hombres y no bestias.

Pero, sobre el problema personal que encierra tu caso desesperado, se imponen los mil problemas de los hombres y de las mujeres que en América, en Europa, en Africa y en Asia caminan extraños caminos,

porque hay hombres y sistemas que les impiden vivir en la vieja tierra de sus padres. Para el dolor de estos nuevos peregrinos, a quienes es negada la sal y el vino en los patrios manteles, tú, Joseph Hajek, has creado un símbolo espantoso. Entre las mandíbulas de un león feroz, tu cuerpo aún tibio de víctima rendida es figura que expresa a cabalidad el ánimo cruel de quienes, sin leyes y sin juicios cierran a sus conciudadanos los caminos de la Patria.

Sobre tu cadáver ensangrentado de víctima de los odios de la política, bien están palabras de reflexión y de dolor, que sirvan de luminarias en el camino ensombrecido que transitan los hombres ofuscados, cuando llegan a creerse con derecho para destruir la vida y los hogares de quienes no se conforman con sus planes arbitrarios. Más que coronas tejidas con lánguido ciprés y mustias rosas, tu sacrificio, ¡oh, Joseph Hajek!, reclama una meditación serena y profunda acerca de los sistemas que obligan a miles de defensores del cívico decoro, a seguir forzados y duros rumbos a través de extraños pueblos. Tu trágica figura, agitada entre las vigorosas quijadas de la bestia victoriosa, debiera ser puesta ante los ojos indiferentes de quienes se consideran con título legítimo para destruir hogares y estrujar cuerpos y conciencias.

Los engreídos gobernantes que en nuestro hemisferio, rinden sin juicio y sin lucha a los hombres que los contradicen, debieran escuchar con fino oído el mensaje atormentado que por tus labios muertos les dirigen los padres ausentes, las madres llorosas, los niños semihuérfanos, las esposas aflictas, las novias angustiadas. También en esta hora de inquietud y de dolor, novias, esposas, hijos y amigos, que sufren la pesadumbre de los ostracismos impuestos por hombres egoístas y sombríos, han de elevar una oración para impetrar tu perdón y tu reposo. Entregado voluntariamente a la voracidad sin pecado de los leones inconscientes, más que como víctima de extraña locura, debes ser visto ¡oh, Joseph Hajek!, como testimonio irrecusable de la angustia que embarga el ánimo de quienes se sienten sin fe y sin esperanza para luchar contra las fuerzas tenebrosas que han tomado la rectoría transitoria de muchos pueblos sin fortuna cívica.

¡Oh, Señor mío misericordioso, concede al espíritu de Joseph Hajek, el pobre muchacho de veinte años, enloquecido por el destierro atroz, la paz que creyó halladiza entre las fauces de animales, por él vistas como susceptibles de la benevolencia que faltaba a quienes le negaban derecho al blando reposo, a la caricia tierna y al susurro amable, en la molesta quietud del destrozado y lejano hogar!...

Niza, julio de 1954.

RESPONSO A LAS VICTIMAS DE CALI[1]

Why were six trucks, loaded with so deadly a cargo, allowed to spend the night in a crowded city? That was a question Cali would never stop asking.
TIME, agosto 20–1956

De Cali guardo en la memoria el alegre rumor del río que cruza la ciudad y el austero perfil marmóreo de Jorge Isaacs. Ciudad llena de vida, en ella el sol del trópico realiza el milagro de su luz permanente y de su fecundidad extraordinaria. En el gran valle del Cauca, Cali, con su progreso y entusiasmo, porfía por el primado que, en el área de la tradición, del señorío y de la Historia, corresponde a la venerable Popayán, orgullosa no ya de ser cuna y panteón de grandes varones de la civilidad y de las letras, pero sepulcro ignoto del propio Señor Don Quijote de la Mancha. A las tumbas preclaras de la metrópoli payanesa, Cali opone hoy, como mérito sombrío, las tumbas innúmeras donde descansan vuestros cuerpos anónimos, ¡oh, víctimas infortunadas de la imprudencia ajena!...

En una hora trágica, la catástrofe que arrasó vuestras vidas, calculadas en mil quinientas, que hirió de gravedad a dos millares de personas, que destruyó edificios, hoteles, industrias y cuartos de humildes trabajadores, llenó de dolor la atención del mundo entero. A las desgracias que vienen azotando al género humano por varias causas, se agregó la tragedia espantosa que os dejó sin vida, cuando reventó la peligrosa carga de explosivos, sin prudencia alguna guardada en el corazón de una

(1) Texto mecanografiado e inédito localizado en el archivo del autor.

populosa ciudad. Para desviar el juicio sobre la responsabilidad del crimen, se ha invocado un presunto atentado contra el régimen que impera sobre la aflicta nación colombiana. Recurso inválido de quienes olvidaron el precio de vuestras vidas y autorizaron la permanencia en la floreciente ciudad de un convoy expuesto a explotar al descuido menor.

Crispa los ánimos pensar en vuestra angustia fulgurante y en el dolor de vuestras familias. En un orden positivo, hay recursos y hay ánimo y hay fe y hay ejemplo para levantar rápidamente la parte destruida de la gran capital de la industria del Cauca. Cerca no más, Manizales pregona lo que es el espíritu público del colombiano. Pero los pueblos no son casas, ni siquiera industrias. Los pueblos son hombres. Los pueblos son vidas. Puentes, calzadas, embalses, caminos, torres y canales puede construir la administración pública, en cambio, mil quinientos corazones paralizados para siempre y más de dos mil brazos inutilizados para el trabajo, no se reemplazan con dinero ni se sustituyen por fornidos inmigrantes europeos. Para Colombia, los mejores migrantes son, como vosotros erais, hijos de mujeres colombianas. Representabais vosotros un esfuerzo del pueblo, erais expresión viva y pujante de una colectividad vigorosa, que busca realizar su destino a la sombra irisada de nuestra común bandera mirandina, al arrullo de la vieja canción que de madres a hijas ha venido trasmitiendo el mismo pueblo inmortal de Caldas, de Nariño, de Ricaurte, de Camilo Torres, de Julio Arboleda, de Jorge Isaacs, de Miguel Antonio Caro, de José Asunción Silva, de Rafael Uribe Uribe, de Marcos Fidel Suárez, de Carlos E. Restrepo, de Guillermo Valencia, de Monseñor Perdomo. Vosotros erais el pueblo que viene vendimiando los odios cultivados por los poderosos. Como tal pueblo –sin derecho y sin atención– fuisteis tratados a la hora postrera de vuestra existencia. La materia explosiva que importaba el gobierno, ya para fines militares, ya para obras civiles, se miró con mayor precio que vuestras vidas. Al lado vuestro, cerca de la almohada donde vuestras cabezas descansaban confiadas, fue aparcado el mortífero convoy. La seguridad estaba destinada a proteger la dinamita. Vuestras vidas de hombres no fueron, en cambio, valoradas en su precio absoluto. El símbolo es espantoso. El cuadro de vuestra muerte tiene dimensión satánica. Pero, ¡oh, infelices víctimas de la imprudencia ajena!, vuestra

tragedia retrata en parte el cuadro de lo que hoy ocurre a todo lo largo de nuestra sufrida América. Los hombres son apenas minúsculos soportes del edificio voraz del Estado o de la empresa, el uno y la otra no dirigidos a garantizar la seguridad y la prosperidad común, sino a mantener el apetito insaciable de la clase gobernante o de la oligarquía explotadora de la riqueza. El sufrimiento humano no tiene resonancia entre el coro indiferente de los hombres gozosos que olvidaron cómo el hombre, por ser hombre, es algo sagrado.

En el campo de la sintaxis social ha ocurrido un funesto hipérbaton. Los valores subalternos han subido a sitios de excelencia y el sentido del discurso toma como elemento principal lo que por esencia está destinado a servir. Buen oficio desempeña la dinamita para rebajar agresivos montes y para pulverizar rocas hostiles a la marcha del progreso. La dinamita tiene una función valiosa cuando se la destina al beneficio pacífico del hombre. Pero en nuestros pueblos, ¡oh, desventuradas víctimas de la extraña imprudencia!, los hombres no son medidos en la plenitud de su valor humano y social. Se les desangra, se les ultraja, se les reduce a condición de parias, mientras de otra parte se le toma como conejillos de laboratorio para experiencias que dan lustre a sabios y prestigio falso a la administración pública. En el orden de la sanidad, digamos por caso, más de una vez se ha alardeado en países de nuestra América con la erradicación del paludismo y de la tuberculosis como flagelos sociales. Noble labor que honra la dedicación científica, pero ¿tiene algún precio trascendente en el orden humano el hecho de vivificar el plasma enantes cargado de leucocitos, bacilos y flagelados, para destruir al mismo tiempo en esos hombres el plasma moral que sirve de vehículo a la voluntad creadora de actos nobles? ¿Tiene sentido acaso en el plano de la República la edificación de cuartos donde vivan con buen aire y luz brillante hombres tomados del miedo impuesto por una ubicua e invisible policía de agresión?...

No lo dicen únicamente los hombres ofendidos por los adversos sistemas políticos. De la propia Ciudad del Vaticano, donde tiene su Cabeza visible la Iglesia de Cristo, ha salido la voz que previene al crimen que significa dar espaldas a la seguridad reclamada por la vida de los hombres. I si esta advertencia angustiosa vale para los hechos en que

no hay una clara y perversa intención de dañar, ¿qué no decir de los sistemas que estriban su fuerza sobre la persecución de hombres, por sola la razón de diferir y contrariar el sistema de los déspotas? ¿Qué pensar de la seguridad y del aplauso con que cuentan los tiranos sombríos, a quienes llegan a hacer coro las mismas voces, por gravedad de doctrina, llamadas a denunciar al crimen a procurar su enmienda? ¿No irrita ver cómo se hacen procesiones de Vírgenes y certámenes eucarísticos para simular tono de religiosidad por donde adquiere ribetes de decoro un falso orden de justicia? ¿Cómo llamar esa confabulación siniestra en que participan hombres moralmente obligados al silencio cuando no pueden intervenir en la defensa del derecho cercenado del pueblo?...

Hubo negligencia culpable en el hecho que ocasionó vuestra trágica muerte, ¡oh, desafortunadas víctimas! No se procedió con la previsión requerida para evitar el riesgo inherente al transporte de substancias explosivas y, fatalmente, al producirse el estallido de la materia infernal, vuestras vidas fueron segadas con violencia de huracán de fuego. Perecisteis vosotros y quedaron heridas innúmeras personas y destruidas a la vez valiosas construcciones y ricas industrias, que aseguraban trabajo a más de veinte mil personas. Como si se tratase de batalla sangrienta librada en el corazón de una nueva Numancia, vuestros cadáveres arruinaron de fatiga a los improvisados sepultureros y, al igual que en épocas antiguas de peste, se recurrió al extremo de abrir fosas inmensas donde vuestros cuerpos fueron arrojados sin el abrigo de la mortaja arreglada por amorosas manos.

La alegría de Cali fue velada por el duelo que hizo de la ciudad en ruinas el centro de la angustia de Colombia y de América y del mundo. A la historia festiva y a la leyenda enternecedora, que dieron tinte singular a la urbe promisoria, se ha venido a sumar en mala hora esta densa página de sombra, llamada a promover lágrimas copiosas en espíritu que sientan el ser de lo humano, del mismo modo como las almas tiernas se entristecen y lloran ante el dolor sereno, dulce, suave de la inmortal *María*. Vuestra muerte, ¡oh, víctimas sin nombre de la imprudencia!, puede y debe servir de aviso y de lección que alerte a los dirigentes sobre el valor de la criatura humana. Es criminal supeditar la vida de los

hombres a la suerte de las cosas. Es delito inmenso mirar con indiferencia el destino de los pueblos y permitir que el odio haga presa en ellos. Es antihumano insistir en mantener ardiente la discordia por donde creen justificar su presencia pseudo rectora los hombres de la violencia.

Sea vuestra muerte, ¡oh, desgraciados hombres y mujeres sin número y sin nombre!, punto de partida para una reflexión que ponga en resalto la dimensión inmensa de la vida que Dios insufló en la criatura humana y sea también nueva luz que ilustre la responsabilidad de quienes tienen a su cargo vigilar por la paz y el bienestar de los hombres. La lección de vuestra muerte no es para que sólo tenga resonancia en vuestra egregia patria. Ella debe ser tomada por todos los que piensan en humano sobre el destino de nuestro sufrido mundo de América. Sobre la pólvora, por encima de la dinamita, más allá de los caminos y de los embalses y de las torres están los hombres en su auténtica categoría de seres con derecho a gozar de la paz, de la abundancia y de la alegría que hace a las Repúblicas. Por encima de las banderías, sobre las discordias, más allá de los exclusivismos que buscan lucrar con el dominio de los otros hombres, está el sagrado, inviolable, permanente derecho del prójimo que sirve de vestidura a la propia divina persona de Cristo. Sobre el odio que corroe a pueblos y a hombres, están la concordia que une y el perdón que absuelve. Cuando el hombre olvida la ofensa que le irregó el enemigo, no éste sino quien perdona gana la partida. Mientras el recuerdo de la ofensa estimula la reacción vengativa, en el orden del espíritu y en el propio plano de la sensibilidad animal, fermentan humores que dañan el juicio y alteran la paz interior.

Que vuestra espantosa muerte, ¡oh, víctimas infelices de la imprudencia de quienes estaban obligados a cuidar la ciudad, os haya servido de seguro para ganar la gracia del perdón por donde hayais ganado la paz eterna. Amén.

Madrid, agosto de 1956.

RESPONSO AL PERIODISTA JEAN ROY[1]

Entre tantas muertes anunciadas por los diarios en estos días sombríos y angustiosos la tuya, ¡oh, infeliz y alegre Jean Roy!, me ha impresionado de modo singular. En medio de la espantosa mortandad que en Hungría han realizado las divisiones soviéticas, la sangre de las víctimas se siente correr como riesgo vivificante para una resiembra de ideas de liberación y de justicia. Los cristianos que caen bajo la pesadumbre de los tanques, son manera de semilla cargada de un futuro esplendoroso para la fe verdadera.

Los egipcios que perecen bajo el fuego de la coalición plutocrática de judíos, ingleses y franceses, son, también, gérmenes magníficos por donde se aviva la resistencia eterna del pueblo maravilloso de los Faraones. Los propios soldados franco-británicos, cuya muerte deja vacío el lecho de la esposa reciente y sin bendiciones la sonrisa de los tiernos hijos, son víctimas irresponsables del sistema bélico que entiende acrecer el prestigio nacional por medio del sacrificio del pueblo innominado, cuya muerte aviva la conciencia de quienes distinguen entre la dignidad de la Patria y el sórdido interés de los grupos políticos. Tú, en cambio, ¡oh, alegre y generoso Jean Roy!, has sido víctima inconsciente, pero en otro plano, del mismo sistema opresor que asfixia el espíritu del mundo.

No fuiste a Port Said a hacer la guerra en nombre de Francia, de Inglaterra o de Israel. Tú no tenías vocación para matar, empero sí muchas para aliviar a las aterradas víctimas de la devastación. Por tu

(1) Tomado de *El Telégrafo*. [San José, Costa Rica], 5-12-1956.

generosidad hacia la hambrienta población civil, fuiste llamado "el ángel de la boina roja". Eras, en realidad, un buen muchacho, lleno de la fe y de la alegría del vivir.

Fuiste al campo de batalla no como guerrero, sino como escritor. Tu misión era ver la guerra, ver la matanza, ver el crimen colectivo de los hombres, para mejor informar a los lectores del circuito noticioso con el cual trabajabas. Sin advertirlo, tú eras una triste rodaja del sistema comercial que ha hecho presa en los viejos órganos de difusión del pensamiento, hasta convertirlos en el peor y más peligroso aliado del fraude y la opresión, que desvían la voluntad de los pueblos. Son dolorosamente muchas las empresas periodísticas que así obran; mas quedan, sin embargo, en el Mundo, tanto en el Viejo como en el Nuevo, directores honorables, que se empeñan en servir a la verdad y a la justicia. Son, contra lo corriente del uso, una minoría egregia que salva el decoroso concepto ductor de los órganos de prensa.

No suelen ser, las más de las veces, los hombres de los principios quienes marcan rumbo a las empresas periodísticas. Son los dueños de las máquinas los titulares del capital financiero, quienes en última instancia dirigen el curso de los grandes periódicos. Interesa a los empresarios más la noticia que la doctrina. Un afamado periodista a quien reclamaba de la mala calidad de la literatura con que rellenaba las planas del diario, díjome muy tranquilamente que él publicaba lo que le diera más venta a su periódico. Los periódicos no pujan hoy por el prestigio de fijar la mejor línea de conducta al pueblo, sino por el mérito de antecederse en el anuncio de las más complicadas y secretas noticias. En el afán de informar a una sociedad hambrienta de novedades, los periodistas han inventado un fuero noticioso que destruye los más elementales principios de la ética. El mercantilismo ha ideado el absurdo derecho de la información sin discrimen y ha pretendido romper la valla sagrada del derecho de las personas, para ofrecer al público noticias espectaculares sobre la propia vida secreta de los individuos. Ha se confundido maliciosamente la libertad de pensamiento y la libertad de informar sobre los negocios de atingencia pública, con el derecho de divulgar noticias sensacionales, aun sobre crímenes nefandos y espantosos y acerca de reconditeces personales.

En medio de un mundo tomado de la angustia, la noticia obra para muchos hombres y mujeres como estimulante igual que las drogas heroicas. Mientras para la gente normal, las noticias escandalosas son motivo de desagrado y de repulsa, para la gente estragada y viciosa son una suerte de coadyuvante que les aviva la atención decaída. Junto al escándalo enfermizo, el periódico se empeña, también, en divulgar los menores detalles de los hechos que pasan. Hay una guerra, ocurre un cataclismo, se produce un incendio, y lejos de buscar cierta prensa palabras que lleven sosiego y alivio a los espíritus, destacan agentes perspicaces que rastrean el menor dato sobre los ayes y los gestos de las víctimas y acerca de la crueldad de los asesinatos. Se ha creado lentamente en el mundo una vocación para los contravalores de lo extraordinario, que la mayoría de los lectores sólo estima aquello que la ponga en actitud interior de acrobacia.

En el momento de su vigencia, las diversas expresiones de una cultura pareciera que mantuviesen contactos entre sí por medio de hilos insospechados. Un cuadro abstracto, una cueva existencialista, el "rock and roll, la ruleta rusa y las crónicas amarillas", son presencias diversas de una misma voluntad torturada. Para ese mundo convulso, atormentado, desgravitado y absorto, que reacciona como si viviese al borde de un abismo sombrío, los escándalos periodísticos son una manera de escape consolador. Parezca así imposible, pero sólo alcanzan sosiego ciertos espíritus tomados de la angustia sin respuesta que caracteriza al hombre solitario de la hora, en la embriaguez de lo doloroso y de lo enfermizo.

Este afán de movimientos y de información fugaz, ha sido explotado y dirigido en forma habilísima por los dueños de empresas informativas. Los periódicos impresos, radiados o televisados, no se esfuerzan por lanzar palabras que frenen el ímpetu bélico. Su empeño capital estriba en el mérito de dar la primera noticia de los disparos. Para ellos la guerra pierde su dimensión inhumana para adquirir categoría de empresa o de suceso implantado en niveles extraños a la sensibilidad del hombre racional. En otros casos, el hecho se justifica como expresión de una curiosidad tan natural y tan frívola, que podría parearse con la que despertaron las bodas de Rainiero de Mónaco y Grace Kelly.

La empresa quiere noticias ágiles, frescas, audaces, violentas. Tú, ¡oh, infeliz y bueno Jean Roy!, fuiste a Port Said a buscar datos e informaciones para satisfacer la curiosidad morbosa de los lectores del mundo.

"Como una bomba a bordo de un jeep pasaste la línea de fuego en busca de nuevas y raras noticias para tu servicio. No ibas tú a luchar contra los egipcios, pero éstos, en ley de guerra, tenían el tremendo deber de disparar contra el raudo vehículo en que viajabas. Cuando el oficial que ordenó hacer fuego contra ti se impuso de que no eras sino un simple periodista, sintió doble pena por tu muerte. En ti no vio a un enemigo caído. Vio a un hombre de letras, víctima indirecta de la guerra y víctima inconsciente, además, del sistema de explotación que ha invertido a favor de las noticias la libertad que corresponde a la expresión de las ideas. Sí limita en ciertas partes la crítica de las ideas y de las prácticas políticas, pero se dejan abiertas las válvulas del escándalo y del vicio. Rendido al fuego de quienes te confundieron con los vulneradores de la soberanía egipcia, caíste a las aguas dulces del Canal, que desune los mundos que debieran juntarse para luchar por la paz. Caíste sin malicia alguna, ¡oh, infeliz periodista Jean Roy!, como víctima de la empresa que pedía noticias sensacionales para saciar el ansia malsana de curiosidad de quienes no saben del regusto de las cosas amables, sencillas, pequeñas que abren las vías del verdadero sosiego...

En el examen de conciencia que debiste de hacer mientras el tiempo fugaz se te tornaba plenitud de eternidad, seguramente no encontraste ninguna intención dañosa en tus propósitos. Tal vez comprendiste en aquel minuto lúcido que eras víctima inocente del sistema feroz que explota para el servicio de los poderosos la inteligencia de los hombres, al igual que aprovechas los brazos y el dolor del trabajador que labra la tierra o que impulsa la rueda de las máquinas. Tropezaste con la muerte mientras creías hacer méritos para mejorar tu vida de periodista. Te sentías libre de la responsabilidad de servir a la guerra, cuando, por el contrario, te servías peligrosamente de ella para justificar un modesto salario. Moriste sin responsabilidad y, consiguientemente, sin merecimiento de castigo. Tu alma, despierta a la luz, podrá ayudar ahora a ganar la paz a quienes como tú sacrifican salud, talento y vida al servicio de la felicidad ajena. Amén.

OTROS TEXTOS...

DIOS[1]

A mi amigo Américo A. Valero.

Nihil claussum est
devna: interest animis
nostris et intervenit
cogitationibus mediis
imo nanguam disedit.
Séneca.

Triste es probar esta verdad, ha dicho un escritor, cuando debiera bastar su simple enumeración para que el mundo la reconociese como la luz del mediodía y nada más triste en verdad, es ver a esos ateos que en vano pretenden negar la existencia de este Ser, confundiéndole con la insondable farsa del acaso.

Todos los pueblos desde las más remotas antigüedades han tenido su creencia en este Ser, desde los egipcios que le adoraban en la grosera y tosca forma de una sierpe, hasta nosotros que le adoramos vivo y verdadero en la más acrisolada perfección, para ello ojead a los antiguos escritores tales como Jenofonte, Tucidides, Aristóteles y Solón y ninguno de ellos os dirán que han visto pueblos sin templos, ritos, sacerdotes.

Basta dirigir una mirada hacia la máquina celeste para ver escrito en caracteres indelebles, como por mano sobre humana la terrible sentencia del ateo "Dios existe".

(1) Tomado de: *Génesis.* Valera, 12-10-1911.

¿Pero qué decir, existen en verdad estos monstruos que se atreven a negar a su Creador? Los hay de simple persuasión mas no de entendimientos.

Labruyere dice: "Siento que hay un Dios y jamás siento lo contrario: esto me basta para concluir que Dios Existe".

Pero el mundo perdido y corrompido con su gran lema de que el progreso avanza y destruye los errores del pasado ha pretendido borrar de los fieles este nombre esculpido en letras diamantinas.

Valera, 1911.

NIHIL
(De Páginas breves)[1]

De noche. Algazara y música. Corro de muchachos que gritan. Cohetones y luces de Bengala. Frente al templo, iluminado como un bar, el director de orquesta. Se celebra una fiesta religiosa en la religión de Cristo. Es el día de San Francisco o San Juan de Dios, cualquiera, no lo sé. Globos que suben al cielo a saludar al santo. La quema de dos árboles de fuegos de artificio que cuesta ochenta y cinco pesos cada uno. Morteros en que se invierte un capital. Todo muy bello. El señor cura que no se baña nunca regolda de alegría divina. Yo me río y un niño desnudo y con hambre, me dice: "Una limosna por el amor de Dios".

(1) Tomado de: *Tic Tac.* Mérida, 20-9-1919.

ALMAS MUERTAS[1]

Fray Domingo es hoy su nombre. Viejo, decrépito, miserable entre los restos de su hábito, va camino del pueblo sosteniendo el peso de sus años sobre el cayado sarmentoso. Su nombre de mundo muy poco lo recuerdan y la historia de sus miserias y de sus dolores incontables ha palidecido muy mucho en el recuerdo de casi todos los que antes le conocieron: "robó, violó, derramó la sangre de muchas víctimas", apenas dice la voz popular. Mas él, en el fondo de su espíritu, tiene aún viva la imagen de sus miserias y dolores: cuántas lágrimas hizo vivir, qué de corazones desgarró con sus hechos abominables. Fue un canalla. A los 35 años, su puñal había hecho crecer en el cementerio el dolor de muchas cruces; la inocencia de más de un par de vírgenes había quedado rota sobre su carne pecadora como vidrios frágiles; su mano rapaz había quitado el mendrugo a huérfanos desvalidos; y sobre su alma qué de miserias, qué de lodo e ignominia había hecho surgir y después visto fructificar en otras tantas acciones despreciables. Un día, tras la fatiga de aquel vivir en desorden, repasando el tumulto de su existencia, en la que no hubo nunca de abrirse una rosa de bondad, ningún acto generoso; contemplando su cuerpo donde sólo vivía la huella de úlceras de antiguos vicios, sus manos que únicamente sirvieron para pecar, sus pies que nunca hubieron de dirigirse sino por sendas en las cuales después habrían de nacer espinas y lágrimas, buceando en el fondo de su alma árida y huérfana de todo sentimiento de bondad, de misericordia y de conmiseración, endilgó sus pasos hacia el convento de la ciudad más próxima. Allí ha vivido cuarenta años en el silencio más sepulcral; ha

(*) Tomado de: *Billiken*. Caracas, 12-12-1922.

rezado mucho frente a Cristo, inmóvil y mudo; mil veces ha hecho arder el óleo devoto en la lámpara solitaria de su celda; disciplinas y cilicios han castigado su cuerpo pecaminoso, donde el recuerdo de sus vicios vive aún entre cárdenas cicatrices de dolor, y su alma, ruín y fría, ha llorado supremas angustias.

Hoy es Fray Domingo. Es de tarde. Por el camino lleno de hojas secas, árido y resecado por ardientes soles, arrastra la miseria de sus andrajos y de su alma. Va serenamente, impasiblemente, como si fuere un hombre de bronce. El crepúsculo le es como si no existiese, la voz del agua, el gorjeo de los pájaros, no le dicen nada. De entre la inmundicia de sus hábitos saca un libro viejo. Largo rato lee en silencio, medita, mira al cielo y prosigue su camino hacia el cercano pueblo. En el camino no hay nadie, ni un hombre, ni una bestia, diríase que la Muerte hubiese pasado por ahí hace poco. Hojas y polvo sólo se ven en aquella soledad interminable. El sol del mes ha quemado los arbustos y apenas las cizañas y los cardos viven allí ricamente. La vía es dolorosa como un calvario. ¡Qué camino largo!, acaso diga en su interior el pobre fraile. Lo alargan la soledad y el silencio, y las piedras, y las hojas y el polvo. El anciano se siente cansado, la fatiga lo abruma. Busca donde sentarse, pero en la vía no hay sino duras piedras. Sobre la más cercana reclínase un poco y sacando de nuevo el sucio libro que lleva entre sus harapos, lee y lee... La noche ha entrado con sus sombras y el religioso duerme.

* * *

¡Cuán tarde es!, repite en el silencio Juan Miguel. Va hacia el tugurio que tiene en la mitad del camino, hacia la casa donde sólo lo espera la hija paralítica. Ha ido al pueblo en busca de limosna para sus infortunios, y vuelve como se fue: hambriento y resignado, con su morral vacío al hombro, arrastrando el pedazo que le queda de vida, ya muy próximo al sepulcro. El camino, que a fuer de tanto andar, lo sabe de memoria, le parece más doloroso en medio de la noche. Pasa frente al fraile que duerme y le sorprende la presencia del negro bulto pegado a la inclemencia de la piedra. Se acerca y reconoce a un Hermano del convento. Con suavidad le toca y llama. Fray Domingo despierta entre las sombras y serenamente pregunta:

–¿Quién eres?

–Un pordiosero, Hermano.

–¿De dónde vienes?

–Del pueblo, a donde fuí en busca de limosna.

–¿Hacia dónde vas?

–Hacia la mitad del camino, donde tengo mi muladar, y adonde llevo mi miseria.

Y los dos viejos, siguen hablando, sin mirarse, en el fondo de las sombras.

"...Entonces era mi vida mejor –continúa con voz cansada el pordiosero–. Mi enfermedad, mi inutilidad, me impedían trabajar, pero él traía pan a casa para mí y para la hija paralítica. Era tan bueno y qué falta me hace. Veinte años tenía apenas y era una joya el pobre. De entonces acá, más de cuarenta años pidiendo limosna a la gente. Se le hace a uno pesada la existencia, duro el espíritu... ¡Sufrí tanto esa tarde, Hermano! Al regresar pesadamente del pueblo lo hallé muerto, con una puñalada en el corazón. Y el pobre no había hecho nada para merecer la muerte, sólo porque llegó en el momento en que aquel miserable deshonraba a su pobre hermana paralítica. Y no hubo justicia ni para el muerto ni para la otra; siguió el canalla viviendo tranquilamente como antes y realizando más crímenes...".

–Repita ¿lo mató quién? –pregunta en voz baja el fraile.

–"Pedro Lima, como le dije antes. Poco después el criminal dejó estas tierras y sabe Dios donde habrá enterrado sus huesos. Desde entonces vivo de limosna pública. Vivo para pedir, pido para mi pobre hija; sin ella, esperaría la caridad a la puerta solitaria de mi casucha en ruinas, por donde nadie pasa y por donde habrá de venir la Muerte a premiar mi vida".

Calló el anciano. Un vasto silencio se hizo en tomo a ellos. Ambos se separan: camino de su muladar, el miserable pordiosero; hacia la ciudad, el clérigo. La noche es cruda y negra, y sus cuerpos son como dos sombras que se arrastran sobre la aridez de la ruta silenciosa, imperturbablemente. Son como dos fantasmas negros y taciturnos que se confunden con la soledad y el silencio, y las piedras, y las hojas y el polvo del camino.

EL HOMBRE NUEVO[1]

Uno a uno fueron llegando a la casa del maestro los discípulos solícitos. En el viejo jardín familiar, sentados sobre duros bancos donde el tiempo había labrado motivos caprichosos, se congregaban en la noche para oír de sus labios, llenos del fuego de la Pitia, la lección perpetua de su espíritu armonioso. Jugaba el aire suave con los blancos cabellos del apóstol, que evocaban, más que huellas dolorosas de una vida de profundo meditar, la blancura de níveos vellones pascuales, de un blanco lumínico como el de las estrellas piadosas que en la bóveda celeste alumbran en silencio, como lámparas litúrgicas encendidas por los mismos ángeles en un rito de amor hacia la negra miseria de la tierra.

En aquel ambiente perfumado, junto a una dormida cisterna pisando las hojas que el austro había arrojado sobre las baldosas húmedas, frente al anciano venerable, trémulo en los gestos, dulce en el hablar, como si abejas del campo hubieran traído a su labios regalo de mieles, fijos los ojos en aquella mirada reveladora de inalterable quietud interior, los discípulos aguardaban, como si fuese a abrirse ante ellos una puerta misteriosa. Tenían en verdad ante su vista tarda de adolescentes mil puertas herméticas, mil muros infranqueables que separaban su inquieta juventud y sus espíritus curiosos del campo ilímite de la vida misma, enigmática y atrayente, fecunda y mortal, cuyos secretos esperaban comprender o al menos adivinar, al conjuro del verbo maestro. Sobre su rostro, ajado por los años, las arrugas semejaban caminos ideales cruzados por un pensamiento siempre inclinado sobre el polvo de la vía

(1) Tomado de: *Elite*. Caracas, 5-10-1929.

dolorosa, como si compendiasen en breve dibujo los itinerarios que había seguido su larga meditación en pos de la mágica estrella que delante de nosotros, ora cerca, ora en una lejanía inenarrable, anuncia el establo de nuestro propio nacimiento espiritual. Y algo más hablaba en él tanto como los labios, tanto como los ojos serenos, tanto como en el rostro estropeado por los años: era su mano, ágil como ave voladora, expresiva como las mismas manos de Orfeo, delicadas como piel de infante. Movíase aquella con ritmo que daba plasticidad a las palabras mismas, que al caer de sus labios, del movimiento armonioso de su diestra recibían impulso mayor para herir a los jóvenes oyentes. Parecía que aquella mano suya, compañera eficaz de su palabra, en una liturgia antigua, hubiesen tenido la encomienda de unciones salvadoras.

La charla empezó cordial, íntima. Más que Maestro, aquel anciano venerable hacía de amigo cariñoso para los discípulos adolescentes. No era la palabra de quien conoce la raíz de los sistemas lo que ponía ardores en los jóvenes, era la unión estrecha que crecía entre ellos al amparo de aquella paternidad robusta de árbol fuerte, dador de báculo y de aromas. El Maestro, antes de serlo, era el amigo de la tropa juvenil, el compañero solícito que con sonrisa acaso triste oteaba sus almas soñadoras llenas de deseos, plenas de una virilidad a la cual parecían pequeñas las mismas empresas de héroes antiguos. Mientras el anciano callaba reflexivo, los discípulos iban exponiéndole ideas nuevas, propias muchas, tomadas del último diario algunas, ideas de renovación, de credos deslumbrantes, de conquistas hechas por el progreso de los sistemas últimamente aparecidos.

–¡Renovación! –dijo el Maestro–. ¿Y hasta dónde el alcance de esta vieja palabra?... ¿Acaso se trata de una lucha contra los valores adquiridos? ¿Es quizá la obra del jardinero que cambia con la estación cepas antes floridas, para suplirlas por semillas nuevas? Sería labor de disolución, labor frágil de ver sin finalidad la obra antes comenzada. Renovación, sí, en un sentido de progreso lento, fuerte por las raíces viejas; renovación, no como poda de ramas que ayer dieron sombra al peregrino, sino en el seno de la tierra cansada, de la tierra donde el viandante ha ido dejando lágrimas amargas. Inmutable es la verdad: ni cambios ni renovaciones entran en su estructura eterna; podrán a su lado

variar por contingencias del momento, algunos atributos exteriores de que se haya valido el hombre para su claridad y su expresión; podrán cambiarse los nombres de las mismas escuelas, pero su esencia, su inmutabilidad característica, colocada más allá de vaivenes sociales, permanecerá inviolable a pesar de todo esfuerzo demoledor.

Cuando los apóstoles han dicho renovación, han querido referirse a las externas modalidades del conjunto y a los sistemas empleados para buscarse el hombre a sí mismo. Y yo os pregunto: ¿dónde está ese ser que va a renovarse? El hombre se ignora a sí mismo, el ser humano que ha oído desde el siglo de Sócrates la sentencia del oráculo, jamás ha inclinado su visión y su obra al propio conocimiento suyo. La ciencia del espíritu, la ciencia interior de buscar en sí mismo caminos nuevos, obrará en cambio la efectiva renovación. Pero se han destruído sus sendas desde que la ciencia innovadora, hablando de progreso, de adelantos, de conquistas en pos del ideal, trocó la ruta de su viaje, y en frágiles quimeras vio la estrella de su fin.

Sobre la faz de la tierra, en un futuro que ha sido siempre inquietud para la conciencia humana, aparecerán las verdades supremas, sí, aparecerán de un modo tangible, eficaz para realizar un ciclo de oro. Pero aquellas no vendrán por revoluciones sociales, no vendrán por enunciados científicos sino a través de una obra solitaria, de una labor silenciosa de aquilatamiento de nosotros mismos. No habrá justicia social mientras los hombres no sean justos, no habrá amor social mientras los hombres no aprendan a amar a su propio destino, no habrá via colectiva hacia la belleza y la perfección mientras los hombres aisladamente no abran por su propio conocimiento caminos perfectos en su interior. El medio social habrá de retratar entonces el espíritu de aquellos que, solos y en callado trabajo, hayan levantado mármoles nuevos y deslumbrantes que sirvan de base al edificio total.

La obra de mejoramiento no está en manos del tumulto. La perfección no se logrará por frágiles plataformas enunciadas y repartidas como ración a fieras de circo. El dolor colectivo sucedáneo de una época cualquiera no justificaría tampoco una reacción contra valores espirituales, que, en manos injustas, revistieran de dignidad un orden donde hubiese más

egoísmo que propósitos sociales. ¿Se inculpará al ébano labrado del putrefacto olor de los cadáveres que encierre? La violencia, la reacción destructora que en algunos momentos históricos ha logrado el aspecto de justicia social, lejos de serlo, no viene a constituir sino un salto atrás, una reversión sin piedad hacia los mandatos de la animalidad cuyo vencimiento debe ser función capital del hombre perfectible.

–Maestro, pero mientras la desigualdad perdure en las fórmulas sociales, serán vanos los esfuerzos hacia una justicia plenaria.

–Pensáis mal vosotros que formuláis tal postulado. Mientras la justicia no sea total subsistirá entre los hombres la desigualdad, pero para llegar a aquella no serán traficados previamente caminos de igualdad material posible de constatarse. Para el hombre nuevo de las generaciones espirituales que vendrán sobre la tierra, el concepto igualitario surgirá, no como producto de declaraciones filosóficas ni de promesas legales, sino como resultante de un examen interno y solitario de sus propios valores. La igualdad será entonces un estado de conciencia más que aparente conformidad social y que equilibrio económico. Para ese hombre nuevo, para ese ente que logre ver sin dificultad al hombre en sus semejantes, estarán abiertas las vías de la justicia y del amor, y dulces serán los lazos de una solidaridad práctica. Cuando ésta advenga, eso que vosotros anheláis en vano a través de doctrinas deslumbrantes y que creéis posible por medio de evoluciones políticas –la igualdad de todos los miembros sociales– será problema mirado como idea fenecida en el decurso de los tiempos. Pensadlo bien: los sistemas legislativos actuales, sea cual fuere la denominación que queráis darle carecen de medios para realizar la justicia, porque, o son productos de una costumbre o de un derecho que no goza de más fuerza que la de su actualidad, o expresan un orden de ideas colocado más allá de los fines prácticos que le son coetáneos. Para realizar la simultaneidad de los preceptos de la justicia con las tendencias colectivas, habrá de llegarse previamente a hacer justas estas últimas, por medio de una labor solitaria e individual. Es necesario descubrir al hombre en el seno de la masa. El hombre con plenos atributos, el hombre elevado sobre su propia tendencia animal, el hombre que no busque en la cooperación social fuerza protectora para sus aspiraciones instintivas, sino canales para

hacer posible el desplazamiento de sus fuerzas interiores. Ese hombre nuevo que ha soportado el peso de una ataraxia secular en la inconciencia de la raza, podrá de un modo cierto realizar la totalidad de la justicia terrestre. Y cuando esto advenga ¿hablaréis vosotros de igualdad social? Entonces aún más que ahora, comprenderán los hombres el inútil y vano valor suyo como vía hacia una felicidad colectiva. Esta vendrá cuando el hombre en su esencia integral descubra por un largo proceso interior, que en medio de una jerarquía lógica, numérica, de simple valor externo, aquella perdura incólume, no como fuerza de reacción expansiva, sino de equilibrio justo.

La renovación se reducirá entonces a un trabajo de revisión de valores, y lo que el hombre en su confuso deseo de mejoramiento ha buscado por medio de fórmulas de práctica efectividad, habrá de transportarlo a un plano nuevo, a las propias regiones de su conciencia iluminada.

Calló el Maestro, pero su silencio fue de elocuencia mayor que la de sus cálidas palabras. ¡Cuántos problemas se urdían en la mente de los jóvenes oyentes! Ellos, acaso desearan que el Apóstol diese alientos a sus deseos de externa combatividad; en cambio sus palabras se habían dirigido a abrirles un mundo más elevado y un campo de ideas sin contraste actual. Alguno pensó en el hombre presente, en su miseria, en su dolor perpetuo, en sus angustias diuturnas a través de todos los medios sociales. Pensó en el vacío que en todos los órdenes positivos llena el sitio de los justos, pensó en silencio, y su espíritu se sintió iluminado por un nuevo resplandor, radioso, de potencia ilimitada. Vio en su futuro indecible al hombre anunciado por el Apóstol, sintió deseos de caminar hacia esa hora blanca de equidad y, como queriendo abrirse una senda propicia, preguntó al anciano:

–¿Y cuál es la fórmula para esa obra interior de mejoramiento?

–Desde que venís a oírme, todas las noches, bajo este mismo cielo sereno, os he señalado los caminos que conducen a ese campo nuevo. La fórmula que pedís la tenéis en vosotros, en un trabajo de carácter individual y acaso egoísta. Alzar las propias fuerzas y concretar la obra de progreso a vosotros mismos. Os extrañará que sintetice en un

enunciado solitario e individualista, el secreto de aquello que irradiará hacia una amplia justicia colectiva, pero en cambio es ésta la única vía de progreso hacia aquel ideal lejano. Haciendoos a vosotros mismos, iluminando las secretas regiones de vuestra propia conciencia, os alzaréis sobre las miserias diarias y entonces luminosos, claridecidos por la luz de vuestra propia naturaleza divina, podréis enseñar nuevas rutas a los hombres. Tendréis entonces la potencia de los arcos voltaicos, urgidos continuamente de nueva energía para alumbrar la ruta desierta. Pensadlo bien y entonces podréis medir la inutilidad de la obra violenta de quienes procuran por medio de sistemas imprevistos desarraigar estratos espirituales perdurables en el concepto común y hablando en el lenguaje de los hombres actuales –adheridos fuertemente a la animalidad subconciente– postulan ideales que sólo serán prósperos en la hora lejana en que aparezca sobre la faz de la tierra el hombre con sus atributos soberanos. Cambien ellos sistemas territoriales, alteren a diarios los servicios públicos, compendien en programas políticos maravillosas ideas de justicia, y ésta no llegará jamás a cristalizarse mientras no se cambie la modalidad de los hombres mismos. La humanidad en su hora actual está urgida, no de un cambio de nombres, sino de puntos de mira. Ved hacia otros horizontes, clavad los ojos en un ideal que está por realizarse en el hombre solitario, cumplid la perfección de la propia conciencia, y entonces sin necesidad de ensayar sistemas que apenas engañan provisionalmente a los pobres, a los desgraciados, a los eternos sacrificados, veréis crecer la palma de una justicia total.

–¿Y llegará esa hora feliz? –preguntó uno de ellos, contagiado por el escepticismo de los tiempos.

–Llegará para vuestros hijos acaso, o para los hijos suyos. Pero vosotros perduraréis en el reino de las ideas y habreis probado para vuestro propio regalo, las arideces de vuestra diaria existencia. La luz de vuestro pensamiento tendrá una durabilidad mayor que la de las grandes empresas de los hombres actuales. Cuando todo sucumbe, cuando el tiempo deshace la obra de las generaciones, perdura en cambio aquella idea, pasajera en apariencia, que en un momento descubrió a la razón los secretos de nuestro destino. Y si de un modo colectivo no llegáseis a tal

finalidad, lo habréis hecho sin embargo vosotros solitariamente y habréis visto como en un microcosmos, en vuestra propia naturaleza, la visión futura del hombre nuevo.

Cuando estas últimas palabras salieron de labios del Maestro, como llevados por una misma fuerza, unos a otros se miraron los jóvenes oyentes. Un mismo pensamiento se fijó en su interior. ¿Serían ellos hombres?... Más allá de sus rostros, más allá de sus almas tocadas de divinidad, ¿No haría su gesto el animal indomable? Y tornaron a mirar hacia arriba, hacia el infinito donde los astros en silencio ardían como lámparas encendidas por los mismos ángeles en un rito de piedad hacia la negra miseria de la tierra.

MEDITACION SOBRE LA MUERTE[1]

Adorna mi mesa de trabajo una pequeña estatua sedente de la Muerte. Tocada de obscuro manto, y reclinado el cráneo vacío en la siniestra mano, ofrece a un búho meditabundo migajas que toma de una fuente que yace en su regazo. Singular figura, digna de encuadrarse en el severo frontón de un templo consagrado a la verdad. Acaso ningún símbolo mejor para el mausoleo de Diógenes o de un doctor cartujo.

La lechuza de Atenea, divertida del aliviar sagrado, parece que enrumbó el impulso de sus lentas alas hacia las remotas playas de la Estigia. Ni a la luz de la Acrópolis, ni ante la nítida visión de los mármoles armónicos, nutría su ciencia el ave de Minerva; allende el bullicio humano, en paraje donde ni resonase el ditirambo a Pan, ni se advirtiesen los ecos de la lira de Apolo, buscaba el búho la sustancia que hiciera discretas sus sentencias. De la laguna trágica, a cuyas riberas dialogaba con el barquero infatigable, extraía para los hombres tesoros de graves enseñanzas; y era en las desiertas playas, donde los dedos marfilinos de la muerte aderezaban el sobrio refrigerio que el ave reclamaba para haber de soportar la encomienda, por Palas confiada a su prudencia.

¡Cuánto saber, abreviado en esta figura peregrina, a propósito para blasón de una estirpe de filósofos! ¡Cuánta ciencia en esta fría estatuilla de mi mesa!... Al verla, se comprende cómo es cierto que no a la sombra del mirto que ciñe las sienes juveniles, ni a la del verdeante laurel que corona la frente de los héroes, sosiega el ave taciturna; si en el fúnebre ciprés y en la doliente acacia, de ramas propias al lustral asperges.

(1) Tomado de: *Fuego.* Caracas, junio 1951.

Mientras más pongo mis ojos en la extraña pareja, menos entiendo que fuera sólo el estímulo de artística creación lo que animase el espíritu del escultor; y, sobre las reglas estéticas, veo cuánto se abultan sentencias de filósofos, inclusive las de cristianos moralistas. De los sabios dijo Catón que es su vida cual un continuo prepararse para la hora de la muerte; y pondera Cicerón las enseñanzas que adquiere el hombre cuando pone el fin de sus actos en la irremediable realidad de la tumba, a cuyo recuerdo nuestra vida apenas es, según frase de Santiago, como una manera de vapor que aparece por un poco, y luego desaparece.

En el cementerio de Elsinor, Hamlet cuántas veces escrutó, cual grave arúspice, el graznido monocorde del ave de la Acrópolis; junto al cadáver de Cordelio, el viejo rey, pese a su rebelde ceguedad, pudo advertir cómo al lento aletear del ave misteriosa, se disipaba su locura; y, cuando libre de terrenos lazos, Timón de Atenas logró exclamar: "Que los hombres, por único trabajo, tengan sólo el de cavar su tumba", irguióse por evangelista de la extraña filosofía que el búho llevaba hasta su cueva de misántropo...

Huelga el pensamiento al evocar la hora, grávida de reflexiones, en que el artista exprimió en esta figura taciturna, dolientes doctrinas filosóficas. Diríase que al lado suyo un monje del milenario parafraseaba, en ásperos motetes, la filosofía de Marco Aurelio; y que, extasiado ante el fúnebre conjunto, entonase, con arranque sibilino, el tremendo anatema: *¡Vae ridentibus!...*

En cambio, para que los hombres siempre riesen, Palas veló a los griegos la clave del silencioso búho, y, ahora, en mi mesa de trabajo, como desde una lejanía inenarrable, sorprendo a diario, pero sin oír las voces, el grave dialogar de los que guardan el secreto de la vida...

APOLOGO DE LOS HEREDEROS TRAICIONADOS[1]

Y cuando fui llevado cautivo a Nínive, todos mis hermanos y los de mi linaje comían de los panes de los gentiles, mas yo guardé mi alma de comer de los manjares gentílicos.

Tobías, 1–10, 11.

(1) Tomado de: Papel Literario de *El Nacional.* Caracas, 18–6–1959.

1.– En la ancha pradera se levanta la mansión señorial. Al fondo, hasta reunirse con la línea de las blancas nubes, subían los montes altivos, donde concluía el dominio heredado. Buenos pastos, abundosas aguas, grandes rebaños, ricos sembrados, hacían de aquella propiedad un emporio placentero. Diseminadas en los distintos paños de cultivo, las numerosas casas de los labriegos ponían una nota de calor humano en el paisaje verdegueante.

2.– La mansión tenía prestancia palaciega. Los muros eran de firme piedra labrada en el Siglo XV. Los primitivos dueños no sólo miraron al sentido material de la riqueza, empero se esforzaron por llenar su vivienda de los más nobles y valiosos tesoros del arte. Si eran inmensos los graneros y si las cuadras podían acoger hasta un ejército, las grandes salas cargadas de tapices, de pinturas, de bronces, de porcelanas, de mármoles, de alabastros y de pórfidos, urdidos, pintados o labrados por consumados artistas; las tallas estofadas; los esmaltes prodigiosos, eran motivo de asombro extraordinario.

3.– Por ley de mayorazgo, la propiedad se había mantenido en beneficio de los primogénitos, que miraron no sólo el valor de las cosechas pero aún más el precio de los tesoros que habían sabido acumular los cultos antepasados. Severos, como gente hecha a la lucha recia, se les admiraba en los hieráticos óleos, ora con arreos de guerra sobre finas caballerías, ora apoyada la mano sobre el rifle cazador, ora con el hermoso y noble lebrel mansamente echado a los pies, ora descansando en recia silla tallada, de estilo adusto y varonil.

4.– Roto el concepto feudal que vinculaba el destino de la tierra al privilegio de la primogenitura, la rica hacienda ha pasado a ser propiedad común de los catorce hijos del último titular absoluto. No haya así ley que les beneficie para el goce o les obligue a más carga en el trabajo, los hermanos mayores –por experimentados y por haber oído más cosas del padre difunto–, se echaron el peso de administrar las anchas tierras, mientras los otros hermanos seguían cursos en facultades lejanas o viajaban con las rentas decorosas que la tierra aseguraba.

5.– Si anteriormente no había habido mucha curiosidad por visitar este sitio placentero, la multiplicidad de las vías y el afán móvil de las gentes del mundo, fue llevando visitantes a la severa mansión. Hubo oportunidad en que paró en la casa un hábil crítico, cuya sorpresa ante tamaño hacinamiento de belleza púsole en hueco la cabeza. Tal fue el interés mostrado por los tesoros del palacio, que los señores, a ley de caballeros, le ofrecieron posada, porque pudiese estudiar una a una las maravillosas piezas allí reunidas al amor artístico de los antepasados.

6.– Con ayuda de lentes y consulta de intrincados catálogos, el forastero terminó por formar un precioso y grueso inventario de cuántos tesoros había acumulado la paciencia de los viejos señores. Felicitó a los propietarios y les prometió nueva visita en la primavera próxima.

7.– Otra vez está en el amplio palacio rural el sabio crítico, ahora acompañado de diligente millonario. En su lejana tierra, el descubridor del maravilloso tesoro ha comunicado el hallazgo a museos y potentados. A la noticia de las extraordinarias obras guardadas en la feliz mansión renacentista se ha abierto un deseo desesperado de adquirirlas para adornar los nuevos palacios de los ricos sin historia. La oferta de compra obtuvo el rechazo inmediato de los hermanos mayores. Estos querían la mansión en la integridad ganada por los genitores ilustres. Los más jóvenes –sobre todo el último, hasta hoy probado como inepto para dirigir el laboreo de la tierra y el cuido de la cabaña– dieron fácil acogida a la idea de vender los cuadros, porcelanas, mármoles y bronces.

8.– Es gruesa la oferta que hacen los forasteros. Tentadora es la suma que prometen por los viejos óleos. Los hermanos deliberan en la ancha

sala familiar. Todos hablan del precio de aquel maravilloso tesoro. El más joven insiste en la idea de vender a los extranjeros el viejo tesoro formado por la paciencia de los abuelos. Los mayores ponderan el significado del esfuerzo realizado por los antecesores hasta reunir el espléndido conjunto que da precio singular a la mansión. "Podemos nosotros, dice, abrir al público el museo y mediante paga proporcionada, formar arbitrios que permitan su mantenimiento y divulgación, por donde aumentarán los visitantes, hasta lograr una pingüe renta". Los más jóvenes –sobre todo el último, ambicioso sin diligencia– insistieron en la necesidad de vender tanta ridícula antigualla. Los mayores, en cambio, pulieron las palabras para hacer ver a los díscolos y codiciosos hermanos, cómo las preciosas colecciones de arte eran el alma misma de la antañona mansión. "Esos cuadros y esos mármoles, demás de representar algunos a nuestros abuelos remotos, tienen el sentido de generación seculares que aquí aposentaron, que aquí festejaron a reyes y príncipes, que aquí acogieron a sabios, a artistas y a santos. Esos cuadros y esos bronces y esas porcelanas y esos mármoles tienen la huella amorosa de nuestros abuelos y de nuestras abuelas. Podemos y debemos conservarlos y aún conservándolos, podemos lucrar decorosamente con su exhibición al público", argumentaba uno de los hermanos mayores.

9.– Los forasteros conocieron la actitud y el modo de pensar de los hermanos. En la noche, concluida la cena, el millonario buscó estar a solas con el menor de los hermanos –el ambicioso sin fuste para el trabajo de la tierra– y a poco hablar, ofrecióle una buena suma de dólares por los tesoros del palacio. Para que la operación fuera efectiva, puso en las manos traidoras el dinero requerido para comenzar la operación de entrega de la casa solariega, donde tenía raíces de siglos la estirpe antaño afortunada.

10.– Contra sus hábitos, el ambicioso sin fuste para el trabajo de la tierra, dejó las sábanas cuando aún los gallos no habían comenzado a quebrar albores. En la madrugada fresca y apacible concertó a los distantes labriegos, hízoles armar de sus rifles de caza, y a la cabeza de ellos se fue a la solemne mansión, donde aún dormían los hermanos mayores. Hízoles amarrar rápidamente y declaró cerrado el trato con los satisfechos extranjeros. Los dólares no se hicieron aguardar. Salían las

cajas hacia el vecino puerto y el dinero venía a premiar a los traidores y a llenar de burbujas de alegría el festín de los alzados. Para asegurar el pillaje, los forasteros enviaron armas de precisión con qué sustituir los viejos rifles venatorios. Se cerró para los hermanos mayores toda vía por donde pudieran regresar a la mansión antigua, donde habían nacido y donde habían muerto los bravos, altivos, laboriosos abolengos, que dieron sentido a la tierra de cuyo señorío, no podían ser moralmente despojados, así impidiesen ejercerlo los hermanos menores que, para servir el interés de los forasteros, traicionaron la Historia, la sangre y el suelo...

Madrid, 1956.

APOLOGO DE LOS PASTORES INFIELES[1]

El buen pastor expone su vida por las ovejas.
San Juan, 10–11.

(1) Tomado de: Papel Literario de: *El Nacional.* Caracas, 25–6–1959.

1.– Los pastores habían amanecido aquel día sumidos en la mayor amargura. Las ovejas fueron esquilmadas a tiempo, pero una imprevista nevada arrasó por completo con el aprisco desnudo. Los pastores sin quehacer hablaban con tristeza a la vera del camino. Lentamente el más joven hacía sonar la esquila de una de las viejas ovejas madrineras. El sonido lento, apacible, amoroso de la campana sin oficio, aumentaba el dolor de los pastores sin rebaño.

2.– ¿Estáis sin trabajo?, pregunta a los pastores el propietario que cabalga sobre gruesa y altiva caballería. Viene de lejos el jinete. Si acá han muerto las ovejas desvestidas del generoso vellón, en sus lejanas praderas, el aprisco multiplica al amor de blandos aires y de pastos abundosos. El rico dueño de tierras ofréceles pingüe retribución en lana, en leche, en queso, en recentales. El propietario sólo les encarece ojo vigilante sobre los lobos que infestan la región. Son lobos de una voracidad diabólica, a cuyas embestidas tiemblan los pastores de ánimo decrépito. Para luchar contra ellos, los pastores necesitan sentirse dueños del aprisco. El señor de la tierra así lo entiende, y crea una relación más estrecha entre ovejas y pastores. El rebaño no será cosa extraña para la vigilancia del pastor. Sus frutos le pertenecerán en generosa proporción, que hace de él, no un obrero mercenario, sino un condueño en justicia retribuido.

3.– Cierran trato señor y pastores, y tras los pasos de la airosa cabalgadura se encaminan consolados hacia las praderas distantes, donde los espera como premio el multíplico de los gruesos rebaños. El pastor joven suena la esquila con ritmo lento, que hacen pensar en el cuello mullido de la próxima oveja.

4.– En la pradera ancha y verde las blancas ovejas divagan como manchas de espuma. Los pastores han vuelto a sonar la zampoña melodiosa. Los pastores del lugar buscan en las tardes doradas coincidir en los alcores donde descansan las ovejas, con los mozos fornidos y alegres recién llegados a la tierra.

5.– A la puerta de la choza donde se guarecen por la noche los pastores, se oye una extraña voz que llama en tono insinuante: "No tengáis miedo, muchachos", dice el desconocido. "Sé que vuestro señor os ha ofrecido buena paga. Sé que vosotros habéis creído en su palabra. Yo os pagaré mejor. Tengo una promesa inviolable de acabar con esta cabaña. Necesito arruinar a su dueño. Necesito ver sin trabajo a los viejos pastores opuestos hasta hoy a mis propósitos. Os haré ricos sólo con que dejéis a los lobos arrasar los rebaños de mi enemigo. Mirad las buenas monedas con que podréis pagar el fácil cariño de las muchachas del pueblo y el buen vino de la taberna vecina. Tomadlas, guardadlas no más en vuestros burdos verderones y ya os sentiréis libres de la carga pesada de vigilar en la noche sin fin el camino de los lobos".

6.– ¿Eran en realidad pastores aquellos infelices mozos a quienes tentó la diabólica oferta? Parecía que lo fuesen cuando lloraron la muerte del rebaño arruinado por la impertinente nevada. Al ver la tristeza con que escuchaban la nota del cencerro inválido, cualquiera aseguraba que eran pastores castizos, de esos que exponen la vida por la integridad del aprisco. Pero no eran pastores auténticos, así el burdo pellico obligase a tomarles por tales.

7.– Con la anochecida llegaron los lobos. Bien percibieron su olor los avisados mastines, pero los mastines, lejos de andar sueltos, habían sido aprisionados por los pastores infieles. Las ovejas se desbandaron al oír el aúllo feroz del implacable enemigo. Los pastores sonaban entre tanto el caramillo, como para sosegar con su falsa dulzura la angustia del rebaño vendido.

8.– Eran nobles los mastines, nobles, mucho más nobles que los falsos pastores; mientras ladraban inútilmente a los lobos que sacrificaban el rebaño, intuyeron la causa por qué fueron inutilizados sus poderosos

dientes, protectores de la oveja mansa. Cuando ya no había rebaño, los mastines fueron libertados porque no atrajesen con su ladra desesperada al dueño engañado; pero, suelta la jauría, no hubo jamás lobos más feroces. Con horrible violencia los fieles mastines se echaron como tigres deshijados sobre los desprevenidos pastores. Pese a ser brutos, supieron tornarse instrumentos de justicia para castigar a los malos pastores que sonaron la zampoña alegre mientras el odio enemigo arrasaba a las ovejas confiadas a su amorosa vigilancia...

Madrid, 1956.

CRITICA LITERARIA

PROLOGO A "ALMA EN FLOR"[1]

Como un homenaje a la memoria del exquisito poeta Jesús Antonio Llavaneras Carrillo, se publica hoy este folleto contentivo de sus Poesías.

¡Cuál mejor homenaje de recuerdo y cariño para la memoria del que supo hacer de su pluma una chispa de brillante y de su alma un jardín florido en perenne primavera!

"Alma en Flor" es el título del libro que hará eterno el recuerdo del joven escritor que quemó las alas de su alma en el fuego mágico del Arte, y que bajo la euritmia del cielo ensoñador del Ideal, hizo brotar a cascadas el ritmo de sus versos sonoros, dulces, llenos de gusto artístico y tiernos como el sortilegio de una rica seda.

*
* *

Conocedlo:

Larga melena negra y crespa, donde se enredaban sus diez y nueve años; mirada viva y dulce que brotaba de unos ojos profundos como un misterio y que interrogaban algo que nadie veía; en sus labios siempre una sonrisa inacabable de gozo y buen humor; tez de un leve color de hojas marchitas, donde apuntaba la sombra de su barba afeitada; trato

(1) Tomado de: *Alma en flor. Poesía.* Jesús Antonio Llavaneras Carrillo. Trujillo: Imprenta Santa Ana, 1915 (106 p.) pp. 17–25.

dulce, afable, caballeresco y de cerebro chispeante y luminoso. En las mayores emergencias de la vida, tenía una sonrisa amable para sus compañeros y por más que el Dolor quisiera dominarlo, él lo vencía con el estado de su alma siempre jovial, que perseguía un vago ensueño en el azul infinito.

Nos conocimos desde niños y fuimos compañeros inseparables en los juegos de muchacho. En las tardes de sol, después de retirarnos de la escuela y con ella de la férula del buen maestro, nos íbamos con los libros bajo el brazo a oír la voz constante del río cercano y a refrescar nuestros cerebros juveniles con el aire suave de la selva; y allá en nuestro plácido retiro hablábamos de la novia que al pasar junto a su ventana había guiñado sus ojillos divinos o hecho una seña convenida con su pañuelo blanco. Algunas veces, cuando leíamos versos en nuestros libros de escuela, le oí exclamar:

¡Quién fuera Poeta!

Jamás le llegué a dar importancia a aquella exclamación sencilla, porque mi cerebro niño acostumbrado a oír decir que "los poetas mueren de hambre", no podía comprender aún la alta misión que representa el artista, y más me amedrentaba morir de hambre que desear conseguir la gloria con la pluma. Después el tiempo me desengañó. Ya había pasado la edad de los juegos y de los fútiles entretenimientos y ambos estudiábamos Filosofía, pero ya muy distantes (la vida inconstante, con sus oleajes de penas o dichas, había hecho que yo abandonase esta mi tierra natal). Entonces llegaron a mis manos los primeros versos de Llavaneras Carrillo. Los leí con anhelo y con el afecto de la edad primera y pude ver que aquellas frases dichas cuando niño, perdidas en las dulzuras de la fronda, habíanse trocado en una palpable realidad.

Magnífico poder del Ideal que hace que nuestra alma, que vive bajo el peso de un prejuicio del medio hostil, desafíe a la muerte y todos los dolores del mundo por conseguir un pedacito de azul, puro como los ojos de una novia lejana, para estampar en él siquiera nuestros nombres!

*
* *

El Arte es la Filosofía de las almas sentimentales que, llenas de esa esencia misteriosa, incognoscible para la vulgaridad humana, resuelve la amargura de un instante de la vida en las sonoridades de una estrofa, en el colorido de una agua fuerte, en la perfección de un mármol o en las melodías de una fuga extraña. El Arte en cualquiera de sus manifestaciones sensibles lo llena y lo posee todo. Desde el lloro del niño que tiene hambre y que es por sí solo una elegía del dolor, hasta las desolantes exclamaciones del anciano que vio pasar la vida sobre la mezquindad del mundo, desde el constante rugir de las olas que imprecan la dureza de la roca, hasta los silbidos del huracán que se estrella contra la altísima montaña, desde las lágrimas de la joven tierna que llora la ausencia del amante, hasta las risas locas de la orgía: todo en sí es una manifestación viva del Arte que encierra la Naturaleza en sus entrañas fecundas y que se hace conocer en cualquier momento del vivir.

El Arte es el alma del *Uno-Primitivo* que se encarna en el universo sensible, y de ello que sea la religión de los espíritus superiores que no pueden adorar las rusticidades del vulgo. Desde Homero hasta los escritores de la actualidad es como un soplo mágico que ha pasado por sobre todos dejando mucho y sin perder nada de su magnificencia superior. Y, cuando en el mundo no exista un alma capaz de interpretarlo, se manifestará sencillamente en el monólogo del agua, en los quejidos de la enredadera, en el fulgor de un rayo o en el canto suave del aire.

La religión del Arte no tiene templos porque tiene el mayor que se puede imaginar jamás: el Universo. El cielo es la bóveda azul, siempre límpida, y la naturaleza el Altar consagrado para el sacrificio. Las altas montañas son las columnas inverosímiles, y las nubes el incienso mágico. Los Astros son las luces que alumbran perennemente al Dios Eterno... ¿Y los sacerdotes? Ellos son Homero, el ciego que veía directamente con el alma, Sófocles, Esquilo, Píndaro, el Tasso, Virgilio, Alighieri, Ariosto, Shakespeare, Jovellanos, Castelar, Hugo, Wagner, Mozart, Benvenuto, Gautier, Ruysdael, Rubens, Miguel Angel, Rafael, Beethoven, Moliere, Deroulede, Zola, Ibsen, Mæterlinck, Loti, Baudelaire, D'Anunzzio, Rodó, Nervo, Darío, Lugones, almas grandes que nacen para subir muy alto, para alzarse de las trivialidades de la vida y para vivir siempre llenas del azul purísimo del triunfo.

Allá iba Llavaneras Carrillo a llevar sus ofrendas ante el ara santa del sacrificio. Llevaba sus versos...

Lo quiso, y fue. Su alma se hizo sentir muy temprano, cuando apenas entreabría la flor de sus quince años, la cual perfumó con las sonoridades de sus estrofas tempraneras.

«¡Oh madre santa del amor que encierra
Mi joven corazón! Yo pienso ahora,
En el Destino que sobre esta tierra
Se ha de cumplir tal vez, hora tras hora».

Son de sus primeros versos, y le habla a la Naturaleza misma en la persona de la madre santa. Le habla del destino inclemente, de ese destino cruel que llevamos a cuestas sin poderlo lanzar lejos.

«La campana en su lenguaje, en lenguaje misterioso,
Hoy me dice de oraciones que a mi abuela siempre oía:
Me decía de la plegaria el lenguaje fervoroso
Y con dulce voz de madre me enseñó el Ave María»

¡Qué dulce sencillez! La hora amarga del crepúsculo que muere con sus tristes campanadas. ¿Habrá ocasión más propicia para que el alma recuerde las largas oraciones que musitó cuando muchacho apoyado en las débiles piernas de la adorable viejecita?

Llavaneras Carrillo se distinguió siempre por su verso fácil y sencillo, nada de rebuscamientos ni de palabras extrañas, traídas por fuerza del consonante, y su verso es tan claro que la persona menos instruida puede comprender su fondo y las demás adivinar el alma del artista.

«Cuando el alba despliega el cortinaje
de su gran esplendor con frenesí,
cuando todo es amor en un celaje
entonces el alma te recuerda a ti»

La mañana que empieza y hace hablar las cosas inmateriales, la hora tierna en que el ave trina, en que todo es tal dulce; entonces el amante piensa en los ojos de ella, siempre en espera, y la ve surgir del cáliz de una rosa o de un lirio. Los corazones que aman pueden adivinar la belleza de esta estrofa.

«La luna es un derroche
de flébiles fulgores se alza y tiembla,
mientras en una rosa que entreabre
enhebra por milagro de la gracia
hilos de luz el alma de la esencia.
Emerge una caricia suspirante
de la armonía encantada del ensueño,
y hay temblor de suspiros que agonizan».

La luna, la pálida amante de los poetas románticos que sueñan bajo sus fríos rayos de luz, la traicionera luna que todo lo hace distinto por su fulgor de muerte, efectúa el milagro en la rosa que sueña enamorada, y le llena de plata sus pétalos perfumados. El paisaje es admirable para ser descrito y el poeta con las sonoridades de su estro, también efectúa el milagro de la descripción delicada de la hora...

*
* *

En una noche de retreta en la Plaza Bolívar de Caracas, le di el último abrazo al exquisito poeta que ofrecía ser una honra de su suelo. Al día siguiente él marchaba en el primer tren hacia esta región de selvas y de cielo ardiente, mientras mi vida seguía peregrinando entre el bullicio de la Metrópoli. No le volví a ver más, pero constantemente llegaban a mis manos sus últimas producciones, cada vez mejores.

Después de su éxodo a Coro, la ciudad legendaria que muy bien supo apreciar las altas dotes del escritor trujillano, su musa se hizo más fecunda. Trabajó en un medio propicio al desenvolvimiento del espíritu, donde no existe la hostilidad aguda del medio, hostilidad que se manifiesta más a cada paso que se da hacia la cumbre.

Pocos días antes de su muerte, publicó "El Verjel", su última composición literaria y al cerebro más agudo cuesta descifrar el misterio que ella encierra (la única en su género que figura en sus poesías):

LA MUERTE DE LA FUERZA

...La Fuerza marcó el sitio:
Los pensadores tributaron ciencia,
y vibró entre relámpagos la frase
que dictó la conciencia!

Se estremeció el Derecho:
Incendió los espíritus del Dogma
y holló las trayectorias del Enigma!...

Justicia estaba muda:
(El Prodigio no habla a las visiones)...

...La Fuerza sintió espasmos:
El Derecho auscultó la Psiquis pródiga
refractaria al impulso del Sarcasmo...

...Mientras Justicia se desgarra el Alma
y mata la Visión de los que dudan
con un puñado de Astros!!...

Parece como si su alma adivinase el fin trágico y que, antes de que la historia tuviese fin, imprecara a la fuerza bruta que después, encerrada en un proyectil homicida, daría muerte a aquella pluma brillante como chispa de oro y a aquel noble corazón que nunca llegara a soñar venganza contra nadie...

*
* *

Ya pasó un invierno sobre la tumba del joven poeta, y el sol amargo del estío la caldeó también; pero su recuerdo vive virgen en sus versos

sonoros, dulces, sencillos, que la mano cariñosa de su hermano, el joven intelectual Claudio Llavaneras Carrillo, ha querido dar a la luz pública, bajo el rubro atrayente que el malogrado escritor pensó para ellas: *Alma en Flor*. Y en verdad que fue una flor en perenne primavera el alma del exquisito versificador, muerto, por una traición del Destino inclemente!

Trujillo, 25 de octubre de 1915.

PALABRAS INICIALES[1]

José Félix:

Hacia la paz familiar de tu casa vuelven hoy tus versos. Sólo a tu cordial compañerismo ha supuesto la causa de este deseo tuyo de ver como pórtico de tu primer libro unas líneas mías, a las cuales espero que no les exijas sino una dosis muy fuerte de sinceridad.

Al ver tu bella colección de rimas he recordado una vez más el sueño dorado de nuestra infancia lírica, de nuestra pálida epifanía en el estadio sonoro de la poética. "El primer libro", algo así como las doradas charreteras de un valeroso militar, corona tus aspiraciones juveniles, aquellos sueños que en el infantilismo literario llenan la mente ilusionada del novel artista.

En el silencio melancólico de mi estudio he pasado horas enteras con tu libro. He repasado sus estrofas precisas y claras, he admirado la perfección métrica que adornan muchos sonetos y al encontrarme –casi de sorpresa– con aquellos versos que en una hora de divagaciones te hice escribir para mi ideal lejano, una sonrisa ha surgido franca a mi rostro al recordar el egoísmo con que pagué tus rimas; y también, como un sarcasmo al margen de tu obra, he pensado en el natural desprecio de esos señores que lo miden todo por el valor del céntimo, hacia tus sueños, porque ellos no saben que toda alma de diez y ocho años es un

(1) Tomado de: *Hojas errantes*. José Félix Fonseca. Trujillo: Imp. Santana, 1916 (51 p.) pp. 5–6.

verso y que por ello cada sensación la resuelve en el ánfora áurea de la estrofa o bajo el látigo del "tirano empurpurado de la rima".

"Hojas errantes" es el espejo de tus sueños, de esos sueños con alas doradas, con músicas ignotas, con besos de novicias, que llenan la imaginación juvenil, propicia a toda clase de germinaciones líricas y sensible a todo aquello que lleve ritmo, azul y gloria. Sueños!... Sueños para vivir, sueños para cantar y sueños hasta en la hora de la eterna despedida, es el capital de las almas artistas, y por eso al leer tu libro he recordado:

"Las cavernas del sueño: decid flores!
no serán... el oasis... de la vida?".

Sueña poeta para que así mires la vida a través de un tul celeste que te niegue los dolores de la espina constante, y tus sueños duérmelos en el terciopelo de la estrofa y dadles vida después en el libro, que arrancará una sonrisa o un aplauso. Tú has podido arrojar lejos los escrúpulos del medio y publicar hoy tus primeros ensayos literarios ¡válgate la entereza de tus ideales! Por mi parte, mis deseos son que consigas la bondad aduladora de las palmas y un huerto de laureles donde sombrear en las horas de sol, y que tu pluma te dé también oro, de ese oro burgués que compra corazones y lava honras.

Tuyo afectísimo.

"O MAL DA VIDA"
(Nota Bibliográfica)[1]

El doctor A. Austregesilo, Profesor de la Facultad de Medicina de Río de Janeiro, publica con el nombre de "O Mal da Vida" y con el subtítulo de "Ensaio de Psicoterapia Filosófica", un libro de hasta doscientas cincuenta páginas, dedicado al examen del *ansia de ser feliz,* que en su concepto, constituye un mal para la humanidad.

Austregesilo es uno de los neurólogos prominentes de Río y hasta la fecha ha publicado importantes trabajos sobre su ciencia, teniendo en preparación varios más.

El autor estudia ampliamente el problema de la felicidad a través de los distintos sistemas filosóficos. Desde las escuelas antiguas: cínicos, epicúreos, pirrónicos y céticos, hasta el pesimismo de Schopenhauer y Hartmann, las teorías del *Ubermensch* de Kierkegaard, ampliadas por Federico Nietzsche, el pragmatismo de James, el positivismo de Comte, la teoría agnóstica de Spencer y el ateísmo de Le Dantec, pasando por el teologismo y el providencialismo de la Edad Media.

A todas las concepciones de la felicidad les halla el autor un punto falso: después de criticar el optimismo de Leibnitz, tildándole de "absurdo, ingenuo e incongruente", deja el pesimismo para "los inadaptados". Busca los términos medios, y halla que sus conclusiones son débiles para cimentar una felicidad. Desde un principio él se aleja de todo

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 3-7-1922, p. 1.

concepto que coloque la felicidad más allá del mundo actual y demuestra a un tiempo antipatía por quienes solicitan una felicidad dependiente del placer físico: se muestra alejado del materialismo sin ser espiritualista.

Poseedor de una buena y jugosa crítica, basada en una erudición respetable, el autor descarta de su estudio los términos que le ofrecen los sistemas anotados, para situarse en un terreno propio, o casi propio, pues al examinarse aparece terreno estoico, sin que él lo llame así. "La noción de la felicidad es una representación mental" y es un mal para la vida la búsqueda de ella, ya que la existencia está condicionada por el continuo *devenir* de los anhelos. ¿Cómo realizar la economía de éstos? "Ser feliz –continúa el neurólogo– es una frase de poca significación e inútil para la existencia. Querer la felicidad es un simple estímulo para la vida". Aquí se contradice: lo inútil no puede servir de estímulo; luego, concluyendo de que no existe sino como representación mental, dice que sólo "cumple al hombre aprender a *sentir,* a *pensar* y a *actuar".* Aquí la síntesis de la existencia, conformando el sentimiento, el pensamiento y la actuación al *deber,* "especie de religión animadora de la vida". Este *Deber* así alzado como norma única no difiere en nada de la concepción estoica del *Deber por el Deber,* que llena la Filosofía desde Zenón hasta Marco Aurelio. El deber abstracto como único móvil de la existencia, estéril, duro, férreo, sólo podrá proporcionar estados relativos, de dicha árida, de sacrificios consecutivos en aras de un ideal inexistente.

Dever, sempre o dever, e nada mais... finaliza el autor brasilero. ¿Pero a qué concepto moral se afilia este imperativo del deber? Si al estoico como parece desprenderse fácilmente, es la finalidad de la existencia algo vicioso, inútil y duro; la moral del perpetuo sacrificio aniquilaría las fuentes mismas de la vida, mientras la humanidad cumple algo que se llama *Deber* y que apenas conducen a la destrucción general. Si se trata de cumplir cualquier otro deber impuesto por diferente norma ética, volvemos al viejo problema de *o mal da vida* del título del libro.

La felicidad lleva en sí noción de plenitud, no pudiendo ser nada huero y desprovisto de concepto; y este concepto único, sólo se halla en un plano superior al intelectivo –donde se sitúa Austregesilo– más allá de las

mutaciones que le proporcionan los anhelos individuales. Hay que mirarla a través de las frases de Romain Rolland: "La felicidad es una de las fuerzas del ritmo universal, uno de los polos entre los que oscila el péndulo de la vida...". La felicidad plena únicamente la proporciona la gran ley de la vida universal, no artificiosas leyes de intelecto.

El ensayo del brasilero conduce a muy poco: él nos demuestra en cambio un espíritu inquisitivo y erudito. El estilo del libro está lleno de esa sencillez y de esa claridad que es tan común en el portugués.

LOS LIBROS NUEVOS.
EN EL CEREZAL[1]

Es un libro primicial el que bajo tal rubro ha publicado el colombiano Daniel Samper Ortega. No es una novela; sus episodios tampoco pudieran calificarse de cuentos breves, se trata de una simple narración hecha en la forma íntima y cordial de un diario o más bien de unas memorias. Carece por completo de interés como obra imaginativa; son rústicos episodios enlazados, que tienen por eje un idilio juvenil, sencillo, inocente, cándido que se desarrolla en la Sabana de Bogotá, en una vieja alquería, en medio del severo calor de una familia católica, al lado de un arroyo cantarino, lleno de campo fragante y de intocada rusticidad. La obra debe de tener un interés supremo para quienes hayan vivido en ese edénico paraje, "lugar el más escondido del mundo, el más apartado de ese gran estimulante que es el mar y por tanto uno de los sitios a donde la ola deformadora de las inmigraciones llega, para bien de nuestra raza y de nuestra alma, más tardía y más difícilmente, conforme a la hermosa descripción del prologuista, un ferviente amador de la vida campestre.

Tiene el autor una admirable facilidad descriptiva y un preciso don para trasmitir emociones al lector, labor verdaderamente difícil cuando se trata de estos temas frágiles y sencillos, de estos pastorales idilios que fueron áureo filón en manos de Longo y de Mistral. Poder llevar al libro, junto con la candidez de ingenuos amantes juveniles, el olor de la tierra virgen, la religiosa fragancia del campo, la sencillez asombrada del hombre inculto de la montaña, revela verdadero temperamento de artista

(1) Tomado de: *Mercurio.* [Valera, s.d., 1923].

en el autor, a lo que fortunosamente une, y no valiera el decirlo, la posesión en que está de un fluido decir y de una cultísima manera de adornar con sus mismas flores vernáculas los altares de piedra de natura. Tiene un pecado la obrilla; para lectores novedosos es harto simple, carece en absoluto de interés para aquellos que buscan ante todo la "emoción fuerte". Y esto es cultura. La "emoción fuerte" es la espuma amarga que necesita el sibarita para que su espíritu tenga siquiera un ligero sacudimiento. Es la paralela del opio y del éter en el refinado gusto de aquellos a quienes nada saben ligeros y deleitosos néctares. Ambos vicios son una legítima expresión de los más refinados conceptos de cultura. La literatura que no se inspira en rumbos novedosos, queda solitaria, sin prestigio ni lectores. La obra de Samper Ortega está muy lejos de emocionar a un viejo lector de ponzoñosas aventuras, sin embargo ella trasmite con una deliciosa fluidez, sensaciones que ya estuvieron en uno, emociones ya empalidecidas por el decurso de los años: diríase del libro que es una breve jornada recordatoria para quienes una vez sentimos la frescura cariñosa del campo fraternal y tuvimos una tímida novia que encomendaba a los Santos su cariño. Otra emoción nos trasmite el hermoso trabajo de Samper Ortega: el cariño a la tierra; el amor a la tierra que es blanda almohada para el interminable sueño de nuestros abalorios, el afecto a la tierra que dio su savia para nuestra carne primicial, la pasión por la tierra desde donde vimos por vez primera el cielo y donde primeramente soñamos con un sueño más largo que el que da el cerrar de nuestros ojos mortales. Es deber de Patria enaltecer el amor familiar por la tierra nuestra, aunque este amor llegue a atarnos a sus prejuicios con "ligaduras de bejuco". En cambio la montaña será cada vez más nuestra, y perfumará nuestra vida espiritual con sus flores preñadas de místico rocío.

LA "BALADA DE LA ESTANCIA VACIA"
Anotaciones Críticas[1]

De las formas primitivas de poesía lírica la balada subsiste evocadora de la sencillez de los viejos juglares. En los albores de la literatura romance, ella apareció plena de encanto y sugerencia y fue una de las transformaciones de la antigua *chanson a danser* engendro a su vez de las *carols* bretonas, subsistentes aún en las líricas del Norte. Dos o más estancias seguidas del *refrán o retornello,* que hace de motivo central.

La balada como el aria, su similar en música, posee la propiedad maravillosa de condensar emociones en una brevedad monódica. Lo que en una pieza de mayores proporciones pudiera difundirse, aun logrando majestad que acuse aparentemente un esfuerzo más dilatado de técnica, en la balada permanece en actitud estática, que le precisa contornos y líneas dadores de una quietud pictórica. El refrán, obrando como fuerza de fijación de conceptos centraliza, y unificando la versificación, detiene el vuelo poético.

Sencillo, fino, complejo, mudable, el retornelo determina la esencia de toda la obra, lo mismo en la balada como el aria. A él tenemos que volver irremediablemente al final de cada estancia, o después de dos o de tres, si no lo hallamos formando parte de ella misma. Según la definición de Boswell *la balada es poema lírico de dos o más estancias en la primera de las cuales se menciona el tema que debe ampliarse en lo restante.*

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 22-8-1926, p. 5.

Pero aun sin definirse el tema general en la primera estancia, el retornelo puede simplificarse hasta constituir apenas un verso fijo y un hemistiquio alternadamente, o un hemistiquio fijo y el otro mudable, y en veces una sola palabra fija que adquiere distintos matices en el proceso lírico.

Federico Rückert nos presenta un ejemplo de retornelo descendente en Sabiduría Brahmina, sostenido en cuatro estancias:

1ª Todas las demás reposan
2ª Todas las demás germinan
3ª Todas el pensil reposan
4ª Las halla a todas dormidas

De la novedad que el poeta ponga en la repetición del refrán –verso, hemistiquio o palabra– depende la mejor impresión que dará el conjunto general, como que tal es su fin en el poema: fijar una idea central que difunda un concepto previo sobre la composición, abarcándola y sujetándola en su breve comprensión, o establecer un valor melódico-invariable sobre la cantidad de una palabra que se repite en este último caso, el refrán, sobre una función ideológica, logra una significación de objetividad musical.

El retornelo que tanto papel juega en "El Cuervo" de Poe, empieza:

Eso es todo, y nada más!

y sigue

ya sin nombre, nunca más!

¡Nada más! y *¡Nunca más!*, hemistiquios apenas, sostendrán a través de todo el poema la intención poética. Quedan anunciados en los primeros períodos líricos, para repetirse alternando en las formas siguientes:

¡Eso es todo, y nada más!

en el cuarto período, el retornelo es

Sombra sólo, y nada más!

que se repite variado

Esto apenas, nada más!

y después

Es el viento, y nada más!

tomando después la forma de

Fue y posóse, y nada más!

El segundo retornelo aparece en el próximo período:

Dijo el cuervo: Nunca más!

que continuará repitiéndose

Con tal nombre: Nunca más!

y después en su forma anterior, íntegra, de

Dijo el cuervo: Nunca más!

para adquirir fuerza por su duplicidad de

De jamás y nunca más!
A oprimir –ah, nunca jamás!

y vuelve de nuevo en su forma amplia de

Dijo el cuervo: Nunca más!

que repite tres veces hasta llegar a la final de

Se alzará nunca jamás!

El retornelo aparece sintetizado en las formas *"Nada más"* y *"Nunca jamás"* que apenas son los hemistiquios fijos de versos alternantes, observándose que después de anunciadas, el poeta desarrolla la forma menos fuerte, como una preparación a la dolorosa negación, a la fatalidad del *"Nunca más"*, de lo irremediable, que es el *leitmotiv* de todo el poema.

El mismo Poe, quizá por ser poeta inglés, tan apegado a la literatura inglesa a las formas primitivas, en *Annabel Lee,* repitiendo en todas las estancias estas dos palabras, hace de ellas el refrán sostenido del poema.

Y si el refrán tiene fuerza de tema para sostener la idea central en un poema de las proporciones de "El Cuervo", en las baladas adquiere un tal carácter de fijeza, que lo constituye en su esencia integral.

En el siguiente cantar, Heine usa dos retornelos con una admirable felicidad:

Tienes diamantes y perlas
Cuanto al hombre inspira afán
Y tienes tus lindos ojos...
–Mi vida ¿qué quieres más?

He compuesto más cantares
Que perlas encierra, el mar
Sobre tus ojos tan lindos
–Mi vida ¿qué quieres más?

Y con esos lindos ojos
Me has hecho tan hondo mal
Que ya perdido me tienta
–Mi vida ¿qué quieres más?

El refrán dominante "Mi vida ¿qué quieres más?" se une en todas las estancias a la palabra *ojos,* ya que éstos son el motivo del mal de amores del poeta, constituyendo por ello el tema principal de la canción.

El papel de retornelo aparece, pues, en la balada, de la cual es alma y centro, como recurso musical para acrecentar por la repetición de la frase la cadencia general y como un auxiliar evocador de la intención del poeta; y fijando de un modo pictórico el cuadro, llamado a difundirse por el dinamismo rítmico, le presta uniformidad monódica que le trasmite pesadez y continuidad sin solución.

Jacinto Fombona Pachano en su *Balada de la Estancia Vacía,* ha hecho del retornelo un uso preciso, original y delicado, y descomponiéndole a medida que avanza el poema, lo ha hecho simple, de una sola palabra, que contribuye a hacer desfalleciente la pena en él encerrada, como en filtro fatal, ya que así lo exige la especial naturaleza de la balada: evocación, langor, tristeza...

En el umbral de la puerta,
de aquella puerta entornada,
preguntó con voz incierta
que no preguntaba nada...
Respondieron: –Está muerta!...

Toda la tragedia dolorosa la vive el poeta en el umbral de la puerta, en una quietud desolante. Ella constituye como tal la frase temática de la balada. El refrán es doble: el primer verso que se repetirá íntegro tres veces, y el segundo que se desligará del primero, hasta simplificarse descendiendo a una sola palabra, donde se condensa la intención poética.

En la segunda estancia no aparece el retornelo, que en cambio es doble, en su forma primera de verso, completo, al aparecer en la tercera:

En el umbral de la puerta
su labio lo repetía.

En el umbral de la puerta
de aquella estancia sombría
donde dormía la muerta.

En la sexta estancia aparece solo el segundo refrán, *la puerta,* y dice el poeta

Quedó la estancia desierta,
quedó la puerta cerrada
tras de la dura jornada...
y en toda la sombra incierta
de aquellas huellas de nada.

La estancia séptima, es la siguiente:

Ninguna más desolada
como la estancia desierta
donde lo vio su mirada
y a cuya puerta entornada,
respondieron: Está muerta!

En la octava y última estancia el refrán no aparece, pero para hacer más uniforme la monodia de la balada, el poeta ha repetido palabras secundarias, que sin formar retornelo, ayudan a fijar y condensar más la sombra total que él quiere hacer plástica en su balada, la mejor que ha hecho el poeta entre muchas de mérito envidiable.

Cuando Federico Olivero estudia el retornelo en la obra del inglés Dante Gabriel Rosetti, anota: "El retornelo es un refinamiento más bien que un defecto de su técnica". Hace esta salvedad el crítico, por cuanto el refrán prestando cierta monotonía a la composición, por el abuso de las mismas palabras, pudiera aparecer como reflejo de pobreza léxica. Refinamiento de técnica, tal indica en el caso de los grandes poetas la frecuencia del retornelo. En el inglés pudiera en cambio asociarse, lo que no sugiere Olivero, a su prerrafaelismo artístico. La balada, la canción, el villancico, representan lo primitivo de nuestra lírica como los alados querubines del Beato Angélico indican el primitivismo pictórico; y

como el progreso espiritual, y por ello el del Arte lejos de seguir un movimiento ascendente en forma de espiral, tal lo quiso demostrar Goethe, se comprende mejor en el desarrollo de una amplia curva reentrante, la persecución de formas simplistas por el pensamiento nuevo, pudiera acusar un retorno a modalidades primitivas. Ninguna tan perdurable en la lírica como el refrán, traedor de sencillez y de contornos determinantes a la arquitectura del verso, al que sabe prestarle belleza orgánica, de suma plasticidad.

Tal plasticidad se advierte en la *Balada de la Estancia Vacía.* Breve cuadro, de una profunda sugerencia como si fuese un agua-fuerte de hondas líneas. El poeta, con celebrada técnica, logró darnos en un éxtasis doloroso el conocimiento perdurable de una hora de su vida. La hora en que sus labios sin voz le anunciaron la muerte de la madre...

A PROPOSITO DEL VANGUARDISMO
Actualidad literaria[1]

Nuestra actualidad literaria está representada esencialmente por la crítica del vanguardismo. Varían los conceptos, así ellos vengan de apasionados cultores de la escuela clásica o de poetas exaltados que llevan la libertad y la renovación que involucran las nuevas tendencias hasta el punto de desdecir de su propia esencia artística.

La tesis vanguardista encierra un postulado de libertad de expresión que paulatinamente se ha venido infiltrando en la lírica española desde el siglo pasado. Por lo que respecta a la literatura americana, tal reacción la iniciaron con fuerza, Silva, Darío, Herrera y Reisig, Lugones y Nervo; su obra apareció en aquella actualidad como expresión de rebeldía contra los cánones retóricos y fue calificada entonces con la misma acritud con que hoy se juzgan los poetas de vanguardia, reaccionarios contra las fórmulas poéticas de aquellos innovadores, tenidas por anquilosadas y monótonas.

El vanguardismo estaría de tal modo justificado por la crítica social e histórica. Sería la reacción continua contra los valores que se estratifican en un momento dado y se convierten en cánones imperativos. Tal movimiento de operación inversa lo acusa la historia en el desenvolvimiento de todas las instituciones, ora cuando están nacientes, ora ya con aspectos de construcciones definitivas.

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 7-9-1928, p. 5.

El punto de vista para juzgar la actualidad literaria debe abarcar no sólo el área de la lírica, sino toda la extensión del pensamiento contemporáneo. El vanguardismo como una expresión de libertad y de individualidad, hizo su aparición histórica con la reacción sofística en contra de la filosofía que llevó la Verdad, la Justicia, la Belleza y la Moral a fórmulas eternas, elevadas sobre la multitud de los sucesos presentes. ¿Puede el hombre, por la revelación genial o por medio de una disciplina filosófica, obtener de una vez para siempre la fórmula de sus conceptos perdurables? Tal es la esencia de la cuestión, planteada desde el ciclo socrático, para culminar, después de la construcción platónica, en el concepto de Plotino: *lo bello está bajo el imperio de una forma y de una razón.* El formalismo ideal, sujeto a una razón fija, que delínea los contornos de las cosas sensibles, indica ya una posición estática para los conceptos universales, y desde este punto de vista la escuela clásica acepta la posibilidad de encerrar para siempre en una definición precisa los presupuestos de la Belleza única y universal.

Contra este concepto de inmutabilidad se alza la doctrina relativista, ya precisada en los postulados de la escuela de Efeso: el continuo *devenir, el flujo y el reflujo,* de la filosofía de Vico, el triunfo del movimiento continuo y del incesante progreso en la espiral de Goethe. Bajo este aspecto ni la Verdad, ni la Justicia, ni la Belleza, ni la Moral, serían susceptibles de encerrarse en fórmulas estáticas.

Todas las más grandes construcciones filosóficas y artísticas han estado basadas en una de estas dos concepciones, que son primordiales para formar el juicio de la crítica histórica, ora cuando se trata de juzgar la obra de un filósofo, ya cuando se quiere emitir un concepto sobre el arte de una época.

Para los partidarios del progreso incesante, la obra pictórica de Leonardo da Vinci y los cuadros del Greco representarían simplemente dos momentos del expresionismo artístico, dos curvas distintas en la onda de evolución del arte del color. Los prerrafaelistas en su primitivismo ocupan una posición que corresponde a la marcha continua del mismo contenido artístico que después hará aparición en las obras de Rubens, Corot y los cubistas. Semejante concepto lo aplican al arte

lírico, cuando hasta se juzga la expresión de Petrarca con relación a la literatura de Marineti y el modo de versificar Fray Luis de León se compara con las formas novedosas de Juan Ramón Jiménez y de José Juan Tablada.

La escuela clásica niega en cambio este continuo progreso de lo Bello y la equivalencia de sus manifestaciones históricas, y, aceptando la posibilidad de ajustar todo a principios fundamentales, se vale de éstos para centralizar la crítica general de las obras del pensamiento.

Inducidas actualmente, tanto la Filosofía como el Arte, por senderos de desintegración, que a la vez culminan en las nuevas formas de la Política, la Educación y la Belleza, el vanguardismo aparece como una lógica consecuencia de la hora presente y se concilia con los nuevos presupuestos mentales con marcada facilidad. Desechado el tipo ideal de una Belleza única y negada una fórmula central hacia la cual converjan los esfuerzos del arte y del pensamiento, surge como consecuencia el derecho de avanzar individualmente en pos de nuevas formas, caracterizadas, no ya por la huella de un canon imperativo, sino por la manera personal de expresión del autor. Desde tal punto de vista las nuevas literaturas de vanguardia representan una acción literaria correlativa a los grandes presupuestos mentales que dominan el siglo presente, sin pretender tampoco, como lógica consecuencia del principio que las justifica, hacer escuela definitiva ni dejar modelos perdurables.

El vanguardismo que hoy resume las ya viejas corrientes futuristas, dadaístas, ultraístas, surgidas sobre el campo dinámico del modernismo sucedáneo del período parnasiano, ha tenido en cambio motivos muy justificables para que se le considere como labor de ociosos bromistas, al seguirse su forma aparente, sin estudiar la razón que dirige su desenvolvimiento interno como expresión de un arte nuevo. El concepto del arte por el arte y de la imposición primordial del espíritu de quien lo desenvuelve, preside todas las manifestaciones de la escuela nueva y permite mirar de un modo sereno su novedoso expresionismo. Aquella lucha, que en la literatura castellana culminó en Rubén Darío, contra la necesidad de dar contornos retóricos al pensamiento poético, entre los

cuales supo en cambio moverse el gran poeta, se destaca hoy, no sólo en el apartamiento absoluto de los cánones métricos, sino hasta en el propósito de variar también el aspecto visual y plástico de la rima nueva, desprovista en su escritura de mayúsculas y de puntuación, innovación que si bien alarma a los conservadores de la gramática, en cambio no habrá de tener la misma repercusión entre paleógrafos, familiarizados con viejos estilos, ora utilizantes sólo de minúsculas, ya de mayúsculas intercaladas, en veces llenos de puntuación, otras sin ninguna. ¿Y por qué, dirán ellos, si se justifica el pre-rafaelismo de Dante Gabriel Rosetti, no puede verse con ojos menos severos este primitivismo en la forma de la escritura? Y decimos esto por cuanto la revolución tipográfica de los vanguardistas es uno de los puntos que más ha alarmado a los críticos, que acaso aceptarían sus modos de expresión sin este aparato visual de nueva ortografía.

No seremos nosotros quienes apologicemos las tendencias vanguardistas ni justifiquemos la desintegración de los cánones del Arte, pero en el ambiente de la época y en el seno mismo de la crítica presente puede decirse que se carece de un concepto lógico en el estudio de las corrientes que marcan la actual evolución del Arte, pues aquellas son juzgadas sin serenidad, bien por los evangelizadores de los nuevos sistemas, bien por aquellos que defienden el derecho de los postulados académicos, y aún más: se peca por muchos de falta de sinceridad en sus respectivas posiciones críticas. En un próximo mañana, la crítica histórica, habrá de juzgar las tendencias de los escritores de vanguardia con la serenidad que el caso requiere, excluyendo de esta categoría a aquellos que no lo serían, por falta de preparación, en ninguno de los sistemas presentes. Como fenómeno literario el vanguardismo habrá de pasar, quizá con demasiada presteza y se apreciará entonces el inútil esfuerzo intelectual que tomó como norma de expresión la libertad individual y que reconoció el derecho personal del artista de hacer para su obra sus propias reglas didácticas. Desintegradas las leyes estéticas, han sido sustituidas por la modalidad característica de cada escritor, por su *modo expresivo,* aislado éste de una metodología artística que una con un mismo destino final la labor dispersa de los autores.

Junto con estas corrientes libertarias del arte poético, precisa también tomar nota de las nuevas tendencias estéticas en general, esas tendencias

que han preparado, a través de un proceso de desintegración del gusto clásico, los nuevos movimientos de las danzas, los módulos musicales en moda, el complicado colorido y las nuevas perspectivas pictóricas, en general el expresionismo moderno de las artes plásticas. Si todas estas circunstancias las enlazamos a la nueva ideología filosófica y social que pregonan los apóstoles modernos, llegaremos a la conclusión de que el Arte, lo mismo que el pensamiento universal, atraviesa un período de crisis disolvente, sucedáneo del desequilibrio de la Filosofía del XIX siglo, que quiso preparar en vano fórmulas sociales para el mejoramiento humano. La bancarrota de la filosofía del siglo pasado preparó e indujo la psiquis general hacia estos procesos desintegrantes, que hoy se palpan lo mismo en las teorías del pensamiento que en los sistemas artísticos. El vanguardismo poético, lejos de ser, como lo han querido muchos que no han llegado a penetrar su esencia, un proceso de pedantes y de poetas de mal gusto, corresponde a un estado general que embarga la conciencia occidental. No es Góngora su padre lírico en letras españolas, ni el Greco anunció las nuevas formas plásticas. El vanguardismo corresponde a una transición estética, a un estado de dinamismo intelectual que desaparecerá, para dar paso a mejores corrientes que habrán de inducir la marcha del Arte futuro hacia una plena integración de valores...

UNA HISTORIA LITERARIA DE AMERICA
(Libros al día)[1]

El año pasado de 1927 dio a la estampa el señor doctor Crispín Ayala Duarte, su "Resumen Histórico-Crítico de la Literatura Hispano Americana", obra que en trescientas ocho páginas encierra un cuadro general de las letras españolas en América desde la edad colonial hasta el momento presente, y el cual es apenas síntesis de un trabajo más amplio, que en varios tomos, empieza a editar el señor Ayala Duarte, uno de cuyos capítulos, referente a la literatura argentina, acaba de aparecer en la última entrega de los "Anales de la Universidad Central".

Ignorada generalmente la personalidad del autor, a quien caracterizan condiciones de humildad y discreción que lo alejan del diario exhibicionismo, su obra, sin propaganda de ninguna especie, sin bibliografías encomiásticas, se halla a la venta en las vitrinas de algunas librerías de esta ciudad y aun del Exterior. Del Ecuador se han hecho pedidos a la casa editora, en razón de haber sido adoptada la obra como texto en algunos institutos, de España también ha sido solicitada.

Indudablemente este trabajo, con el que Ayala se presenta a las letras continentales, señala a éste, poseedor como es de una sólida cultura clásica y de un hondo conocimiento de nuestras fuentes literarias, como un erudito y paciente estudioso. Esfuerzo que honra las letras nacionales, es el que lleva realizado el autor: obra importantísima por el amplio campo que abarca, por el paciente método invertido en el acopio de datos, por la minuciosa relación de los procesos literarios.

El tomo publicado hasta ahora es un buen manual para orientar al estudiante de Instrucción Secundaria en el conocimiento de los nombres

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 9-11-1928, p. 1.

intelectuales que han figurado en América. Claridad, orden, estilo elevado y sencillo son sus principales características.

Sesenta páginas consagra al esbozo de nuestro proceso literario, y ello es en verdad escaso para dar siquiera un resumen del nombre de nuestros escritores. Cualquier juicio que se aventure sobre la obra es impreciso, ya que posteriormente tendremos ocasión de conocer más ampliamente el verdadero pensamiento del autor, pero podemos decir desde ahora que Ayala, negando espacio para nombrar figuras destacadas, consagra a otras de postura secundaria, sitio en su Resumen. Generoso al juzgar la obra tan mediocre de Lozano, remite el juicio que le merece la gran personalidad de Pérez Bonalde al concepto extremista de don Felipe Tejera.

El señor Ayala es ante todo intransigente. El hecho de que su gusto haya sido educado en el cultivo de la escuela clásica, y especialmente en la frecuente lectura de los grandes místicos españoles, es garantía de buen juicio, pero creemos que ello no sería óbice para hacer apreciaciones menos exclusivistas y juzgar del mérito de ciertas obras aunque éstas no se induzcan por aquellos senderos, como tampoco es motivo para ver relieve en algunas obras poéticas cuya significación estriba en seguir con fidelidad los mandatos preceptistas. No debe juzgarse del mérito de una obra literaria sólo en virtud de la concordancia en que se está ora con su fondo, ora con su forma. Ambos extremos desvían la verdadera significación de la crítica, cuyo fin debe ser antes que el de condenar, examinar.

Repetimos que es impreciso el juicio que se forme de la obra hasta tanto no aparezca totalmente, sólo se advierte en ella la intolerancia del autor como único defecto, y él está convencido de ello.

Pero más allá de este lunar, que también lo tendrá toda obra de este género sea cual fuere el criterio de donde parta, la labor de Ayala está llamada a una amplia consagración en nuestro mundo literario por el enorme valor de su esfuerzo, por los grandes recursos que necesita quien intente tan vasta labor expositiva. En la bibliografía de Hispanoamérica es esta la primera obra aparecida de este género, pues si en verdad se han

publicado cuadros generales de nuestra literatura continental, no abarcan el dilatado campo ni la detenida exposición que integran la labor de nuestro crítico, quien con este trabajo no sólo presta honra a su nombre sino a las letras patrias.

En el actual momento literario la obra de Ayala Duarte será recibida con extrañeza. Cuando la mayor parte de los críticos se empeñan en ensalzar las formas últimamente en uso y pudiera decirse que el criterio clásico está fuera de moda, las apreciaciones exclusivistas e intransigentes de nuestro crítico están llamadas a remover tópicos viejos. Pero nada contribuye con más fuerza a salvar la intención de la obra como el vigor central que le trasmite la severidad de su criterio clásico, aunque en él se extreme muchas veces. El establece como una unidad génerica para el contraste de la obra total, donde el lector puede suplir en su debida oportunidad la falta de amplitud de los juicios, fortalecidos muchas veces por criterios anteriores de críticos coetáneos, en quienes privó la exaltación que ocasiona el propio momento en que se forma la obra nueva.

No es nunca el mejor crítico aquel que contemporáneamente examina la labor de un autor, adolece de la parcialidad que a su ánimo pudo traer el no hallarse capacitado, de acuerdo con un concepto previo, para juzgar lo que se inicia. No fueron los mejores críticos de Góngora y Garcilaso sus contemporáneos, como no lo son de Darío y Lugones aquellos que presenciaron, hallándose afiliados a estilos anteriores, la formación de su escuela. En arte la mejor crítica es la retrospectiva, la de aquel que enfoque desde una posición nueva y más distante, que dé una visual más dilatada, la labor ya caída en los dominios de la Historia.

El examen de mayor sinceridad por tal circunstancia es el que, siendo actual para quien lo hace, conforme a los métodos admitidos y a las verdades consagradas, se coloca en un plano inactual con respecto a la labor criticada. Tanto en Historia como en Arte es este el método de mayor precisión. Criticar con nuestro gusto presente la blanda poesía de Maitín sería tanto como exigir del señor Tejera longura para apreciar a Pérez Bonalde. Sin que se cambie la esencia de la escuela y sin desechar las formas en su valor específico, la cultura, el hábito, las costumbres

introducen distintas apreciaciones y distintos conceptos que es necesario pesar al delinear una obra cualquiera.

Por eso nosotros creemos que Ayala Duarte ha podido, dentro de su concepto y de su educación clásica, alejarse en su posición de crítico hacia un punto desde el cual pudiera enfocar ciertas tendencias, sin los prejuicios trasmitidos por las circunstancias que pusieron vicios en las opiniones y en los métodos tomados por él como puntos de apoyo para su estimable labor de historiador de nuestras letras continentales.

La severidad de la crítica de Ayala Duarte tiene en cambio una doble significación en nuestro momento literario. Aunque prive un concepto intransigente muchas veces, él obliga a una revisión de nuestro pasado intelectual, de continuo llena de bámbola y de reputaciones consagradas sin justicia, y lleva a pesar nuevamente, aunque sea a costa de la misma opinión del crítico, nuestro pasado y nuestro presente literario, de lo cual surgirá, para compensar la disminución probable de ciertas figuras falseadas, el conocimiento preciso de valores postergados por el carácter de la crítica que juzgó su aparición.

EL OCASO DE UNA LITERATURA
Crítica Literaria[1]

Podría aplicarse a don Leopoldo Lugones la fábula de los cangrejos de Lizardi. Después de haber contribuido de marcada e intensa manera a orientar nuestra literatura hispanoamericana por las vías que, a través del modernismo, el dadaísmo y el ultraísmo, han conducido especialmente la lírica al período de desintegración que en este momento envuelve y significa las letras de América, después de tan señalada y directa influencia, decimos, Lugones, situándose más allá de su tendencia personal, ha llegado a comprender, desde un punto de vista clásico, la poca solidez de las nuevas corrientes literarias. La exposición de Lugones puede en cambio señalarse, como el ocaso de la estética nueva, como una señal avizora de la decadencia de la anti-retórica, que él mismo con su ejemplo, como los cangrejos viejos, contribuyó a hacer próspera.

Porque ha sido el poeta argentino con su obra de grandes metáforas y de libertad absoluta quien más fuertemente, aún más que Darío, Herrera y Reissing y Amado Nervo, señaló en América los derroteros de la lírica actual. El arte nuevo es hijo de la libertad de expresión y de los conceptos subjetivos que aquellos preconizaron. Después de ellos, máximos pontífices del modernismo literario, se ha invocado para los procesos líricos, como razón de arte, no la consecución de formas de belleza objetiva, sino la presentación de imágenes que, fuera del molde clásico, hablen a la inteligencia sin postulados de belleza académica.

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 6–11–1928, p.1.

Preparada la cultura literaria bajo estos conceptos nuevos, fácil ha sido a sus adeptos, aun desconociendo la paternidad de los innovadores dichos, buscar en literaturas exóticas similares razones y con el falseado lema de Marinetti: *"marciare non marcire"*, romper definitivamente con las formas anteriores, inclusive con la de los propios corifeos.

Puerta más ancha ofrecen las nuevas tendencias para el logro de una posición literaria; y esta ha dado motivo para que, aprovechando la holganza de la vía, se entremezclen en la ruta valores reales y negativos, que desvían la comprensión general de la escuela. La vocación poética según el concepto modernista, puede expresarse en el ejercicio de la retórica libre, lo mismo que bajo los dictados clásicos, y dan fuerza a este enunciado la labor de Nervo, Darío, Lugones, Herrera, Sabat Ercasty, Ibarbourou, quienes aún alejados de formas preceptistas, dejan entrever su hondo espíritu de poetas. Tal circunstancia, aunque innegable, precisa juzgarla desde un nuevo punto de vista: lo que se adivina a través de aquellas formas líricas caprichosas, es el poder de evocar de los artistas, que bien pudo exteriorizarse en una prosa sencilla, ya que para llegar a herir la sensibilidad artística no es obligatoria la forma métrica: justifica el bello contenido de una mala estrofa la ausencia de técnica del poeta, ni da pie para que aquella forma, salvada sólo por su contenido, sea aceptada como modelo común.

Concebir la poesía sin ritmo y sin rima, haciendo sólo valer la significación imaginífica del poeta y su don evocativo, es el propósito de las nuevas escuelas, que han cumplido en la lírica un proceso semejante al realizado en la evolución de la música modernista, la cual ha llegado a consagrar la pesadez del ruido sobre la melodía y la armonía clásicas. Como fenómeno artístico independiente ambos caen bajo la censura crítica y prestan ocasión para hacer severos reparos a los autores. Pero como el arte está fuertemente enlazado a la fenoménica social, necesario es situar el proceso estético entre los grandes lineamientos de la psiquis contemporánea.

El gran choque ideológico que sufrió la civilización pasada abrió los sentidos para nuevas comprensiones y, revisando los presupuestos caídos, para levantar los planos de la cultura nueva. Más que abolida, la

vieja ideología del siglo XIX se halla aún en un período de desintegración y al lado suyo, se levanta indecisa, con la claridad mañanera que acompaña los brotes nuevos, la civilización futura.

Actividades imprevistas para la conciencia intelectual han abierto aquellas corrientes divergentes. Concluida la guerra, examinados los viejos mandatos intelectuales, decaídos los conceptos que alzaron la civilización caída, psiquis extrañas y opuestas han venido a presidir el campo del pensamiento universal. Tales actividades mentales se hallan caracterizadas actualmente por una desorientación general y por la ausencia de puntos de contraste a los cuales referir el progreso de las construcciones ideológicas, por lo que corresponde a la crítica, sin justificar la esencia de las corrientes contradictorias, examinar serenamente el motivo que induce aquellas ondas opuestas y aun ilógicas que se significan en las obras de pensamiento.

Al observar el desenvolvimiento de la presente civilización universal, salta a la vista la divergencia de las tendencias que inducen la psiquis colectiva y que preside los planes constructivos de los hombres dirigentes. Junto a los esfuerzos intensos en que se admira el propósito de unir los miembros de la gran familia universal, venciendo para ello las valías creadas por seculares culturas contrincantes, se alza la voz dolorosa que, lo mismo hoy que ayer, procura tener latente los odios nacionales. Mientras Kemal Pachá realiza, contra la voluntad de un pueblo fanático y tradicionalista, el trueque de sus costumbres para abrir lazos comprensivos con los pueblos de Europa, las naciones que obtuvieron la victoria en la gran hecatombe, ordenan periódicas lecturas de las proclamas que dictaron los odios de entonces, como para tener siempre presente en la conciencia colectiva, junto al vigoroso esplendor del triunfo, la razón que las llevó al espantoso fratricidio. ¿Cuál entonces el propósito central de los hombres nuevos?... ¿Se camina hacia la perpetuación de los nacionalismos intransigentes? ¿Se procura realizar el ensueño consolidador de Ginebra? Egoísmo, altruismo, nihilismo, misticismo, ¿qué vive en la conciencia universal?... ¿Cuál es la norma del arte nuevo, sucedáneo de las grandes concepciones sociales? ¿Se busca la Belleza o se justifican los principios que la destruyen?...

La desorientación que lamentablemente preside estos distintos esfuerzos de los ideólogos y los sabios, da carta de legitimidad al florecimiento de tantas indecisas manifestaciones surgidas en los campos del Arte y de la cultura en general, las cuales deben estudiarse, no desde el punto aislado de su expresionismo individual, sino refiriéndolas a los conceptos generales que imperan. La palabra del señor Lugones en lo que se refiere a la lírica actual, puede considerarse como señal inequívoca del regreso esperado hacia una síntesis constructiva, que empiece por formular previamente la necesidad de postulados perdurables. Es el renunciamiento de un abanderado.

Sobre las formas transitorias, las cuales hallan razón en la falta de conceptos previos, se impondrá, como lo anuncia Lugones, nuevos postulados de aristocracia mental, formas nuevas y definitivas, que garanticen una vida superior y estable a los productos del pensamiento, libre del tumulto vocinglero de su actual período de desorbitación.

Por lo que respecta a nuestro pensamiento nacional y a las formas literarias presentes, puede decirse también que la cultura nueva ha establecido como una solución definitiva en la continuidad de nuestra psiquis literaria. Las últimas generaciones han roto de plano con aquella tradición, con fuerza mayor que la empleada por los grupos anteriores que, en su respectivo momento, introdujeron postulados nuevos en el desenvolvimiento de nuestro proceso literario. Porque si en las anteriores transiciones predominó el aspecto nuevo de formas objetivas (neo-clasicismo-parnasianismo; romanticismo-simbolismo–simbolismo–modernismo) en los actuales procesos no sólo ha figurado el aspecto objetivo, muy más señalado que en los otros, sino también el valor subjetivo de una ideología exótica que ha procurado cambiar el mismo paisaje espiritual.

Nuestra literatura, que desde la aparición de "Peonía" de Romerogarcía y con la Silva de Lazo Martí había adquirido un carácter nacionalista, al que muy bien corresponden posteriores esfuerzos por hacer nuestra obra autóctona, como "Peregrina" de Díaz Rodríguez y "La Trepadora" de Gallegos, amén de la labor consagrada y vasta de Urbaneja Achelpohl, Cabrera Malo, Picón Febres, Carlos E. Villanueva y otros, se quiere

trocar por los cultores de las nuevas tendencias, en labor que trasplante a nuestro ambiente tropical, rico en motivos sugerentes, un paisaje introspectivo adquirido en el cultivo de literaturas exóticas. Y aquí cambia la posición del artista, obligado, no a llevar a las cosas que integran su ambiente o su marco exterior el paisaje intelectual que artificialmente se ha creado para sí, sino a expresar, por medio de la obra de arte el concepto que el ambiente que lo rodee cree en su psiquis, y cuyo mérito se juzgará según el poder multánime de hacer evocar en el público el mismo concepto interior que le sugirió el motivo de su obra. Se copian y se imitan las formas, se implantan los modos de expresión, pero no puede desvirtuarse el paisaje, ni imponerse un concepto aprendido y artificial. En este propósito de dar carácter novedoso a nuestra propia obra de arte se basa la solución que han creado muchos de los escritores jóvenes entre nuestro pasado y nuestra actualidad literaria.

Pasajera será, aún más con esta falta de correlatividad, gran parte de la obra de las presentes generaciones, pasajera lo mismo que mucho de la labor de las generaciones anteriores, que si bien se pesa, es quizá tan defectuosa como la obra actualmente en formación pasajera será, como todas estas formas nuevas que presentan la inquietud del pensamiento contemporáneo, desorientado y urgido de valores absolutos...

AL MARGEN DE UNA CRITICA[1]

Con el título de "Tópicos de momento" apareció anteayer en las columnas de este Diario un peregrino artículo en que su autor, desprovisto en absoluto de autoridad en la República de las Letras, ya que su nombre no figura entre ninguno de los grupos actuales, pretende juzgar la obra de los escritores jóvenes del País. I si nos permitimos anotar algunos de los tantos errores en que incurre el improvisado crítico, ha sido después de vencer el concepto que nos merece la polémica –válvula para expansionar la vanidad personal– y la que acaso busque en esta ocasión quien pretende hacerse notorio sobre pedestal de escándalo. No es nuestro propósito presente entrar a discutir con quien carece de personalidad para la lucha, ya que lo único que puede invocar a su favor el articulista desmedrado, sería la generosa cabida que se le dio a su trabajo en las columnas de este Diario.

Se concreta el autor a calificar de ignorante la actual generación de jóvenes escritores que, por lógica ley de sucesión, representa a esta hora el aporte más fresco y más nuevo del País al terreno intelectual. No alude a personalidades y sólo se refiere abstractamente a la entidad juvenil, a la generación presente que han trabajado el libro, la revista, el diario y aun la cátedra, con la aprobación de críticos serenos y con el aplauso de los representantes de los grupos de anteriores iniciaciones.

No seremos nosotros quienes en esta ocasión vengamos a defender y legitimar las corrientes intelectuales y estéticas que presiden el

(1) Tomado de: *El Nuevo Diario.* Caracas, 28–9–1928, p. 1.

desenvolvimiento de la obra de muchos de los de nuestra discutida generación, en la cual nos agrupamos, no en virtud de portar una misma bandera literaria, sino gracias a la ley de las sucesiones cronológicas, que califica bajo un mismo nombre una edad cualquiera, sin que quienes se muevan en ella vayan, como en formación militar marcando el paso que señalan los tambores. Uno mismo no fue el contenido intelectual de las generaciones llamadas de "Cosmópolis", el "Cojo Ilustrado" y el "Centenario", porque, hasta el presente, la significación ideológica de nuestros ciclos literarios no se ha pretendido medir ni calificar por un tema fijo de expresión. Han sufrido la influencia de las formas literarias en uso las generaciones coetáneas a aquéllas, sin que dichas formas literarias engloben categóricamente todos los escritores de la época: romántico fue Juan Vicente González al lado del neo clásico Cecilio Acosta, en éste influyó más la literatura bebida en el Siglo de Oro, en aquél las formas aparentes de la época. Actualmente nuestra generación juvenil se halla influenciada en gran parte por las corrientes denominadas vanguardistas, cuyo sentido intentamos calificar, conforme a nuestro criterio personal, en el trabajo "A propósito del Vanguardismo" publicado en *El Universal,* y en conclusión sostuvimos que "El Vanguardismo corresponde a una transición estética, a un dinamismo intelectual que desaparecerá, sin que sepamos nosotros cuáles sean las nuevas corrientes que habrán de inducir la marcha del Arte futuro", concepto que hemos hallado conforme con el emitido en "Blanco y Negro" por José Rocamora: "Son las literaturas de vanguardia la historia de un instante en la vida del pensamiento y de la emoción". Nuestra nota sobre Vanguardismo correspondió al propósito de decir algo que fuera ecuánime en medio de los panegíricos suscritos por sus adeptos y las diatribas que venían de aquellos que no han sabido comprender el porqué de las nuevas formas literarias, de aquellos que sólo juzgan favorablemente lo que les place, de aquellos que ignoran las razones históricas de los fenómenos sociales, –entre los cuales el arte y la literatura figuran en primer término–, de aquellos que como el autor de "Tópicos del momento" se hallan desprovistos totalmente de sentido crítico.

En ese mismo trabajo nuestro a que hemos aludido dijimos que "La escuela clásica niega el continuo progreso de lo Bello", frase que, con un

cambio arbitrario, copia sarcásticamente el articulista de "Tópicos...", como que él ignora la historia de las leyes estéticas y no sabe en qué radica la distancia que separa las escuelas absolutistas de las realistas, lo que claramente expusimos en nuestro trabajo. Ignora palmariamente el articulista que la Belleza clásica, la Belleza en su forma absoluta, lo Bello metafísico, no es susceptible de progreso por cuanto es un concepto ideal, elevado más allá del horizonte de la sensibilidad, encerrado en una fórmula única y universal. Esto y mucho más ignora quien en mala hora para sí pretendió constituirse en maestro y padre de una época literaria, a pesar de carecer de los más primarios conocimientos filosóficos.

En nuestro trabajo de *El Universal* no hicimos, como tal vez lo ha creído el articulista, la defensa del Vanguardismo, el que ya antes había juzgado con lógica de escuela municipal. Su fracaso de entonces y la hilaridad que ocasionaron sus conceptos, lo llevarían a ver en nuestro trabajo una defensa que no existe, una apología que tampoco se conforma con nuestro criterio personal. Nosotros, bajo un punto de vista histórico, tomando en cuenta la psicología de la hora presente, ahondando en el espíritu general, colocamos el Vanguardismo en su posición lógica, a lo cual no podía llegar el autor en su desmedrada crítica.

Mas la circunstancia de que muchos de los escritores de nuestra generación, entre los cuales sobresale talento y cultura, se hayan visto influenciados por las nuevas corrientes, no es motivo para calificar, por quien no sabe juzgar el momento literario, de ignorante un grupo cultural que, como hemos dicho, tiene derechos consagrados en la historia intelectual del País, sin que para ello haya influido el auto-bombo sino una labor de densidad y de talento. Ahí está la obra de Ramón Hurtado, Andrés Eloy Blanco, Enrique Bernardo Núñez, Luis Enrique Mármol, Mariano Picón-Salas, Caracciolo Parra, Agustín Aveledo Urbaneja, Angel Corao, Enrique Planchart, Pedro Sotillo, Fernando Paz Castillo, Pedro La Riva Vale, y de tantos otros, que nos llevan a decir que el grupo intelectual último constituye a esta hora uno de los más numerosos y activos de nuestras últimas generaciones y uno de los que, aprovechándose del moderno progreso, ha tenido menos

dificultad para hacerse a medios de cultura. Su presencia en el tinglado de las letras no es obra de arribismo ni de reputaciones consagradas por un mutuo prodigarse elogios, han sido los representativos de las generaciones anteriores, los valores culminantes de nuestro anterior movimiento literario, los primeros en prestar su apoyo y en dar carta de aceptación en el mundo de las letras a los actuales escritores jóvenes.

Erradamente, sin pesar el vocablo, el articulista llama noveles a los que pertenecen a la generación literaria presente. Bien que entre ella figuren algunos de reciente iniciación, pero que ya han alcanzado relieve que les da derecho para que sean tomados en cuenta como factores intelectuales, no se negará que es arbitrario llamar principiantes a quienes se iniciaron a mediados de la década pasada, a quienes como Ramón Hurtado y Enrique Bernardo Núñez tenían obra sólida para 1917, a quienes como Andrés Eloy Blanco para 1918 tenía ya un nombre nacional.

La posición en cambio de quien así escribe no se halla definida en ninguno de los grupos actuales y han errado quienes, sin conocer al articulista, lo han querido incluir entre las generaciones anteriores a la nuestra, representadas en cambio por auténticos valores intelectuales, por los mismos que ayer dieron aliento a nuestras fuerzas incipientes.

Como hemos dicho, no nos ha movido el propósito de entrar en polémica a este respecto, sólo hemos querido puntualizar algunos de los tantos errores que abundan en el mencionado artículo y hacer ver que el juicio arbitrario de cualquiera que se sienta con deseos de escribir, no merece tomarse en cuenta al hacer la crítica de una época literaria. El articulista, si en cambio se crea con vocación de crítico, debe procurar prepararse debidamente en bibliotecas doctas, estudiar, estudiar mucho, como muy a pesar de lo que él cree, lo hace la actual generación de escritores jóvenes, y una vez con tales armas, salir de nuevo a los campos de la Mancha, donde el sol piadosamente ha dejado perfilar las siluetas de Quijotes y de Sanchos...

Septiembre 28 de 1928.

LECCION INAUGURAL DE LA CATEDRA DE LITERATURAS ANTIGUAS[1]

Señores:

Vencedoras del tiempo, las ideas conservan con mayor vigor que los productos del arte monumental la historia del hombre y de su peregrinación en pos del ideal perseguido desde las edades primitivas. Pasan las civilizaciones y se hunde en la nada del poderío de los imperios, y los hombres perduran por aquella idea que como resumen de la época trasmiten, dominadora, a las nuevas clases sociales que vienen a establecer distintos órdenes políticos. Cuando Roma realizó la conquista territorial de Grecia, no podemos decir, situándonos en un vértice desprovisto de interés práctico, cuál de los dos pueblos dominó al otro, pues si Roma colocó sobre el templo de Palas en señal de nuevo imperio el águila legionaria, en cambio el arte y la filosofía helenas llenaron por completo la cultura del Tíber: cuando los bárbaros, representantes de una pujanza primitiva, destruyeron el dilatado Imperio Romano y dieron comienzo al período misterioso y fecundo de donde surgirá después de tantos siglos la civilización moderna, si vencieron en el orden material las legiones imperiales, en cambio fueron dominados por la cultura del Lacio y, haciendo suya la idea cristiana que ya había vencido los dioses nacionales de Italia, levantaron con ella para el porvenir la cultura de Occidente.

(1) Tomado de: *Anales de la Universidad Central de Venezuela* (Caracas), v. 17 Nº 5 (1929), pp. 775–782.

Aniquilados en razón de leyes sociales de evolución los esfuerzos vitales de los pueblos, éstos perduran cuando ya no queda ni el polvo de sus monumentos, ni el eco más lejano de las voces de gobierno, sólo por aquellas ideas directrices que hayan conquistado durante su tránsito histórico.

Por eso para conocer el pasado de las sociedades no nos basta el estudio de su cronología política ni la exposición de sus hazañas guerreras, que constituyen el fondo de la historia objetiva de la humanidad: necesitamos conocer el producto superior de su espíritu y el desarrollo de sus facultades artísticas e intelectivas a través de los monumentos literarios que de ellos nos queden, dominadores del tiempo y de existencia más larga que los templos y que los fuertes de guerra.

En presencia de los monumentos de una cultura literaria asistimos a un doble proceso de formación y de expansión espiritual: adivinamos el pensamiento de la raza, oculto más allá de las formas exteriores y que es del dominio de la historia de las ideas, y admiramos la evolución de aquellas formas, que aspiran a una belleza plástica, y que constituyen parte de la historia del arte general; y así, a través de aquéllos descubrimos dos anhelos ingénitos del hombre: su sed de conocimiento y sus deseos de belleza, atributos inherentes a su condición de ente espiritual.

La prehistoria literaria arrancaría desde la hora en que el hombre hizo uso de su facultad de expresión y llevó a sus semejantes el conocimiento de su ideal individual y de su anhelo de progreso junto con sus sentimientos de admiración y complacencia por las obras exteriores.

La carencia de caracteres imaginativos que hicieran perdurables las primeras manifestaciones del pensamiento humano, llevó al hombre primitivo a buscar formas nemónicas orales que facilitaran la mejor conservación de sus tradiciones y de las prácticas rituales que habían nacido con sus sentimientos religiosos, y así, instintivamente, dieron a sus relatos y a su recitado litúrgico, la forma de himnos donde el recuento se sostenía con mayor facilidad en virtud de la cantidad melódica que entraba en la estancia y del refrán que conservaba el

recuerdo de lo ya referido. Esta circunstancia explica que los primeros monumentos literarios afectaran la forma de grandes poemas trasmitidos de generación en generación y que eran producto de las manifestaciones anónimas del pensamiento humano que fueron uniéndose por medio de la tradición oral hasta constituir, por un proceso de sedimentación, una masa común que resume el pensamiento primigenio de las razas, hecho perdurable por la obra posterior de un compilador inteligente.

Desprovisto el hombre de una explicación racional de los sucesos exteriores y ante la completa ignorancia de las leyes físicas, refirió su rudimentaria ideología a un concepto ingénito de divinidad y del poder generador de los dioses, que su mente aún no podía explicar de una manera precisa. Recurrió para ello a la propia objetividad de la naturaleza exterior y todo fue entonces para él la manifestación de una voluntad ignota, y dando un significado hermético a las cosas materiales y a los seres animados, creó el simbolismo que es patrimonio de las literaturas primitivas: mientras más lejano estuvo el pensamiento de la comprensión de los sucesos, mayor valorización tuvieron los medios simbólicos.

El himno primitivo fue la expresión más lata de aquella aptitud simbolista del hombre. En él todo es fantasía, unida a un naturalismo que estaba muy de acuerdo con sus concepciones nacientes. La naturaleza sublimada en virtud de la potencia sugerente que acompañaba a las cosas todas, recién salidas de las manos de los dioses. Las fuerzas físicas elevadas a la categoría de potencias absolutas. La liturgia que empezaba a adquirir alas para la expresión perfecta.

En las primeras manifestaciones del pensamiento humano, conservadas en los monumentos literarios más antiguos, se advierte el débil esfuerzo de la mente hacia la explicación de los fenómenos del mundo sensible y a establecer las relaciones de dependencia existentes entre el hombre y los númenes superiores, que entraban en los diarios negocios de los hombres. Por ello los monumentos de más alta antigüedad nos revelan procesos intelectuales en que se mezclan hechos reales con fantasías teogónicas envueltas en un denso manto simbólico, que la crítica se

empeña en romper para dar sitio determinado a los sucesos que corresponden al campo histórico.

A estos elementos generales y simplistas que caracterizan las literaturas primitivas, es necesario agregar las modalidades que influyen y determinan las formas literarias de los distintos pueblos. El primero de estos elementos lo hallamos en el marco geográfico donde se mueve cada colectividad, pues determinando éste sus condiciones vitales, sus costumbres, su horizonte visual, sus recursos naturales, que en cada caso abren y definen los instintos industriales, tiene una influencia decisiva en la formación de la idiosincrasia sensible e intelectual de las distintas comunidades. Distinta la imaginación del hombre de las pampas, de aquella que caracteriza a los habitantes de la montaña, ella influye de manera particular en las concepciones artísticas de los unos y de los otros, así como determina en sus costumbres ora el sedimentarismo en los pequeños marcos de las cumbres, ora la vida nómade a través de los anchos desiertos. Porque el ambiente físico contribuye a definir la aptitud creadora de los hombres al fijar puntos de referencia para sus construcciones ideales desde el campo sensible y al formar, por medio de sus demás elementos, el temperamento de las razas.

Otro elemento particularmente interesante para la comprensión de las tendencias literarias de las diferentes agrupaciones humanas, lo viene a constituir el sedimento que se forma a través de los procesos históricos y que termina por formar una nueva aptitud intelectual de mayor resistencia a las influencias exteriores, ya de ambiente o de suplantación psíquica. La historia, por un proceso aluvional, llega a formar para los pueblos muros espirituales que defienden sus líneas intelectivas de las influencias extrañas y que los capacita para resistir los mismos cambios físicos que puedan operarse a su rededor.

Por último, tenemos que señalar como resorte que define las tendencias artísticas a las leyes del amor, que en los pueblos primitivos principalmente, han servido de incitante para las manifestaciones de las actividades sensibles. Mientras el hombre absorto en la contemplación de los prodigios de la creación buscó la explicación de los fenómenos integrales por la intervención de los dioses en los negocios de la tierra y

creó las epopeyas épico-religiosas que enriquecieron las literaturas primitivas, la sensibilidad afectiva dio origen a nuevas manifestaciones artísticas que, evolucionando, llegaron a formar una trama de fenómenos que entremezclados unos a otros encierran el secreto de los orígenes del arte.

Sentimientos religiosos, tradiciones históricas, fábulas, costumbres sociales, emotividad personal y colectiva, todo esto conocemos a través de las obras literarias, cuyo estudio nos lleva a una verdadera comprensión del contenido espiritual de la humanidad. Más allá de los sucesos que nos relata la historia civil y militar de los pueblos, viven desconocidas las raíces interiores de las culturas, integradas, no por el fruto de las conquistas materiales de los imperios, sino por el avance silencioso de las ideas, hechas perdurables por medio de aquellos monumentos.

De aquí la suma importancia que el estudio de las Literaturas Antiguas tiene para la comprensión total del panorama histórico. Cuando examinamos las obras que nos legaron las civilizaciones primitivas, nos ponemos en contacto con las formas iniciales del pensamiento humano y asistimos lentamente al proceso de formación de las grandes ideas que hoy sirven de posiciones firmes a la cultura universal. Podría decirse que a través de las obras literarias de los pueblos asistimos a su historia interior: aquella que en su actualidad no se hizo sensible con el fausto de las grandes conquistas ni con la solemne apariencia que adoptaron los grandes monumentos. Como un contraste y como una bella lección de optimismo espiritual, aprendemos en su estudio que sólo perduran en la historia los esfuerzos callados y que el hombre sólo vive en el reino del pensamiento. No fueron las conquistas militares ni las dilatadas expediciones lo que hizo perdurable la gloria de Alejandro, y si ésta creció aun después de la muerte del macedonio, fue en virtud de la cultura que hizo nacer con la introducción de nuevas ideas en el mundo occidental y que abrieron el ciclo de civilización que hizo su nombre memorable.

Eterno por el espíritu, también lo es el hombre por las ideas que deje como patrimonio en la vida universal. El tiempo demolerá los grandes

templos y destruirá los arcos de triunfo que la fama momentánea levantó en una hora de embriaguez, de entusiasmo. Humildes y silenciosas, dormidas en la conciencia de la raza, las ideas perduran con mayor resistencia que el bronce y que la piedra votiva, y así para la grandeza de Atenas valen más Homero, Esquilo y Platón que la gloria de Platea y Las Termópilas; las grandes construcciones de la India serían mudas a los ojos actuales si no conociéramos su espíritu a través de los Vedas y del Mahabharata; la lucha contra el tiempo que los antiguos egipcios materializaron en sus momias y en las grandes pirámides la comprendemos de una manera integral gracias al concepto de eternidad que nos revela el Libro de los Muertos; Roma sigue dominando la historia, no por el dilatado radio que señalan sus conquistas, sino por la obra de su Derecho que aún da normas a los modernos legisladores.

En los monumentos literarios de las edades pretéritas duerme el pensamiento de los pueblos, que si perecieron para el desarrollo práctico, viven aún, con más potencia que ayer, en las obras de sus pensadores y poetas. El alma del tiempo no está representada por la suma o mixtión de los valores espirituales presentes: en ella viven con fuerza maravillosa y crecedera el espíritu de las épocas caídas en los abismos de la nada. En la psiquis colectiva permanece con durabilidad ilímite el pensamiento de las edades anteriores, de manera que al estudiar la literatura de civilizaciones desaparecidas sorprendemos en ella ideas que hoy son de nuestro patrimonio común. Mueren los imperios y desaparecen los hombres, pero vivos quedan para siempre aquellos esfuerzos que estuvieron dirigidos a levantar la conciencia de la raza. Desde el hombre de las semi-culturas primitivas hasta la hora presente no existe una solución de continuidad en su línea de progreso mental, y si en un momento dado la presencia de un genio o de un profeta ha explicado a los hombres un concepto hasta entonces ignorado y expuesto verdades que marcan nuevos itinerarios espirituales, esta última adquisición, por más fuerte que sea, deja vivo algo del pensamiento primitivo.

Incongruentes a veces, con matices que nuestros ojos actuales no aciertan a distinguir, las primeras manifestaciones intelectuales de los pueblos antiguos denotan una intuición que nuestro razonamiento

muchas veces no ha logrado explicar; se advierte en su primitivismo un claror con vislumbres de oculta divinidad, como si en su recuerdo perdurase la voz generadora de Dios, revelado para todo el género humano en la conciencia de los primeros hombres.

Fruto también del estudio de las literaturas antiguas ha sido la filología comparada. Ante los monumentos de alta antigüedad literaria el hombre se dio, en su sed de conocimientos, a la labor de hallar puntos de contacto entre las lenguas de los primeros pueblos, perdurables en los textos. El siglo XVIII fue testigo de los primeros ensayos de Leibnitz en esta materia y después de una lenta labor de deducción ha podido llegarse a la fijación de troncos primitivos, que determinando las lenguas matrices, han permitido clasificar las razas primitivas y determinar la geografía histórica de los grandes pueblos iniciales, y aun el grado de sus migraciones arcaicas. Y aún más: establecida la unidad de las grandes familias lingüísticas, ha sido posible, por medio de la interpretación del simbolismo mítico, reducir a un punto central su ideología religiosa y avanzar por medio de disciplinas positivas hasta obtener la certidumbre de la unidad del género humano...

Sin embargo, no entrará en nuestros planes, ni tal es el fin de esta cátedra, el estudio de la formación orgánica de las literaturas partiendo de la génesis y estructura del lenguaje. Tal trabajo significaría para las materias que abarca el programa un largo estudio de especialistas que no cabría en el espacio de dos años reservados para el estudio de los monumentos de las antiguas culturas. Al abordar nosotros el estudio de las Literaturas Antiguas sólo buscaremos a través de ellas conocer parte del desarrollo del espíritu humano y penetraremos, por medio de sus monumentos, de una faz nueva de la historia del hombre sobre la tierra.

Señores!

LA "LITERATURA ARGENTINA" DEL SEÑOR AYALA[1]

La Editorial Sur-América de esta ciudad, como parte de la ofrenda que consagra al Libertador con motivo del centenario de su muerte, ha hecho circular el primer tomo de la Historia de la Literatura Hispanoamericana del erúdito y celebrado crítico Don Crispín Ayala Duarte, el cual está consagrado a la República Argentina. En estas mismas columnas tuvimos ocasión, en 1928, de dar cuenta del resumen general de esta obra, considerada como uno de los mejores manuales de historia literaria de América, y nos referimos entonces a la obra pormenorizada del señor Ayala, llamada a llenar un gran vacío en la crítica continental.

Escogió el autor la Literatura Argentina para iniciar la publicación de los diferentes tomos de que constará su serie crítica, y en ella podemos juzgar el mérito de la labor cumplida a través de un perseverante trabajo de inquisición de fuentes literarias, y la seriedad del método que aplica al estudio del desenvolvimiento de la cultura argentina.

Pobre durante la Colonia, el desarrollo de la tendencia literaria fue más rápido en el Plata que entre nosotros, pues ya por mediados del siglo XVII florecía el primer poeta nativo, Don Luis de Tejada, mientras que entre nosotros se retardó hasta fines del siglo XVIII el aparecimiento de la poetisa Sor María Josefa de los Angeles, con quien se abre nuestro Parnaso. Debiose aquella iniciación cultural a la benemérita labor de los Jesuitas quienes ya en 1610 tenían fundada casa de estudios en Córdoba, llamada a ser más tarde el mayor foco de irradiación intelectual en la

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 28–5–1930, p. 1

República del Sur, y por ello, como un acto de justicia histórica, el autor consagró, aunque breves párrafos, a exaltar la influencia de la Compañía en aquella parte de América, civilizadora a tal punto que la primera imprenta argentina fue obra, no de importación sino de propia creación, con prensas construidas de madera virgen y caracteres fundidos por ellos mismos...

Desde los comienzos, apenas terminada la obra de la conquista, el señor Ayala inicia el examen de los autores y de las influencias de escuela en ellos ejercidas, hasta llegar a nuestros días, después de un pormenorizado examen del material literario y de la crítica que diferentes autoridades han aplicado a su estudio. Al efecto divide su trabajo en dos grandes épocas: la primera que empieza en el siglo XVI con las propias crónicas de los conquistadores y se desenvuelve hasta 1816; la segunda a partir de esta fecha hasta la edad presente. En la primera sección asistimos a la formación de la cultura colonial argentina en las clases elevadas, que ora en la Universidad, ora en estudios de los frailes, formaron el *alma mater* de la nueva nación, y también nos adentramos en ellas al conocimiento de las influencias ejercidas en dichas clases. La segunda época encierra varios períodos: la escuela clásica, el romanticismo desde 1830 hasta el 62, la poesía de Olegario Andrade, Estanislao del Campo, Rafael Obligado, los eruditos, los historiadores, los parnasianos y los modernistas, etc., etc.

De mérito especial consideramos el ensayo que consagra a la poesía popular en la cual, allá como acá, se percibe el dominio del alma española sobre el espíritu indiano. El gaucho, hermano del llanero de Venezuela, representa la dilatación del español que se abocó a dominar la llanura. Durante la colonia se formó este tipo peculiar de nuevo dominador, retardado con relación al desarrollo que adquieren las capas superiores, porque el desierto lo ha dominado y contribuye a retrogradar su evolución social. Cuando se levantó hacia la superficie de las actividades, apareció con tres siglos de atraso, simbolizando las propias fuerzas de la soledad semibárbara. El individualismo español se unió al gregarismo aborigen de las llanuras, y produjo el tipo de pastor que, levantado a la hora de la Independencia por el desequilibrio de las capas altas, realizó un trueque en la valorización de las energías sociales que

durante largos años han dominado en ambas repúblicas. La poesía se ha conservado en tales estados como una manifestación retrasada, que hoy vemos muy cercana a la de la España de entonces. El *corrido* y la *copla* del *payador* del Sur y del *cantaor* nuestro, están a muy pocos años de distancia del juglar español. Con bastante acierto estudia el señor Ayala los antecedentes de este género y su desarrollo en la pampa argentina, y nos presenta como uno de los mejores ejemplos del romance americano, la siguiente leyenda guaraní:

Santo Tomé iba un día
Orillas del Paraguay
Aprendiendo el guaraní
Para poder predicar.
Los jaguares y las pumas
No le hacían ningún mal,
Ni los jejenes y avispas,
Ni la serpiente coral.
Las chontas y motacúes
Palmito y sombra le dan;
Y el mangangá le convida
A catar de su panal.
Santo Tomé los bendice
Y bendice al Paraguay;
Ya los indios guaraníes
Lo proclaman capitán.
Santo Tomé les responde:
–"Os tengo que abandonar
Porque Cristo me ha mandado
Otras tierras visitar.
En recuerdo de mi estada,
Una mercé os he de dar
Que es la yerba paraguaya
Que por mí bendita está".
Santo Tomé entró en el río,
Y en peana de cristal,
Las aguas se lo llevaron
A las llanuras del mar.

Los indios de su partida,
No se pueden consolar,
Y a Dios siempre están pidiendo
Que vuelva Santo Tomás.

El Capítulo VII lo consagra el crítico al estudio de los parnasianos y modernistas, en la obra de Leopoldo Díaz, Lugones, Díaz Romero y Manuel Ugarte, cuya producción juzga con severo criterio.

La obra del señor Ayala llamada está a perdurar por el esfuerzo y la noble intención que el autor ha puesto en su desarrollo, no sin vencer los escollos con que tropieza quien entre nosotros se dedique a hacer labor especulativa. Esta circunstancia da mayor mérito a la obra. Conocidas como son las cualidades que adornan al autor, esperamos que su obra sea recibida por el público con el aprecio que ella merece, y no dudamos, también de que la tendencia de los escritores que han venido apartándose de la escuela clásica y que integran el grupo denominado genéricamente vanguardista, se aparte totalmente de la intención del autor y declare defectuoso el método aplicado en el estudio de los poetas de las recientes escuelas. Justamente se observa en la idea general el señor Ayala el propósito de hacer resaltar que sólo hay arte cuando escritores y poetas se ajustan a las normas de la Belleza inmutable y a los preceptos que definen a éstas... *Nihil novi sub sole.*

Caracas, mayo de 1930.

ELOY G. GONZALEZ[1]

La fama y el prestigio que atavían el nombre de Don Eloy G. González, excusan de mi parte copia de elogios, y aún más el examen de su obra, ciudadana, de luengos años, en las letras del Continente. En esta hora de pública recepción en nuestro primer Instituto literario, disuena, sí, al par que su carácter de recipiendario, la antelación de quien viene a darle el fraternal saludo. No sería fácil de explicar el hecho de tocarme a mí la honrosa encomienda de hablar en nombre de esta Casa, en el acto de ser recibido como Individuo de su número, el tribuno e historiador, cuyas brillantes páginas y estudios de nuestra Epopeya, han caldeado en las últimas generaciones el amor por la gesta emancipadora. Mas, sus palabras sean razón de mi anterioridad: motivos en extremo severos, habían retardado el grato momento para esta Academia de contar entre sus miembros al celebrado autor de "La Ración del Boa" y "Dentro de la Cosiata", amén de tantos otros trabajos donde campea el experto disertante de nuestros anales.

En el Discurso que acabamos de escuchar, aborda el nuevo Académico dos materias que, aunque diferentes en apariencia, corresponden a un mismo concepto motor: el carácter de nuestro Instituto en cuanto dice a sus relaciones con la Academia Española, y la necesidad en que están las lenguas como organismos vivos, de abrirse a las influencias de extraños idiomas; y evoca, para hacer paralelo con las ácratas generaciones

(1) "Contestación del Académico Dr. Mario Briceño Iragorry". Tomado de: **Discurso de Recepción de Don Eloy G. González como Individuo de Número a la Academia Venezolana Correspondiente de la Española, el 16-11-1932.** Caracas: Edit. Sur América, 1932 (23 p.) pp. 15-23.

literarias del momento, la decadencia que minó las letras españolas en las postrimerías del siglo XVI, y que preparó la lengua para la infición galicana del siglo XVIII.

Más que a causas políticas, imputables a los últimos reyes de la casa de Austria, y a la renovación que inició el Borbón, el fenómeno que por entonces acaece en letras castellanas, debe referirse a la universal corriente de afrancesamiento que siguieron las literaturas europeas; y la cual en sí misma no obedecía a simples leyes de orden literario y estético, empero arrancaba del propio carácter de la filosofía de la época. A la influencia de la escuela literaria que en Francia "había vestido el Parnaso con los adornos de los palacios de Versalles y que había prestado a las musas de la Grecia las formas almibaradas de una corte refinada*, se unían el experimentalismo de Bacon y el antiespiritualismo de Locke, para dar ribetes de protesta y negación a las disciplinas críticas. El pseudo-clasicismo del siglo XVIII, aunque aparentemente justificado en el orden literario como reacción contra el culteranismo, tomó en nuestras letras caracteres de desconocimiento de la vigorosa tradición literaria española; y de ahí la encarnizada reyerta entre casticistas y afrancesados que llena los anales del mentado siglo.

Surgió entonces, como expresión contradictoria de los mismos rumbos de la política, la Academia Española, extendida después a la América cual rama fructífera del secular árbol castellano; y surgió "para hacer el inventario de la lengua, para depurarla y acrisolarla de los vicios que un siglo de decadencia literaria le había legado, y para oponer un dique a la invasión ya temible del galicismo"**. Terapéutica de guerra, que venía a librar la gloriosa lengua de los Luises y los Juanes, con armas importadas de la propia Francia, del riesgo a que la exponía el gusto por maneras venidas dallén el Pirineo. El *Diccionario de Autoridades,* aunque almacene ejemplos tomados, según decir de Menéndez y Pelayo, de los más equivoquistas escritores del siglo XVII, demuestra "cuán lejos andaban los egregios fundadores de rendir servilmente parias a la

(*) Balmes. Primeros Escritos. "Teoría Literaria". Obras Completas. Tomo II. p. 158.

(**) Menéndez y Pelayo. *Historia de las Ideas Estéticas en España.* Tercera edición. Tomo V. p. 142.

corrección francesa"*; y realiza, por entonces, contraria labor a la del loco heredero a quien nuestro insigne Baralt burla, y cuyo era el empeño de comprar "muebles, colgaduras, alfombras y vasos" sin conocer la hacienda de que era propietario**.

Nuestro Instituto apareció en el plano de las actividades sociales, no para dar leyes al buen gusto, sino para vallar la fábrica del idioma contra influencias alígeras. Expresión del genio de los pueblos, las lenguas definen el carácter y el ideal que mueve y anima el espíritu de las razas. Su integridad es algo tan sagrado como la del mismo suelo patrio. Los pueblos conquistadores no lo son hasta tanto borran la lengua de los vencidos, pues perdida la soberanía política, el esclavo se recoge a la libertad doméstica de la materna fabla. Vehículo de expresión, su robustez y su pureza trasmiten líneas vigorosas al mismo pensamiento, tan íntima y firmemente unido éste a las palabras, según gráfica expresión de Schopenhauer, como la *pars uterina et pars foetalis placentae****. Los griegos, demás de enseñar que en el Olimpo se hablaba griego, curaron de salvar su lengua, no sólo de bárbaras fonéticas, pero también de la mácula de miserables usos. Temístocles hizo condenar a muerte al audaz intérprete que se atrevió a verter al griego el mensaje en que Darío solicitaba la servidumbre helena. Tito Livio refiere que Aníbal logró tomar a Salapia en la Apulia por haber enviado antes de amanecido, tránsfugas romanos que, en lengua del Lacio, anunciaran a quienes guardaban las puertas, la vecindad del Cónsul arreado de sus fasces: el engaño no habría sido posible en púnico dialecto.

Pero si hay un movimiento bastardo que, de no ser sofocado, llegaría a comprometer el carácter de las lenguas, otro movimiento, en cambio, ora espontáneo, ora erudito, se encamina conforme a las necesidades de cada tiempo y guiado de leyes semánticas, a mantener en concino temple la complexión de los idiomas; porque, como lo enseñaba Juan de Valdés en el siglo XVI, "Esto es verdad que ninguna lengua ay en el mundo, a la

---

(*) *Ibídem.*

(**) Baralt. *Diccionario de Galicismos.* p. VII.

(***) A. Schopenhauer. *Algo sobre literatura sánscrita.*

qual no estuviese bien que le fuesen añadidos algunos vocablos"*. Lo reclama el mismo progreso de la vida ciudadana y la cualidad plástica de los idiomas.

Para legitimar el neologismo, la Academia se guía, como de fiel heraldo, del criterio de autoridad. Venga del pueblo, que por uso universal y continuo le da derecho de aceptación; venga de afamados escritores que lo formen de acuerdo con los preceptos del bien decir, y guiados, más que de afán de galas, por necesidades de expresión. Tal es la doctrina que propugnan los evolucionistas del lenguaje, entre quienes se cuenta el nuevo académico.

Aunque nuestro gusto literario prefiera los escritores del Siglo de Oro, y a pesar de sernos más en grado el engarzar un arcaísmo en nuestra prosa desabrida, que haber de recurrir a palabras de esas que necesita la moderna civilización, hemos de declarar que las ideas expuestas por el colega González, bien se inspiran en el imperativo de los tiempos y en los mismos reclamos de la propia fuerza del idioma. Ello lo comprueba la labor realizada por la Academia en las últimas ediciones del Diccionario, y de manera abundante en el suplemento de la décima quinta. Rico contingente han restado para esta continua renovación, las Academias americanas. Prolongación hasta acá del secular Instituto del Rey Felipe, ellas son como personeros en nuestros Estados independientes del mismo esfuerzo depurador a que fue consagrada, desde hora inicial, la Academia de España. Son las Academias de América con relación a la matritense, soportes, como ella inseparables, del mismo crisol donde se *fija, limpia y da esplendor,* al multiforme y uno, metal de nuestro idioma.

En la aportación verbal de los pueblos de América al fondo de la materna lengua, medran especial mérito, sobre el valor de los vocablos con que concurren los dialectos vernáculos, las palabras y los modismos de castiza laya que, sin uso en la Península, perduran en nuestra glosa como férreos vestigios de la Conquista; y las varias acepciones que nuestro pueblo ha dado, más de una vez con hondo sentido semántico, a voces nacidas en las anchas llanuras castellanas.

(*) Juan de Valdés. *Diálogo de la Lengua.* Calleja edit. p. 198.

Este pulular de fronda en abril perenne, hace que las labores de la Academia sean recias cada vez más. Su obra silenciosa gira entre opuestos polos: el derecho que reclaman las formas nuevas, y la necesidad de mantener firme y robusto el materno idioma, para que, a manera de enérgico tenante, defienda la inviolabilidad de nuestras espirituales armas. ¿Y qué decir de la guarda que exige la pureza del idioma ante la rebeldía que proclaman las audaces tendencias del momento?

Señor:

La Academia Venezolana se complace de veros sentado a su mesa de trabajo. Vuestra pericia y vuestros amplios conocimientos son parte a garantir la eficiencia de vuestra colaboración. Sobrada fianza os aseguran los cien clarines que anuncian a *Pheme,* la diosa, vuestra amiga.

ELOGIO DE LISANDRO ALVARADO[1]

Generoso y amplio, siempre presto a la enseñanza útil y a la observación oportuna, el espíritu de Lisandro Alvarado estuvo abierto en actitud dirigente para todos aquellos que acudíamos a la fuente de su vasta erudición científica. En edad madura, su ánimo supo conservar el fresco vigor y la ligera alegría de la juventud, y a pesar de la gravedad de sus estudios y del peso de la ciencia, fue siempre camarada amable para quienes penetraron su noble intimidad. Humilde y generoso, su espíritu tal vez sonreía desde la inmortalidad que ahora es patrimonio suyo al ver que el destino cede el puesto que con mil títulos ilustró en este recinto académico a quien pobre de méritos sólo tiene una firme voluntad de trabajar y mejorarse. El que durante el diario trajín de la vida desdeñó honores y buscó por festiva filosofía posponer su nombre al de otros que no pesaban lo que el suyo, no os reclamará desde la tumba el desacierto de vuestra amable elección.

Más dicen en elogio de Alvarado los ecos de su fama que mi humilde palabra, y aún la Academia recuerda el cálido homenaje consagrado a su memoria por el ilustre Doctor Gil Fortoul cuando se inauguró el retrato que hace perpetua su presencia en la galería de vuestra Biblioteca y aún más que su fama y que el elogio aquél, se recuerda el dolor clamoroso que levantaron su invalidez y su muerte irremediable...

Múltiple la obra de Alvarado, en el campo histórico se distinguió no sólo por sus valiosos trabajos de etnografía y lingüística americana, sino por

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 10–4–1938, p: 11.

haber iniciado la moderna metodología en el estudio de nuestro pasado nacional. Sus trabajos "Neurosis de Hombres Célebres" y "Los delitos políticos en la Historia de Venezuela" marcan el tránsito de la historia romántica a la crítica científica, que en manos de los nuevos historiadores servirá de base para severos estudios de nuestros anales patrios. Con Alvarado declina aquel ciclo de nuestros estudios históricos cuya máxima representación fue Juan Vicente González, cuando la musa del historiador tomaba su inspiración en el brillante paisaje ideal que su propia fantasía creaba para enmarcar los hechos reales y que para la validez de la verdad se hallaba viciada en mucho por la coetaneidad en los personajes y sucesos historiados. Refiriéndose a Juan Vicente González uno de vosotros ha dicho con admirable precisión: "La mirada del héroe (el Libertador) se posó sobre aquella arcilla miserable, transformándola en oro de los más puros quilates. Fue como la vela de sus armas". Pero si esta vez la mirada de Bolívar supo levantar para su culto la intención devota del gran escritor, cuántas veces los ojos de otros hombres con igual intensidad hicieron crecer en el historiador la fogosidad de pasiones y de odios, que desviaron su criterio de oído fácil al murmullo poético, González no se resignó a los cuadros truncos cuando historió nuestros hombres y para dar complemento al paisaje, ideó aquello que a su juicio daba lineamientos precisos al suceso...

UN ESCRITOR TRUJILLANO[1]

Domingo Briceño y Briceño nació en Mendoza de Trujillo el año de 1780. Su primera educación la recibió de maestros particulares en Trujillo, donde debió oír las lecciones del insigne Fraile Alvarez, en el Convento franciscano de aquella ciudad. Se pasó al Seminario de Mérida en unión de su hermano el célebre Antonio Nicolás, y de aquél al de Caracas a vestir una de las Becas de los Briceños. Recibió en la Real y Pontificia Universidad el Bachillerato en Artes (Filosofía) en 1800 y en 1802 el de Derecho Canónico, título éste que le autorizaba, una vez hecha la pasantía de cuatro años, para recibir el de Abogado en la Real Audiencia.

Fue un exaltado partidario de la causa independiente y después de lucha tenaz y severas penalidades, logró hacer triunfar la idea revolucionaria en la Provincia de Maracaibo (1821). Tomó la pluma en defensa de sus principios políticos, hasta llegar a ser "el más brioso polemista de su época, y uno de los más brillantes oradores parlamentarios de Venezuela republicana", dice Vicente Dávila.

En 1834, después de haber dirigido la "Gaceta de Venezuela", fundó en Caracas "El Nacional", periódico que intervino en acaloradas cuestiones políticas en las cuales muchas veces se desvió su criterio, proclive a dejarse llevar de su fogoso natural. Esta circunstancia lo llevó muchas veces ora a la defensa, ora al ataque de un mismo sistema de ideas, por sólo satisfacer la necesidad de la lucha personalista del momento.

(1) Tomado de: *Vanguardia.* San Cristóbal, enero 1942.

Veleidades, no de carácter, que en él era muy firme, sino de polemista sistemático, que también se encuentran en la obra de Juan Vicente González.

En 1851, después de una larga existencia consagrada a los intereses de la Patria, se dirigió al Senado, a fin de que le fuera sostenida la pensión de que gozaba como uno de los fundadores de la República. Negada la petición, volvió a introducirla al año siguiente, esta vez ante la Cámara de Representantes, y el escrito en que motiva la justicia de lo pedido, constituye una hermosa aunque breve biografía, de la cual entresacamos el siguiente párrafo: "Incapaz, por carácter, para la intriga, jamás he traficado en elecciones: poco ambicioso y demasiado franco en política, he cerrado las vías expeditas para medrar: la hipocresía y la lisonja, cuando por cálculo hubiera podido adoptarlas, conociendo las debilidades e injusticias de los hombres, habría quedado burlado y descubierto al intentarlo, porque ellas no se alían con los sentimientos que me son geniales". Briceño figura como uno de los primeros publicistas de Venezuela, y según el juicio de críticos exigentes, es el primer escritor que ha dado Trujillo, región ésta que por su apartamiento de los centros culturales del País y por lo demasiado político de la índole de sus habitantes, no ha sido afortunada con la labor literaria de sus muchos y destacados valores intelectuales. Olvidados están la obra y los nombres de Juan Llavaneras, insigne patriota que pagó con la vida sus sátiras contra los realistas; Ricardo Labastida, abogado e historiador, hombre de elevada mentalidad, de oportuno consejo y de proba figuración en nuestros anales políticos, poeta de excelente prestancia, cuya fama iba pareja con su ilustración; Manuel María Carrasquero, carácter acerado, inteligencia chispeante, libelista de recursos extraordinarios y castizo escritor; Francisco Bocaranda, poeta de numen selecto e inspiración serena; Ramón Briceño, humanista, elegante crítico, médico y jurista de elevado criterio; Pbro. Zoilo Troconis, de amplísima cultura y verbo encantador; Francisco de Paula Martínez y Francisco de Paula Vásquez, humanistas y educadores; Caracciolo Parra, jurista notable, a cuya obra de gran civilizador debe la Universidad de los Andes sus épocas mejores; Rafael María Urrecheaga, universalista, etnólogo, filólogo, naturalista, y escritor de gran fuerza. Y junto con estos nombres que representan la cultura trujillana del siglo pasado, los de Edmundo Añez

Casas, Víctor Rosa Martínez, Blas Ignacio Chuecos, Inocente de J. Quevedo, Julio H. Sánchez, Luis Martínez Salas, Rafael García González, Angel Carnevali Monreal, J. A. Colina Montilla, José Rafael Pacheco, que desaparecieron sin haber llegado a consolidar para el público la obra de su talento y recursos no comunes. Y de esa misma falta adolecen los últimos representantes de la intelectualidad trujillana, pues excluyendo a Américo Briceño Valero, que tiene recopilada en libros su labor de pedagogo e historiador; a Jesús Antonio Llavaneras, autor de un opúsculo "Alma en Flor"; Samuel Barreto Peña, de "Con las Alas Abiertas" y la "Flauta Encantada"; José Félix Fonseca, de "Hojas Errantes"; V. M. Pérez Perozo, de "Los Pasos Trémulos", "Vendimias" y "Fabulillas"; Rafael Angel Barroeta, de "Ráfagas"; José Ramón Heredia, Alfonso y Julio Marín, los demás escritores han descuidado llevar al libro las manifestaciones de su pensamiento. Dispersa anda la obra de escritores como los Illmos. Señores Miguel A. Mejía y Enrique M. Dubuc, actuales Obispos de Guayana y Barquisimeto, Amílcar Fonseca, Máximo Barrios, Eladio Alvarez de Lugo, Alfredo Baptista Quevedo, Jesús Briceño Mendoza, Jesús Briceño Casas, José Poggioli, Luis Valera Hurtado, Santini Ordóñez, Régulo Pérez, Numa Quevedo, Ezequiel Urdaneta Braschi, Joaquín Gabaldón Márquez, Rafael María Villasmil y algunos otros que escapan a la memoria. Una excepción grata estamos obligados a hacer con el nombre de José Domingo Tejera, fallecido en 1926, quien como orador, novelista, historiador y poeta tuvo especial empeño en salvar su densa y dilatada obra: tomos de versos, monografías históricas, ensayos de novelas, piezas oratorias llevadas a la perennidad del volumen, contribuyen a hacer perdurable su recuerdo de escritor.

LA MUERTE DE PEDRO-EMILIO COLL[1]

El 20 del presente mes dejó de existir en esta ciudad de su nacimiento el ilustre escritor don Pedro-Emilio Coll, cuya muerte ha provocado una de las más justicieras manifestaciones de reconocimiento y admiración que recuerdan nuestros recientes anales. Desaparecido de la vida el eximio maestro de "El Castillo de Elsinor" y "La Escondida Senda", se ha puesto en rápido plano de evidencia el profundo afecto que supo sembrar el grande escritor durante su larga, sencilla y meritoria existencia. Caraqueño de cepa, don Pedro-Emilio Coll estuvo íntimamente unido al movimiento cultural de la capital desde las últimas décadas del pasado siglo. Era, con Eloy G. González, Santiago Key Ayala, César Zumeta y Pedro César Dominici, de los máximos valores que han venido constituyendo el nexo de continuidad que une a los escritores presentes con las grandes generaciones literarias que dieron lustre y honra al pensamiento venezolano de la última centuria.

Poseedor de elevado y fino pensamiento, ejerció la crítica de las ideas con una agudeza y sentimiento que llamaron, desde sus años inquietos de "Cosmópolis", la atención del mundo intelectual de América. En aquel agitado fin de siglo su presencia en las letras venezolanas adquirió relieves revolucionarios, tanto por la concepción modernista de la belleza, cuanto por la divulgación de ideas de rebeldía social, que se apartaban de las fórmulas añosas de la burguesía liberal imperante entre sus contemporáneos. Su exquisita sensibilidad, lejos de retenerlo dentro del área de la literatura por la literatura, característica de la obra de

(1) Tomado de: *U.R.D.* Caracas, 26-3-1947.

Manuel Díaz Rodríguez, le abrió en cambio, sentidos perspicuos para la comprensión de los hondos problemas que agitaban la mente de los jóvenes, entre quienes había surgido la esperanza de una época de superación de la justicia. Esa marcada vocación renovadora le permitió mantener, sin gestos ni actitudes disonantes, el espíritu inquieto que, aún doblados los setenta años, le hacían sentirse entre los muchachos como en su propio medio. Porque si algo digno de admiración especial tuvo la vida de Pedro-Emilio Coll fue el sentido heracliano de la permanente renovación espiritual, a cuyo amor pudo, no sólo asomarse a todas las viejas ventanas interiores, sino además, abrir cada día una nueva para mejor atalayar el magnífico y proteico panorama del mundo. Por ello el sensitivo que escuchó absorto en la lejana juventud la palabra dulce y fogosa de José Martí, tuvo fina sensibilidad para captar las voces nuevas de las más recientes promociones literarias, que rodeábanle solícitas en pos de las luces de su oportuno consejo.

No abultada de títulos, pero profunda de bellezas, de enseñanzas e intenciones, la obra de Pedro-Emilio Coll condensa un pensamiento con el sello de la constante juventud del espíritu. Con ella logró puesto puntero entre los primeros ensayistas nacionales y señalado sitio en el mundo de la cultura hispana. Como "sagaz y delicado crítico", como "escritor elegante y nervioso" y como "uno de los más escogidos temperamentos literarios que sea posible hallar en este lado del océano", lo consagró el juicio irrefutable de José Enrique Rodó. Pero junto con sus obras escritas, el ilustre discípulo de Montaigne y de Sainte-Beuve realizó una intensa labor oral de estupendas dimensiones. No tuvo cátedra de rigor en Universidades y Liceos, mas llevaba consigo la tribuna y el escenario para la alegre didaxia. Su genial predisposición a la ironía festiva y su cualidad inimitable de animador, mantuvieron en torno suyo la atención constante de sus numerosos admiradores. Saeta, buril, carátula, arpa y clarín sonoro fue en todo momento el verbo fácil del exquisito conversador. De haber cultivado la literatura humorista, tendría sitio entre Shaw y Anatole France y de haber seguido las huellas de Balzac habría dejado obras acabadas con el examen penetrante de nuestro limo social.

A pesar de haber vivido una larga y fecunda existencia. Pedro-Emilio Coll cabe en el cuadro de nuestros grandes inacabados. Su vida sufrió la

dolorosa e infecunda interferencia que para nuestros mejores escritores ha constituido las formas peculiares de la política venezolana. En medio como el nuestro, donde se ha carecido hasta el presente de una sistemática que permita la racional y redituante distribución del trabajo, Pedro-Emilio Coll, pobre de origen, hubo de encallar en los cuadros burocráticos de la administración pública. Por su pericia de funcionario llegó a desempeñar una cartera ministerial y a tener conspicua representación en el Parlamento. Y como político, fue al igual de los hombres de su jerarquía intelectual, víctima de la desoladora contradicción de tener que actuar sin la libertad que reclamaban sus íntimas convicciones. Su tragedia fue la tragedia que ha signado a nuestros más altos hombres de pensamiento del cercano y del remoto ayer, tragedia que los hombres presentes debemos procurar que no continúe siendo el azote de nuestra propia vida de pueblo para que no haya jamás nuevas oportunidades en que se pronuncie, al ausentarse de la patria privilegiados de la inteligencia, frase semejante a la de Juan Vicente González cuando justifica el viaje a Chile de don Andrés Bello: se ha salvado el Néstor de las letras americanas. Dura y desconcertante sentencia que pone de resalto el carácter de cruel madrastra que ha asumido Venezuela para sus mejores hijos.

Nadie mejor que el egregio maestro desaparecido supo pintar en la intimidad de sus revelaciones, la angustia permanente de este trance nacional. En su propia vida y en su propia obra sintió el trauma desconcertante de la falta de orientación, de la carencia de sinceridad y de la negación de la justicia con que se ha fabricado la tela dolorosa de nuestra historia. En un clima de mejor evolución política, en medio de una sociedad civil mejor apuntalada, la obra de Pedro-Emilio Coll habría logrado la estupenda corporatura a que le daba derecho su agudo ingenio, su acertado don de crítica, su elevado vuelo filosófico, su sensibilidad de desollado y la maestría para vestir con arreos de sublimadas artes el pensamiento y la palabra.

Al pensar que la labor dispersa en el periódico y la lección que pudo expresarse sólo en la voz viva del magnífico conversador, hubiera adquirido fornidos contornos realistas de no haber mediado las lamentables condiciones del tiempo y del medio en que figuró, debemos

hacer colectivamente el propósito de erradicar de nuestras prácticas sociales los vicios que han detenido el vuelo de nuestra cultura. Urge una aguzada revisión de nuestros males históricos. Precisa un despertar mañanero hacia caminos que permitan una más ancha y cómoda acoplación de sistemas y valores. La República pide sitio holgado para la labor sin reticencias de sus hombres de pensamiento. La nación reclama para el numen dirigente de sus pensadores posiciones donde puedan despuntar para el vuelo creador y no plazas cerradas donde el grito de los centinelas espante y ponga en fuga a los genios benéficos de la cultura.

Tales condiciones de incómodo trabajo redundan en mayor mérito para la obra de quienes, como Pedro-Emilio Coll, superaron la tragedia de luchar contra el propio destino social. Su doloroso esfuerzo de elevación, su insoslayable empeño por vencer los tremendos avatares que le rodeaban, dan más puros quilates a su obra y prestan más claros relieves al hombre que supo salvar su inquebrantable condición de superioridad. Al hombre, sí, porque sobre el artista y el filósofo, sobre el escritor y el crítico, Pedro-Emilio Coll irguió con ática frescura su generoso contorno humano. Hombre antes que todo, cultivó como en ancho prado de verdura, las virtudes de la más pura bondad. Generoso, sencillo, humilde, sintió con humanos ardores espontáneo afecto para todo aquel que se acercó a su lado. Si parecía huraño y alguien pudo tomarlo como minado de la misantropía, ello era mero aspecto de su consustancial acratismo y deseo de soledad interior, mas no repulsa a la relación social, en la cual fue, en cambio, maestro en el arte difícil de deleitar al contertulio. Pedro-Emilio Coll amó al pueblo sin estridencias demagógicas, sin alarde de palabras, sin afán de escuchar palmas. Por su delicada sensibilidad para lo popular supo recoger las íntimas vibraciones del alma de Caracas y supo expresar la exquisita nobleza que se esconde en el corazón, a la vez triste y festivo, de la capital.

Muerto Pedro-Emilio Coll su nombre queda en el panteón de las letras como el de uno de los más altos, atormentados y exquisitos representantes de la cultura patria. Para las nuevas generaciones su recuerdo debe ser como remo angustioso que las empuje a un momento de superación de la república. Con seño severo deben pensar los jóvenes que se inician

en los trajines de la política y en las disciplinas de las letras, en la interior tragedia de quien, para hacer alegre la vida, supo destilar en las maravillosas alquitaras de su mundo interior, el áloe y la retama hasta convertirlos en dulce néctar promovedor de la sonrisa y la generosidad.

PALABRAS PARA ALABAR A LUIS CORREA[1]

Sin discursos ni solemnidad alguna bien pudo haber amanecido un día cualquiera el retrato de Luis Correa en la galería de escritores que, justamente por iniciativa suya, viene formando esta Asociación. Recientes están su vida y su obra: aún de la memoria de los más jóvenes de nuestros hombres y mujeres de letras, no se ha desdibujado el rostro amable y acogedor de nuestro amigo ilustre, y sus trabajos continuamente son consultados por quienes tienen interés de adentrarse en la historia de nuestra cultura. Para sus compañeros, que en crecido número figuramos en la lista de miembros de la institución, su presencia en efigie es apenas como espontánea extraversión de su continua presencia en nuestros espíritus. Luis Correa asistió a los primeros pasos de esta casa de las letras: su palabra ductora fue escuchada en las reuniones iniciales y la sombra suya ha rondado en nuestros cenáculos como recuerdo de un esfuerzo dirigido con pasión ardorosa al progreso moral de la Patria.

Fue Luis Correa expresión clara de lo que es el escritor vocacional. Más que haberse formado en el mundo de las letras, parece que hubiera venido a dicho mundo maduro y veterano en las severas disciplinas del pensamiento. En época de fábulas, su biógrafo podría decir, con atisbo de mítica posibilidad, que discurrieron sus primeros años en campos nemorosos, trenzando ramilletes para un coro de musas amigas. Sin embargo, la formación intelectual de Correa es testimonio de un

(1) Discurso pronunciado en la Asociación de Escritores Venezolanos el 12 de septiembre de 1948. Tomado de: *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) Nº 70 (1948), pp. 7–16.

esfuerzo constante para superar las estrecheces que le oponía una vida sin fáciles caminos. Pero al medio venció la vocación, hasta lograr para su personalidad nítidos y firmes relieves que lo enmarcan en el número de nuestros más acabados maestros del bien decir.

Nacido esencialmente para la poesía, adolescente apenas recogió bajo el nombre de "Alba Lírica" sus primeros versos; mas, luego y sin olvidar su pacto con las musas, que reclamaban las contorsiones de la métrica para expresarse en dejos de dolor o en claro júbilo, fue a la historia a revivir en estilo deleitoso el pasado de la Patria.

Pocos entre nuestros escritores han sentido como Luis Correa un amor más acendrado por la historia nacional. Ayudado de prosa tersa, que recuerda las lecturas asiduas de Renán y de Sainte-Beuve, dedicó los mejores años de su fecunda obra de escritor, a reconstruir las figuras tutelares que integran nuestro procerato intelectual. Dejó a un lado la fácil apoteosis de la guerra, a que fueron por demás aficionados nuestros viejos historiadores, para exaltar la memoria apagada de quienes marcan la prosecución dolorosa y fecunda de un pensamiento ductor. Prefirió a la hazaña protegida por la sombra del laurel bélico, la vida modesta de quienes buscaron de holgar bajo la penumbra del pacífico olivo: el dormán de los grandes guerreros no lo atrajo tanto como la levita severa, a veces raída, que señalaba a los hombres del civilismo, y cuando quiso consagrar un estudio formal al Padre de la Patria, no fue a medir los caminos ni los campos de batalla donde fulguró su espada libertadora, sino la ruta interior que siguió su espíritu aprisionado por el eterno femenino. Su obra está por ello dedicada fundamentalmente a la exaltación y al examen de las grandes figuras que formaron la trama de nuestra vida de pensamiento. Si bien amó, con sincero y ponderado afecto, a los varones excelsos que dedicaron sus vidas a las luchas campales por la independencia y la república, reservó el laude ejemplar para la memoria de aquellos, por muchos colocados en plano secundario, que representan la voz de la inteligencia en medio del desbordado caudal de las pasiones públicas.

De Juan Vicente González, a cuyo recuerdo ofrendó estudios magníficos, heredó su afección profunda por la figura cimera y patriarcal de

Bello. Y cuando aún duraba la desidia para honrar a nuestro más grande varón de ideas, inició un movimiento constante y persuasivo en pro de la reivindicación de Bello como centro y fundamento de nuestra vida intelectual. Testigo en esta casa, ese retrato, por él donado, del Néstor de nuestras letras. Al igual de Juan Vicente González, Correa pensaba que nada mejor hizo el grande hombre como haber tomado pasaje en la corbeta que lo llevó a Chile para dar desde allá y libre de asechanzas, la inmensa cosecha de su cultura. Quienes alimentaban patriotismo de líneas restringidas, juzgaron que Bello había sido inconsecuente con Venezuela por no haber venido a participar en las agrias luchas de la flamante república. Correa revivió, por el contrario, la devoción a Bello que fue lumbre en la mente de Juan Vicente González y de Cecilio Acosta, y vio en su actual retorno, no sólo un acto de reparación hacia la máxima figura de nuestras letras, sino también una posible convalidación del sentido humanístico de nuestra cultura, quebrado en su desarrollo por la presencia, sin contrapeso, del empirismo positivista.

"Terra Patrum" es la más conocida colección de ensayos de Correa. En sus páginas el insigne escritor aborda el estudio emocionado de máximas figuras nuestras, preteridas para la consagración nacional por el culto peligroso a los guerreros que aseguraron la independencia y que después fatigaron con sus hazañas el curso de nuestra sufrida vida de pueblo. Como en vidrieras iluminadas de fastosas catedrales, ahí aparecen las imágenes amables de Bello, de Baralt, de Cecilio Acosta, de Juan Vicente González, de José Ramón Yépez, de Francisco Guaicaipuro Pardo, de Pérez Bonalde, de Jacinto Gutiérrez Coll, de Felipe Tejera, de Gabriel Muñoz y de Manuel Díaz Rodríguez, a quienes hacen par los elogios hechos, en otros sitios y en diversas oportunidades, a Cristóbal Mendoza, a Juan Manuel Cajigal, al Padre Avila, a Marco Antonio Saluzzo, por sólo nombrar los primicerios entre tántos estudios dedicados por Correa a los hombres que labraron la seda y tejieron el hilo para vestir arreos de dignidad al pensamiento de la república.

También abonaron ellos, ¡y con qué noble angustia!, el suelo sagrado de la Patria: *terra patrum*. Tierra moral, formada por el tributo de quienes, a cambio de fraterna sangre, regaron en los surcos nutricios semillas de pensamientos. Amarlos, exaltarlos e imitarlos para la continuidad

fecunda de la obra, es deber insoslayable de quienes intenten servir al progreso de la nación. Ellos forman lo mejor de la tradición de la república y sin mirar hacia ellos las nuevas generaciones aparecerían en el transfondo de la historia como muchedumbre advenediza sin explicación funcional. Manera de religión civil que une para la vida provechosa de comunidad a los pueblos que pretenden constituir una nacionalidad, la tradición es amarra y remo que ata y empuja las fuerzas individuales para la realización de la obra que les dé figura solidaria. Bien informado de que un pueblo sin tradición carece de soportes donde afincar para el progreso, a la hora de animarla para la vendimia provechosa, Correa tomó la más noble de sus partes. Negado a la búsqueda de nuestra razón histórica en el hecho desnudo de la fuerza, desdice a aquellos que consagran a José Tomás Boves por el primer caudillo popular venezolano, para dedicar, en cambio, tan conspicuo título al ilustrado y burgués Bolívar, que no se desdeña, pese a sus refinamientos señoriales, por compartir con oscuros soldados su escasa ración de cecina y quien, con su ejemplo personal, hace de anónimos mílites cumplidos caballeros.

Quizá la propia vecindad con hechos dolorosos que le hacían ver cómo en Venezuela han prosperado los llamados "hombres de acción" sobre los ejercitantes del pensamiento, a la hora de ponderar los méritos de Saluzzo, exaltó, como "un galardón de su existencia", el hecho singular de haber vivido aquel egregio varón "en un mundo artificial creado por sus sueños".

Vosotros, compañeros que bien conocisteis al fraterno amigo cuya alabanza intento, ¿no intuís que al atribuir Correa un mundo artificial de sueños como morada permanente de Saluzzo, está revelándonos algo de su propia vida interior?... Porque Correa, como Pedro-Emilio Coll, de nuestros grandes escritores el más recientemente desaparecido, vivió de manera intensa la tragedia del intelectual venezolano: forzada conformidad con un ambiente hostil y profundo vagar en un mundo interior, que vanamente desearon ver plasmado en la vida diaria. Frente a la dura tradición del hecho de fuerza que ha regido de manera absorbente y arbitraria larguísimos períodos de nuestra historia, los hombres de letras, en su mayoría indefensos por naturaleza para la lucha con el medio, se

han visto en la necesidad de prestar su inteligencia al orden del momento o de inhibirse para la acción pública, cuando no pudieron exiliarse de la Patria, como Pérez Bonalde, o no se sintieron con fuerzas de mártires para vivir, como Rafael Arévalo González, en la oscuridad de las ergástulas; y aún lo más trágico: también se sumaron a sistemas abrazados con interior reserva, a veces como Díaz Rodríguez, sin necesidad de lucro, para aportar en la hora de la fuerza, su acervo de cultura, desde sitios dirigentes, al progreso de la nación. Si aquéllos comieron mísero pan en extrañas playas y esotros sufrieros cárceles atroces, éstos, movidos también de razones patrióticas, vivieron la contradicción de sí mismos y soportaron la actitud menguada de sentirse segundones en medio de un orden que daba el galardón del mayorazgo a los menos aptos.

A esa tradición, áspera y pugnaz, que dejó a la fuerza el desideratum de nuestro destino social, Correa quiso oponer desde su mundo artificial de sueños, la débil y soterrada tradición civilista que representan nuestros hombres de pensamiento. Con sensibilidad de poeta reconstruyó el pasado donde se movieron y obraron aquéllos. La suya no fue labor de glosa analítica sino síntesis ferviente del mundo intelectual que soñaron sus personajes y pintura quejumbrosa de la tragedia que les truncó el destino.

No sólo a Cecilio Acosta, sino a casi todos nuestros grandes escritores, calzan las frases de Correa: "Le faltó aliento para dar a su palabra, henchida como el grano maduro, el surco fecundador del sacrificio. La belleza de una frase, la música de un período, la plástica de un concepto le encadenaban al éxtasis como ciertas maceradas figuras de Zurbarán y de Ribera". Esa media vida de nuestros escritores, tan bien pintada por Correa, hubo de dejar a muchos sin aliento para la obra formal. "Especie infeliz" de pensadores que, pudiendo ser "la admiración entre sus semejantes", se limitan a "meditar una grande obra que no acabará jamás, y que no llegará a la posteridad sino en fragmentos", según vívida expresión de Juan Vicente González, en quien Correa tipificó la tragedia de nuestros escritores de todos los tiempos.

Contra la antitética manera de expandirse el pensamiento nacional –lucha de una idea sin posibilidad para realizarse y constancia de un

concepto subalterno que confina el éxito a las decisiones de la astucia o de la fuerza– Correa puebla su mundo de sueños con las sombras amables de quienes vivieron su propia angustia por la realización de una existencia superior. Al describir la agonía de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta o de Pérez Bonalde, describe su agonía propia; al entonar la elegía de los escritores inacabados, "la mente se le empaña" con su propia imagen. Inacabado él, al igual de muchas de nuestras mejores figuras de todos los tiempos, dejó, sin embargo, como monumento perfecto, el ejemplo de su esfuerzo por restaurar y encumbrar los valores de la cultura. El dolor ajeno filtrólo en la amable evocación que constituye el mayor encanto de sus escrituras, a fin de que sirviera de tónico amargo para la superación de nuestros reatos sociales.

Formado intelectualmente cuando esplendían en nuestras letras, junto con las llamadas generaciones de "Cosmópolis" y "El Cojo Ilustrado", los varones memorables que, con sus levitas negras y sombreros de copa, mantenían el recuerdo de las promociones nutridas en "El Salvador del Mundo", Correa recibió de testigos nostálgicos el relato vivo de aquella época intensa de una política de avances y retrocesos. A través del patético relato de aquéllos comprendió el sentido de nuestro Siglo XIX. Teatro fue éste, dice el escritor, donde "se degarró una sociedad secular, para dar paso a una nueva, atropellada y sin norte", y en medio de la cual el viejo orden fue suplantado por una moral cuartelaria, de cuyas normas "eran excepciones los que no soñaban *con gozar del fruto de las adquisiciones de su lanza*". Correa distingue con mirada rapacísima las causas profundas que prolongaron hasta nuestros tiempos las fatales consecuencias del atropello y de la desorientación y que han dado vigencia lamentable a las consideraciones de Cecilio Acosta sobre la infecundidad de "un estado político recién entrado en los odios o recién salido de ellos". El desdén por la cultura y la quiebra y descrédito de los sistemas a que condujeron nuestras guerras y tumultos de cuartel, dieron prelación en la sociedad a signos disvaliosos que sometieron a los hombres de letras a situación precaria frente a los caudillos fortunosos. De ahí su empeño por encumbrar en el recuerdo histórico la obra callada y sin valor coevo de los personeros del pensamiento.

Con devota humildad, que es prenda de espíritus comprensivos, miró lo perdurable en las ideas y sentimientos de nuestros grandes escritores y poetas, y alumbrado de singular sentido de lo bello, exprimió, en conjunción de dolor, el fino pensamiento de los otros. No fue a la negación anárquica de quienes creen que con el suyo se está forjando el verdadero pensamiento de la Patria. Miró con respeto a los mayores: disimuló faltas y exhibió con pasión el mérito de las obras. Jamás juzgó que para fundar edificio cultural de pulidas líneas, sea preciso el destrozo de huracán devastador que dé señera dignidad a la obra nueva. En cambio amó el pasado de nuestra cultura y buscó en ella los signos perennes que la salvan. De ahí que sus notas literarias tengan calor, acento, fluidez, ternura y colorido que las convierten en retratos familiares.

Bien cierto de sus méritos, por jamás los exhibió con alardes petulantes: su erudición y su buen gusto brotaban naturalmente como el perfume de las rosas. Su actitud de dar, sin interés de aplauso ni medro de recompensa, el fruto de sus múltiples conocimientos, hizo de su mesa de trabajo un centro de consulta. Por eso cuando murió, en plena madurez intelectual, su ausencia se dejó sentir en el grupo numeroso de quienes continuamente lo visitaban en los claustros serenos y acogedores del Palacio de las Academias –hoy mutilado en aras del progreso– para obtener la cita, el dato o el consejo precisos con que rematar un trabajo de historia o de crítica de letras, que habría de traerle, en cambio, la modesta fruición de saber que lo suyo iba a brillar anónimamente en una obra enderezada al progreso de la cultura nacional. En su sitial de académico, lo mismo que en la redacción de la revista o del periódico, Correa puso siempre de resalto la "suma generosidad" que fue blasón de su espíritu y que con tanta justeza destacó Pedro Grases. Apenas se le vio lanza en mano y en tono airado, salir a la palestra para atacar la obra de un compañero de letras, en el casi ignorado opúsculo "El antifaz desgarrado". Pasajera estación de violencia en el discurso de la vida literaria de Correa, este incidente se aparta por completo del tono que imprimió a su obra de periodista, ejemplar dentro del género. Como todos sus ensayos, estuvo ésta encaminada a la valorización generosa y entusiasta de nuestras nacientes cifras intelectuales. Virgilio a la puerta del infierno de la crítica, dio la mano y sirvió de guía a quienes

intentaban adentrarse, bajo su gallardo padrinazgo, en las tupidas selvas. A la tristeza del bien ajeno, que ha sido signo negativo en la labor de muchos de nuestros escritores, él opuso la alegría por la obra extraña. Jamás aspiró a que su fornida corporatura intelectual se hiciera más visible por la ausencia del par: para acrecer el precio de lo suyo, dedicó, a la inversa, su esfuerzo personal al acrecimiento y revalorización de la obra de los otros. Tuvo espíritu de equipo –el *team spirit* de que hablan los ingleses– que tanta falta ha hecho entre nosotros para el progreso de las disciplinas sociales. En sus labores de la Academia de la Historia trabajó con fervorosa dedicación en pro del prestigio del Instituto, y desde el año de su ingreso –1928– hasta la hora temprana de la muerte, sin menguar a nadie méritos, ni atribuirse extrañas funciones, fue por su inteligencia, dinamismo y contracción como polo obligado en torno al cual giraban las actividades del Instituto. Esta es la razón de que su memoria sea guardada en él con singular respeto: pudo haberse diferido de algunas de sus ideas particulares, empero unánime fue el aprecio que conquistó por su singular gracia de las gentes, por su afán de servir, por la alegría de su genio, por sus dotes ejemplares de caballerosidad.

Caballero, caballero ante todo fue Correa. Acaso suene extraño el énfasis de esta atribución, pero en él era algo que sobresalía por la misma decadencia de la virtud. Aun leyendo sus escritos se adivinan las maneras del gran señor: cultura sin afectación, amistad ejemplar, ternura de espíritu, atildada obsequiosidad. Nobleza que no se quedó canales adentro de la república, pues donde quiera que Correa estuvo en representación de Venezuela y de sus centros culturales, perduró el recuerdo de un señorío de excepción, que contrastaba con esta época confusa, la cual parece haber consagrado por norma de conducta democrática el deber de cambiar una letanía de insultos con el primer maleducado que nos salga al paso. La caballerosidad peculiar de Luis Correa, que en época de distingos clasistas hubiera promovido la suposición de que tenía origen en solar de rancia aristocracia, era fiel trasunto de una altitud espiritual ganada por la constante reflexión y por un empeño de personal superación. Ejemplo de lo que es la verdadera democracia, él, hijo de la sencillez y la pobreza, supo elevarse tesoneramente hasta conquistar el nivel del verdadero señorío. Sabía y enseñaba, a través de sus escritos y conducta, que el genuino proceso

democrático va enderezado, no a destruir ni a negar el valor de los que ya lograron por sí propios un estadio superior, sino a elevar a sitios mejores a aquellos que por indefensión social permanecen en la zona de los desafortunados. Justicia que sube y no venganza que abaja: ímpetu que crea y no huracán que devasta. Para esa obra es necesario elevar los valores de la cultura, y a la cultura sirvió con dedicación de apóstol.

Si tiempo se me hubiera concedido para intentar un estudio formal del ilustre escritor, acaso hubierais podido escuchar palabras que compendiasen los méritos de Luis Correa. Al aceptar, en cambio, el presuroso encargo con que me honró nuestro querido Presidente Angarita Arvelo, no miré a la posibilidad de presentar en forma digna la figura de Correa, ni me detuve ante el escrúpulo de que otros escritores, que bien conocían sus excelencias, hubieran podido hacerlo mejor que yo. Me adelanté a admitir la lisonjera comisión, bien cierto de lo difícil de cumplirla, porque en intentándola tenía oportunidad de rendir un modesto homenaje a la memoria esclarecida del fraterno amigo que en el cuadro de las letras venezolanas, por medio de un esfuerzo constante, alegre y doloroso de servir a la exaltación de los más puros valores de la cultura, alcanzó sitio señero entre nuestros grandes escritores de todos los tiempos.

LUIS CORREA nació en Higuerote (Estado Miranda) el 31 de diciembre de 1889. Se educó en Caracas, en el Colegio "Santa María" del Lic. Agustín Aveledo y en la Universidad Central comenzó la carrera del Derecho, que no llegó a concluir. En 1905 publicó su libro de versos "Alba Lírica", con prólogo de Jesús Semprum. Trabajo en "El Cojo Ilustrado". Por aquellos mismos años viajó a Costa Rica. Fue de los fundadores de "El Universal". En 1911, con Semprum y Arvelo Larriva fundó la revista "Sagitario". En 1916 fue nombrado Cónsul en El Havre y pasó allí dos años. En 1926 fue como Secretario de la Delegación de Venezuela al Congreso reunido en Panamá para conmemorar el Congreso de Bolívar. En 1928, se recibió como Individuo de la Academia Nacional de la Historia, cuya Secretaría desempeñó por largos años. Fue Diputado al Congreso Nacional y Director en el Ministerio del Interior. En 1936 se le designó Secretario de nuestra Delegación a la Conferencia Interamericana de Buenos Aires. Murió en Nueva York el 11 de abril de 1940. Suyo: "Alba Lírica" – Caracas. 1905.– "Antifaz Desgarrado" – Caracas. 1906.– "Terra Patrum" – Caracas. 1925. "Viaje Stendhaliano" (Interpretación de la Psicología amorosa del Libertador). Prólogos a la reedición de "Mesenianas" de Juan Vicente González, y "Correo del Orinoco". &. De la densa y dispersa labor de Correa formó un minucioso catálogo el erudito bibliógrafo Pedro Grases en su trabajo: "Don Luis Correa. Suma de generosidad en las letras venezolanas". Caracas. 1941.

PALABRAS EXTRAVIADAS PARA UN POEMARIO DE PEDRO SOTILLO[1]

Para escribir de Pedro Sotillo, llano llanero de innúmeros amigos, fui a la montaña andina, donde, en honra del poeta, busqué pedestal de granito para mi modesta palabra. Llanero de mil caminos espirituales, Pedro Sotillo ha alcanzado el arte de ser venezolano en cualquier porción de nuestra ancha, adolorida y esperanzada Patria. El sabe que haber nacido en las deslimitadas sabanas donde tuvo su más sangriento escenario la lucha por la libertad, le crea un compromiso de ciudadanía, que rebasa cualquier sombrío límite inventado por los anárquicos apóstoles del cantonalismo disolvente. Llano llanero, Pedro Sotillo es encumbrado monte de venezolanidad.

Cuando escribía del poeta, miraba yo la altiva sierra, en que antaño descansaron las cinco águilas blancas de la leyenda. Queda nieve en sólo dos picos. Desnudas de blancura están las puntas donde ayer durmieron nítidos glaciares. Me dicen que de los esteros donde discurrió la infancia del poeta, han volado también las níveas garzas. Los viejos símbolos de la poesía venezolana vuelan y se deslíen. A las garzas llaneras las persigue el fusil cazador. Las nieves que daban forma material a la leyenda, se derriten heridas por los rayos ardientes del sol. El sentido primitivo y telúrico del alma nacional parece que también se resquebrajase ante la crisis que viene minando todos los valores de la Patria. Mengua la nieve de las garzas que guiaron la parábola de sueños del poeta. Disminuye la blancura de los montes que dieron nitidez de

(1) Tomado de: *El Universal*. Caracas, 17-4-1952, p. 4

inspiración a viejos cantores. Cualquiera pensaría que, tomados del universal relajamiento presente, se quiebran estos simbólicos valores de la nacionalidad, y que del propio paisaje de la Patria desaparecen signos valiosos que ayer sirvieron de escaleras para el descenso de las musas. El mismo lago azul y rizado de Baralt, de Yepes y Udón Pérez, es agua ennegrecida y torres de hierro que testimonian la voraz y destructora cultura del petróleo.

Todo puede arruinarse en su pasajera valorización exterior. Pero lo durable de la Patria tendrá asegurada su vigencia mientras haya espíritus que recojan las voces del pueblo y que evoquen el dolor de los patrios paisajes. Voces del pueblo, pintores de sus llanos y sus montes, de sus lagos y sus ríos, son los Poetas. Por donde llegan a ser los mejores y más autorizados augures del espíritu de la Patria. Voces que interpretan y comunican el dolor y la alegría de la nación, resumen ellas su alma sutil y vigorosa y trasmiten el mensaje de su angustia y de su fe a los hombres por venir.

En la obra constructora de los pueblos tomaron la mejor parte los poetas. Homero ciego, que recoge la epopeya de Ilión, es el estribo mayor donde descansa el pasado vigoroso de los griegos. Virgilio no acumula leyendas, mas, para hacer rica la de Roma, su espíritu se eleva a las regiones míticas y elabora una historia de héroes y de semi-dioses que sirve de genealogía al imperio de Augusto. El Cid Ruy Díaz de Vivar vive porque hubo poeta que le diese marmórea existencia en la primitiva estrofa castellana. Camoens buscó en fantásticas acciones un creador prestigio de aventuras para el pueblo lusitano. Sal de la tierra, ponen los poetas al ingrediente espiritual que salva la historia de las naciones. En la guerra y en la paz, en el dolor y en la alegría, ellos toman la voz de la colectividad, y exprimen, como Tirteo, el impulso de la venganza, o, como Bello, son la palabra que admonita con cadencias. Ellos son el verbo de las naciones. Los pueblos hablan por sus labios.

En las estrofas de Pedro Sotillo se asoma el alma de nuestro pueblo. Venezolano integral, su musa está adornada de los matices luminosos de la Patria. Frescos, abiertos a toda comprensión, ágiles como la propia mente del poeta, sus versos son espejo del generoso espíritu y de la

franca alegría que ha hecho de Pedro Sotillo una institución venezolana de sencillez, de lealtad y bonhomía. Tiene, sí, enemigos Pedro Sotillo; mas, son enemigos que sólo ofenden con el hachazo que se torna en bálsamos. Su nobleza, su afán de servir, su empeño en hacer útil la amistad, su fe generosa en la conducta de los otros, han sido para el poeta enemigos que le estorban en el curso de la vida. No es él en la relación social el cicatero que mide lo que prometen otros para responder en proporción. Se da por entero en el servicio amistoso, y si en verdad cosecha ingratitudes y desengaños, siente en el fondo del ancho corazón la satisfacción de haber dado. Es amigo en la acepción cabal de la palabra. Amigo.

En la crisis de valores que padece nuestra Patria, no podía faltar la crisis de la amistad, que es tanto como crisis de la lealtad. A ella se debe en gran parte el desacomodo funcional de la sociedad venezolana. La solidaridad humana reclama como fuerza de cohesión una distendida actitud amistosa. Sin amistad no tienen respaldo los vínculos que hacen estable la relación entre los hombres. Todo se mide hoy por el interés o por el provecho. A la vieja amistad de solera, la sustituye una amistad oportunista, que estima su fuerza en relación con los negocios del momento. Se es solidario de otro, en cuanto éste pueda garantizar prebendas, influencias, seguridad o buenos negocios. Si el amigo cae en desgracia con el poderoso o rebaja en posibilidades económicas, ya se relajan los vínculos antiguos. Y en el declive de circunstancias, no sólo se rehúye la activa consecuencia, sino que, además, se la niega y se la vende. Amistad se llama hoy la transitoria participación en los riesgos o en las ventajas, o la gracia fugaz de los favores y lisonjas.

En la gran crisis de amistad que padece nuestro pueblo, Pedro Sotillo hace el mirlo blanco que salva nuestra fe en los valores espirituales. Pedro es el amigo de todas las horas, cuya única falla es excederse en el aprecio y en el afecto con que regala a los amigos. Esa amistad ha sido por él llevada ciegamente a la política, al periodismo, a la literatura, y en razón de ella es Pedro uno de los escritores que goza de mayor número de amigos y de admiradores. Sin que se entienda, tampoco, que el aprecio que disfruta en el mundo de las letras, lo deriva de aplausos de amistad. Muy por el contrario. En el orden de los valores literarios

presentes, y especialmente en la generación del 18, a que ambos pertenecemos, Pedro Sotillo figura con legítimos y altísimos haberes como periodista, como poeta y como prosista. Escritor de garra, Sotillo posee el don de saber expresarse en prosa clara y caliente, que es de las mejores con que cuenta nuestro mundo literario. ¡Lástima que Sotillo no haya tenido más formalidad para el ensayo! Escritor de verdad, con bautismo y confirmación canónicos, el estilo suyo resalta de precisión y brillantez, en medio de una arquitectura que le da personalidad capaz de resistir el éxito momentoso de las modas literarias. En él se vuelca integralmente el hombre de voluntad ancha, convencida y generosa, el mismo hombre de espíritu tierno, sutil, amable que toma el verso como bandera de fe y como instrumento de eterna belleza.

Bien están los poemas de Pedro Sotillo en manos de viajeros soñadores que hagan los caminos de la patria venezolana. Son ellos imágenes raudas y expresivas de un espíritu que, en medio de tanta quiebra humana, ha sabido mantenerse firme y alto sobre los vientos tornadizos y sobre los nubarrones que asustan...

PEQUEÑA HISTORIA DE LA LITERATURA BRASILEÑA[1]

A iniciativa de Ricardo Levene, Presidente de la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Americana, se viene editando en Buenos Aires desde 1937 la "Biblioteca de Autores Brasileños traducidos al Castellano", cuyo décimo tomo motiva estas líneas.

La cultura americana debe gratitud especialísima al infatigable señor Levene por esta magnífica idea de verter al castellano las obras fundamentales de la literatura brasileña. El Brasil es un mundo que debemos conocer mejor los americanos del Sur y en especial aquellos países que, como Venezuela, tienen importantes lecciones que tomar de la Nación vecina.

Aunque se niegue la existencia de leyes generales que presiden el desarrollo de los pueblos, en nuestro caso existen, sobre los motivos de actualidad económica y política, razones poderosas que nos obligan a estudiar la transformación social del gran país limítrofe. De las selvas amazónicas nos vinieron los más nutridos aportes indígenas encontrados por los españoles en nuestro suelo, y, como en tierra brasileña, acá se asentó, junto con los abuelos peninsulares, una densa población negra. El proceso étnico del Brasil tiene una profunda semejanza con el nuestro y para quienes, fieles a Gobineau y Buckle, niegan posibilidades creadoras a nuestro mestizo venezolano, allí está la experiencia del Brasil, allí la obra de sus grandes sociólogos Pedro Calmón, Oliveira Vianna, Euclides da Cunha, Gilberto Freyre, Mello Franco, cuyas

(1) Tomado de: *Bitácora* (Caracas), Nº 3 (1943), pp. 88-89.

conclusiones optimistas, por la realidad y el juicio, deben ser vistas y sopesadas por aquellos que estudien nuestras posibilidades de pueblo. Creemos necesario que en esta hora de encuentro de nuestros pueblos americanos, junto al ensanche de los radios económicos, se propenda a un mejor conocimiento de nuestros valores humanos. Para nosotros el Brasil es un maravilloso mundo, nutrido de leyendas, tan ignorado como lo fue de los hombres del Siglo XIV la Isla Braxil, que ya registraban en sus cartas los geógrafos de la época. Apenas sabemos de la religiosa majestuosidad de sus ríos y del impenetrable misterio de las selvas amazónicas, de la inmensidad de los cafetales y cañamelares, de la belleza de las suaves bahías, del movimiento europeo de las grandes ciudades de Río y São Paulo. Hemos escuchado la festiva Carioca y nos hemos deleitado ante la sonrisa permanente y el ritmo voluptuoso de Carmen Miranda. A los viajeros oímos hablar con entusiasmo de los cafés de la capital y del rumbo de sus hoteles. En cambio, ignoramos el maravilloso proceso de su cultura literaria. Ignoramos los esfuerzos de sus grandes hombres de ciencias y de letras. Desconocemos la trayectoria de sus fornidas instituciones.

Ronald de Carvalho nos ofrece un primoroso cuadro de la literatura brasileña, no sólo desde la época culta del ilustre Padre Anchieta, sino desde las modestas fuentes populares que se remontan al indígena primitivo. Allí pudimos hacer una comparación de juicios, que hace ver claramente la necesidad de conocer mejor al pueblo brasileño, por los estratos sociales que nos son comunes. En la leyenda popular de allá se abulta tanto como en la nuestra la superioridad de la malicia sobre la fortaleza, coincidiendo con observaciones hechas por Uslar Pietri al fabulario venezolano. (Vide *Bitácora,* Primer Cuaderno).

Buena técnica, buen juicio, atinadas observaciones hacen de este libro una obra de invalorable mérito para quienes quieran conocer el desarrollo de las letras brasileras, o mejor, de la poesía brasilera, independizada de la influencia lusitana mucho antes de que lograran personalidad literaria las escuelas españolas, de América y a la cual prefiere su cariño el ilustre autor, de quien hace una magnífica presentación el prologuista Rómulo Zabala.

A MANERA DE PROLOGO[1]

Manos amigas han traído a mi mesa de trabajo este hermoso florilegio poético del Muy Reverendo Fray Angel Sáenz, Provincial de los Agustinos Recoletos en Venezuela, para que estampe algunas palabras en su portada.

Grato es el encargo y hermosa la designación con que se me favorece. Amigo y admirador del ilustre hijo de San Agustín, se me da con ello oportunidad adecuada para expresar los conceptos que a mi modesto juicio merece la constante y fecunda labor literaria y evangélica realizada por tan conspicuo religioso. Sobrado será en la ocasión presentar en forma crítica la labor poética de quien ya tiene justa fama en el ancho mundo de nuestras letras. En cambio, mi intento habrá de limitarse a exaltar en términos precisos la obra educadora y evangélica de quien por tantos años, en la cátedra, en el libro y en la prensa, ha venido sembrando ideas y promoviendo sentimientos enderezados a la realización inmediata de los grandes valores de la cultura cristiana.

Por demás sencillo y noble es el homenaje que las Damas Católicas de Caracas quieren ofrecer, por medio de la edición de sus versos, al conspicuo Director que ha hecho norte de su vida sacerdotal la propagación de idóneos métodos de trabajo encaminados a hacer prácticos en la sociedad cristiana los ideales de superación que forman la médula del Evangelio. Sacerdote ejemplar, el Muy Reverendo Padre Angel Sáenz tiene cumplida una obra catequística y social que le da

(1) Tomado de: *Ritmos del Alma.* Fray Angel P. Sáenz. Caracas: [Imp. Nacional], 1948. 147 p.

gallardo sitio entre los sacerdotes que durante los últimos años se han afanado por levantar el tono de la cristiandad venezolana. Apóstol en la plenitud conceptual de la palabra, no es sólo el activo misionero que levanta templos y difunde prácticas devocionales, sino el forjador de conciencias que sabe cómo para la restauración de la paz social es requerida la reconstrucción del edificio moral de los pueblos. Hombre de obras, sus esfuerzos no tropiezan con la fatiga cuando se trata de dar movilidad a la acción de los católicos. Abastado de buenas letras, ha puesto la elocuencia de su palabra al servicio de la gran cruzada renovadora. De maestro le sirve el ejemplo ciclópeo del gran Obispo de Hipona, padre de su benemérita Orden, y bebiendo miel y leche de subidos saberes en las fuentes del gran Padre de la Iglesia, ha logrado la recia contextura que hace de él uno de los más sólidos pilares del movimiento actualmente dirigido a la humana tangibilidad de las promesas evangélicas.

La Acción Católica debe al Padre Angel Sáenz la aportación de un criterio lúcido y constructivo que le da sitio egregio entre los grandes apóstoles que se ocupan de vitalizar la obra de la Iglesia en Venezuela. Bien informado de que jamás como en el grave momento que atraviesa el género humano se hace más propicia la siembra de los ideales cristianos, del descanso fácil ha hecho fecunda vigilia para la realización de sus nobilísimos propósitos, y cuando ha de holgar en las breves horas que le dejan vacías sus múltiples actividades, invoca las musas amigas para el diálogo deleitoso. Paréntesis amables en el duro trajín de la labor evangélica, los versos le deparan el deleite de darse en forma fácil a quienes buscan en sus poesías enseñanzas piadosas y regustos místicos. Buen religioso español, en el claustro nutricio bebió la tradición que en el Siglo de Oro hizo fluir de los puntos de la pluma de ganso de los frailes las más encumbradas expresiones poéticas. Poeta de estirpe, no sólo abre el cauce de la inspiración cuando burila el verso, sino también cuando en la prosa deleitosa y en el verbo sin trabas de la cátedra, expone elevados pensamientos y robustas doctrinas. Poeta en el más puro sentido altembergiano, el Padre Angel Sáenz pone el signo de la poesía aun en los más sordos momentos de la vida. Siempre es el poeta para quien "la noche se hace luz" al impulso de la caridad que es esencia del

mundo cristiano, por cuya realización trabaja con constancia de hormiga y con ímpetus de águila.

Cuando su Orden –que en él tiene en Venezuela su más encumbrado representante– cumple cincuenta años de fecundo ejercicio en nuestra patria, bien está este modesto homenaje que le rinden las Damas Católicas, hechas eficaces misioneras de los ideales cristianos al calor de su experta dirección. Más que para él, sea para la diligencia obsequiosa de las iniciadoras mi palabra congratulatoria.

ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ[1]

Señor Director, Señores Académicos:

Sobrado fácil y grata es la comisión con que me ha favorecido el Instituto. Además del inmenso placer de saludar en nombre de él, a la hora de su ingreso académico, a uno de los más calificados representantes de la generación literaria a que pertenezco, y con quien he cultivado cordiales nexos de amistad y aprecio desde nuestra ya lejana juventud, constituye motivo de singular satisfacción ser portavoz del sentimiento de unánime complacencia que a la Academia embarga por la incorporación solemne de Enrique Bernardo Núñez como titular de la Silla Letra N, vacía durante luengos años.

Por demás conocida y alabada es la personalidad del ilustre cuanto señalado escritor que hoy viene a sumar el brillo y la densidad de su esfuerzo a nuestras labores académicas. Treinta años hace que su nombre figura en los cuadros culturales del país, y cada nuevo trabajo suyo le asegura un firme peldaño en la escala de los bien ganados merecimientos. Novelista, crítico, ensayista, historiador y polemista, Enrique Bernardo Núñez lo es en grado primicerio. Llevado a toda hora por una profunda preocupación patriótica, su obra literaria está marcada por la presencia de la angustia a cuyo impulso ha auscultado la realidad dolorosa de nuestra vida nacional. Por ello, a veces sus escrituras

(1) Contestación de Don Mario Briceño Iragorry [al Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia, pronunciado por Enrique Bernardo Núñez]. Tomado de: *Discursos de Incorporación. 1940-58.* Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966 (4 v.) v. 3 pp. 261-264.

destilan el amargor del áloe y la retama con que se adoba, a falta de mejores ingredientes, el curso azaroso de nuestra existencia de pueblo. Negado a la vanagloria, ha seguido las rutas esquivas que llevaron a Lisandro Alvarado a buscar el contacto con la naturaleza y con los hombres sencillos. Preocupado por los grandes problemas de la nación, ha pedido a la historia el secreto de entenderlos y no ha ido al pasado con afán de recursos eruditos y menos aún con empeño de ganar albricias por la consecución de datos y noticias preteridos. Ha penetrado, en cambio, en los dédalos del tiempo, bien cierto de que "un pueblo sin anales, sin memoria del pasado, sufre ya una especie de muerte", y dolorosamente compenetrado de que "por carecer de una política fundada en la historia, nuestro país no es hoy lo que debiera ser", persigue en el discurso de nuestra vida pasada, fórmulas capaces de abrir sentidos realistas al presente.

El magnífico ensayo que acabamos de escuchar testifica la inquietud que es módulo del pensamiento fecundo del recipiendario. Se adentra, como he dicho, en los grandes hechos de nuestra historia, a caza de circunstancias donde afianzar el concepto de que toda historia, conforme al decir de Croce, es una hazaña de la libertad, y a la husma de hechos que se puedan revertir sobre nuestra vida presente, como avisos para mejor guiar nuestro destino de pueblo políticamente independiente, pero que aún sufre en su economía estragos de colonia.

En panorámica visión que arranca de la época de la conquista y corre hasta la presente edad diabólica y confusa del petróleo, Enrique Bernardo Núñez procura mostrarnos sus puntos personales de juicio sobre la historia de Venezuela. El sabe y enseña que ningún pueblo puede orientar sus actividades sin hacer un previo balance con el tiempo, y se aboca, desde su individual concepción filosófica, a desmadejar, para la experiencia promisoria, la trama de los hechos pasados. Bien convencido de que "la historia humana, según frases de Carlyle, es un laberinto y un caos; una valla defensiva de árboles y matorrales; una selva que envuelve a todo el mundo y la cual, a la vez que crece y agoniza, cubre bajo sus follajes verdecidos y árboles frutales de hoy, yacentes y en procesos más o menos lentos de putrefacción, los bosques de todos los años y de todos los días", nuestro ensayista persigue entre

las lianas y espesuras de la época colonial, los hechos que, descomponiéndose y transformándose, hacen próvido el humus de nuestra sociedad presente.

De su viaje a través del laberinto caótico y contradictorio donde las acciones de nuestros antepasados se enredan en lucha entre lo espiritual y lo instintivo, el historiador ha logrado una serie de conclusiones que lo llevan a juzgar que "hoy como ayer se libra una batalla entre el pasado y el futuro". Entre un estilo de vida que resiste a los reclamos de la equidad y otro que busca por norte de sus actos la expansión de las facultades humanas. Sin hiatos catastróficos, que son la propia negación de la historia, perdura en nuestro suelo la angustia antigua de quienes buscaron realizar la gran hazaña de la Patria nueva. Para hoy lograrla en plenitud de riqueza moral y material, es elocuente y decisivo invocar las lecciones del pasado, a cuya voz, dice Núñez, nos "armaremos de una razón poderosa" para defender nuestro patrimonio de pueblo y "librar una terrible batalla por su existencia".

Al enjuiciar los sucesos y las ideas de nuestra Edad Media colonial, Núñez se sitúa en una posición que por demás difiere de la que he expuesto y defendido en mis trabajos de historia patria, enderezados en su modestia a explicar las razones que legitiman nuestra existencia de comunidad y a procurar que nuestra Patria se vea ancha y profunda en el tiempo, para que, a compás de que se palpe su robustez en el pasado, las bases espirituales de la sociedad soporten mejor la arquitectura de sus grandes destinos cívicos.

Frente a la tesis que abona a España el mérito de una recia labor educativa y que avalora el esfuerzo constructivo de los hombres que forjaron la nueva sociedad americana, desenvuelve el flamante colega tema enderezado a probar cómo desde la conquista hasta el año 1810 hubo lucha abierta entre una idea de servidumbre y de explotación y una idea de libertad, representada, a su juicio, la primera, por la tendencia españolista, y la segunda, por la autoctonía de lo americano. Cierta la sentencia en su amplia valorización humana, reclama que en el campo objetivo de nuestra historia continental, sean vistos ambos aspectos del vivir colonial como emanación conjunta de los propios cuadros sociales

y culturales del nuevo mundo hispánico y como fruto del pensamiento de los mismos hombres de España. Frente al concepto medieval de la autoridad regia y con mengua de la idea de imperio universal que defendieron los antiguos teólogos, expuso Vitoria, en la propia Península y sin cuidarse de la censura de Carlos I, su doctrina favorable al derecho de los indios, para reducir, a su luz cargada de equidad, los derechos de la colonización a términos tan justos como los admitidos por nuestro grande Andrés Bello en su tratado de Derecho de Gentes; y en el mero corazón salvaje de América, Lope de Aguirre lanzó su reto a la autoridad deslimitada del Rey español. Allá Vitoria, Aguirre acá, simbolizan en el siglo XVI la corriente criticista y rebelde que, en la doctrina y en el hecho, pugnó, con demérito de la indomable absorción de la Metrópoli, ya en boca de oidores y virreyes, ya en la pluma de obispos y misioneros, por crear fisonomía propia a los pueblos nuevos y la cual al crecer y robustecer, dio legitimidad y empuje al proceso de la independencia y la república. Si hubo derechos cercenados al indígena, fueron bocas españolas y criollas quienes vocearon su reparación; si hubo resistencia al centralismo dominador de la Corona, fueron españoles o hijos de éstos quienes se alzaron contra la injusticia de gobernantes y especuladores. Si España hirió con la espada de la conquista, España levantó la vara de la justicia para marcar la frente de los desaforadores. Era un mismo mundo partido en dos porciones: la de quienes buscaban la permanencia de los viejos principios del absolutismo y la de quienes luchaban por el triunfo de las consignas de la equidad. Fenómeno persistente en toda sociedad organizada, la lucha por la ampliación del radio de los derechos humanos –esencia de la historia universal– se hizo sensible en nuestro mundo indohispano al amparo de signos donde se abulta la inconfundible prosapia hispánica y que constituyen una actitud moral que por demás honra la tradición jurídica y filosófica de España. Toca, por lo tanto, al observador actual, no buscar en alígenas influencias la génesis y el curso de esta soterrada corriente reivindicadora, y oponerla en justicia, en el mismo plano histórico y al hacer examen de razones y circunstancias, al contrario esfuerzo que se hacía presente en el espíritu de quienes ayer, tanto como hoy, han gobernado la tierra para provecho foráneo. De una partida en el debe y de otra en el haber, se forman los balances. En el terreno de los hechos simplistas, las cifras son inmóviles. En el campo de la

apreciación subjetiva, aumentan y decrecen conforme sean la sensibilidad y las ideas madres de los contadores.

Pero no estoy aquí para contradecir los asertos del ilustre recipiendario en lo que ellos desdigan mis personales convicciones. Mi palabra es la palabra oficial de la Academia, y como ayer, para no comprometer el criterio del Instituto, frené el justo entusiasmo que en mi ánimo promovió la exposición, en igual oportunidad, de temas de que era integralmente partícipe, así mismo hoy declino el examen adversativo de juicios que se oponen a los míos, por cuanto ya no representarían mis palabras el vario sentir del cuerpo en cuyo nombre tengo la honra de expresarme.

Sin que lo adviertan y comprendan muchos que mal juzgan el trabajo y la posición de la Academia, acaso sea éste su mejor timbre cultural. Entre nosotros está abolida la peligrosa idea de imponer la conformidad en los conceptos. Aquí se respeta y se exalta la libertad de pensar. Aquí se alienta la contradicción fecunda, de cuyo ejercicio surge el equilibrio de las verdades particulares. Aquí, lejos de ser frenado el pensamiento, se le incita para el vuelo sin tropiezos. Cuando el Instituto recibe en su seno nuevos miembros, no mira, por carecerse de líneas dogmáticas, lo específico de las ideas, sino la robustez con que aquéllos dan forma al pensamiento y la densidad de la obra por ellos realizada. En el regazo de la Academia cabe toda manera de discurrir y en ella tienen asiento por derecho propio quienes, como Enrique Bernardo Núñez, han consagrado los más fecundos y útiles años de su vida a realizar una fructífera obra cultural. Sus méritos indiscutibles hacen que su presencia entre nosotros, lejos de ser estímulo que redunde en la superación de su trabajo intelectual, sea justo y elocuente reconocimiento de una larga labor de estudioso, y prenda, a la vez, de que la Academia, como unidad de trabajo, recibe desde hoy la aportación de un gran pensamiento ductor.

Interpreto así el significado de este acto y así me complazco en proclamarlo. Mas, el distingo que he procurado hacer entre mis ideas y sentimientos y las ideas y los sentimientos de algunos de mis colegas, se absuelve por completo al dar fe del regocijo con que la Academia ve

llegar a Enrique Bernardo Núñez para tomar puesto a su mesa de trabajo.

Nada faltó, Señor, en vuestra elección: si mayor hubiese sido el número de votantes al momento de vuestra designación, seguro estoy de que ésta habría sido siempre unánime, pues para el acto de justicia sí se conforman nuestros votos. En cambio, en esta hora de vuestro solemne ingreso, falta la voz de quien se había adelantado a manifestar la complacencia con que os daría la bienvenida: Pedro-Emilio Coll, huraño para ejercicios de tribuna, se aprestaba, espontáneo, a hacer vuestra alabanza. Ante lo que él hubiera podido decir en elogio de vuestra obra literaria, son oscuras en extremo mis palabras. Abónenlas, en cambio, la presencia en recuerdo del ilustre maestro desaparecido y el afecto muy sincero con que saludo vuestro ingreso en esta casa, que de antaño os ha mirado como a uno de los suyos.

¡Señores!

DR. SANTOS A. DOMINICI[1]

La exposición reglamentaria de los principales rasgos de la ya muy larga vida profesional, educativa, científica, política y literaria del Dr. Santos Aníbal Domínici tiene, por fuerza, que ser muy sucinta para que alcance a registrar, siquiera someramente, los sesenta años cumplidos de las diversas y muy activas labores que los han llenado, en los cuales predominan las fases de educador, de profesional y de investigador en el campo de la Medicina.

Santos Aníbal Domínici nació en Carúpano el 19 de junio de 1869. Fueron sus padres el Doctor Aníbal Domínici y Elina Otero de Domínici. Sus hermanos, Inés Antonia, Elina y Pedro César Domínici, son igualmente nativos de aquel puerto oriental.

Hizo estudios primarios, de 1876 a 1879, en el colegio que en Carúpano regían José de Jesús Martínez Mata y el Presbítero Dr. José Antonio Ramos Martínez; y cursó los cuatro años de Filosofía en el Colegio Bolívar de Puerto España, Isla de Trinidad, en aquel tiempo, 1880 a 1884, dirigido por Luis María Díaz y Pedro Sedestrong. Tanto éstos como los anteriores eran los más notables pedagogos de la región oriental.

(1) Esbozo biográfico del doctor Santos Aníbal Domínici; postulado para Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Academia Española –conforme al Reglamento– por los académicos Mario Briceño-Iragorry, Jacinto Fombona Pachano y Antonio Reyes. Tomado de: *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 73 (1949), pp. 138–143.

Graduóse de bachiller en Filosofía en 1884 y de bachiller y Doctor en Ciencias Médicas en la Universidad Central de Venezuela, en 1890. Trasladóse a Europa y obtuvo el Bachillerato en Letras de la Sorbona y el Doctorado en Medicina en la Facultad de París, en 1891 y 1894, respectivamente. En dicho período fue Asistente del Profesor Gilbert en el Laboratorio de Terapéutica y siguió la enseñanza en Roux y Metchnikoff en el Instituto Pasteur de París. Su tesis doctoral, "Des Angiocholites et Cholécystites suppurées", editada en París en 1894, fue premiada con una de las calificaciones más altas otorgadas aquel año por la Facultad de París. Publicó en 1873 a 1895 múltiples comunicaciones a la Sociedad de Biología de París en colaboración con el Profesor Gilbert.

Vuelto a la patria, fundó el Instituto Pasteur de Caracas, temporalmente clausurado, y la Cátedra de Clínica Médica y Anatomía Patológica, en 1895; los cuales regentó hasta principios de 1902, el uno, y fines de 1901, la otra. Presidió la Sociedad de Médicos y Cirujanos de Caracas en el período anual de 1895. En la misma época fue nombrado Rector de la Universidad; fundó entonces los Anales de la Universidad Central, que llevan cuarenta y ocho años de edición. Destituido y encarcelado, dos años más tarde, por el General Cipriano Castro, a causa de la defensa que en aquellos críticos días hizo de la Universidad y del estudiantado, su abierta pugna con el Dictador y la persecución de que fuera objeto, obligáronle a huir del país y a incorporarse a las filas de la Revolución Libertadora, en las que militó dieciocho largos meses (1902–1903). Vencida ésta, asilóse en París, en donde, salvo los intervalos diplomáticos abajo apuntados, ejerció la Medicina hasta principios de 1936, cuando le fue posible regresar a Venezuela.

Fue entonces llamado a ocupar el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social en el primer Gabinete constitucional del General López Contreras, de cuyo cometido informó ampliamente en el opúsculo titulado "Siete meses y medio en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (1936–1937)".

Fundó luego el Colegio de Médicos del Distrito Federal, cuya presidencia ejerció en su primer período (1937–1938); incorporóse a la

Academia Nacional de Medicina, en la que se le eligió presidente para el bienio de 1944 a 1946; y fundó asimismo la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina (1944) de la que es aún Director.

A su paso por las mencionadas situaciones dictó lecciones, conferencias, comunicaciones científicas, y realizó trabajos cuya enumeración, aun somera, alejaría mucho más el objeto principal de esta exposición, cual es el de exhibir títulos para postular el ingreso a la Academia Venezolana de la Lengua; sin embargo, dichos estudios y labores, así como varios otros que en seguida se enumeran, por su gran trascendencia, constituyen valiosos méritos en que basar cualquiera postulación académica, tales son: la contribución al estudio del Hematozoario de Laverán y de las fiebres palúdicas en Venezuela, la aplicación de los hemocultivos y de la sero-reacción al diagnóstico de las pirexias venezolanas, la enseñanza de la técnica bacteriológica y parasitológica; comunicaciones sobre la lepra, la difteria, el tratamiento de la tuberculosis, etc., al Congreso Médico Panamericano de México (1896); y por encima de todo ello, el establecimiento, por primera vez en la República, de la producción en gran escala, en la ternera, de la linfa antivariólica, con la que se logró poner dique a la propagación de la epidemia que invadió y azotó al país en los años anteriores a 1900. Todas esas realizaciones científicas –trabajos del Instituto Pasteur de Caracas– constan en opúsculos y Revistas de Medicina, en la Gaceta Médica de Caracas principalmente, cuya bibliografía puede ser consultada en los años de 1893 a 1947. En los Anales de la Universidad Central de Venezuela, Tomo XXXI –junio de 1945– hállase condensada la vida científica del Dr. Domínici, cuando la presentación de credenciales para el Concurso de Oposición en que por segunda vez llegó al Profesorado de Clínica Médica.

Conviene por igual dejar constancia de las labores diplomáticas, que, con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República, realizó el Dr. Domínici en las Legaciones de Alemania, Bélgica, Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, de 1910 a 1922; luego en Francia (1936) y en la Santa Sede de 1938 a 1941. En 1942, al solicitar su retiro en disponibilidad, confióle el Ministro de Relaciones Exteriores la misión especial de informar acerca de las

relaciones de Venezuela con la Santa Sede, derivadas de la Ley de Patronato Eclesiástico –amplio y luminoso informe rendido a la Cancillería el 27 de abril de 1942.

La actividad literaria del Dr. Domínici –la de mayor importancia para el presente caso– puede resumirse como sigue:

Latinista, llenó la Cátedra de Latinidad en la Escuela Politécnica bajo la rectoría de los Doctores Antonio José Villegas y Luis Ezpelosín (de 1889 a 1891), época en que tradujo algunas Odas de Horacio; compuso varios poemitas, como el titulado Presentimiento –leyendo a Chenier; y publicó en La Opinión Nacional una Elegía a la muerte del Dr. Pedro Luis de Montbrún y una Oda al Orinoco, ambas de noble corte clásico, que recogió Don Julio Calcaño, Secretario Perpetuo de esta Ilustre Corporación, para incluirlas en el Segundo Tomo, aún inédito, del Parnaso Venezolano (1892). Más tarde (1936–1947) declamó Domínici en el Paraninfo de la Universidad Central su Elegía a la memoria del Dr. José Gregorio Hernández y la Epoda en la colocación allí del retrato de aquel esclarecido varón; la oración fúnebre en la muerte del Profesor Francisco Antonio Rísquez y la disertación con motivo de la adjudicación del Premio que lleva el nombre de este ilustre maestro. Ha pronunciado, además, innúmeros discursos en solemnidades del Colegio de Médicos, de la Academia de Medicina, y en diversos actos públicos, que en su oportunidad insertaron los Boletines de la Academia y los diarios caraqueños.

Mención especial merecen la Elegía a la muerte de Pasteur publicada en El Cojo Ilustrado (1895), el Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de Medicina, el estudio sobre Vargas y Acosta titulado "Maestro y Discípulo", inserto en el primer número de la Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina; la Lección de Despedida de la Cátedra de Clínica Médica el 31 de octubre de 1945; el Prólogo a la Geografía Médica de la Isla de Margarita del Dr. Andrés Sánchez, que acaba de publicar la Revista del Tricentenario de Carúpano, etc. La falta de espacio impide analizar detenidamente la obra literaria del Dr. Santos Aníbal Domínici, en la cual halla sitio de mayor importancia el trabajo de adaptación al castellano del Diccionario de los

Términos Técnicos usados en Medicina, de Marcel Granier y V. Delamare, editada en París en 1907.

Políglota, a más del castellano posee desde la infancia el francés y el inglés como su propia lengua, habla y escribe, el alemán y el italiano, y conoce a fondo todas esas literaturas, que lee y aprecia en el idioma original. Sus autores favoritos han sido Horacio, Miguel de Cervantes, William Shakespeare, Víctor Hugo y Ricardo Wagner –original poeta, creador del singular lenguaje que revistió con las más grandiosas armonías.

Otra faz particular de la múltiple personalidad del Dr. Domínici es, en efecto, su pasión por la música clásica: puede ser tenido como el más profundo conocedor, en Venezuela, de la obra de Wagner, que estudió con amor en los ciclos wagnerianos de la Opera de Berlín y en el Teatro Ideal de Bayreuth.

En la carrera diplomática recibió sendas condecoraciones de Alemania, Gran Bretaña y la Santa Sede; pero sólo ostenta con orgullo, desde 1910, la Orden del Libertador en la Segunda Clase; y hace tres años precisamente hoy, Día del Maestro, la Medalla de Oro de la Instrucción Pública, con que lo distinguió el Gobierno de la República. Por otra parte, ufánase el Dr. Domínici de haber sido electo por unanimidad, hace apenas dos años, Miembro Asociado Extranjero de la Ilustre Sociedad Francesa de Cardiología.

Pisando ya el segundo semestre de los setenta y nueve años y cumplidos sesenta de intensa vida profesional, científica, política, educativa y literaria, el Dr. Domínici aspira, pues, a tomar asiento en el Sillón vacante por la muerte del colega Dr. Jesús Rafael Rísquez.

Caracas, 15 de enero de 1948.

CARACAS Y ANDRES BELLO[1]

El Municipio de Caracas acaba de reparar, a casi un siglo de distancia, un agravio por él inferido al mayor hombre de letras nacido en nuestra capital. Esta reparación, hecha en forma por demás notoria, es la culminación del proceso abierto en fecha reciente, a favor de la clara memoria de Don Andrés Bello. El presidente Rojas Paúl quiso hacerse eco del movimiento bellístico que representaron en el siglo pasado Juan Vicente González, Cecilio Acosta y Arístides Rojas y decretó una estatua para el gran calumniado, cuya erección quedó en el aire.

Para el retorno de Bello se esperaron más años, y acaso sea preciso poner como punto inicial la "Semana de Bello", llevada a efecto en el Colegio "Sucre" por 1929. Desde entonces ha habido un afán de honrar en distintas formas a nuestro gran Patriarca. Así sea mala su estatua de Capuchinos, al menos fue anticipo de la que será erigida en otro sitio de la ciudad, según reciente decreto del gobierno distrital. La República ha venido reparando el desdén en que se tuvo la inmensa figura del sabio. Allí está la eminente labor de la Comisión Editora de las Obras de Bello, emprendida como fruto de una noble iniciativa parlamentaria del gran poeta Andrés Eloy Blanco; la Universidad cuenta hoy con el Instituto de Filología "Andrés Bello"; el primer Liceo de Caracas lleva su nombre, y también lo ostenta una hermosa avenida metropolitana, que al poner en el orden del día el grato recuerdo del cantor de la Zona Tórrida, ha provocado que el nombre de Andrés Bello haya sido dado a diversos establecimientos comerciales ubicados en la vía.

(1) Tomado de: *Crónica de Caracas* (Caracas), Nº 1 (1951), pp. 63-67.

Es decir, Bello ha vuelto a Venezuela de manera triunfal y para corroborar el triunfo, el Municipio ha sancionado un justiciero acuerdo que levanta la sanción al acto desdeñoso por medio del cual en 1865, a incitación de Felipe Larrazábal, según opina Julio Planchart, negó sitio en su salón de sesiones a la efigie del Maestro que le fue ofrecida por el General Francisco Iriarte.

En el seno del Ayuntamiento caraqueño, el concejal Dr. Guerrero Gori, presentó el caso de la manera siguiente:

"Ciudadano Presidente; Ciudadanos Concejales. Voy a ocupar nuevamente la atención de ustedes en relación con la personalidad de Don Andrés Bello, o más exactamente, con la colocación de su retrato en el Salón de Sesiones de este Cuerpo, según fue aprobado a proposición mía en la sesión celebrada el lunes pasado.

Ocurre que al hacer aquella proposición, ignoraba yo, como creo también que lo ignoraban los demás miembros de la Cámara, que existía una decisión del Cuerpo, del año 1865, por la cual se negó la instalación del retrato de Andrés Bello en el Salón de Sesiones del Concejo Municipal, que por aquel entonces se denominaba del Departamento Libertador. Como considero que en este momento no nos toca averiguar las causas que motivaron aquella sorprendente decisión increíble para los venezolanos de hoy, me voy a limitar simplemente a hacer un breve relato del caso, por el interés que para nosotros tiene, y con el fin de que se rectifique la injusticia que entonces se cometió con tan eximio caraqueño.

El General Francisco Iriarte se dirigió con fecha 14 de marzo de 1865 al Concejo Municipal, ofreciendo la donación de un retrato de Don Andrés Bello, realizado con el consentimiento del mismo, y que es uno de los que mejor se le ejecutaron. Esa donación se hacía con el fin, como dije antes, de ser colocado en el Salón de Sesiones, y en apoyo de esos deseos el General Iriarte, en su comunicación al Concejo de entonces, puso de manifiesto el patriotismo de Andrés Bello, sus méritos intelectuales y morales y el decoro y lealtad con que representó a Venezuela en el extranjero, dando prestigio al gentilicio venezolano. En sesión de fecha

4 de abril del mismo año, el entonces denominado Concejo Municipal del Departamento Libertador recibió el cuadro; pero eludió aprobar expresamente su colocación en el recinto edilicio, disponiendo de manera ambigua que se le daría el destino que correspondía a la reputación del personaje que representaba. De este modo, aunque en forma indirecta, fue negado a aquel retrato un lugar en el Salón de Sesiones, y en vista de ello, el General Iriarte se dirigió de nuevo al Concejo en una carta que por su interés y con la venia de la Presidencia, me voy a permitir leer.

Dice así: 'Caracas, abril 22 de 1865. Ciudadano Presidente del Concejo Municipal del Departamento Libertador. No me es posible dar cumplimiento al acuerdo celebrado por esa Corporación el día 4 de los corrientes respecto al retrato del Ilustre venezolano Don Andrés Bello.

Como lo ha comprendido el pueblo de Caracas, que se gloria de llamar compatriota a aquel sabio, tan justamente aplaudido por el mundo científico, y como lo han comprendido todos los hombres ilustrados de alma grande y de sentimientos generosos, mi pensamiento al presentar el retrato del sabio que tanto nos honra, nunca creí que fuese rechazado. Hase realizado lo que todos creímos un imposible, y un desengaño más ha venido a aumentar el número de nuestras tristes decepciones. Puesto que el Concejo, negándole un puesto en la sala de sus sesiones, lo destina para una supuesta galería de hombres célebres que indica quiere formar, yo retiro mi ofrecimiento; sintiendo que una idea patriótica haya dado lugar a esa negativa, que va a autorizar tantas interpretaciones fuera del país.

Al dejar en estos términos contestada su nota de la misma fecha, que ayer fue que llegó a mis manos, debo rendir a nombre del progreso y de la civilización un voto de gracias a los miembros de ese Cuerpo, que amantes del crédito de Venezuela, le negaron su voto al acuerdo referido. Dios y Federación. Francisco Iriarte'.

Todas estas informaciones me han sido suministradas muy gentilmente por el Cronista de la Ciudad, Dr. Mario Briceño-Iragorry, y debo añadir

que ese retrato sufrió una serie de contingencias hasta llegar a ser colocado, según tengo entendido, en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

El hecho es que queda en pie y con plena validez aquel acuerdo, tan sorprendente como injusto, y nosotros estamos ahora en el includible deber de anularlo para rehabilitar la memoria de Andrés Bello, rehabilitando también al propio Concejo por tal resolución, que bien podría calificarse de antipatriótica. Se impone, en consecuencia, que el Concejo Municipal del Distrito Federal, en esta fecha, levante la sanción a la resolución aprobada en 1865; que se ratifique la proposición aceptada en la sesión del lunes pasado en el sentido de que, como homenaje a Don Andrés Bello, sea colocado un retrato suyo en el Salón de Sesiones de esta Cámara; y añadiría aún más, y es que en caso de poder recuperarse el retrato que en aquella época fue donado, sea este mismo el que se coloque, con un acto especial, en el Salón de Sesiones.

Hago, pues, la proposición formal en el sentido indicado, y tengo la seguridad de que todos los Concejales la acogerán con beneplácito, ya que en fin de cuentas tiende a corregir un error y a reparar una gran injusticia."

Como resultado de la intervención del Dr. Guerrero Gori, el Cabildo caraqueño sancionó el siguiente acuerdo:

"El Concejo Municipal del Distrito Federal, en uso de sus atribuciones legales, Considerando: Que en la sesión celebrada por el Cuerpo de cuatro de abril de 1865 se negó la colocación en el Salón de Sesiones de un retrato de Don Andrés Bello, donado por el General Francisco Iriarte: Considerando: Que es deber del Concejo Municipal reparar tan notoria injusticia y expresar en alguna forma su respeto y admiración al ilustre humanista.

Acuerda:

Artículo 1º–Como acto de desagravio a la memoria del ilustre venezolano, levantar la sanción a la mencionada resolución aprobada en

sesión del cuatro de abril de 1865 y, en consecuencia, colocar en acto especial un retrato de Don Andrés Bello en el Salón de Sesiones de esta Cámara.

Artículo 2º–Hacer gestiones para recuperar, si ello fuere posible, el retrato donado por el General Francisco Iriarte, a fin de darle el destino previsto en el artículo primero del presente Acuerdo, en el caso de que tales gestiones tuvieren un resultado favorable y la efigie estuviere debidamente conservada o pudiere realizarse su restauración. En caso contrario, ordenar de inmediato la ejecución de un retrato al óleo del Ilustre Sabio. Dado, firmado, etc.".

Acto justiciero que constituye una hermosa rectificación histórica, que mucho honra al Ayuntamiento caraqueño, y con la cual se repara la ligereza de los cabildantes de 1865. Aquellos erraron al dejarse guiar por infame calumnia y peores juicios que corrían contra la conducta de Andrés Bello. No lo hicieron por mezquindad, sino cegados por un falso concepto de lealtad a la Patria. Precisa perdonarles el yerro y dejar en silencio sus nombres. En cambio, la justicia pide que se recuerde al Doctor José de Briceño, único que se apartó del criterio negador de sus colegas.

LA AUSENCIA DE BELLO[1]

Corre en un librín de humor, titulado *Primera parte de la curiosa historia del hallazgo del Pentateuco del Disparate,* una carta atribuida a Juan Vicente González, con ocasión del voto salvado en el Municipio de Caracas por el doctor José de Briceño, cuando el año de 1865 fue negado sitio en la casa de la Ciudad, al retrato de Don Andrés Bello. Aunque dicho documento carezca de autenticidad, viene como miel sobre hojuelas en la oportunidad de intentar una explicación de la ausencia sin retorno del Maestro inmortal, y justamente coincidiendo con la feliz derogatoria que el Municipio ha hecho de aquella desgraciada determinación antigua.

La carta dice:

«Mi querido doctor Briceño:

«Con vergüenza y regocijo que parecen contradecirse, por lo profundo de la una y lo exaltado del otro, he sabido de su noble actitud en nuestro triste Ayuntamiento, a la hora menguada de negarse sitio en él para la efigie de quien, desde la consoladora distancia que lo separa de esta tierra, célebre por sus ignominiosas revueltas, redime el nombre antes glorioso de Venezuela. Bien hizo el gran poeta en no regresar a este suelo infeliz, donde señalado por dedo mofador, hubiera sido objeto de sacrílega risa, o hubiera tenido que mendigar como Homero, o ir al

(1) Tomado de: *Antología del bellismo en Venezuela.* Pedro Grases; comp. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (Biblioteca Popular Venezolana, 123), 1969 (391 pp.) pp. 311–314.

destierro como Dante, o como Tasso verse encerrado en La Rotunda, a no ser que antes la miseria lo hubiese llevado a morir de hambre en un olvidado hospicio. Esto es Venezuela, mi querido amigo: madrastra inclemente de sus mejores hijos. Estuviera él rindiendo pleitesía a las fuerzas oscuras que dirigen los destinos sociales, y no digo se habría colocado su retrato en sitio primicerio, sino que sería, además, presentado como patrono del progreso que han pretendido representar los Larrazábales y los Alfaraches.

«El gesto de usted, en cambio, ha salvado el decoro intelectual de Venezuela, y por ello quiero felicitarlo con todo el calor de mi destrozado corazón de patriota. ¡Bello sin asilo en el Ayuntamiento de su ciudad natal! Sólo una racha funesta de locura como esta que envenena los espíritus presentes, puede explicar semejante conducta, digna de un país de cafres. ¡Qué desengaño para el anciano venerable! ¡Qué ultraje para la dignidad de la República! Usted, de raza ilustre, ha sido leal a las voces dormidas que esperan en vano mejores tiempos.

«Mi angustia es inmensa y no cabe a contenerla mi corazón hecho a soportar dolores. A los veinte años oí las voces ululantes del odio que proscribían de la Patria al inmortal Bolívar; ahora, cuando me acerco a grandes pasos al consuelo de la tumba, escucho el ladrido de los perros que niegan paso al hombre que ha consagrado su vida a honrar la América. Perdida tengo la fe en nuestro destino de pueblo, y como sombra fatídica me persigue la imagen anticipada de peores días en que se ofrezca, con júbilo de falsas glorias y a torpes agitadores del populacho, el sitio que hoy se niega al Néstor de nuestras letras. Quiera Dios librarme pronto de ver la aurora de semejantes días.

«Con el más profundo afecto, lo saluda y le desea ventura en medio de la miseria circundante, su afectísimo amigo y apreciador,

Juan Vicente González.»

Se había ausentado Bello de Caracas desde 1810, cuando fue a Londres para asesorar a Bolívar y López Méndez en las gestiones emprendidas cerca del gobierno inglés, con el fin de obtener ayuda para nuestra

independencia. Allá permaneció el grande hombre al servicio del país. Allá sufrió privaciones y angustias. «Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y de canas; y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí ni a mi familia nos espantaría, sino la mendicidad». Tal escribía el sabio en 1826 a su amigo el Libertador Presidente de Colombia. En vano esperó que se le mejorase de dotación; en cambio, Chile, con mirada rapaz, supo lo que el hombre valía, y le propuso trasladarse a Santiago con el goce de un salario que le librara de cotidianos apuros.

Cuando tardíamente Bolívar escribió su patética carta a Fernández Madrid, ya estaba decidido el destino del sabio. Chile, y no Venezuela, sería la nación afortunada que recibiera directamente los frutos de la sapiencia de Bello.

Es de imaginar que don Andrés, cuando tomó la ruta del Sur, pensaba volver algún día a Venezuela. La presencia de Caracas y de los amigos en su obra literaria y, especialmente en sus epístolas, denuncia la constancia de un afecto inquebrantable hacia la lejana Patria. Pero, es necesario intentar un análisis sereno en el espíritu de Bello, para concluir desvistiéndole cualquier sombra de desafecto echada sobre el ánimo del egregio varón por ligeros críticos.

De Venezuela en 1830 había sido arrojado el propio Libertador. A Santiago debió llegar esta noticia como acerado puñal que hiriera el corazón del ausente y lo previniese a peores impresiones. Un día del año 35, al desdoblar la prensa llegada en el último paquete, se impuso que Vargas había sido echado también por una revuelta en que se declaró que el mundo es de los audaces y valientes. En 1843 supo que el insigne Baralt se había partido al Viejo Mundo con el desaire de los poderosos, en razón de no haber acomodado su magnífica Historia a los intereses de los gobernantes. Con estos signos, ya sabía Bello lo que vendría después. En el silencio de su mundo interior, conversaba consigo mismo acerca del destino de su Patria nativa, y por nada hubo de espantarse ya cuando supo cómo los mismos hombres que el 24 de enero de 1848 prepararon el enjuiciamiento de Monagas y habían provocado el choque

entre el pueblo, representantes y soldados, se plegaron al día siguiente, por el miedo y la amenaza, ante la engreída voluntad del dictador en ciernes, que cruzó los brazos cuando se asesinaban las instituciones. ¿Qué tenía que hacer él en este mundo de intrigas y caídas que era y seguiría siendo el mundo venezolano? ¿Valdría algo su débil voz en medio del huracán de las pasiones y en medio de la confusión de las ambiciones desbordadas? Mientras más arreciaba la tempestad venezolana, más firme se tornaba, en cambio, el fundamento de su amable vida chilena. El sabía lo que le ofrecía su amada Patria. Cuando murió, Juan Vicente González, después de angustiosas reflexiones, declaró con la responsabilidad de su palabra iluminada: «Salvóse el Néstor de las Letras». Y se salvó, porque no regresó en cuerpo para su martirio en Venezuela.

Su obra fraguó a distancia de Caracas, pero en el corazón de la gran Patria americana. Para ella elaboró y enunció leyes que la guiasen en la relación internacional; leyes que protegiesen el convivio civil entre los hombres; leyes que ordenasen filosóficamente el pensamiento; leyes que ayudasen, en fin, a expresar con claridad y con fijeza ideas y sentimientos. Su destino de hombre americano tenía firme asidero y recio afinco en cualquier sitio del nuevo mundo, donde Rocinante, Sancho y Don Quijote tengan seguro pienso y sosegado sueño. Sobre lo continental, se sintió universal. El veía, en cambio, en su modestia, que al crecer su fama, estaba creciendo, también, la fama de su suelo natal. Y esa fama que enaltece a un continente, Caracas la pregona con orgullo. Jamás un hijo ausente devolvió mayor dádiva a la madre feliz.

LA AMISTAD DE ENRIQUE PLANCHART[1]

El se quedaba en el frío Norte de la América, yo emprendía viaje hacia la vieja Europa. En el aeropuerto de Montreal nos ayudaba a mi hijo y a mí con pesados abrigos creído de que le haríamos compañía durante algunos días. Hasta una hora pudimos conversar en el tibio restaurante. Lleno de inquietud por las cosas de la Patria lejana, escuchó de mis labios los detalles del drama espantoso montado por el ejército al desconocer las elecciones populares del 30 de noviembre de 1952.

"–¿De manera que tú eres hoy un desterrado?", fueron las palabras lentas y doloridas que Enrique Planchart pronunció al oír mi doloroso relato. "Yo, también soy hoy un desterrado, pero sobre ti, llevo la ventaja de serlo voluntario. Cuando me venga en gana podré asomarme al infierno de los odios venezolanos, con la facilidad de retornar a este frío refugio, donde mi soledad adquiere dimensiones espantosas, pero, donde vivo en paz y en silencio que compensan las otras fallas".

Para el aniversario de la esposa, Enrique Planchart regresó a Caracas. Fue a visitar la tumba de la amada muerta, pero la Muerte viajaba, también, con él. Sobre la propia nave que surcaba el maravilloso Caribe, se apagó la vida útil del excelente amigo, a quien mi recuerdo evoca con el grande afecto y el profundo aprecio que profeséle desde que anudamos amistad el año 1921.

Enrique Planchart fue tenido por hombre de pocos amigos. Espíritu selecto, construyó para sí un mundo hermético, poblado de sutiles

(1) Texto manuscrito inédito. Localizado en el archivo del autor.

visiones y ricos parajes. Fino poeta, pulcro prosista, tinoso historiador, acertado crítico de las artes plásticas, lector incansable de clásicos españoles y franceses y delicado anticuario, Planchart había ganado una elevada posición intelectual, por donde su palabra alcanzó ribetes magistrales. El andar lento, curvada la espalda y caída la cabeza, el color cetrino y el magro rostro, prematuramente encanecidos los cabellos, parco de palabras, huraño a los saludos, se le miró cruzar las calles de Caracas como a hombre enfermo y negado a la relación social.

Planchart, en realidad, sufrió la enfermedad de soñar y de pensar; mas, su pensamiento y sus sueños, lejos de mostrar huellas malsanas, se mantuvieron en esa forma risueña y saludable de cierto pesimismo, que sin negar el valor de las cosas, prefiere el sol que dora con sus rayos postreros las iluminadas orquídeas de las altas bardas, que al sol encendido de los ardientes mediodías tropicales. Amigo excelente, sabrá administrar la amistad.

"Es hombre de pocos amigos", decían de él todos los que le conocieron. Enrique Planchart se mantenía, verdaderamente, en un pequeño círculo amistoso. Tenía pocos amigos; pero, en cambio los suyos, como lo fue él mismo, eran verdaderos y permanentes. Adelantado desde joven al juicio certero de las cosas, Planchart supo distinguir entre la amistad y la mera relación social. No cayó jamás en la lamentable confusión de conceder trato amistoso al primer relacionado de insinuantes modos y palabras engañosas. El midió siempre la dimensión del valor amistad, y cuando lo intercambió con alguien, hízolo seguro de no trocar con una chimba la buena conversada que ofrecía al amigo. Cuidaba, como pudieron hacerlo Plinio, Cicerón, Montaigne y Merimée, el sentido oculto tras la desgastada palabra. Subiendo por la *amicitia* latina tan emparentada con *amare* y *kamare,* hasta la primitiva sánscrita *kam* contentiva de la idea de anhelo o de deseo, fácil es advertir un valor de impulso en el subsuelo conceptual de la voz amistad, que busca en otros terreno propicio para extrovertir la personalidad. Cuando la amistad se valora en esta dimensión social, cuando la amistad se toma como relación que complementa en otra u otras personas nuestra propia personalidad, se la aprecia por un algo muy diferente de la amistad pasajera, de la relación ocasional o durable, la comunicación interesada que constituye la trama inconsistente de la vida social.

La amistad fue para Enrique Planchart lo que de ella entendieron siempre aquellos pocos hombres que al ofrecerla se dieron o se dan a los otros en función de servicio y de comunicación rezumante de lealtad. Hombre de pocos amigos, sí lo fue Planchart, en razón de no haber confundido la amistad con el trato frecuente que promueve ora la comunidad de intereses, ora el interés de llegar a compartir con otros posiciones e intereses.

Entre los valores en crisis que sufre la actual Venezuela, pocos hacen cuenta de lo que significa el menosprecio de la amistad. Se ha dado en llamarse y tener por amistad los vínculos de mera simpatía o la circunstancia de coincidir las personas en determinado propósito de política o de negocio, por donde se ha pasado en la abarrancada conducta de ser olvidados, cuando la coincidencia concluye, aun nexos de relación social ayer formados al amor de la propia escuela primaria o en la intimidad de pasadas angustias.

Enrique Planchart huyó las vías de la amistad fácil y ligera para cuidar con esmero de vinicultor las soleras que dieron tono capitoso a los vinos de su mesa. Avaro de su interior, no se expone fácilmente a que el risueño advenedizo irrespetara los manteles donde él ofrecía la sal austera y el alegre vino a aquellos en quienes miraba espejos de fino alinde para el reflejo de su propia persona. Ese era su concepto de la amistad. Tanto la estimaba como valor social que cuidó de no recibirla falsa, para circunscribir, en cambio, un grupo de probadas relaciones.

Pocos amigos tiene quien los quiere buenos y constantes. Este no se verá traicionado a la hora imprevista de esperar correspondido el esfuerzo antiguo o el sacrificio generoso; para éste no habrá la decepción de mirar cambiada en indiferencia la obligada solicitud ni sonarán las palabras de estudiada excusa con que el traidor explica la alevosía de la conducta. El hombre que recogió su intimidad al grupo de probados méritos, libra en cambio, a la amistad del descrédito en que la meten quienes fungieron de amigos cuando sólo buscaron una intrascendente relación o cuando honradamente no tuvieron otra intención sino cultivar un nexo que tampoco buscó proyectarse en forma permanente.

A quien busque estas lejanas vertientes para explicar el alcance de la amistad, fácil es entender la razón por la cual Enrique Planchart fuera hombre de pocos amigos. Para defender el plano de su fecunda soledad, por nada huyó ser motejado de vanidad y de egoísmo. Se le sabía hombre de gustos delicados, ya en el arte de pulir el verso, ya en el juicio sobre la obra musical o el cuadro de arte; mas no buscan sus críticos ligeros el vínculo que hacen de la conducta de Planchart una monolítica unidad. Quienes censurábanle su aparente hermetismo ignoraban que si era agudo y fino para poner en letras castellanas un poema de Corbiere, y que si con logrado gusto de sibarita mezclaba a los grandes vinos de su mesa la tierna jalea hecha en el Cercano Oriente con rosas de Jericó, también en el orden interno de su vida perseguirá la unidad de gusto y selección. Las colecciones de arte, sus libros raros, sus versos de factura impecable, su tinoso decir sobre los secretos de nuestras artes plásticas, su don extraordinario de calentar la prosa para la evocación de nuestro pasado nacional, su amor devoto para todo aquello que tuviera impreso el signo de la cultura nacional era algo que se complementaba armoniosamente. Los versos, desde *Primeros poemas,* hasta los grandes poemas de sus últimos años –cargados todos de luz como los mármoles de la Acrópolis– dan testimonio, en tres pulcros tomos que aún no he visto, de la constante superación de un espíritu enamorado de la belleza con pasión helénica.

A la administración sirvió Planchart desde la Dirección de Cultura y desde la Dirección de la Biblioteca Nacional. El buscaba estar allí donde hubiese libros y donde pinturas y gredas dieran forma a un pensamiento de arte. Su mundo era el mundo de la Cultura, y cuando miró que ésta estaba ausente de la peripecia política, más buscó volverse sobre sí mismo como el torturado caracol. Esto no empecía para que se preocupase con dolor por los problemas de la Patria. Mas, en el fondo, Planchart carecía de fe en el esfuerzo que él mismo pudiera realizar al servicio de la política. Huyó la calle y la plaza para sólo servir a Venezuela en el mundo de las letras. En este campo su labor adquirió altos relieves. Por la lucha activa, sufrió la desgana de quien temperamentalmente sentía más la ofensa de la realidad inmediata, que el ímpetu de luchar por transformarla.

–Desgraciadamente en Venezuela son más los que siguen a los Vallenilla Lanz y a los otros seudo-sociólogos empeñados en revivir a Carujo, que a quienes como tú, se empeñan en empatar con las voces nuevas las palabras olvidadas de Vargas, de Toro, de Acosta, de Arévalo González. Fíjate, tú tienes que dejar por la fuerza a Venezuela; allá en cambio huelgan los ahijados de Pedro Carujo–. Esto me dijo el grande amigo cuando en Montreal, todo blanco como un sudario o como un lecho nupcial, nos vimos por última vez. Venía yo a vivir en Europa mi destierro político; vivía él su destierro electivo y su soledad de viudo en el pacífico y convivente Canadá. Para él ya cesaron por completo las angustias de la vida; para mí, sigue el peregrinar y el sufrir en tierra extraña, mientras nuevas y ocultas voces vengan a decirme que tienen aún contraeco y audiencia en Venezuela las palabras desesperadas de Vargas, de Toro, de Acosta, de Arévalo González...

Desde mi soledad de proscrito yo debía estas líneas a la memoria del grande amigo que no buscó muchos amigos y al escribirlas siento que en ella palpita la doble autoridad de quien supo apreciar la vida honorable, discreta y modesta de Enrique Planchart y de quien ha visto el deshielo de amistades innúmeras...

JACINTO FOMBONA PACHANO[1]

Jacinto Fombona Pachano, nacido en Caracas en 1901, tomó la literatura como pan de familia. Su padre, Manuel Fombona Palacios, fue poeta de alto numen, y doña Ignacia lució junto a las virtudes domésticas, una imaginación elevada y un estilo que le da puesto entre nuestras buenas escritoras; don Evaristo Fombona, el abuelo, escritor atildado a quien cupo animar la fundación de nuestra Academia Venezolana; Jacinto R. Pachano, el otro abuelo, fue poeta e historiador. Deudos le son también Alberto Zérega Fombona y Rufino Blanco Fombona, cuya dilatada labor honra la cultura patria. Fombona Pachano distínguese por la hermosura y sencillez de su versificación, por la delicadeza de los motivos y por el sello personal que sabe imprimir a su poesía. Hállase libre de los refinamientos vanguardistas que desvirtúan la obra de muchos poetas americanos, aunque la crítica severa, le haya objetado poemas de verdadero gusto y novedad como "Rumba la rumba", en que se exhibe poeta capaz de manejar todas las modalidades. El sabe apreciar el modernismo como una nueva agilidad prestada a la lírica decadente, y las formas nuevas, como expresión natural de la nueva conciencia artística.

(1) Tomado de: *El Heraldo.* Caracas, 6-2-1952, p. 4.

ESTE OFICIO DE ESCRIBIR...
(Bitácora)[1]

Encontré a mi amigo en el preciso momento de entregar al cobrador una nota de honorarios por la redacción del acta constitutiva y de los estatutos de una compañía anónima. El acta la había redactado sobre un machote, al cual agregó los datos particulares del caso. De igual modo obró en el arreglo de los estatutos. Cuando Ramón Díaz Sánchez y yo planeábamos nuestra editorial "Bitácora" en el año 1948, arreglé en la misma forma acta y estatutos durante el breve curso de una mañana. Mi amigo enviaba a su cliente una nota de honorarios por seis mil bolívares. Ya esto estaba convenido desde antes. Luego vendría el cheque con la buena plata.

Mi colega abogado cobra de acuerdo con la importancia de la empresa y en conformidad con el buen nombre que él se gasta en el mundo del Foro. Y le es abonada sin regateo la nota de sus honorarios. Esto es correcto. Ningún cliente tiene la ocurrencia de irse a consultar precios con tantos abogados como forman la lista de nuestro Colegio. Se respeta la fijación y se abona la cuenta. Los casos de retasa son otros. Todo esto está muy bien. El trabajo profesional, así aparezca tan simple en este caso, no consiste en el mero hecho de llenar un formulario y consultar unos cuantos artículos del Código de Comercio. El abogado cobra por sus seis años de Universidad, por sus cinco años de Secundaria y por sus seis años de Primaria. Cobra, también, por el nombre que se ha hecho y por la reputación de que goza.

(1) Tomado de: *El Nacional.* Caracas, 24-9-1952, p. 4.

Cuando, en cambio, se va donde Santiago Key-Ayala, donde Mariano Picón Salas, donde Enrique Bernardo Núñez, donde Arturo Uslar Pietri, donde Miguel Acosta Saignes, donde Juan Liscano o donde José Nucete Sardi en solicitud de un trabajo literario, se cree que con cien o más bolívares, si no con las meras gracias, queda muy bien pago el escritor. Para dictar un cursillo sobre nuestros aborígenes, pongamos por caso, Acosta Saignes tiene que trabajar mucho más de lo que trabaja mi amigo abogado cuando elabora un poder o redacta una escritura de compra-venta. Pero de éste nadie espera la gratitud ni la resignación con los magros bolívares que se ofrecen al escritor. El caso logra mayor patetismo si se piensa que con buenos abogados tropieza uno al volver las esquinas; con antropólogos, con críticos de arte, con ensayistas, con novelistas, con cuentistas, con historiadores es más difícil. Sin embargo, el trabajo de éstos no se estima. Tiempos hubo en que los escritores tenían que enviar sus libros con grandes dedicatorias a fin de ganar algún lector. Hoy se ha progresado algo. Ya el público hace al escritor la atención de pedirle sus libros. La gente reclama por no recibir libros del escritor de su amistad. "¡Qué negado eres; has publicado últimamente dos libros y no me has enviado ninguno!"

El escritor ha de trabajar de gracia. Todo su esfuerzo poco vale. Le quedan dos recompensas. Que un autorizado señor de años y posición social le alabe como bonito su último artículo o que cualquier quídam avance a contradecirle del modo más irrespetuoso. El escritor en sí, por sí, dentro de su propia libertad de conciencia, está condenado a vivir a tercia de ración. Para completar la vida, ha de alquilar un poco sus ideas ora por colaborar honestamente en empresa ajena, ora por prestar su pensamiento y su nombre a intereses que le son contrarios.

Publicar un libro es obra heroica en que nadie repara. Los editores que asuman la responsabilidad económica de una edición, no abundan. El libro criollo, dice nuestro librero, es caro, y no toma, consiguientemente, interés alguno en hacerle propaganda. Lo único caro que no se vende entre nosotros es el libro de autor venezolano. Por todo lo demás se paga el precio que fije el vendedor. No hay derecho, tampoco, a pedir imprenta barata en un país donde la sola cosa sin precio es el suicidio. Exagerará sus ganancias el impresor, mas entre nosotros todo anda

exagerado. Los niveles todos han alcanzado fabulosas alturas, menos el nivel de las letras. Los letrados siguen haciendo la cenicienta de la casa. El escritor de hoy, si bien no tropieza con las angustias de Juan Vicente González, no ha logrado económicamente el tratamiento a que tiene legítimo derecho. A Enrique Bernardo Núñez se le desahució del apartamiento en que vivía pobremente, mientras los preparadores de caballos de carrera gozan de garantías económicas. Este oficio de escribir es el único trabajo que no se paga. Perdura en todas las esferas el arbitrario concepto de que los hombres de letras viven del aire como las parásitas y que el trabajo literario no representa esfuerzo alguno. Imaginan algunos que el escribir es una diversión como jugar a la canasta o al dominó. Como don Miguel de Unamuno se entretenía haciendo pajaritas de papel que luego obsequiaba a los amigos, del mismo modo muchos presumen que el escritor se enfrenta con las blancas hojas de papel por mero divertimiento. Pedir a un escritor un artículo, una nota, una charla es como darle ocasión de que "se luzca". Tanto como pedir a una niña cursi que recite la *Sonatina* de Rubén Darío.

"El cura de lo que canta, yanta", es buen proverbio para indicar que tiene el sacerdote legítimo derecho a vivir del trabajo del altar. El escritor, en cambio, de lo que canta, llantea. Como tal, el escritor no tiene derecho a hacerse un *modus vivendi.* Lo que Mariano Picón Salas dijo de nuestra relación económica con Estados Unidos, tiene vigencia en el trabajo del escritor. *Modus moriendi* es lo único que puede asegurar entre nosotros quien pretenda vivir honestamente de la pluma. Pero, quizá sea preferible llegar a ese estado, antes que hipotecar convicciones y espíritu.

Cuando el escritor se convierte en su propio editor, como suele ocurrir entre nosotros, demás de no recibir paga por lo escrito, ha de perder el dinero invertido en la impresión del libro. El vicio de no pagar el libro, quizá en parte, tenga origen en una incorrecta protección que nuestras autoridades han dado a los escritores. No se pensó vivir de la pluma, pero se aspiró a publicar sin coste. Entonces el Gobierno, o el Jefe de turno –Guzmán Blanco, Andueza Palacio, Crespo, Castro, Gómez– se constituyó en mecenas. La mayoría de nuestros libros antiguos salieron

bajo el patrocinio del Estado. Y el público se acostumbró a que la obra nacional le fuese obsequiada. Aún perdura con parte de vigencia este sistema vicioso. Hay en realidad innumerables obras científicas y literarias que no pueden echarse a la luz sin el patronato oficial. Pero estas obras deben ser vendidas a bajo precio por las instituciones respectivas. Así resulta menor la propia inversión del Estado. Puede también, convertirse la protección oficial en un sencillo sistema por medio del cual determinados Departamentos, en especial el de Educación adquieran libros nacionales para el canje internacional de las Bibliotecas y para la dotación de las librerías de institutos y planteles públicos.

Pero, sobre todo, es necesario que el público recuerde que el escritor es un obrero que necesita como cualesquiera otros la retribución de su trabajo. Ni al zapatero, ni al panadero, ni al herrero se le pide a título de amigos que nos regale su trabajo. Tampoco se le pide al abogado, al ingeniero, al médico que renuncien sus honorarios en razón de la amistad. Al pintor no se le reclama porque deje de enviarnos sus últimos lienzos. Menos al joyero se le piden sus alhajas. Ellos tienen una profesión y un oficio para vivir. El escritor, si bien renuncia en parte al derecho a la riqueza que aseguran otras actividades más fáciles y de menor categoría, tiene completo el derecho de aspirar a los medios de subsistencia. En cambio, es visto por muchos como gente ociosa que escribe para matar el tiempo.

BELLO, MAESTRO DE ESCRITORES
(Limaduras)[1]

Después de larga y recia tenida oratoria, ante diversos sectores de Caracas y otras poblaciones del Distrito Federal; después de hablar con el pueblo que hoy medita su deber ante el destino institucional de la República, viene a serme por demás grata esta amable pausa que me depara la Asociación de Escritores, al ponerme frente a frente, para su alabanza, con la figura toda serenidad, toda dulzura, toda bondad del Patriarca inmortal de nuestras Letras.

Audacia mucha hubiera sido tomar como Patrono de los hombres de letras venezolanas al propio Libertador, puesto que si en verdad Bolívar puede y debe figurar en sitio primicerio en todas nuestras antologías literarias, también es cierto que en él no se mira el escritor que llegó a serlo a través de un proceso metódico, sino el genio incomparable que expresaba sus grandes pensamientos en formas de excepción. No se conjugaron en él, como en el caso de Xenofonte y de Julio César, el escritor y el guerrero. No sufrió en la juventud la disciplina retórica para lograr esas cláusulas maravillosas, que ora invitan a la ternura como en la carta a la Gloriosa; ora crispan el ánimo ante la visión tremenda del incendio y de la muerte, como en el ultimátum a Juan Jurado; ora llaman a serena y profunda meditación filosófica, como en el Discurso de Angostura. Bolívar no aprendió a pintar esos cuadros sobre modelo alguno. En Bolívar, a compás que crecía su responsabilidad, crecían,

(1) Leído en la Casa del Escritor el 28 de noviembre de 1952. Tomado de: *El Nacional*. Caracas, 30-11-1952, p. 30.

también, espontáneamente las facultades creadoras. Ningún historiador lo dice, pero yo me atrevo a asegurar que a la hora apresurada de herrar las cabalgaduras del triunfo, él, en la fragua ambulante del ejército, se convertía, también, sobre el yunque chispeante, en Vulcano poderoso. Bolívar, como domador de la necesidad, improvisaba los medios que pudieran conducirle a la victoria.

Andrés Bello, por lo contrario, era el genio de la paciencia. La luz que iluminó su estilo no le bajó del cielo, como a Bolívar, en forma de relámpago. El mismo había fabricado su candil, él mismo había purgado su aceite, él mismo había tallado el pedernal. Frente a su propia casa, bajo el dulce consejo de Fray Cristóbal de Quesada, comenzó de niño con el Latín y la Gramática. Cuando la campana del claustro llamaba la comunidad al rezo, Bello trasladaba su estudio a las frondas sombrosas que bordeaban el Catuche. Al nutrir su espíritu con el aroma y con la luz de los campos amenos, nutría a la par su inteligencia con las buenas letras. Cuando llegó a la vieja y sufrida Universidad de Santa Rosa, ya sabía tanto latín como para ser cabeza de su curso. Era en verdad un latino, como en aquel tiempo se llamaba a los hombres cultos. Hoy, en cambio, a ciento cuarenta años de la Universidad de Bello, la ciencia y la cultura nacionales se empeñan en ser cultura y ciencia romancistas, como entonces se llamaban los curanderos y pleitistas que no habían saludado la Facultad.

Para los escritores venezolanos debiera ser ésta la mejor y principalísima lección que tomásemos de Bello. Simple y modesta lección de paciencia, de humildad, de trabajo, de confianza, que está clamando en todos los órdenes de su existencia el pueblo venezolano. Nada ganamos los escritores con erigir por nuestro patrono a Bello, si contradecimos abiertamente sus cualidades cardinales de cultor de las letras. Hablar con subida frase del Bello filosófico, del Bello poeta, del Bello jurista, de Bello filólogo, no pasa de ser una vanidad intrascendente, cuando los pregoneros de la gloria del Maestro inmortal no han intentado trabajar los instrumentos que dieron a Bello el pináculo del saber de su tiempo y la gloria perdurable de ser visto como la máxima expresión intelectual de un continente.

Al signo de la presunción que distingue el curso general de nuestro discurso público, precisa oponer el correctivo que ofrece la vida ejemplar de Andrés Bello. Aun grandes figuras de nuestras letras de ayer y de hoy carecieron y carecen de la virtud que llevó a Bello a detenerse a la entrada de aquellos caminos que no se creyó capaz de dominar. Patrono por el contraste, como los concupiscentes que queriendo ganar virtudes se proponen de abogado a los heroicos varones de la austeridad cenobítica, nosotros, como hombres de letras, debemos tomar de ejemplo la vida de Bello escritor. Desdoblando su conducta, estamos de una parte en la obligación de seguir el método de que se valió para alcanzar el dominio de su instrumento de expresión e imitar la constancia y la diligencia que puso al servicio de las ideas de que iba a colmar la forma literaria; mientras, de otra parte nos obliga su conducta de ciudadano a no poner la pluma sino al servicio de la cultura y al servicio de la dignidad del hombre.

Severo filósofo, Bello amó profundamente la República. En su mesa de trabajo, como en la mesa de Beethoven, ninguna figura luciera más al propio como el busto severo del viejo Bruto, a cuyo aliento empezó a vivir la República romana. El era de la madera de Catón. Tanto como a Léntulo y a Craso, detestaba a los Tarquinos, y si los Gracos y Espartaco lo llamaban a la reserva con que su espíritu semi-conservador miraba las conmociones populares y el desenfreno demagógico, en cambio, no se apartó jamás de la idea que enseña como los gobernantes deben estar limitados "en el ejercicio del poder por saludables trabas, que impidan y corrijan el desenfreno y el abuso, de donde quiera que aparezcan".

Las trabas que Bello solicitaba para el hombre en función de magistrado, las pidió, también, para el hombre en función de maestro y de escritor. Semánticamente coinciden los vocablos. El clásico *magíster* es raíz común de maestro y de magistrado. Por ello, el maestro también gobierna y el magistrado también enseña. La conjunción de ambas actitudes sería la fórmula más cierta para salvar a los pueblos. Si el magistrado no enseña en realidad la letra de las cosas, enseña las cosas de las letras. Lincoln fue profesor de dignidad humana tan alto como Emerson. Vargas, fundió, en hora feliz de nuestra Patria, la cátedra con el sillón de gobernante. Si nosotros no podemos dar a Bello el gobierno

material de la República, demos vida a sus ideas para que gobernando nuestros pensamientos, afloren mañana en realidad positiva en el área de nuestra vida social.

En el orden, que fue vértice del edificio moral e intelectual de Bello, se conjugaban todos estos recios valores. No fue como escritor un amañado censor de solecismos y de barbarismos. A las deformaciones de la lengua, él daba valor secundario ante las deformaciones de la propia conciencia de los hombres. Miró el instrumento literario en toda su misión mágica de vehículo de los espíritus. No trabajó el idioma para el deleite de la contorsión artística, sino en pos de la claridad y de la precisión que le dan mérito en orden a la comunicación de los individuos. Un estilo hermoso, destinado a la divulgación de pensamientos contrarios a la rectitud y al respeto que reclama la sociedad, se le hacía a Bello cosa parecida a vasos sagrados destinados al beodo festín de la impureza.

En razón de la autoridad perpetua que ejerce Bello como señor del pensamiento y del idioma, los escritores hemos tomado su día como nuestro propio día. En él hemos querido festejar el trabajo disperso, ora brillante, ora sencillo de quienes hemos consagrado nuestra principal actividad al cultivo de las letras. Algunos, acaso, sientan compensada su insuficiencia por la gloria universal del Maestro. También hay ciudadanos que, sin meditar su deber con Venezuela, se sienten con derecho a vacaciones cívicas a cuenta de la gloria de Bolívar. Nuestro deber es otro. De Bello no podemos servirnos como de clara luna veneciana para mirarnos, con mirada engañada de presuntuosos. Espejo, en cambio, que desdoble nuestra faz, como esos espejos de las ferias populares, debemos mirar en Bello nuestra desnuda insuficiencia. Con meditar su vida y su método de trabajo, tenemos para comprender las fallas grandísimas a que nos ha conducido el precipitado anhelo de llegar antes de que sonase nuestra hora. Por eso, la República sufre el amargor de los frutos que maduraron sin haber recibido toda la savia y todos los sabores que debió darles el nutrimental ramaje. Frutos desgajados por la vanidad, el engaño y la presunción, han sido los frutos ofrecidos como expresión de cultura y como símbolos de creación social. La deficiente calidad de la cosecha indica por sí las condiciones dudosas de quienes han cuidado el gran árbol de la República.

Sin pedírseles, Bello nos da las normas eficaces de creación, con las cuales podemos hacer de su propia obra un tesoro experimentado de saberes. El se dolía en Chile de la imperfección del instrumento literario común. Se dolería, también, entre nosotros de igual falla. Pero más dolor recibiría el Maestro de la dignidad de las letras y de la dignidad del espíritu, por el uso desapropiado que nuestros escritores de ayer y de hoy han hecho de su capacidad para escribir.

Como las buenas drogas, la literatura tiene usos dedicados al esparcimiento, a la enseñanza y a la elevación del alma del pueblo. No se la puede utilizar como excipiente que sirva de vehículo a propósitos dolosos. Más que obra recoleta de joyero, que pule piedras y enhebra filamentos de oro para regocijo propio, el escritor tiene una función social. El Rey Sabio conceptuó dignos de amor y de honra, por parte de los señores de la tierra, a los "maestros de los grandes saberes, por cuyo consejo se mantienen e se enderezan muchas vegadas los reynos". Maestros de "grandes saberes" deben mostrarse ante el pueblo escritores y poetas. En sus manos tienen el instrumento llamado a guiar la fuerza de las máquinas y la dirección de las espadas que garantizan el reposo de los pueblos. Por medio de la pluma se hace sensible el pensamiento que busca el brazo capaz de concretarlo en hechos creadores. El mundo vive hoy la tragedia dolorosa de mirar cómo la pluma se rinde al burdo servicio de la máquina que, con sacrificio del hombre de trabajo, produce el capital que corrompe los manaderos de la justicia, o se encamina deslealmente a torcer la correcta intención de quienes tienen la nobilísima encomienda de resguardar las instituciones republicanas.

Para unos y para otros dejó normas el Maestro inmortal. A la pluma que envilece por la lisonja los nobles sentimientos del pueblo o los impulsos severos del magistrado, aplicó el correctivo de su alerta; a la pluma mercenaria, vendida a intereses contrarios a la Patria, condenó como azote de la sociedad. En cambio, para el escribidor de pasquines y de anónimos, para el intruso miserable, que luce en público aparentes ribetes de cultura, mientras a la sombra protectora del crimen, destila en forma cobarde su hiel y su veneno, para ese engendro inmoral de bandolero y de plumario, Bello impetró perdón al cielo. Cuando en la

maravillosa imitación de Víctor Hugo, pide a la hija dulce que ore por aquel

que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel,

no sólo pensaba en José Domingo Díaz, en Casa León y en el Tuerto Mérida, sino en todos los libelistas y anonimistas que habrían de llenar de sonrojo nuestra historia literaria y política. Piedad pidió Bello, con cristiano sentimiento para esa fauna infeliz que escuda tras la irresponsabilidad el criminoso intento de destruir reputaciones o de saciar la envidia incontenida. Piedad hemos de pedir también los que somos testigos y víctimas de la dolorosa presencia del pasquín, como arma enderezada a combatir a quienes hemos asumido conducta responsable en el orden de la sociedad. Si no en el "memento de los vivos", sí en el "memento de los difuntos" debemos tener un generoso recuerdo para estos muertos, morales, a quien el sepulturero no ha hecho aún la caridad de revestirlos de la merecida tierra.

Todo lo puede enseñar Bello al escritor que mira su vida y su obra con sentido de búsqueda creadora. Esa maravillosa función didáctica sirve para compensar el ingrediente de fariseísmo que Mariano Picón Salas halla en la anual conmemoración del Patriarca de nuestras letras. Esa enseñanza está viva y de ella pueden derivar frutos inmensos nuestro pueblo y nuestras letras...

EVOCACION DE EDUARDO CARREÑO
Varón de letras[1]

De la última carta que escribí a Eduardo Carreño no alcance respuesta. Acaso por entonces ya estaba tomado del mal que lo llevó a la tumba. Su muerte la supe con la tardanza que para mí suelen tener las noticias de la Patria. Al comentarla en carta para el inmejorable Lucho Villalba, hice a éste algunas consideraciones acerca del poco tino que, a pesar de la experiencia, tiene la vieja Parca en el escogimiento de sus elegidos.

Con Eduardo Carreño pierdo uno de mis más viejos y más leales amigos caraqueños. Pierden con él, también, nuestras buenas letras un elevado poeta, un pulcro estilista, un ágil crítico, un consumado anecdotista, un profundo conocedor de los secretos del idioma.

Eduardo Carreño era algo placentariamente unido a su Caracas nutricia. El mundo espiritual de nuestra egregia y desfigurada ciudad aposentada con holgura en el alma generosa, profunda, sin fronteras de este hombre de sonrisa triste y silenciosa alegría. Carreño, más que las sinfonías majestuosas, amaba la música discreta que se recoge en amorosa cámara. Al soneto altivo, de yámbicos sonoros, prefirió el sonetillo leve, de dormida música. A la oda de altivo pie, antepuso la balada serena. La Historia con dato y comentario ampuloso, la puso de lado para cultivar la rápida y penetrante anécdota. Sabía él, con Litton Strachey, que una anécdota bien formada, así no responda a un hecho cierto, constituye dato psicológico de mayor penetración que muchas memorias. La

(1) Tomado de: *[La Nación]*. Guayaquil, 5-3-1954.

anécdota, decía el padre de la biografía moderna, recoge y sintetiza actitudes expresivas del carácter de los personajes. Carreño dedicó largos años a juntar y depurar hechos anecdóticos de nuestros grandes personajes de la política y las letras. Sobre los datos de Carreño se pueden construir esquemas característicos de muchos venezolanos ilustres.

Si Carreño, pese a su humildad y sencillez, se hizo sentir en el mundo de las letras venezolanas, supo dejar, también, impronta firme en el orden social por sus inmejorables cualidades de hombre. Si bien su labor recogida en libro es relativamente poca, en cambio, su obra de literato es extraordinaria. A instancia de sus múltiples amigos, publicó en 1943 una primorosa colección de poemas, bajo el nombre de *Estancias*. Sus escarceos críticos, publicados en la prensa bajo el pseudónimo de Pascual Cordero, no llegaron a salir en libro. En cambio, ¡cuánto libro aparece hoy con líneas de pureza porque Carreño limpió el estilo del autor! En el orden oficial, aquellos buenos documentos y aquellas finas y decorosas notas que suscribieron Gil Borges, Itriago Chacín, Parra Pérez, como Cancilleres de la República, tuvieron el oportuno retoque estilístico de Carreño. Discretos discursos, finas notas, acertados prólogos dichos o calzados por buenos escritores, ¡cuántos fueron obra callada y generosa de Carreño! ¡Qué de notas oportunas sobre la obra de los jóvenes escritores publicaron revistas y periódicos, y eran obra suya! De fina estirpe espiritual, cultivaba las claras virtudes que dan signo de distinción efectiva a los hombres. Fue sencillo, amable, humilde, generoso. Huyó los sitios expectantes y persiguió el penumbroso rincón propicio a la meditación fecunda. Mientras otros en su ímpetu figurativo rompían jerarquías y medraban caminos para exhibir falsos méritos, Carreño esquivó los sitiales encumbrados. Más de una vez la Academia Venezolana lo buscó para que ocupase el sillón que en ella lo esperaba. Carreño sin gesto alguno declinó el honor. Jamás se afanó por hacerse al prestigio de un nombre. Buen filósofo, sabía que la personalidad es uno de esos valores que se logran cuando no se les persigue. Por donde, sin afán algúno, sin empeño estéril por ganar un sitio en la sociedad, llegó a merecer el par con los más encumbrados representantes de nuestro mundo cultural.

Cuando en 1921 gané el conocimiento de Carreño, aún sobre su espíritu volaban marchitas las hojas arrancadas por el vendaval que arrasó su hogar. En la soledad de su vieja casona, entre las encendidas parásitas de su pasión floral, flotaban los crespones caídos sobre el lar amado, cuando la llamada gripe española le dejó sin madre y sin hermanos. Alguien me dijo que antes Carreño había sido hombre festivo. Cuando lo conocí frisaba con los treinta y cinco años y era ya hombre de apariencia triste. Su vino no era ya el vino alegre del banquete platónico, sino el vino triste del altivo pasajero. Minerva pidió a Afrodita el don de la sonrisa para Pandora y su linaje. Sin embargo, los hombres no alcanzaron la felicidad hasta tanto Mnemosine envió a la tierra las tiernas Musas que enseñaron a los hombres la gracia de las lágrimas. Sin sufrir, los seres humanos son como estéril campo donde no arraigan generosas plantas. La palabra tribulación, dice el Padre Rivadeneira, deriva de voz latina que designa el instrumento usado por los agricultores para limpiar el campo sembradizo. El dolor, la soledad, el silencio aquilataron el mundo interior de Eduardo Carreño, hasta hacer de él un verdadero varón de elección.

Devoto de los clásicos, aquilatado su gusto en la constante lectura de los maestros del Siglo de Oro, miró también con devoción ejemplar la obra literaria de nuestros mayores de ayer. Eduardo Carreño ponía un amoroso deleite en el estudio y difusión de nuestro pasado nacional. El consideraba como médula de lo nacional la formación de una cultura que expresase el sentido histórico y presente del pueblo. Así la cultura esté enrumbada a la conquista de valores universales, Carreño sabía que sólo puede producirse aquélla como obra de una comunidad consciente de sí misma en el orden del tiempo y del espacio.

Venezolano eminente, sentía con dolor y orgullo la carga moral de la Patria. Buen americano, holgaba con los tesoros de la cultura producida en otras porciones de nuestro mundo hispanoamericano. Su inclinación por lo clásico, lo llevaba a abrevar con deleite en los grandes maestros de la cultura colombiana, donde él decía que se había refugiado el espíritu de Bello, negado por su patria de origen. Don Miguel Antonio Caro, don Marco Fidel Suárez, don Rufino Cuervo y don Antonio José Restrepo tuvieron en su espíritu un culto igual al que rendía a Toro, a Juan Vicente González y a Cecilio Acosta.

En silencio, agobiado de angustias interiores, sintiendo con fina epidermis lo que otros celebraban con hedonista satisfacción, Eduardo Carreño disimulaba su paso a través de nuestra babilónica e indiferente capital. Quien no lo conociera, jamás podía intuir que aquel hombre de aspecto desaliñado y andar pausero y torpe, pudiese llevar en su interior un mundo ofuscante de músicas y luces. De saber quién era, fácil habría sido al transeúnte comprender por qué a cada esquina o a cada veinte pasos de su marcha, el viejo Carreño era detenido por alguien que pedíale respuesta para alguna inquietud literaria o complemento para una imprecisa noticia sobre historia caraqueña.

En las redacciones de los viejos periódicos la llegada segura de Carreño era recibida con alborozo por columnistas y poetas que, dudando de la exactitud de un giro o de la precisión de un acento, esperaban la consulta con el maestro indiscutido. A todos atendía con devota y humilde diligencia el generoso amigo, quien en seguida solicitaba para su nota o su poema la mirada fresca de los amigos que acababan de consultarle. Así Carreño mostraba su genuina sencillez, su acusada humildad, su deseo inquebrantable de permanecer en sí mismo. Nada temía tanto como que se le creyese poseído de conciencia magistral.

A bien que ningún escritor venezolano niegue los grandes méritos del poeta desaparecido. Tampoco es negable la calidad excepcional del hombre. Si nuestro país, y el mundo todo, reclama hombres de finos saberes como Carreño, pide a gritos hombres buenos como fue también el amigo extinto. Nosotros, más que falsos grandes hombres, necesitamos genuinos hombres buenos. La grandeza es título que se regala entre nosotros con generosidad inconsciente. Sí hemos tenido, en verdad, grandes hombres. Tuvimos nada menos que a Bolívar. Tuvimos, también, durante la república a José Vargas, a Fermín Toro, a Cecilio Acosta, a José Gregorio Hernández. Durante la Colonia, Caracas vio nacer a Miranda, a Simón Rodríguez, a Andrés Bello. Muchos han pretendido la grandeza por falsos caminos. Otros la han recibido de ligeros apologistas, que descuidan el sentido de los vocablos. El grande hombre, sin que él mismo lo advierta, se hace a través de un proceso de darse a la comunidad en obras de excepción. Para ser hombre bueno funciona más la voluntad que la circunstancia. El hombre bueno cultiva

las fáciles virtudes que hacen grata la relación social. Nadie necesita ser héroe para cumplir con las sencillas condiciones que impone la amistad, la lealtad, la generosidad. Sobre la armazón de los hombres buenos se levanta el andamiaje de los pueblos felices. Ser un hombre bueno es ser un hombre. Eduardo Carreño probó hasta la saciedad el valor de esta amable y noble clase de ciudadanos. Con fe humilde creyó ciegamente en el poder creador de la virtud. Jamás habría hecho suyos los versos desesperados de Eurípides que Bruto invocó tras la derrota de Filipos. De esta clase de hombres quedan muchos, muchos aún en Venezuela. Hombres buenos que viven vida callada en Caracas, en Valencia, en Mérida, en Cumaná, en Altagracia, en Upata. Sobre su bondad se apoya el sufridor de la República.

Con Eduardo Carreño pierdo yo un grande, noble, leal, generoso amigo. Muchos no saben lo que es perder un amigo. Otros saben lo que es perder amigos que aún no han muerto para la vida física. Es más dura, más amarga, más desoladora la necrología que se escribe sobre la tumba de estos muertos aún con vida aparente. Con la desaparición de Carreño hallaré vacío un puesto más a la mesa de la confraternidad literaria. Ayer Enrique Planchart y Julián Padrón. Ahora Eduardo Carreño. Amigos fieles, hombres completos a quienes no movían las circunstancias. Siempre vivieron en trance de cumplir su deber. Para ellos se han abierto las puertas del mundo de la paz. Yo, así esté lejos de mi mundo de afectos,

...je resterai parmi ceux de la ville
Qui parlant et cut vont!...

DOMINGO MARTINEZ NO REGRESARA A CARACAS
(Virutas)[1]

Mientras leo una vez más el poema inmortal de Chenier "La Joven Prisionera", prensa de Venezuela me trae la triste noticia del fallecimiento de Domingo Martínez. El poeta de treinta y un años sentía sobre su cuello la sombra próxima de la guillotina y rechazaba la idea de la partida inmediata. "Yo no quiero morir ahora. Puedes aguardar, Muerte".

La Muerte infiel se llevó a Chenier cuando su sonrisa tenía de regocijo las almas desesperadas que tropezaba en su juvenil camino. En cambio, a Domingo Martínez la vida le dio un extraordinario poder fáustico. Venciendo privaciones, climas insalubres, pobrezas atroces, el poeta dobló los setenta años, con tanto vigor y tanta fe en la vida como para lucir en su cámara mortuoria dos lacrimatorios de fragilísimo cristal donde lloran los ojos entristecidos y asustados de sus hijos de cortos años.

Más de una vez, mientras vivía el poeta, yo quise poner de presente a las nuevas generaciones la existencia extraordinaria de Domingo Martínez. En 1923 –hace treinta años– el vate taciturno abandonó a Caracas y se fue tierra adentro, para vivir como hombre rústico, a orillas del Arauca, la última fase de su bohemia singular. Después, anduvo de pueblo en pueblo, entre obreros y gente sencilla, hasta que en 1944 yo logré incorporarlo a la vida urbana en la capital de la opulenta Guayana. Caído

(1) Tomado de: Indice Literario de *El Universal.* Caracas, 8–10–1952, p. 4.

en las Leyes con que abastó su mente durante la vida universitaria, sobre las cenizas del poeta se levantó la imagen amable y austera del juez, y Upata lo miró como dispensador de justicia excelente.

A orillas del rumoroso Yocoima, cuyos misterios fortificantes buscaba para su alegría el discreto Fausto, murió en silencio Domingo Martínez. Amó como nadie la belleza; quiso para su vida el noble ornamento de la libertad civil; deseó para la Patria los beneficios de la paz útil, donde la independencia se hace campo; cultivó la amistad con el sentido martiano de la nobleza. Sus amigos de generación pudieron haber saboreado el aplauso del triunfo o haber gustado el abundoso vino del festín palaciego. Martínez, como el silencioso caracol, se volvió sobre sí mismo, no en afán egoísta, sino en empeño de defensa de su espíritu libre. Poeta secreto, ya no cantó más. Su mundo interior, en cambio, estuvo permanentemente poblado de imágenes poéticas. Los arpegios que no desarrollaba sobre el frío teclado del piano abandonado, sonaban dentro de su espíritu como música constante.

Ni en calles, ni en plazas, ni en estrados vio propicio sitio para la ciudadanía integral. En el fondo de sí mismo oyó, en cambio, la voz de Lazo Martí –como él, poeta torturado–, que lo llamaba a desertar el festín de la capital insana, y en el fondo de su alma miró la pampa ilímite, donde bien podía correr el corcel de la libertad. Treinta años de destierro de Caracas vivió quien añoraba los suaves tintes del Avila sagrado con la misma angustia con que los judíos de la Diáspora añoraron las murallas de la ciudad sagrada. En su juventud fornida tuvo ímpetus rebeldes y sintió la solidaridad de la cultura. Cuando Rufino Blanco Fombona fue encarcelado el año 1909, Domingo Martínez firmó con un escaso grupo de siete intelectuales más un altivo documento en que se pedía al Presidente Gómez la libertad del grande escritor. Al frente de "Cantos de la Prisión y del Destierro" figuran los nombres de los escritores que tuvieron ánimo en punta para expresar un sentimiento de solidaridad con el compañero perseguido.

En Caracas no habrá hoy laudes para el poeta y para el hombre que huyeron la liviana lisonja de la capital. En medio de la bacanal no hay tiempo para meditar en las vidas sin éxito. Aún los hermanos de sangre

desdibujan en la alegre fiesta la memoria del desterrado. Pocos recordarán los ojos tristes y la melena hirsuta del poeta Luis Yépez, Perán Ermini Luigi, Eduardo Arroyo Lameda, José Nucete Sardi, Luis Valera Hurtado, seguramente tengan un pensamiento leal para el sufrido cantor de "La Sortija" y "Autognosia". Un pensamiento leal para el artífice que pulió con pasión y regusto de joyero sus versos magníficos. Un pensamiento para el hombre bueno, para el ciudadano discreto, para el patriota sufrido que labró en el fondo de sí mismo, una caverna misteriosa donde vivió alejado de la vanidad, de la falsía y de la traición con que se urde el cañamazo de nuestra vida cuotidiana.

Más que por su obra poética dispersa y olvidada, Domingo Martínez ha de recordarse por el ejemplo de su evasión dolorosa, por el esfuerzo de salvar su independencia interior a través de una obscura y angustiosa vida de solitario. Quien en horas juveniles amó la pompa, el vino , el arte, las mujeres, con señorío igual a los artistas del Renacimiento, terminó refugiado en la tristeza de los pueblos, en plática amable y deleitosa con gente sin letras ni vanidad pecaminosa. Kempis laico, a quien en sus últimos momentos sonrieron la Virgen y los ángeles, Domingo Martínez expresó la profunda tragedia del que prefirió la dignidad a los deleites, a tiempo que ejemplificaba la crueldad de un sistema social que menosprecia la inteligencia altiva para premiar la voluntad de fácil quiebra.

Madrid, 1954.

EL GENIO DE VICTOR HUGO
La inmensidad contradictoria[1]

Con su "Olympio ou la Vie de Víctor Hugo", que adorna actualmente los escaparates de las librerías, André Maurois nos regala uno de sus mejores ensayos biográficos. Sin desmejorar el "Disraeli" ni el "Byron", yo diría que éste es el mejor trabajo en torno a una vida que ha elaborado el maestro francés. Cierto es, ante todo, que el tema escogido es nada menos que la vida de un hombre excepcional.

Francia miró las águilas del genio hacer nido en la cabeza de Víctor Hugo, como las había visto anidar antes en el espíritu sin fronteras de Rabelais. La genialidad de Napoleón, imposible de ser negada, corresponde a otro tipo de valores. Los genios de la guerra reclaman una apreciativa mucho más complicada. En el orden de los valores positivos de la cultura, Bonaparte apaciguó y difundió la revolución burguesa del Siglo XVIII. Su actitud aparentemente anti-revolucionaria, por lo que mira a la República, sirvió, en cambio, para asentar y distender los frutos primarios del triunfo de la burguesía. Más que el Derecho público ganó el derecho privado. Más que la justicia social ganó la justicia individualista. En el campo de la guerra, y así se diga que en Austerlitz –su mejor batalla– no fueron cumplidas sus órdenes, la genialidad se presenta con relieves momentáneos de alegría dionisíaca. Cuando las guerras no liberan –como liberaron en América las guerras de Washington, de Bolívar, de San Martín– sólo tienen saldo positivo a través de una peripecia contraria en el área del espíritu. De las guerras,

(1) Tomado de: *El Tiempo.* Bogotá, 7-10-1954.

en general, lo permanentemente valioso viene a constituirlo en última instancia el saldo de dolor a cuyo reclamo se despiertan las vivencias de religiosidad dormidas en el espíritu humamo. Sobre el espíritu de Francia y sobre el espíritu de Europa la revolución obró como fuerza catalizadora a cuyo impulso ganaron cauce los sentimientos vagos, generosos, sutiles, dolientes, evocadores del romanticismo. El dolor engendrado por las batallas suscitó la explosión de los románticos. La misma fuerza material que había empujado los cañones de Bonaparte tomó signo contrario para dar impulso a la envergadura del Pegaso de Víctor Hugo.

El genio se inserta en el destino permanente del hombre que piensa. Esquilo, Platón, Virgilio, Isaías, Miguel Angel, Leonardo, Cervantes, Shakespeare, Beethoven son valores constantes en el arco del pensamiento universal. A esta categoría de privilegiados pertenece Víctor Hugo.

La inmensidad contradictoria del genio de Hugo es el tema fundamental del ensayo de Maurois. Esa mezcla de fases opuestas que parecieran negarse entre sí mismas, es el tema de la fina investigación del biógrafo. Con agilidad y perspicacia suma y con apoyo en preciosos textos inéditos, el escritor pinta cómo el Víctor Hugo prudente y económico, fue a la vez generoso; cómo el adolescente casto y el padre de familia modelo, se convirtió en el anciano faunesco; cómo el legitimista se transformó en bonapartista, para llegar a ser más tarde uno de los más poderosos pilares de la República; cómo el sublime pacifista cantó mejor que nadie los estandartes de Wagram; cómo el antiguo burgués que desdeñaba la democracia, se convirtió en el más fogoso apóstol de la justicia del pueblo y de la libertad de las naciones.

A través de un certero examen de la vida del grande hombre, Maurois presenta el cambio, a veces brusco, de las actitudes de Hugo. Desde el hogar paterno, donde luchaba el bonapartismo del General Hugo y el republicanismo voltairiano de Sophia Trébuchet, se anuncia el proceso contradictorio de esta existencia extraordinaria, a la que faltan días, a pesar de los ochenta y tres años vividos, para dar sueltas a la tempestad de los pensamientos y para dar satisfacción a los reclamos del sátiro indomable.

A un siglo de los funerales aparentes del romanticismo es grato escuchar la voz, ora dulce y tierna, ora encendida y rugiente, de este genio magnífico, que se sentía más cercano a las ideas progresistas a medida que las canas cubrían de nieve el volcán de su cabeza portentosa. Mientras otros regresaban a posiciones cómodas, él arriesgaba en aras de la justicia su bien ganada paz. En el Parlamento de 1849 se enfrentó con Montelambert para decirle cómo hubo un tiempo en que empleaba mejor su talento. Entonces defendía él a Polonia, "como yo defiendo hoy a Italia. Estaba él –agregaba– con los oprimidos. Ahora le va mejor estar con los opresores. Yo en cambio, estoy al lado de quienes sufren la opresión". El destino político-filosófico de Víctor Hugo estaba definido en 1850. Nada le importaba ya el uniforme verde de académico, ni el vizcondado en él recaído a la muerte del hermano Eugenio, ni la inválida dignidad de Par de Francia con que lo había engalanado la decrépita monarquía. Víctor Hugo escuchaba otras voces. El golpe de Estado de 2 de diciembre le encontró con el pueblo. Sus amigos estaban más cerca de Juan Valjean que de los plegadizos burgueses que rodeaban al pequeño Napoleón. Se sentía unido en función placentaria con el pueblo de Francia y salió a buscar en tierra extraña aire puro para tonificar su conciencia de repúblico. "No soy yo, decía, el proscrito, es la libertad; no soy yo quien está en exilio, es Francia".

Si el Gran Proscrito había salido de la Patria ya de tamaño inmenso, en Jersey y en Guernesey sus proporciones se hicieron inconmensurables. En la isla del destierro, Víctor Hugo, como San Juan de Patmos, dialogaba con la divinidad. "Los Miserables", "William Shakespeare", "El Hombre que ríe", "Los Trabajadores del Mar", "La Leyenda de los Siglos" fueron apareciendo, con destellos enceguecedores, como rayos luminosos que saliesen de la fragua de un poderoso Vulcano. Jamás fue más fecunda en frutos la obra de un trabajador del pensamiento.

Todo este admirable proceso creador lo presenta Maurois finalmente enlazado con el discurso de la vida íntima de Hugo, en la cual junto con placeres y satisfacciones diversos, se entremezclan profundos dolores y aventuras que llegan a las puertas mismas de lo cómico. El padre, la madre, la esposa, la querida, las "amigas", los compañeros de letras, los hermanos, las hijas, los hijos, todos, a excepción de Sofía la madre, de

Adela la esposa y de Julieta la querida, tejen o promueven una red inconsciente de tormentos acerbos alrededor de la inquieta existencia del genio. Pero el espíritu de Hugo respondió con luz y aromas a los zarpazos del destino. Golpearlo era tanto como arrancar el martillo una chispa luminosa a la dura piedra, tanto como derramar bálsamos la mano airada que destruye el plomo de esencias.

"Le plus grand poéte francais", según lo califica Maurois, reclamaba la presentación estupenda que le hace el gran biógrafo. Las nuevas generaciones necesitan estas obras de revalorización y de actualización de los viejos y eternos valores de la cultura. Si es inmensa la literatura victorhuguesca, los valiosos ensayos aparecidos en la oportunidad del sesquicentenario, y éste principalmente, prestan cierta movilidad sugestiva y evocadora a "la cosa dulce, perfumada, acariciante y encantadora" del viejo romanticismo de Chenier, Byron y Scott que nutrió el espíritu del más cabal representante de la poesía romántica francesa, al mismo tiempo que da nueva fuerza creadora al pensamiento que se agita en la obra social del genio extraordinario. Cuando se habla de paz universal y de justicia para los pequeños, queda bien poner a dialogar la gente nueva con el espíritu cargado de justicia de Víctor Hugo. Sobre la piedra funeraria del poeta insuperable él ordenó escribir:

Le monde a sa pensée
Moi, j'avais son amour.

El mundo, tiene, en verdad, su pensamiento. "A medida que él avanzaba en la vida, escribió Renán, el idealismo que siempre lo había inspirado, se ensanchaba, se depuraba, y le llenaba de más en más de sentimientos piadosos hacia los millares de seres que la naturaleza inmola a favor de los grandes". Para el ideal que animó la fresca senectud mitológica de este genio incomparable, sólo habrá sosiego cuando los nietos de Juan Valjean se sienten a la misma mesa con los nietos de Napoleón. Mientras tanto es grato a los idealistas acogerse a sus tesis románticas, así la inasibilidad las acompañe por el momento. Para los hijos de los pueblos libertados por Bolívar, es, además, sobrado grato recordar cómo Víctor

Hugo admiró la gloria del Padre de la Patria. También fue Bolívar un romántico de los mismos temas de justicia y libertad que caldearon las sienes del solitario de Guernesey. La lealtad a Bolívar y a sus ideas, pide culto para los grandes profetas del hombre libre y digno con que soñó el solitario de Santa Marta.

EN MEMORIA DE ANDRES ELOY BLANCO
LA BRUMA DOLOROSA DEL EXILIO[1]

Arrojado a playas extrañas por el huracán de odios que azota a Venezuela, acaba de fallecer en México el gran poeta Andrés Eloy Blanco. Mientras los valores de la anti Patria señorean en el mando de la nación que engendró a Bolívar y a Andrés Bello, los que sienten a Venezuela con ardor visceral han de resignarse a "entornar los ojos para mirar la patria" desde la bruma dolorosa del exilio cruel. Su gloria de poeta hubo, en cambio, de crecer sobre el pedestal de amarguras que aquilató la extraordinaria categoría cristiana de su espíritu.

Una grave enfermedad, que no tuvo la nobleza de acabarlo sin el trágico estertor del accidente en que perdió la vida, le previno recientemente a la muerte pronta. Así fuera mucha su fe en el destino y fuera así desbordante la alegría que le sirvió de báculo y espada para defenderse y agredir, el poeta dictó su testamento lírico en forma de mensaje a sus pequeños hijos. En "Giraluna" –último centón del gran vate– aparece su extraordinario "Canto a los hijos", ya publicado en "Humanismo", de México. Canta el poeta con voz despersonalizada. Con voz sin tiempo ni geografía. Se sabe que es nuestro poeta, porque evoca a Venezuela de filial modo angustioso, para asentar el talón donde asegura el ímpetu del vuelo.

Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela,

(1) Tomado de: *El Tiempo.* Bogotá, 12–6–1955.

la del siglo del Exodo, la madre de Bolívar
y de Sucre y de Bello y de Urdaneta
y de Gual y de Vargas y del millón de grandes,
más poblada, en la gloria que en la tierra,
la que algo tiene y nadie sabe dónde,
si en la leche, en la sangre o la placenta,
que el hijo vil se le eterniza adentro
y el hijo grande se le muere afuera.

Pensaba Andrés Eloy Blanco en Bolívar, en Miranda, en Sucre, en Simón Rodríguez, en Andrés Bello, en Vargas, en Baralt, en García de Quevedo, en Monseñor Jáuregui. Pensaba en los grandes artífices de la Patria, a quienes llegó la muerte fuera del suelo nacional, echados por la fuerza unos –¡Bolívar, nada menos!– alejados otros, por circunstancias que no se avenían con la integridad de su conducta. Pensaba en el contraste de ver la inepcia y la traición en actitud señera, mientras se niega y se persigue a quienes ponen sobre el adventicio interés personal el permanente interés de la república.

"El hijo grande se le muere afuera". ¡Cómo miró su muerte próxima el gran poeta! El, que hizo sustancia perenne de su canto el dolor de Venezuela y de sus hijos, cerró los ojos sin volver a contemplar la "tierra del sol amado", que Baralt evocaba en este Madrid acogedor, donde la patria joven se le tornó patria encanecida y generosa.

La dimesión extraordinaria del canto postrero de Andrés Eloy Blanco reclama, no perspicaz exégesis, pues su sentido está al nivel de los humildes, no un estudio de su admirable técnica, donde hallarán los críticos tema inacabable, mas sí un desarrollo lento, a modo de amorosos escolios que le aseguren su carácter de perfecta lección de civismo y de moral. Los elementos del poema maravilloso constituyen una síntesis perenne de filosofía de la vida. Los hijos son apenas tema y ocasión para hablar del hombre. La lección a los hijos es oportunidad magnífica para enseñar conducta a todos los hombres de Venezuela y a todos los hombres de América y de Europa, del Africa y del Asia. El poeta se sublima y asciende al monte donde hácese presente la visión creadora. Es en realidad el vate. El arúspice. El adivino. El hombre que presiente la

hora luminosa de lo Absoluto. Toca ya con la frente iluminada las nubes que ocultan el misterio. Su voz es la misma voz de Job, de Esquilo, de Dante, de Hugo, de Whitman, de Tolstoi y de Martí. La bondad excelsa del poeta de los niños de América adquiere nueva fuerza plástica cuando Andrés Eloy, levantándose sobre la memoria de las injurias, dice:

Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor por mí,
no derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin
y no olvidar que las hijas
del que me hiciera sufrir
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.

¡Cómo sonarán estas evangélicas consignas en los oídos torpes de quienes tienen a orgullo asumir la responsabilidad de las agresiones salvajes con que se persigue a los hombres libres! ¡Cómo llegará hasta los crueles verdugos el perdón generoso que les anticipa la víctima!...

Con este poema-testamento Andrés Eloy Blanco aseguró definitivamente su función columnar en el templo de la poesía venezolana. Señalar momentos cimeros en el proceso de una cultura, es responsabilidad riesgosa; sinembargo, me atrevería a decir que cuatro son –pudiendo tal vez llegar a cinco, con "La Media Noche a la Claridad de la Luna", de Yepes– los poemas de carácter miliar en el orden de la poesía nacional. "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida", de Andrés Bello; "Vuelta a la Patria", de J. A. Pérez Bonalde; "Silva Criolla", de F. Lazo Martí y "Canto a los Hijos", de Andrés Eloy Blanco. Grandes creaciones que nadie discute; realizaciones poéticas que el lector venezolano siente como si fueran suyas, como si él fuera el poeta, en el sentido de Peter Altemberg; lecciones de intenso valor moral, que fijan normas de conducta al pueblo.

Fui amigo de Andrés Eloy Blanco desde 1912, cuando ambos contábamos quince años. Nuestra amistad jamás se resintió de las

discrepancias políticas. Cuando coincidimos en el Parlamento en 1945, nos acordamos en toda iniciativa encaminada a asegurar el camino de la civilización. (El, Jóvito Villalba, Rafael Pizani y yo elaboramos la Exposición de Motivos para el frustrado acuerdo encaminado a reformar la Constitución, en orden a la elección popular del Presidente de la República). Por distintos caminos salimos al destierro. Cuando me oculté en Venezuela de las persecuciones de la policía, las circunstancias me llevaron a que topase en mi escondite con la Biblia y el Quijote de Andrés Eloy. Frente a un retrato del poeta, que adornaba las paredes de mi refugio, evoqué el retrato antiguo que en mi hoy desmantelada biblioteca recordaba la hora del homenaje ofrecido a Andrés Eloy, el 29 de junio de 1923, con motivo de su premio por el "Canto a España". Inolvidable mañana caraqueña, de admiración y de amistad, bajo la fronda sombrosa de "Cotiza". ¡Cuántos han sido arrancados de la vida, como arrancados del suelo fueron por la barbarie de los urbanizadores, los árboles que daban sentido y vida a nuestro valle avileño! Domingo Martínez, Luis Enrique Mármol, Jacinto Fombona Pachano, Enrique Planchart, Maximiliano Guevara, Ildemaro Urdaneta, Angel Corao, Marco Aurelio Silva. En la alegría fraterna de la fiesta, el poeta, que recibía de autorizados jueces peninsulares la consagración como gran cantor de la raza, por vez primera recitó su poema estupendo, entre el alborozo admirativo de amigos iguales que, con orgullo patriótico, lo mirábamos crecer camino de la gloria, cuando hacía la exaltación

de una raza que tiene por pedestal tres quillas
y crece como un árbol hacia el cielo, hacia Dios!...

Era, en realidad, de los elegidos que señalan la altura de América en el conjunto de la unidad espiritual de las Españas...

Prestó Andrés Eloy su musa a la política. Fue poeta del pueblo. El gran poeta que pidió la jerarquía angélica para los negritos traicionados por los chupadores del sudor del pobre. El gran poeta que exaltó el sufrimiento de las clases explotadas y la angustia del ciudadano que se siente sin ciudadanía. Decoró con su gran nombre el partido "Acción Democrática" y a la hora en que esta colectividad política asumió responsabilidades rectoras, sirvió en el Parlamento y en el gabinete.

Pudo errar. "Dans le domaine du relatif, les papes ont, eux aussi, droit a l'erreur", leo en un reciente libro sobre el Vaticano. Tiene, pues el Papa derecho al error. Mayor derecho tenemos los hombres y aún más cuando nos mezclamos en problemas donde juegan papel principal las erizadas pasiones. También ha podido errar Andrés Eloy Blanco en algún acto de su vida de político. El extraordinario valor, en cambio, de su obra cívica nada pierde ante la nota que pueda imputarle cualquier hipócrita cernidor de comino. Lo que de él queda: su pensamiento constructivo; su lección constante de dignidad cívica; su amor profundo a la Venezuela humana, no a la Venezuela del mapa que se entrega a la voraz explotación extranjera; su dolor, antier en las cárceles, ayer –ayer de él, hoy prolongado de nosotros– en el duro ostracismo; la altiva parvedad de sus recuerdos económicos; su olvido y su perdón al enemigo, valorizan en forma singular el precio de su vocación poética.

Gran figura del verso, maestro del decir rotundo y acerado, artista del Derecho en el sentido carnelutteano, más que amañado pleitista en fáciles estrados, sobrado de la gracia de las gentes, Andrés Eloy Blanco se levanta en el horizonte de la patria venezolana como una de sus más poderosas luminarias. Su nombre no es sólo patrimonio nacional. América lo señala como uno de sus valores ejemplares. La materna lengua le debe nuevos sabores y regustos en el donaire y esbeltez de un estilo poético, que evoca la claridad y la ternura de Cetina, de Manrique, de Fray Luis y Garcilaso. Poeta a lo Martí, rompió la torre de marfil de la estrofa, para bajarse con palabra llana hasta el pueblo sufrido y traicionado. Se dio letras para el pasaje y la canción, que alegran las vigilias de los hombres sencillos, tomó a su turno la voz adolorida del pueblo sin palabra, para adornarla con relieve de solemne majestad. En su dolor de ausente obligado, cómo evoca el patrio suelo.

¡Ay, la Patria y sus niños!, mientras hablo, hijo mío,
quiero besar a un niño de mi pueblo,
con el sol de mi tierra entre sus ojos
y el amor de mi madre entre mi beso.

No alegrará ya más las tertulias amigas el conversador genial, que hacía insensible el paso de las horas; tampoco el orador insigne que hizo

temblar de emoción al pueblo, esgrimirá de nuevo el dardo de su palabra mágica. El presentía la distancia de la hora que diera oportunidad a su palabra al pueblo. "Quién sabe cuándo volveremos a torear en esa plaza. No por el público, sino por el encierro", me escribía en 1953 en relación con mi discurso electoral de noviembre de 1952, en el Nuevo Circo de Caracas.

Ya él, en verdad, no volverá a conmover materialmente las masas que le escuchaban con suspenso arrobo. En cambio, seguirá hablando. Su voz no será ya privilegio de las concentraciones de un partido. No será, tampoco, lucimiento de ateneos y de salas universitarias. Ni menos será fiesta en salones de pro o en ágapes humildes, de cuatro y de maracas. Su voz se escuchará en plena calle y en todos los caminos, sin color partidista, sin limitación circunstancial. Será la voz honda, clara, poderosa de una Venezuela que se busca a sí misma a través del laberinto de sus pasiones indisciplinadas. Será, más aún, la voz del hombre que en cualquier esquina del mundo alumbra el camino del hermano perdido,

luz de sereno que ayude a los que pasan...

Muerto, Andrés Eloy Blanco es más de Venezuela. Es más Venezuela. Cuando cerró los ojos a la vida, una gran estrella se abrió en la noche dolorosa de la Patria. La sombra que cayó sobre su vida, se hizo luz en su muerte. La fugacidad se fue con el tiempo, quedó la permanencia de la gloria. Cuando callaron sus labios mortales, con voz más intensa y vibrante reinició el diálogo con el pueblo, que lo mira presente en dimensión triunfal, más allá de discrepancias, de pugnacidades y de exclusivismos.

Al pensar en la plena función ductora asumida hoy por el vate inmortal, evoco su oración en honra de Enrique Chaumer, aquella extraordinaria oración sobre la tumba del mártir del deber, cuyo elogio en la prensa de Caracas me valió el primer zarpazo de los oligarcas empeñados en entorpecer con falacias el avance del civismo. La nueva sesión del Cabildo de Caracas, de los Cabildos de toda Venezuela, de los Cabildos que hoy no se abren, sino que se cierran para la vil lisonja palaciega, lucirá algún día la voz altiva y siempre joven de quien al estirarse para

ganar la rigidez del cadáver, creció de manera descomunal para gloria y beneficio de la Patria...

Mil manos mantendrán encendida, ¡oh, Poeta!, la luz que temiste se apagara con tu muerte. Habrá quienes recojan la antorcha que alimentará mañana tu fuego en los altares del Amor, de la Libertad y de la Justicia. Cumpliste tu deber. Ahora, "duerme un sueño tranquilo y verdadero"...

CREACION Y BIOGRAFIA[1]

En mi mesa de trabajo tengo un ejemplar de la edición Albin Michel del "William Shakespeare", de Víctor Hugo. Con profunda emoción he releído el capítulo primero de la obra inmortal. Innominadamente el grande hombre describe su llegada a Marine-Terrace. Fácil es a cualquier lector que apenas conozca a la rústica la vida de Hugo, advertir cómo el poeta está pintando su arribo a la isla de Jersey el año 1852. En uno de los párrafos, el desterrado escribe: "El viejo, es decir el padre, estaba allí con todos los suyos, excepto la hija mayor, que no había podido seguirle. Su yerno estaba también cerca de ella. Frecuentemente la familia se acodaba alrededor de la mesa o se sentaba sobre un banco; entonces, silenciosos y graves, todos soñaban, sin comunicárselo entre sí, con los dos ausentes".

Verdaderamente evocador y triste es el cuadro que pinta Hugo. Frente al mar, buscando la línea imprecisa de las costas de Francia, el padre, la madre y los hermanos piensan con nostalgia en la hija y en la hermana distante que no pudieron seguirles. También piensan en el yerno y en el cuñado. La pintura sencilla, directa, expresiva de la pena familiar la capta quienquiera que sea el lector.

Sin embargo, para el que no conozca detalles íntimos de la vida de Víctor Hugo, el cuadro resulta semejante a esas borrosas visiones de entrada de invierno, en las cuales se hace difícil, por las gasas de la niebla, distinguir el verdadero volumen de los árboles y la justa

(1) Tomado de: Papel Literario de *El Nacional.* Caracas, 15 de mayo 1958, p. 1.

perspectiva de la pradera. La hija y el yerno, en realidad, estaban ausentes. Ambos habían quedado en Francia. Imposible les había sido seguir a la familia en el exilio a que los obligaba el pequeño Napoleón. Es cuadro común de desterrados que han dejado en la patria prohibida parte principal de la familia. "Silencieux, graves, songeant tous ensamble, et sans le dire, a ses deux absents". Así pasaban las tardes frente al mar, o acodados en torno a la mesa familiar, los tristes miembros de la familia.

El cuadro es fino, nostálgico, sugerente. Mas, cómo crece el dolor cuando un mejor conocimiento de la vida del poeta, nos dice que hija y yerno retenidos en Francia dormían la paz profunda del sepulcro. Entonces diríase que una mano poderosa descorriera el velo de fina niebla y que un prado cuajado de blancas flores cubre el campo sombrío enantes. La fuerza extraordinaria del cuadro pintado por Hugo, no se hace presente sino a quienes conozcan el desgarramiento espantoso que Juliette Drouet pinta en su diario íntimo, el 9 de septiembre de 1843, cuando Hugo, mientras leía los diarios en el "Café de Europe", a su paso por Soubise, se impuso de la tragedia que arrasó la vida de Leopoldina y de su esposo. "Yo amaba esta pobre niña como palabra alguna no podría decirlo. Recordad cómo era encantadora. Era, en realidad, la más dulce y la más graciosa mujer. ¡Oh! Dios mío, ¿qué os he hecho?", decía de la hija amada el padre aflicto a su amiga Luisa Bertiu. En función de poeta, Víctor Hugo mantuvo la imagen permanente de la hija bienamada sobre la contingencia dolorosa de la muerte. Cuando dejó a Francia, sintió que no la dejaba muerta. Su recuerdo era vivo, imperecedero, perenne. Ella vivía en Francia como una realidad inapreciable, que no había podido seguir a los viajeros. En ella y, en su noble compañero, pensaba, como en seres vivos, toda la familia.

La extraordinaria evocación del poeta no puede ser comprendida sino por aquel lector que conozca la tragedia de los jóvenes esposos y que haya oído parte del diálogo que Hugo mantenía con la hija ausente, divina, inmortal y nunca, para su inmenso amor, vista como muerta. A ella, en 1847, el poeta decíale:

> *Demain, dés l'aube, á l'heure oú blanchit la campagne*
> *Je partirai. Vois-tu, je sais que tu m'attends.*

J'irai par la foret, j'irai par la montagne.
Je ne puis demeurer loin de toi plus longtemps.

Je ne regarderai ni l'or du soir qui tombe.
Ni les voiles au loin descendant vers Harfleur.
Et, quand j'arriverai, je mettrai sur la tombe
Un bouquet de houx vert et de bruyére en fleur.

Harto difícil sería pedir un total conocimiento de la vida de los poetas para medir su poesía. No pienso yo que sea estrictamente necesario; mas, he creído que la biografía de todo creador de arte explica mejor el sentido de su obra. Bien sé que Uslar Pietri se contrae a decir que la verdadera obra poética ha de trascender en tal forma que no haga necesario relativizarla a su creador. Sé que se refiere nuestro gran crítico al lenguaje de la poesía, a la magia y al potencial poético llamados a sobrepasar lo personal y perecedero del creador. Mas, el conocimiento de la intimidad del autor, hace más fácil la comprensión de la propia fuerza de las imágenes creadas y la fuente lejana de inspiración donde abrevó el creador. ¿Cuántas veces la poesía es testimonio de la abundancia interior del poeta y cuántas, por lo contrario, no es sino una manera de expresar cosas contrarias y torturantes por su misma carencia? ¿Puede decirse siempre que la obra del poeta arranca como algo positivo del centro vital del autor? ¿No ocurre menudamente lo contrario? ¿No vemos frecuentemente a poetas que sin poder dominar la lascivia cantan como si viviesen en un mundo de ángeles?...

En el orden de la pintura, pongamos por caso, ¿quién, sin conocer la vida del Caravaggio, puede comprender el sentido obstinante de culpa que el pintor acusa en la cabeza de Goliat de la "Galería Borghese"? Para que el cuadro sea el documento psicoanalítico que en realidad es, necesita quien lo contemple y admire, olvidar volumen, luces, tonos y sombras, para captar el "sentido" sólo explicable por medio de la biografía del artista. Como pintura no será más pintura, como técnica no será más técnica, pero, como documento humano, las luces se harán más claras y los ojos apagados de Goliat adquirirán mayor fuerza aún que las pupilas encendidas de David vencedor. Nadie negará que se escuchan secretos arpegios cuando se conoce la ternura y la ocasión en que Beethoven

compuso el "Claro de Luna". Si no gana amplitud artística la arquitectura poética del soneto "Azul" de Cruz Salmerón Acosta, en cambio, el dolor en él vertido por el poeta atormentado crece extraordinariamente cuando sabemos que el artista que evoca frente al mar los ojos azules de la novia imposible, estaba tocado en la carne por el "mal sagrado". La angustia del poeta ante la idea de no poder besar jamás el azul de los ojos de la amada, adquiere un tono dramático, cuando se le sabe amarrado a la tierra por extremidades, desflocadas ya, a la manera de árboles de raíces torpes.

A la obra poética en su exterior sensible, al valor intrínseco de las formas creadas por el artista, no hace falta el conocimiento de la vida del poeta. Su comprensión se hace más accesible, en cambio, cuando el crítico descubre lo íntimo que sirvió de motor al esfuerzo del autor. La torre y la estatua nada reclaman por sí mismas para hacerse admirar. La torre medieval gana, en cambio, cuando se la mira como testimonio del trabajo secular de un pueblo que al ensillar piedras se sabía constructor de escaleras que lo llevaban a la Eternidad. Al informarnos que Miguel Angel, cuando leía a Homero, se miraba a sí mismo para saber que no tenía veinte pies de altura, entendemos en toda su plenitud el milagro del "David".

EXALTACION DE ANDRES ELOY BLANCO
(Aviso a los navegantes)[1]

Singular privilegio se me ha concedido al dárseme voz para clausurar esta hermosa semana con que a la par se festeja la memoria luminosa de Andrés Eloy Blanco y la función creadora del libro.

Han podido estudiantes y Universidad limitar el homenaje al ámbito caraqueño de la Facultad de Humanidades, donde por tradición aposentan el ave pensativa de Atenea y las Musas alegres que iluminan el territorio poético. La fiesta, en cambio, ha buscado un escenario más ancho y un soportal con sabores de tierra nutricia. Para honrar al gran poeta, en quien logró su mayor claridad la intuición fecunda que tuvo por principio y maestro al viejo Bello, bien está que sean las Escuelas consagradas a escrutar los secretos de la tierra y a proteger las bestias nobles que ayudan al trabajo y al sustento de los hombres, y los muchachos que han trocado las flores de la artificial fantasía y las nubes de los sueños imposibles por las flores que cuajan en fruto y por las nubes benéficas que tórnanse en lluvia promisorias, quienes ofrezcan su cátedra y sus aulas a la palabra laudatoria del poeta. Para el homenaje alegre y soleado que impone la memoria de Andrés Eloy Blanco, mejor escenario que la urbana y desesperada Caracas, ofrece la pujante

(1) Tomado de: *La Esfera.* Caracas, 7-6-1958, p. 4. En nota explicativa que acompañaba la inserción de este ensayo en el diario, se informaba que había sido corregido por el autor la noche anterior a su muerte para darlo a la prensa al día siguiente. El texto constituía las "Palabras en las Facultades de Agronomía y Veterinaria de la Universidad Central", pronunciadas por MBI en homenaje a Andrés Eloy Blanco.

Maracay, de alta solera en el proceso del agro, que ayer fue estribo para la altivez del mantuano colonial y del poderío rural, que hizo de Páez, de Crespo y de Gómez voluntades señeras en el proceso de la vieja autocracia venezolana. La agricultura que ha enriquecido a oligarcas y déspotas –unidades funestas, a la continua juntadas para el binomio que azota la dignidad de las repúblicas–, ofrece sus posibilidades experimentales a quienes se afanan porque la tierra produzca para todos cada vez mejores frutos, en gracia del amor que el hombre ponga en su general cultivo y en gracia a las posibilidades que todos tengan de labrarla. En este suelo, cargado de esperanza y alumbrado en forma excepcional por el maravilloso sol del trópico, el nombre de Andrés Eloy Blanco es también semilla poderosa para la nueva siembra de valores que reclama la Patria renacida.

Poeta de Venezuela en sentido excepcional, Andrés Eloy Blanco tiene presencia en medio de toda actividad dirigida a aumentar el tamaño moral, el tamaño político, el tamaño económico de la Patria. Poeta en el hondo valor encarnado en la palabra, él fue intérprete y motor de las adivinaciones y de los dolores de su tiempo, y donde se trabaje por mejorar a Venezuela, allí tendrán jerarquía propia su evocación y su palabra.

A mí particularmente me complace tomar parte en este homenaje ofrecido al vate insigne, en la propia ciudad donde por gravedad de destino histórico y de potencial productivo, tienen asiento las Escuelas que preparan a los ingenieros encargados de tutelar y modificar la tierra labrantía y a los médicos que defienden la salud de los seres callados que ayudan a engrosar la riqueza campesina. El primer lauro que saludó las sienes del poeta, lo conquistó con su "Canto a la Espiga y al Arado", convertido para él en blanca flor, que sobre su casaquín modesto de estudiante colocó la Reina de los Segundos Juegos Florales de Caracas.

No buscó el poeta tema para sus cantos en meras fantasías donde luciera el espasmo tetánico de las fulgurantes imágenes. Andrés Eloy Blanco, como intérprete de su hora y de la angustia de su mundo, miró a la totalidad de la Nación, y cantó su suelo y exaltó su agricultura generosa.

Albacea del mensaje poético de Bello, convertido a la distancia en angustiado maestro, cuya lección unía al trabajo de la tierra el seguro de la dignidad cívica, Andrés Eloy Blanco cantó a la espiga, donde corona el esfuerzo labrador, y exaltó el arado, cuyos dientes ásperos preparan el suelo que reirá en granos y corolas. Con fe juvenil, el poeta que se sentía vocero de la tierra alabó, exaltó, ponderó la faena agrícola, cuando desgraciadamente comenzaba para ésta en Venezuela el ciclo de su abandono y de su ruina. Para mostrar su vocación de venezolanidad integral, hoy podría ser él cabeza del movimiento de intransigencia nacionalista, espontáneamente surgido para evitar los convenios entreguistas. Caballero en el rápido Pegaso del verso, atraviesa las tierras patrias, desde los altos montes de encanecida testa, hasta las bocas milagrosas del Orinoco padre.

Yo busqué la armonía de mi verso en el prado,
en el monte, en el mar y en la sabana;
unidos en mi canto, la Espiga y el Arado
forman la apoteosis de la fe ciudadana.
Yo he soñado a mi Patria en la aureola
de un inmenso trigal aprisionada,
meciéndose infantil junto a la ola
y encanecida al beso de la Sierra Nevada;
y al Orinoco de fragor de fragua
le vi temblar en oro el flanco rubio
que azota las llanuras con sus mil colas de agua,
caimán del Llano que abortó el Diluvio.

Más tarde yo, en sufrida prosa, hube de hacer la apología de la antigua agricultura, que en la musa de Bello tuvo didascálica fluencia y en la musa de Andrés Eloy Blanco el más subido elogio, justo a la hora en que el sol occiduo doraba con tonos melancólicos las espigas declinantes al peso fecundo de los granos, camino del olvido.

Esta función de poeta de la tierra explicaría a la sociedad los homenajes que durante la semana concluida se han consagrado en esta casa de

agrícolas estudios a la clara y perdurable memoria del más grande poeta que ilustra nuestro parnaso nacional. Mas, sin el ligamen que une la obra del poeta con las disciplinas científicas aquí cultivadas, todo estaría justificado cuando se trata de exaltar la memoria de uno de los más ilustres ciudadanos que han dado honra a nuestra Patria.

Ya lo dije, cuando murió el poeta y cuando con pluma cebada en llanto, dediquéle modesto y fraternal responso. Dio Andrés Eloy Blanco su nombre preclaro a una colectividad política, a la cual sirvió con honradez y brillo. "Acción Democrática" se honró con la presencia en sus filas del repúblico insigne y del revolucionario insuperable. Mas, así fuera mucha su adhesión y su lealtad al Partido que recibía el caudal de su prestigio, Venezuela miró siempre en Andrés Eloy Blanco una conciencia abierta a todo lo que significase integración venezolanista. Le sabía hombre de partido, en trance jamás de negar sus compromisos políticos; pero, sobre el político partidista veía al ciudadano de mil ventanas abiertas a todos los vientos de la inquietud nacional. Venezuela, desde la Irapa ardiente de protestas, hasta el Capacho silencioso, donde aún se sienten las pisadas altaneras del varón enérgico, que en las praderas de la Historia borra sus vicios en gracia a la altivez con que desafió la insolencia extranjera, Venezuela toda, digo, mira como hijo suyo y no como hijo aislado de la privilegiada Cumaná, al maravilloso vate que al sentir la vecindad de la muerte, consagró a sus hijos, de ternura templada en el destierro, el canto admirable, que hace de él uno de los mayores poetas de las letras castellanas.

Abajado el tono de la voz para la plática fácil con las tiernas criaturas, Andrés Eloy fue tomando lentamente el pulso al hombre del Mundo, hasta hacer de su testamento familiar un mensaje universal, en el cual el hombre de cualquier parte se siente vencedor de los impulsos morbosos de la bestia indomable. Sobre ese canto extraordinario, urgido de una glosa que lo acerque al pueblo en su dimensión de mensaje educativo, el poeta se alza como el venezolano extraordinario, para quien cualquier reserva hubiera sido vista como delito de lesa Patria. Extraordinario y universal en su misión de arúspice, Andrés Eloy Blanco dejó en su canto inmortal consignas que lo elevan al plano de los escasos varones, en cuyo pensamiento se recoge para descansar la conciencia atormentada

de los hombres. Puede que sea mucho el realengo egoísmo con que a diario tropezamos; mas, nadie negará que la pugnacidad parece absuelta cuando la voz del poeta surge para enseñar cómo

Lo que hay que hacer es dar más
sin decir lo que se ha dado,
lo que hay que dar es un modo
de no tener demasiado
y un modo de que otros tengan
su modo de tener algo.

La plenitud nacional del pensamiento y del ánimo de Andrés Eloy Blanco pruébanla en forma elocuentísima las voces que se han unido para exaltar su memoria durante la semana que concluye. Señalada estuvo para iniciar el homenaje, la palabra magistral de Rómulo Gallegos, escritor cimero, doblado en portavoz legítimo de la colectividad política que se honró con el nombre excelso del poeta; participó Arístides Calvani, insigne Profesor, en quien la Filosofía perenne tiene su mejor voz para explicar en nuestra Universidad las reconditeces veraces del Derecho y la Justicia, y en quien el Partido Social Cristiano tiene, a la vez autorizado personero; ayer ha hablado del poeta, con voz de poeta e inquietud de político, quien en el cuadro de la poesía nacional porfía con Miguel Otero Silva, Vicente Gerbasi, Juan Manuel González y José Ramón Medina en merecer el sitio que dejó vacío la muerte del poeta. En la palabra de Carlos Augusto León no sólo han logrado presencia las musas benévolas de la Patria, sino el ideario comunista, que a las estrofas del gran vate sabe en veces trasmitir dimensiones de enérgicos carteles de revolución social. Independiente yo, por carecer de carnet político, mas no redituante de cómoda y oportunista independencia, puesto que el pueblo me otorgó como independiente cédula política, puede mi voz ser tomada como testamento adherente de Unión Republicana Democrática, cuyos hombres me han dado derecho de palabra en sus plenos y en sus concentraciones populares, cuanto como voz del viejo partido que apoyó a Isaías Medina Angarita, amigo fraternal y admirador entusiasta del gran vate.

Muerto para la común labor humana, Andrés Eloy Blanco está poderosamente vivo para la acción ejemplar. Lo que todos deseamos en

el orden de la Patria, él lo promueve desde la posición excepcional que le depara su carácter de venezolano ejemplar. Este homenaje que me honro en clausurar, es testimonio perspicuo de la acción de acercamiento que busca la familia venezolana ayer destrozada por los odios. Al evocar la memoria del gran poeta, el pueblo y los escritores –voz inerme y desoída de la comunidad nacional– buscamos a la par los sublimes valores que hacen del poeta una fuerza conjugante de la nacionalidad. De boca en boca de la gente, el nombre de Andrés Eloy Blanco ha adquirido una fuerza extraordinaria, que terminará por hacer de él uno de los grandes símbolos de la unidad nacional. Poeta que bajó de la torre de marfil para buscar a Juan Bimba en su choza miserable, recibió del pueblo el hálito sagrado que lo convirtió en su poeta y su adivino. Con las palabras que escuchó al pueblo, llenó las pautas de los grandes poemas, donde Venezuela y su dolor tienen su mejor expresión de clamor y de enseñanza. Como el indomable y rugiente Juan Francisco Bermúdez –más recordado por la fuerza de su brazo que por el alegato en que explicó a Páez cómo el Ejército no tiene función deliberante, sino la alta misión de respaldar el orden civil–; como Juan Francisco Bermúdez, que perdió el apellido para ser llamado Juan Francisco Pueblo, así Andrés Eloy Blanco –amigo de los negros hasta pedir para ellos derecho de presencia en la pintura de los coros angélicos– llegará algún día a ser llamado Andrés Eloy Pueblo. Para merecer este nobilísimo apellido, él sintió a través del pueblo la inmensidad solemne de la Patria, tan suya en la nieve altiva de la cordillera occidental, como suya en las perlas iridiscentes de Margarita y en los calientes médanos de Coro; suya en el dolor del Lago, que vio trocada la cimbreña palmera por la agresiva torre de petróleo, como suya en la blanca parábola de las garzas que interrogan al aire en los cielos límpidos del Llano. Esa Patria, total e indivisible, está diciendo por boca de quienes representamos la fecunda dialéctica de la política, que Andrés Eloy Blanco o Andrés Eloy Pueblo, ha adquirido función ejemplar en el orden de los valores que mejor sirven a la unidad del pueblo venezolano y a la salvación de la República.

REFLEXIONES SOBRE EL LENGUAJE

A PROPOSITO DE LA OBRA DEL PADRE OLEA
Nota Bibliográfica[1]

En el número 5.630 de "El Nuevo Diario", del 12 del corriente, aparece una nota bibliográfica con las iniciales Franmeos referente al interesante trabajo del Padre Olea sobre el idioma de los indios Uaraos del Orinoco, que él llama Guaraúnos. Abunda la nota en palabras justicieras para la obra del abnegado Capuchino, continuador, después de un siglo, de la excelente labor de cultura que realizaron los padres aragones en las Misiones del Caroní, desaparecidas en medio de la conmoción general que trajo la guerra de Independencia. Fueron los misioneros los más activos formadores de nuestro ambiente colonial, una vez aminorada la crueldad que revistió la conquista en sus primeras etapas, y débese a su labor incansable, por lo que respecta a datos históricos y a noticias de nuestro pasado precolombiano, la conservación de relaciones que sin ellos acaso hoy ignoraríamos. Los trabajos de los R. R. P. P., Carvajal, Rivero, Aguado, Simón, Ruiz Blanco, Caulín, Gumilla, etc., son las fuentes más precisas y las únicas que tenemos con respecto a nuestros aborígenes, y sobre sus datos se basan los estudios que ampliamente poseemos hoy sobre protohistoria y especialmente sobre la lingüística de nuestros indígenas. Esa labor ha sido encomiada ya por todos aquellos que se han consagrado al estudio de nuestro pasado.

Sin que nosotros pensemos hacer la crítica del excelente trabajo de P. Olea, para lo que no poseemos la preparación necesaria, nos ha llamado grandemente la atención que el crítico aludido, considere al Reverendo

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 20-9-1928, p. 1.

Olea como el único capacitado para juzgar su obra, la que acaso pueden apreciar, agrega, estudiosos europeos que sepan algo de lenguas americanas. Tal concepto es falso y contrario a los intereses intelectuales nacionales, ya que si no abundan entre nosotros quienes se dediquen a tan arduos estudios, poseemos en cambio un número escogido de estudiosos capaces de juzgar con precisión del mérito innegable del trabajo del acucioso Capuchino. Si bien los estudios etnográficos no han sido elevados hasta el presente a la categoría de cátedras oficiales entre nosotros, lo que es de esperarse si tomamos en cuenta el amplio desarrollo que actualmente toma nuestra instrucción superior, sí han existido siempre personas que han consagrado esfuerzos de abnegación admirable, a este ramo de la antropología general. Vivo está el recuerdo de Ernst y de don Arístides Rojas, en el siglo pasado, y testigos hemos sido de la amplia labor de Lisandro Alvarado, Pedro M. Arcaya, B. Tavera Acosta, Alfredo Jahn, Luis R. Oramas, Abelardo Gorrochotegui, Julio C. Salas, Tulio Febres Cordero, Elías Toro, Samuel Darío Maldonado y otros más. No podrá negarse que Arcaya, Tavera Acosta, Salas, etc., tienen un suficiente acervo científico que les permite juzgar, aún mejor que el mismo Padre Olea, la útil y excelente obra de éste. Y decimos que mejor, por cuanto el P. Olea al dedicarse a presentar en forma gramatical el material lingüístico de los Uaraos, lo ha movido únicamente el interés del evangelizador, el propósito de facilitar a sus compañeros y sucesores de misión la compenetración del espíritu de aquellas gentes, labor semejante, por ejemplo, a la realizada por el Padre Ruiz Blanco al trasladar a lengua cumanagota la doctrina cristiana, en 1690. En cambio, nuestros estudiosos, sin perseguir una utilidad práctica actual, ven en aquellas lenguas lazos constructivos para la formación de los antiguos grupos que cubrían estas regiones antes de la conquista y ahondan su estudio más allá de la significación presente del léxico, labor que sólo realizó en la colonia el Padre Gilij, único de los misioneros que buscó leyes naturales a los idiomas que catalogó y estudió. Esta consideración basta, pues, para elevar el juicio de que son capaces nuestros etnólogos sobre el que acompañe el abnegado Padre Olea, quien ha sabido realizar una obra de indiscutibles merecimientos, por la cual se ha hecho acreedor a la gratitud de nuestra ciencia etnográfica.

ENSAYO GRAMATICAL DEL DIALECTO DE LOS INDIOS GUARAUNOS DE BONIFACIO Mª DE OLEA
[Reseña][1]

Hemos sido favorecidos con el envío de un ejemplar de esta importante obra que viene a enriquecer la bibliografía etnográfica de Venezuela. Es este uno de los primeros frutos científicos obtenidos con la restauración de las misiones religiosas en nuestra rica región del Orinoco, donde florecían para la época de la Independencia las de Capuchinos aragoneses sacrificados en el fragor de la guerra. Con abnegación ejemplar se concretó el P. Olea a organizar bajo un método gramatical el catálogo lingüístico de los Uaraos, Guaraos o Guaraúnos que ocupan el Delta del Orinoco, en la región comprendida entre Caño Mánamo y Caño Araguao Grande, con extensión hasta la Boca Cocuina. Raleigh llamó *Tibitibes* a los Uaraos, y según los estudios comparativos de Tavera Acosta, este grupo tribal que étnicamente incluye en la gran familia Pariana, no puede precisarse a qué agrupación lingüística corresponde, pues en él existen huellas Naruhuacas y Caribes con una marcada infiltración del Aymará del Perú. El Padre Olea los hace derivar remotamente del grupo Caribe, aunque no se dedica a este género de estudios en su trabajo, consagrado únicamente a la presentación gramatical de las lenguas, sin previo examen de sus orígenes y sin tomar para nada en cuenta las leyes de afinidad y parentesco.

Parte de este material lingüístico había sido catalogado por Tavera Acosta en su obra "En el Sur", publicada en 1907, y al comparar ambos

(1) Recorte de prensa localizado en el archivo de MBI. Sin datos de publicación.

vocabularios, se nota alguna diferencia en la prosodia general, lo que puede culparse a la fonética personal de quienes han recogido el dialecto. Algunas palabras se hallan también completamente distintas, por ejemplo, alegría: *Equeitia* (Tavera), *Origuaca* (Olea), y algunas otras, que no son del caso traer en esta breve nota, justificables tales variantes por las infiltraciones de lenguas vecinas. Muchas palabras se hallan también catalogadas que no son uaraúnas sino corrupciones del castellano y del inglés de la vecina Guayana y cuya presencia es aceptable en dicho trabajo por estar éste inducido, no a un estudio del valor específico de aquel dialecto, sino a facilitar la mutua comprensión entre evangelizadores, e indígenas. Esta circunstancia ha obligado al Padre Olea a prescindir de la crítica del lenguaje, para consagrar sus actividades por completo a darle forma fácil para su estudio, labor de un alto mérito y que revela una vocación laudable en el autor.

Con esta obra el P. Olea ha dado comienzo nuevamente a la abnegada laboriosidad de sus antiguos hermanos de misión, que desde la época aún no precisada del Padre Montesinos en la Nueva Andalucía (1513–1516?) señalaron un duro proceso de civilización y de cultura de nuestros aborígenes, en el cual los hijos de San Francisco, en unión de los Dominicos y de los P. P. de la Compañía de Jesús, supieron realizar una dilatada e intensa labor de cultura que aún no ha sido juzgada con justicia por nuestros críticos de Historia.

Nos complacemos en presentar nuestro aplauso al R. P. Olea por este excelente fruto de sus esfuerzos y de su paciente estudio, con el cual contribuye de una manera eficiente a prestar a los estudios de etnología un valioso punto de apoyo para sus trabajos sobre las relaciones y lazos que unieron los aborígenes y sobre su probable procedencia precolombiana.

LA FIESTA DEL IDIOMA[1]

Cuando con el interés que reclama la materia, empezábamos a leer la reciente obra de Arturo Capdevilla: "Babel y el Castellano", llegó a nuestras manos la última serie de los "Anales de la Universidad de Chile" donde aparece publicado el discurso de incorporación de Don Samuel A. Lillo a la Academia Chilena de la Lengua correspondiente a la Real Española y el cual termina con el siguiente voto: "La Academia Chilena podría dirigirse a sus congéneres de América para crear la Fiesta de Idioma que se celebraría anualmente el día 23 de Abril, aniversario de la muerte de Cervantes".

Digna de todo aplauso y también de la pronta adhesión a ella por parte de las Academias de Hispanoamérica, es la idea del señor Lillo. De los factores que contribuyen de manera eficiente a establecer lazos de unión entre los pueblos del Nuevo Mundo, la unidad lingüística ocupa sitio primordial. En mala hora han ido contra ella los propósitos desviados de ciertos grupos, que han creído posible, como una lógica consecuencia de la nueva vitalidad de los pueblos americanos, la independencia del idioma y la consiguiente formación de léxicos exclusivistas, donde más prive la idiosincrasia vernácula que las leyes generales de la lengua materna. "Los pueblos nuevos necesitan idiomas nuevos, fuertes, dinámicos, de expresión violenta", han dicho los abanderados de tales ideas y han invocado como medida que llevará a la compactación de las nacionalidades de América, el mutuo conocimiento de sus *folk-lores.* Sin desconocer la necesidad de tal estudio como vía de verdadero

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 4-11-1929, p. 1.

conocimiento social, negamos que allí resida una fuerza que robustezca los vínculos hispanoamericanos.

No existía en América a la hora del descubrimiento una nacionalidad continua. En aquel momento tres imperios se alzaban aislados, tres grupos políticos que habían logrado conservar el tesoro de civilizaciones caídas, junto a infinito número de parcialidades que guerreaban entre sí, pueblos semi-bárbaros que por su estado de degradación social llegaron a justificar la dolorosa práctica esclavista que sancionó la Corona. España se avocó a la conquista con un gesto aún no imitado por otras naciones colonizadoras; lo dominó todo: tierra y alma; trajo su sangre para la nueva raza y luchó contra el indio, no para su industrialización, como lo hacen los colonizantes, sino para elevarlo a su misma condición espiritual: se valió del guerrero invencible para apacentar la tierra y del misionero admirable para cambiar la lengua y el espíritu de las tribus amorfas.

Llegada la hora en que los nuevos señores de América sintieron la necesidad de dar delineamientos republicanos e independientes a los dominios de España, lucharon contra ésta, en lid gallarda, unidos todos contra el mismo enemigo, la Madre de ayer, y hablaron entonces de los derechos del hombre americano, que era uno y común desde Río Grande hasta las márgenes del Plata; pero aquel hombre nuevo, aquella entidad social que se presentaba ante la historia reclamando derechos políticos, aquellas agrupaciones que, unidas, expresaban su firme determinación de constituirse en sujetos del derecho de gentes, habían sido aparejadas sólo por la obra secular de la Metrópoli; las unía entre sí el tesoro de tradiciones comunes crecidas bajo la sombra de la Colonia, la misma idiosincrasia formada al rescoldo de las prácticas del colonizador, idéntica constitución espiritual, lengua común con que expresar sus sentimientos. Existía algo allí que, antes desunido, había enlazado España, y que ésta había creado por un proceso de educación política.

La unidad de América fue la obra general del Consejo de Indias; la misma legislación, las mismas ideas, la misma cultura propagadas aquí y allá; pero conquistado por los pueblos jóvenes su legítimo derecho de gobierno propio y desaparecida la unidad de gobierno que representaba

la Metrópoli, se inició un proceso de desintegración espiritual y a la hora presente se camina a un desconocimiento total.

Para sostener la unidad es menester que se recurra a aquellas fuerzas ideales que creó la España colonizadora, se necesita mantener incólumes aquellas circunstancias abstractas que formaron la unidad que empezó a romperse a la hora de la autonomía. Más que la fuerza política que representaba el común soberano, la América se hallaba unida por resortes de valor moral y por circunstancias llamadas a perdurar después de la separación de la Corona.

Lengua, religión y cultura eran los argumentos heredados de la Metrópoli sobre las cuales las futuras generaciones habían de sostener el edificio de la unidad social de América, y Capdevilla llega, por un proceso extremista a reducir dichos recursos a uno sólo: la lengua común. Y si acaso es éste el más lato y el más simple de los lazos que nos unen ¿por qué lo destruimos, si tenemos la aspiración de que se nos considere como una entidad racial sin solución? ¿Por qué ese anhelo de poseer un idioma nacional que anima a algunos pueblos jóvenes de América?

Si se piensa en una unión robusta de nuestras nacionalidades, corresponde a quienes así lo pregonen alimentar aquellos vínculos capaces de hacer cada vez más fuertes los ideales de la raza y deber nuestro, irrevocable a tal fin, es el de mantener viva la fuerza de nuestro idioma materno.

"Por el idioma común, dice Capdevilla, puede volverse hermosamente solidario el destino de América. Sólo que lo primero es conocerse. Y a la verdad: de cada hora de la historia nos viene el mandato de conocernos. Habrá una apostasía a renunciar a nuestra comunidad. Seremos desleales con nosotros mismos, renunciando. Yo mismo ahora, al escribir este libro, obedezco a un mandato de cuatro siglos. América obedece a un mandato de cuatro siglos al querer conocerse. México quiere dialogar con la Argentina, Venezuela quiere dialogar con Chile; Cuba mira hacia el Uruguay; Centro América quiere que escuchemos su voz. ¿Para qué? ¿Por qué? En algún siglo venidero estará la respuesta.

Demasiado nos hemos enamorado de la palabra confraternidad para no desear realizarla. Tendríamos todos por incompleto un destino en que ella no se cumpliese"...

Por el idioma sentimos los hispanoamericanos que, muy a pesar de las distancias y de los marcos geográficos, poseemos rasgos que nos hacen semejantes, y por su comunidad nos hallamos en la plena capacidad de comunicarnos nuestro espíritu y de estrechar los intereses sociales.

La conservación de la robusta unidad de nuestra lengua materna entra como punto principal en un programa de verdadero hispanoamericanismo. Sin la integridad del idioma sería vano invocar otras circunstancias como nexos que hagan la compenetración mutua de nuestras agrupaciones políticas. El dilema es ostensible: o aspiramos a la unión de nuestros pueblos y para ello debemos empezar por dar mayor vigor a las características comunes o desechamos los propósitos de confraternidad y entonces sería indiferente desfigurar nuestra común fisonomía.

Los hombres de América, desde el Libertador hasta hoy, han procurado en cambio, de una manera definitiva que se estrechen los lazos entre los habitantes del Continente. Los hombres de América aspiran a la unión de su destino y es un imperativo social contribuir a tan hermoso fin de confraternidad. Consecuente con tal movimiento es la idea del académico chileno: hagamos la Fiesta del Idioma, dediquemos en el año algunas horas cordiales a exaltar la potente entidad espiritual que como red milagrosa enlaza el pensamiento de los hombres de América, y en tal día "abramos las páginas del gran libro inmortal de Don Quijote, en cuyos caracteres trazados con la sangre dolorida del más alto representante de la cultura espiritual del pueblo hispano", hallaremos "junto con la belleza perdurable del lenguaje, los rasgos genuinos e inconfundibles de hidalguía y de idealismo que marca la ruta que debemos seguir para ser continuadores de aquella gran raza, dominadora de un mar y civilizadora de un mundo".

Y como fin práctico de tal confraternidad inter-hispana habremos levantado murallas espirituales que defiendan nuestros pueblos jóvenes de extrañas influencias. Aquella unión y el robustecimiento subsiguien-

te de las fuerzas que mantienen nuestros ideales comunes, serán como firmes baluartes que salven nuestra autonomía racial y política de los peligros que constituye la expansión de otros credos, otras tendencias y otros programas de cultura...

CRISPIN AYALA DUARTE[1]

No sea yo quien ensalce la modestia bajo cuyas alas ha querido ocultar sus méritos el recipiendario: antes que alabarle de discreto, he de censurar su humildad y su recato como hombre de letras, pues al par que al elogio de su obra, me prefiero a poner en salvo el decoro de mi intento.

Filósofo hubo quien escribiera que esto de celebrar la modestia de las personas de mérito, vale tanto como regocijarnos de que no existiesen, a fin de obtener, una vez alentado por la laude su silencio, para nuestras flacas luces, el empinado sitio que a las suyas corresponde, y aun aprovechar su brillo para melampo de la farsa. Alaben, pues, quienes busquen medro en tal recato, esta condición del Doctor Crispín Ayala Duarte; yo haré caso omiso de ella, y hasta en riesgo de faltar a los deberes que la amistad me impone, solicitaré fuerza para que el tosco metal de mi palabra pueda expresar cuanto es debido en elogio de su obra y de su nombre.

Lo que el nuevo Académico sea, proclámalo en tono mayor el enjundioso Discurso que ha tenido nuestra atención suspensa. Ni almibarados períodos, ni zalameras frases: tampoco doctrina callejera, ni vanos alardes de cultura: lucida prosa que busca arreos en las opulentas arcas de los clásicos, y enseñanza robustecida por severos

(1) Tomado de: "Contestación del Señor Académico de Número, Mario Briceño Iragorry", *Discurso de recepción del Dr. Crispín Ayala Duarte como Individuo de Número de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española. 8-12-1932.* Caracas: Parra León Hnos Editores, 1932 (30 p.) pp. 23-30.

estudios de la materna lengua y de aquella otra que en pluma del Mantuano rivalizó con el decir de Atenas. Y si aún no fuere prueba bastante de sus aventajadas partes la disertación que acabamos de escuchar, dados a la estampa han sido ya buena porción de sus medulosos estudios sobre la historia de las literaturas americanas, labor que, demás de acreditar al Doctor Ayala Duarte como señor de arduas empresas por lo que dice a la amplitud de la materia, pone de manifiesto los profundos conocimientos que posee sobre cuestiones literarias.

Hombre de maduras letras, ha dejado que su vida discurra en medio de la apartada compañía de los libros, sin vencer batallas en pos de recompensas. Concluidos sus estudios en la gran ciencia de los números, esquivó por largos años el Doctorado, al modo como Oliver Goldsmith, según decir de Leopardi, borró de su nombre el título de Doctor, por parecerle demasiado ceremonioso y grave. Vosotros mismos sabéis, Señores Académicos, que quienes le propusieron para llenar el sitio que aún vacaba por muerte del ilustre autor de *Venezuela Heroica,* hubieron de rendir su voluntad, opuesta en principio a aceptar el galardón con que el Instituto condecora sus indiscutibles merecimientos. Bien que tal conducta acrezca títulos al valer personal del nuevo colega, no es empero digna de elogio cuando se la juzga haciendo cuenta de un interés más dilatado que la perfección moral del individuo. Débese el hombre, tanto como a sí mismo, a las necesidades de los otros; y carga del vencedor es no permitir, por atentatorio a la justicia, que el trofeo pase a manos que no a las suyas.

Pertenece el nuevo Académico a esa rara familia de hombres que, puesta la vista en un ideal más alto que el señalado por las materiales contingencias, cruzan silenciosos por entre las humanas vicisitudes. No aspirando a construir edificios de sola aparente validez, enderezan su labor, de modo primordial, a perfeccionar la fábrica del espíritu, para que éste brille a manera de refulgente luminaria. Las necesidades sociales los reclaman en planos de activa lucha y en posiciones que indiquen a la juventud lo que es su precio con relación a tantas diferencias de méritos que se encumbran, justamente porque ellos de intento se silencian.

En nuestra vida intelectual, el Dr. Ayala Duarte representa la continuidad de aquella estirpe de varones memorables que, desde Andrés Bello hasta Felipe Tejera, sostuvieron, lanza en ristre y presta la rodela, los fueros de la materna lengua, contra postizas influencias; y, con los derechos del idioma, los incontrovertibles privilegios de la ideal Filosofía. Adórnale cultura formada al ventalle de la ubérrima selva de los clásicos: el Venusino y Quintiliano dan reglas a su gusto; Cervantes y los Luises forjan moldes a su estilo; Aristóteles y el Angélico marcan huellas en su elevado pensamiento. Con semejantes guías fácil es saber cuáles caminos siga su profundo meditar en pos de la verdad y la belleza, y cuánto disten de las comunes tendencias que el materialismo ha imprimido en la mayor parte de los escritores contemporáneos.

Mientras nuestras últimas generaciones intelectuales, animadas del fervor romántico que surgió con la Revolución de Francia, y sordas por desgracia al toque a muerto que anuncia sus solemnes funerales, se han dejado llevar, lo mismo en el pasado que en el presente siglo, por la novedad de revolucionarios manifiestos, vengan ellos si de Hugo, si de Verlaine, si de Darío; mientras nuestras últimas generaciones literarias, repetimos, han abierto las ventanas del espíritu a las rachas de caprichosas novedades, y meritan en mostrarse afines de peregrinas corrientes artísticas, la personalidad austera y recatada del nuevo colega se ha recogido, más si cabe, en el estudio de la tradición de nuestras letras, a punto de que su obra aparezca en el panorama general de nuestra cultura con paradójicos aspectos.

Y ¡qué esfuerzos, qué severas disciplinas denuncia la labor de Ayala Duarte para lograr los recios perfiles de integridad que le distinguen!... En el siglo de las nuevas libertades, mantenerse firme en las doctrinas, acusa una actitud más enérgica que la simulada por los corifeos de la anarquía y del desorden: aquéllos son valientes que aislados desafían el furor de la tormenta. No con apagada voz, pero con trenos proféticos, cual lo pide la gravedad de los tiempos, clama el colega contra la manía de rebelión y desorden, y contra "el afán de ignorar que parece nota característica de la revolución moderna" (son palabras suyas); y levantando el tono magistral, señala por valla que guarde los derechos de la cultura, la necesidad de respetar los dictados de la lógica. Que sea

vieja la doctrina, él es primero en declararlo; y por vieja y experimentada la sostiene. Pueblos de palabras son las lenguas, hacinamientos de ideas que reclaman el rigor de ostensibles reglas, para poder construir obra que deleite por útil y armoniosa. ¿Concíbense, acaso, las naciones sin gobierno? ¿Existirían, sin autoridad, comunidades? ¿Llégase a investigación alguna en el orden de las ciencias naturales sin que preceda el conocimiento de leyes ciertas?... Desde la evolución del invisible protozoario, hasta el girar de la luciente estrella, advierte la experiencia la persistente ley de la armonía: nada se realiza, ni aun los fenómenos sociales donde juega el libre arbitrio, sin acusar la presencia de un principio soberano que gobierna la máquina del cosmos. Y ¿qué es el mundo externo comparado con el mundo ideal del pensamiento? ¿Vale acaso más el campo de la física que el imperio sin fronteras de la idea?... Semejante cosa parece que enseñarán quienes proclaman la inutilidad de principios que guían las operaciones de la mente y el arte del bien decir. Arcos se levantan y pirámides se alzan con sujeción a las leyes de la resistencia de los cuerpos y con fiel sometimiento a las reglas de la artística belleza; empero, para la concreción de la obra literaria, se proclama la rebeldía contra los cánones y dictados de la lógica. Diríase que nada sea más impropio hoy que llamar República a los dominios de las letras. República, ¿y sin leyes?; República, ¿y los ciudadanos que la forman ignoran la autoridad, o sustitúyenla por sólo el querer individualista?...

Cierto, como lo expone el nuevo Académico, que el culteranismo pecó por excesos de erudición, y el pseudoclasicismo por bastardo sometimiento a las formas del arte antiguo; pecaron, sí, mas rindieron parias a un sistema; en cambio, la libertad que proclaman los confalonieros de la actual sedición literaria, partiendo de un falso concepto subjetivo, va de lleno contra todo orden, contra toda autoridad, contra toda convicción, sea ella de la más rudimentaria lógica. Mirad el cuadro que presentan estos abanderados de falsos ideales: unos, por ventura los menos, cifran, como dice el Dr. Ayala Duarte, todo afán en ignorar; otros, para vestir galas de eruditos, ponen todo cobro en almacenar opiniones, ellas vacías, ellas extravagantes. Al verlos, semejan edificios de refinadas artes: aquí mármoles, acullá bronces; finos vitrales a diestro, primor de luceras a siniestro; mas, faltos de convicción que sirva de fundamento

donde estribe la graciosa arquitectura, al flar de la borrasca dan en tierra, sin que de ellos quede siquiera algún recuerdo, cual de Itálica famosa.

Señor:

En recta etimología os corresponde el dictado de pontífice: más de un puente ha salvado urbanas quiebras, merced a la precisión de vuestros cálculos. Admirable labor es la de abrir caminos nuevos, exclama Borghein en "El Pequeño Eyolf", de Ibsen; pero aún más lo es borrar abismos en las rutas ya abiertas. Queréis trasladar, y de juro con razón, a un otro campo vuestra habilidad en corregir las vías que a diario trafican los humanos; y bien hacéis al dar los medios de tender puentes que absuelvan de discordia los senderos del pensamiento. Arquitecto en la amplia extensión de la palabra, vuestra labor es doblemente útil: demás de levantar sólidas viviendas donde vaquen los mortales, buscáis que al par de la piedra resistente, sean las formas que el ingenio use para expresar el bullir incesante de la idea, cual firmes sillares que resistan las gruesas avenidas.

La Academia Venezolana correspondiente de la Española, celebra la hora de vuestro ingreso, no sólo por sumar a las suyas vuestra consciente actividad, pero también por cumplir un acto de justicia. De haber faltado un sufragio para vuestra académica elección, Palas, sonriente el labio sentencioso, hubiera depositado el blanco guijarro decisorio.

He dicho.

JUAN VICENTE GONZALEZ y EL PADRE IRADI[1]

El estilo no se identifica por sola la comunidad de las palabras y por la repetición de las frases, empero adquiere mayor valor inquisitivo el carácter de las cláusulas usadas. Del mismo modo como para fijar el parentesco de diferentes familias lingüísticas nos detenemos preferentemente en la semejanza de la construcción que forma el genio de las lenguas, debemos también, cuando intentamos la indagación de un estilo, mirar en primer término a la estructura especial de los períodos, donde se detiene, como en fondo inmóvil, el proteiforme pensamiento del escritor. El vario contenido de la cláusula constituye como la proyección en el terreno de la plástica literaria, del genio del individuo. Y son aquel carácter inmóvil y esta variabilidad lo que define de un modo categórico la personalidad de quien escribe; por cuanto la constante que resulta de relacionar aquellas cualidades de fijeza y variación, determina el estilo, el sello, el carácter unívoco que el escritor transfiere a sus obras.

Considerado en su aspecto exterior, en su noción estática, es el estilo a manera de carátula, o de *persona* según la expresión latina traslada al lenguaje jurídico, del propio escritor. Marca inconfundible, troquel fijo en que se amoneda el metal de las ideas, cuanto más robusta sea la personalidad de quien escribe, tanto más intensas serán las huellas que de sí se hagan "sensibles" en la escritura. "El estilo es el hombre", dijo Buffon.

(1) Tomado de: *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua* (Caracas), Nº 5 (1935), pp. 169–177.

Entre nuestros grandes escritores, quizá quien posea un estilo más fácil de ser determinado, es Juan Vicente González. El ímpetu pasional que presidió todos los actos de su vida, contribuye, como factor psicológico, a dar contornos de una precisión inaudita a su literatura. Su estilo, ejemplo admirable de interna variabilidad en medio de la exterior fijeza, una vez conocido, pasa a ser inolvidable e inconfundible aun para el lector impreparado o de escasa perspicacia. Y han sido en gracia a la facilidad con que se distingue la prosa exuberante del autor de las "Mesenianas" como llegamos a asentar, en una de las notas de nuestros apuntes "Juan Vicente González y la Biografía de Falcón"*, que la Oración Fúnebre "predicada"** por el venerable cura de Santa Rosalía de Caracas, Dr. Manuel Vicente Iradi, en las honras del General Rafael Urdaneta Vargas, fue obra de Juan Vicente González.

Aún viven personas que así lo oyeron de labios fehacientes y honorables, incapaces de servir a una obra de calumnia, pero mayor elocuencia que estos testigos tiene para contestar nuestro aserto, la propia pieza que de seguida se imprime. Aun aquellos no familiarizados del todo con la prosa admirable del biógrafo de Ribas, advertirán a primera vista que la Oración a que nos referimos, es como un ramo, perfumado de incienso y húmedo de agua bendita, que el gran escritor desgajó del rosal, de fúnebre aroma, de las "Mesenianas". Sin otra prueba documental alguna, como pudieran creer personas extrañas a las disciplinas literarias, se llega directamente, de sólo el examen interno de la pieza en cuestión, a la verdad por nosotros sustentada.

La estructura de las cláusulas, la cadencia de los períodos, denotan de manera inequívoca la técnica personal de González. Las citas, las figuras, las reminiscencias históricas, el calor y la ternura con que moldeaba su brillante prosa, hacen que el escritor esté al vivo en los párrafos elocuentes, algunos sublimes, del famoso discurso que se leerá;

(*) Boletín de la Academia Venezolana.– Por un error se dijo en dicho trabajo que la primera de las cartas de Juan Vicente a Aristeguieta era del 64, cuando es del 65.

(**) En el folleto donde se publicó la Oración Fúnebre, se dice que ésta fue "predicada" por el Padre Iradi, lo cual deja sin asegurar que él fuese su autor, dada la extensión del vocablo usado.

y para mostrar aún más la filiación de la pieza, en su oportunidad y a manera de notas distinguidas con números romanos, haremos referencia a obras bien conocidas del insigne polemista, donde aparecen pensamientos afines que sirven a sostener nuestro juicio.

Para hacer aún más peregrino el "caso" literario en que nos ocupamos, parece que el propio elogio de la Oración, contenido en los párrafos liminares del folleto en que se recogieron los ecos del homenaje al General Urdaneta, fue también escrito por Juan Vicente González, bajo cuya dirección estaban las Oficinas de "El Nacional", donde se imprimió aquél. No tuvo embarazo el escritor para alabar en forma anónima su propia producción, y decir de ella: "La peroración es patética. Sólo hallamos superior la de Bossuet en su inmortal discurso por el príncipe de Condé. ¡Cuántas verdades! ¡Cuántas lecciones, más eficaces todavía por la oportunidad!"*.

Al hacer esta crítica no nos mueve ningún mal propósito respecto a la venerable memoria del virtuoso sacerdote que predicó la oración. Nuestro propio carácter de escritor católico, es parte en este caso a desvanecer cualquier idea de que intentemos denigrar al meritísimo levita que la prohijó, con su palabra fogosa, desde la Cátedra del Espíritu Santo. Y no se crea tampoco que esta circunstancia reste títulos a la honorable personalidad del Padre Iradi. Antes y después de él, muchos eclesiásticos han sido acudidos por plumas seglares en ocasiones cuya solemnidad y trascendencia así lo han reclamado; y prominentes hombres públicos han firmado por suyas, piezas literarias redactadas de plumas más diestras. ¡Qué de trabajos de Cecilio Acosta hemos admirado con otra suscripción! Martí lo recuerda en su elogio admirable: "¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado, pasa como de otro, y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas!". Ni Don Fernando de Peñalver, ni Don José María Vergara desmerecen sus nombres porque sea escrito de Don Andrés Bello el informe que, en lengua del Lacio, dirigieron al Santo Padre, en 1820, como Procuradores de Colombia.

(*) Esta actitud de González se compadece con la despreocupación de su carácter un tanto excéntrico.

Será, en el presente caso, juez discreto el atento lector que recorra las páginas que a continuación se leerán, como lo han sido ya autorizados críticos que, teniéndole por seguidero, participan con nosotros este juicio. Sin que lo apuntemos, él habrá de advertir que tras la oportuna erudición escriturística y más allá del ámbito sagrado de la pieza literaria, se adivina el tajo seglar de la pluma que derrama pensamientos. Se ve el pensador católico, se advierte el escritor que, ufano, declaró por título honroso, haber empezado su labor de polemista, en defensa de la Iglesia, bajo la sabia y dulce dirección del Padre Avila; pero la envergadura del estilo delata al propio el carácter violento y profano de quien, después de haber hecho cristiano propósito de acallar "el lenguaje culpable de las pasiones" y sin hacer peso de lo sagrado del lugar, alza la voz, cual erina emponzoñada, a sólo el recuerdo del "ídolo caduco", que le había obligado a presenciar "el espectáculo odioso de la iniquidad" en medio de las sombras de los calabozos.

Oportuno juzgamos hacer, previamente a la lectura de la anunciada oración, un ligero cotejo entre los estilos de Juan Vicente González y el Padre Iradi. Del primero copiamos cortos párrafos de las Mesenianas de Teófilo Rojas y Andrés Bello; del segundo, unos que entresacamos de la "Exortación sobre la Paz", hecha en el templo de Santa Rosalía el 6 de junio de 1863*. Entre ambas formas literarias, no hay ninguna semejanza que sea parte a confundirlas. La brillantez, la claridad, la ligereza y el vigor que son peculiares a la prosa de Juan Vicente González, contrastan con las condiciones, muy otras por cierto, del estilo del Padre Iradi, correcto en la construcción, cuanto es de esperarse de sus estudios latinos y de la lectura clásica que gustaban los de su tiempo. El lector dirá con cuál de ambos estilos tiene semejanza la oración que comentamos.

JUAN VICENTE GONZALEZ:

"A mí no me parece tan lamentable la suerte de Pompeyo, degollado a la vista de Cornelia, y recibiendo los últimos honores, en la noche, a ocultas, por un esclavo griego en una tierra extranjera. El gran Pompeyo había recorrido un vasto campo de poder y de honores, y nada

(*) "El Nuevo Diario".– Caracas, abril de 1935.

faltaba a su grandeza sino morir así, después de haber sobrevivido a Farsalia. Ni lloro más el destino de su vencedor: con todo su genio y sus virtudes y su gloria, conquistador y tirano de su patria, su nombre resonaría menos en la historia sin los puñales de Bruto y Casio. A vivir más, se habría hecho llamar, como Nerón y Calígula, augusto, pío, Dios, y *se habría arrojado sobre sus hombros la púrpura prosaica de los Galerios y Heliogábalos".*

.....

"Tú, tú fallaste a tu destino; ése es tu crimen; ésas son mis lágrimas. Fuiste sólo una esperanza: fuiste apenas la aurora de un porvenir... con la savia de las encinas, fuiste pequeño arbusto cargado de botones... que nunca abrieron. Por eso los que no te han conocido, preguntarán fríamente por el objeto de mi dolor; por eso es tu destino el más triste de mi país...

"Quisiera tener la encantada redoma de licor de ámbar, para derramarla en tus labios y volverte, mi dulce amigo, a la vida y a la amistad. Paladín gallardo de lo grandioso y lo bello, las letras te darían sus lauros, la libertad sus palmas, el amor sus coronas de olorosos jazmines y azucenas... No: bastante caro has comprado tu reposo. Duerme tranquilo, amigo, en tu última morada: el sueño cierra nuestros ojos todos los días; la muerte los cierra después del día de la vida. El sueño es la dicha y la necesidad de la naturaleza".

.....

(De la Meseniana de Teófilo E. Rojas).

.....

"Bello presidió a nuestra primera aurora literaria: su gusto puro dio a la generación que creció a su lado lecciones de ternura profunda, de suave y armonioso lenguaje, no escuchadas hasta entonces, despertando nobles ecos en las almas de genio, abriendo para todos el ancho río de la palabra.

¡Cómo pintarle en la serenidad de su luz, en la variedad de sus colores! ¡Cuán completo sería el talento poético de Bello, único talento incontestable, *cuando transformado en la capital de Inglaterra por las necesidades imperiosas de la vida material; dividido en diferentes direcciones; casi mutilado por la desgracia y la incertidumbre del*

porvenir, en la inmensa fecundidad de su espíritu, en la infinidad de rayos que lo constituían, aún nos quedó el gran Poeta, en medio del erudito y del político y del metafísico y el legislador, y del primer filólogo, entre cuantos hablan la lengua castellana!

"¿Queréis tener una idea de Bello, perdido en la inmensa Londres? Figuraos a Homero trasportado a Cartago, ¿cuál habría sido la suerte de Melesígenes, entre los aristócratas de la rival de Roma, hablando de las glorias de Aquiles y de la fe conyugal de Andrómaca; entonando el canto de las Musas, ante los ávidos mercaderes, adoradores de Molok?".

.....

(De la Meseniana de Bello).

.....

EL PADRE IRADI:

"Nosotros habíamos recibido de la generación pasada, es decir; recibimos de nuestros padres la enseñanza práctica de una fe pura, una religión forzosa y unas costumbres ajustadas a la lei de Dios; prendas preciosas con las cuales nuestros padres lograron la tranquilidad inalterable del espíritu, el progreso; pero el progreso bien entendido, y en fin la paz social: pero nosotros disipamos esta preciosa herencia; la ambición, el orgullo y los placeres sensuales se apoderaron de nuestro corazón, y Venezuela ha tenido que espiar su estravío con cinco años de dolor, de lágrimas y de sangre, hasta que el Dios de las misericordias oyendo las súplicas poderosas de María, que intercedía por nosotros porque nosotros con el título de hijos suyos nos postramos ante su trono pidiéndole el socorro de su intercesión, el Dios de las misericordias, digo, levantó el brazo de su justicia, tocó el corazón de los hombres y nos ha dado la paz. He aquí el gran beneficio que la bondad de Dios nos ha dispensado por la mediación poderosa de María. He aquí la nueva verdaderamente grande y capaz de alegrar vuestros corazones que vengo a anunciaros, evangelizo vobis gaudium magnum, *y para daros de él alguna idea, me propongo demostraros estas dos sencillas verdades: los horrores de la guerra nos hacen estimar con justa apreciación los beneficios de la paz, y los beneficios de la paz deben interesarnos en la conservación de este bien inestimable.*

.....

"De la paz entre Dios y nuestra alma nace la paz entre nuestros semejantes, porque teniendo nuestra voluntad sometida á la voluntad del Señor, debemos amar á nuestros prójimos, pues no podemos estar en paz con Dios si no lo estamos con el prójimo, porque es la voluntad decidida del Señor que nos amemos mutuamente, por eso ha dicho el Señor mandatum novum, *un precepto nuevo os doi, que os améis los unos a los otros como yo os he amado; precepto nuevo, porque hasta entonces el amor caritativo era casi desconocido en el mundo: y en otro lugar nos dice, vivid en paz con vuestro prógimo, porque la paz con el prógimo éste será el carácter que distinguirá á mis hijos de los hijos del mundo que aman la turbación y la discordia.*

"En fin; si vivimos en paz con Dios y con nuestro prógimo, por una consecuencia necesaria viviremos en paz con nosotros mismos; porque para vivir en paz con Dios debemos combatirnos para vencer nuestras pasiones y contrariar nuestra inclinación al mal, y sometiendo así nuestras pasiones á nuestra voluntad y nuestra voluntad á la lei de Dios, habremos triunfado, nos habremos reconciliado con nosotros mismos, y gozaremos de esa paz, de esa serenidad, de esa calma interior que hace al hombre verdaderamente feliz, porque participa acá en la tierra de las dulzuras inefables que los biennaventurados gozan en el Cielo".

.....

A punto de arrepentidos hemos estado ante la sola idea de que nuestro empeño crítico fuese bastante a herir naturales sentimientos de familia. Tal no ha sido nuestro intento, y por lo contrario juzgamos que en probando nosotros que no fue el Padre Iradi el autor de dicha pieza y en haciendo público que al decirla desde el púlpito se dejó llevar de la corriente de personales compromisos, mayor beneficio recibe su fama de manso levita, que lustre pierde su nombre respetable. Tanta certidumbre tenemos de que el recuerdo del Padre Iradi lucra con este nuestro estudio, que a vuelta estamos de suponer silenciados ante la majestad de la Casa del Señor, los epítetos con que aparece descalificado el General Páez. No es el sacerdote de un Dios de paz el llamado a remover la braza de los odios partidarios desde la altura sinaítica de la cátedra sagrada. Para el Padre Iradi, Páez, errado o engañado, debía alzarse de los bajíos de la política intestina, para ascender a la cima de heroico constructor de la República.

Y si aún no fuesen estas razones suficientes para borrar cualesquiera humanas susceptibilidades, sirvan en cambio a disculparnos el indesviable propósito de no mentir que nos ha servido de numen, y el sano empeño de barrer el polvo del olvido que venía cubriendo uno de los más brillantes trozos de nuestra antología patria.

SANTOS ANIBAL DOMINICI[1]

Sobran las palabras cuando se trata de explicar la justicia de la elección recaída en el doctor Santos Domínici para suceder al doctor Jesús Rafael Rísquez en la Silla Letra L de nuestra Academia. La dilatada labor científica y literaria del recipiendario –en sí una de las más límpidas y lucientes páginas de la cultura nacional– respalda sobrancera el acierto del escogimiento. Lo que aflora, en cambio, como contraste, y también como expresión de lo mucho de contradictorio que se mueve en la vida venezolana, es que sea yo, flaco de méritos, quien, antecediéndole en el ingreso, dé la bienvenida al ilustre maestro que viene a decirnos cómo la vejez no ha sido parte a disminuir en él la capacidad de trabajo y de creación.

Sesenta años hace que el nombre de Domínici llena los anales del saber venezolano. Formado en las aulas renovadas por el positivismo de Ernst y Villavicencio y abastado a la vez en la vieja tradición humanística que permitió a nuestros jóvenes del pasado siglo leer a Esquilo y a Lucrecio en sus propias fuentes, nuestro nuevo colega sumó la energía de su espíritu y el brillo de su inteligencia al movimiento científico que, a fines de la última centuria, realizó en las ciencias médicas transformación semejante en grado a la patrocinada en 1827 por el gran Vargas con relación a la vieja ciencia de Campins, Tamariz, Molina, Salias y José Domingo Díaz. Con José Gregorio Hernández –paradigma de maestros– abrió en nuestra casona universitaria la época fecunda de la

(1) Tomado de: *Discurso leído en la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española en la recepción pública del Dr. Santos Aníbal Domínici el 31 de enero de 1949.* Caracas: Tip. Americana, 1949. pp. 39–43.

investigación microscópica, que más tarde culminó en la obra de sabios como Rafael Rangel, Juan Iturbe, Rafael González Rincones, Enrique Tejera, Jesús Rafael Rísquez y Martín Vegas. Preocupado en general por dilatar los horizontes de nuestras ciencias médicas, trabajó en la Cátedra con entusiasmo y brillantez que dieron a su nombre relieve altísimo entre el grupo de los Rísquez, los Mosquera, los Acosta Ortiz, los Razetti, los Ruiz y tantos otros ilustres varones que marcan la culminación de un momento singular en el progreso de la cultura vernácula y que hicieron lema indesviable de su profesión el precepto hipocrático que declara como "allí está el amor del arte, donde está el amor del hombre".

Con ventanas abiertas hacia problemas que miran a la zona del lenguaje, nuestro nuevo colega cuidó, junto con el perfeccionamiento de su ministerio profesional, por la justeza del léxico que expresa los conceptos científicos, y ayudado por sus conocimientos del castellano, adaptó a nuestra lengua el diccionario francés de términos usados en Medicina, de Granier y Delamare. Si no fueran tan sólidas sus reservas literarias, este trabajo del doctor Domínici bastaría por sí solo para acreditarle asiento en nuestra Academia. Con él procuró, a más de que "el castellano esté siempre a la par de todos los progresos científicos y en noble emulación con las demás lenguas cultas", librar a la Medicina de "desconcertantes barbarismos" que desdicen de la precisión de los conceptos y ensombrecen la pureza de la lengua.

La alabanza de los méritos científicos del nuevo académico es obra que ya han cumplido, en otras oportunidades y en sitios más apropiados que éste, quienes tienen autoridad para intentarlo. Alejado, en cambio, del análisis particular de los diversos aspectos de la obra de Domínici como investigador, como maestro, como político y como publicista, quiero detenerme sólo en la figura ejemplar del ciudadano que tanto ha rendido al progreso de la nación. Sin extremar el valor de las palabras, podemos decir que es él reliquia afortunada de una época fecunda en que nuestra cultura, superado el artificio versallesco con que quiso simularla el guzmancismo civilizador, se empeñó con tesón y entusiasmo por el máximo desarrollo de su curva de valores, y expresión a la vez de una época azarosa en que los hombres preocupados por el progreso de las

instituciones políticas, habían de lanzarse, espada en mano, delante de los fusiles fratricidas, para ganar el tránsito de los gobiernos cuando no vencían, entre acerbas privaciones, las angustiosas vigilias de los calabozos. Síntesis, por sus crecidos años, de un largo decurso de nuestra existencia nacional, Domínici alternó por algún tiempo entre la cátedra y la rectoría universitaria y la larga prisión o las aventuras de la guerra; entre el desempeño de elevada función diplomática y el ostracismo voluntario; entre el ejercicio noble de su arte de curar y el trabajo callado de pulir el verso castellano donde vertía el metro deleitoso de Quinto Horacio Flaco. Y ahora viene a probarnos cómo a pesar de la copia de energías gastadas en tan dilatada y múltiple existencia, permanece vigoroso, como Platón, Isócrates, Georgias y el sublime Marco Tulio, gozando en la apacible ancianidad del mismo entusiasmo con que en la juventud dorada se dio a toda manera de trabajo, y a decirnos también, por ejemplo valiosísimo para las promociones juveniles, cómo supo salvar el decoro de su vida en medio de la acrimonia y la rudeza de la contienda venezolana. Superviviente de varios naufragios sociales, Domínici tiene, como los lobos marinos retirados a la paz del hogar costeño, desde donde miran con nostalgia las olas del océano, palabras para prevenir a quienes se lanzan confiados a la aventura de las aguas. Si mucho sabe por las largas horas que hurtó al reposo grato, mayor es la sabiduría que arrancó a la vida por haber contemplado en actitud filosófica su enigmático discurso. Vencedor en diversas maneras de palestras, ostenta sobre la frente serena del pensador el lauro inmarchitable que trasfiere el secreto de la permanente juventud. I al verlo entrar en esta casa, donde resonó la facundia majestosa de su egregio progenitor y donde debiera estar sentado desde luengos años su ilustre hermano Pedro César, por décadas ausente de la Patria, puede decirse que con él viene a dar prestigio al Instituto media centuria de dignidad venezolana. Como Sófocles, citado para la litis en que se debatiría el poder de su inteligencia, él trae testimonio perspicuo de una erudición no quebrantada por el peso de los años. En lugar de un tema, nos ofrece un florigelio. Del examen del léxico médico, se remonta para explicar la vida, a las regiones de la historia universal, donde los sabios probaron alargar sus energías para el cultivo de la virtud y de las letras, hasta descansar orgulloso, después de haber consagrado al recuerdo de Bolívar el análisis que lo salva de ser

catalogado, por lo extraño y atrevido de su personalidad, entre el elenco de los vesánicos. Por medio de esta sucesión de cuadros nos ha puesto de resalto el doctor Domínici como ha sido ancho y denso el fruto de sus estudios y cómo a los confines del otoño sabe inclinarse para recoger en apretada gavilla las mieses de ubérrima cosecha. Ultimo en la cronología de las incorporaciones, su venerable senectud y el acervo de sus méritos y conocimientos, lo colocan al entrar en puesto cabecero, es decir, en el mismo puesto de elevada consideración que tiene justamente ganado en la República, tan pobre de arquetipos hacia donde puedan mirar en pos de luces adoctrinadoras las nuevas y atónitas generaciones.

Doctor Domínici:

En esta hora de vuestro ingreso, no la mía, sin autoridad ni mérito de clase alguna, sino la voz de los caídos paladines que ilustraron nuestros anales, debió alzarse en este sitio para daros la entusiasta bienvenida del Instituto. Pero así sea pobre de elocuencia, ella, en cambio, interpreta cabalmente el unánime sentimiento del cuerpo que celebra como fiesta mayor la hora en que os sumáis al callado trabajo de velar por los fueros de la lengua con que San Juan de la Cruz esmaltó de joyas iridiscentes, los ásperos caminos de la ascensión espiritual y en que Cervantes puso a hablar a los más sabios y necios dialogantes de la comedia humana, la misma lengua, lúcida y sonora, que anunció el surgimiento, en medio de los mares tenebrosos, de una nueva tierra donde la cultura espera levantar sus símbolos más altos, si en ella llegan a aposentar, con efectividad de hechos, los ideales de justicia, de libertad y de concordia que hasta hoy sólo ha visto el hombre como itinerarios luminosos alzados más allá de los horizontes...

¡Señores!

GRAMATICA SOCIAL
(Limaduras)[1]

Entienden muchos que las palabras son instrumentos susceptibles de cualquier uso. Quienes ignoran su "terrible poder", consideran que de ellas se puede hacer uso semejante al que se hace, pongamos por caso, de las bragas ofrecidas al escogimiento de ayas y madres de familia. Vaya alguien de paseo por una calle donde se expongan a la venta camas o cocinas. Puede cualquiera comprar la que mejor le vaya a gusto. Si sufriere un incendio o pasase una mala noche, crearía un problema cuyo ámbito no rebasa los límites familiares.

Con las palabras ocurre lo contrario. Son ellas el vehículo para la relación social. No son simple cosa doméstica. Las frases de mero radio hogareño, quedan como patrimonio de determinadas estirpes. Son palabras para el grato uso familiar, de alcance apenas en íntimos relatos. Cuando mis parientes, en jerga familiar, suelen decir, para indicar desconfianza, "Oro en el crisol, ni María Rosario Rangel", evocan una vieja historia cargada de domésticas añoranzas, en que aparece de figura central la enérgica bisabuela que supo hacer con su propio trabajo una de las mejores fortunas de la región.

Estas particularidades corresponden, pues, al orden interno de los grupos familiares, poseedores de glosa, de consejas, de tradiciones que les dan carácter diferencial. En cambio, las palabras de uso general reclaman el mayor sentido de comprensión ideológica. La palabra es el

(1) Tomado de: *El Nacional.* Caracas, 9–11–1952, p. 4.

instrumento por medio del cual los hombres intercambian ideas y sentimientos. Por donde se concluye que la comprensión y divulgación de sentimientos y de ideas sean tanto más fáciles cuando más claro y directo sea el sentido de los vocablos. Cuando se lucha contra solecismos y contra barbarismos, no se sirve a un mero propósito de elegancia literaria, sino a una finalidad social. Cuanto más preciso sea el instrumento de expresión, más rápida es la comprensión del pueblo. Mejor y más útil será el comercio de las ideas. Para conquistar los pueblos no hay como cambiarles la lengua nacional. Hoy, en el proceso de entregar nuestras reservas morales al imperialismo yanqui, se afanan los mismos criollos porque sus hijos aprendan el inglés. Claro que es útil saber idiomas, y en el campo del trabajo hallan mayores oportunidades quienes conocen lenguas extranjeras. Pero cuando los pueblos, como está sucediendo entre gruesos sectores del nuestro, la dan por cambiar por otra la lengua materna, a poco cambian también por otra la conciencia de sí mismos. Por allí empieza la deserción nacional.

Leía en una nota policíaca de prensa que a determinado herido lo habían trasladado al "Periférico de Catia". Se entiende desde fuera de las palabras, que el enfermo fue trasladado al Puesto de Socorro de la Parroquia Sucre, más tal concepto no se deriva del valor funcional de la palabra periférico. Si tomamos un diccionario cualquiera, damos con que periférico es adjetivo que se relaciona con la periferia, es decir, con el término o con el contorno de una figura curvilínea. En el valor planimétrico de la ciudad podría decirse que lo periférico fuera lo suburbano, lo que da contorno a los muros o límites de la ciudad. Una idea relativa a lo que queda extramuros de la ciudad. Lo periférico no podría estar dentro de la urbe. Periférico connota una idea de foraneidad.

A alguno ocurrió la idea de dar el nombre de periféricas a las escuelas de barrio, y la palabra corrió con suerte. Luego aparecieron los mercados periféricos y los puestos de socorro periféricos. A poco, escuelas, mercados y hospitales se llamaron simplemente periféricos, y para saberse hoy qué expresa la dichosa palabra, es necesario conocer la materia a que se refiere. "Voy para el periférico de Catia" no indica nada. Pero si el viandante carga en la mano un morral vacío, se sabe que va al

mercado; si lleva un ojo amoratado, es obligado pensar que busca el puesto de socorro; si es un niño con un bulto de libros, justo es suponer que se dirige a la escuela. El vocablo tiene sentido para quien encuentre elementos visibles que lo expliquen. Pero en sí mismo no expresa otra cosa que un deseo de innovar a punta de palabras. Con este palabreo se ha hecho en gran parte la República. Mejor que escuela Periférica de Catia es decir la Escuela de Catia; mejor que Puesto Periférico de Catia, es decir Puesto de Socorro de Catia; mejor que mercado Periférico de Catia, es decir Mercado de Catia. Ni el niño aprende más, ni el enfermo se mejora más presto en razón del rebuscado esdrújulo. Simples ganas de complicarle la lengua al pueblo. Otra cosa sería que lo periférico connotase un valor de eficacia. Si con la bendita palabra se quisiese decir que en aquella escuela tienen. banca segura todos los niños de la Parroquia o que ningún enfermo queda sin debida asistencia en el consabido Puesto, o que en el mercado no hay ladrones y abunda, en cambio, la comida barata, entonces sí tendría razón de circular la palabra. Que la escuela sea llamada periférica, nada importaría, así estuviese al lado de la Casa Amarilla, siempre que tal atribución garantizase eficacia en la enseñanza y plaza segura para tanto niño sin escuela donde empezar el develamiento de la inteligencia. Que se llame periférico el urbanísimo mercado de Quinta Crespo, nada significaría, si ello fuese prenda de que allí podemos comprar a mejores precios nuestro recado de boca. Las palabras, si bien deben tener sentido directo para expresar conceptos fijos y claros, llegan en un momento de la evolución semántica a tener un sentido funcional distinto de su valor etimológico. Hoy no hacen puentes los pontífices, ni nada tienen que hacer con higos los sicofantes. Aquéllos realizan labores de rectoría moral. Los otros, lejos de seguir el camino a los higos, se dedican a la calumnia y a la delación. Posiblemente el uso continuo dado a la palabra álgido, terminará por quitarle el frío extremo y enardecerla un poco. Las palabras concluyen por superarse de su propia fuente temática, para adquirir valorizaciones a veces contrarias a su intención primitiva. Ojalá nosotros nos viésemos obligados algún día a llamar periférico a todo lo eficaz en el orden social. Bueno sería en este caso tener tribunales periféricos, bibliotecas periféricas, policía periférica; hasta amigos periféricos.

LA "MULA" LITURGICA
(Virutas)[1]

El frasco aplanado y revestido de cuero, paja o bejuco en que suele llevarse la bebida, y que el Diccionario de la Academia nombra cantimplora, es llamado "mula" en Venezuela cuando su contenido es vino o cualquier bebida alcohólica. Job Pim en su deliciosa "Enciclopedia Sigüi", recogió y comentó el vocablo, para que así pudiera incluirlo en su léxico de americanismos el acucioso Malaret.

"Mula" en Venezuela es palabra de viaje y de tronío. En lugar de la bota castiza, se acostumbra llevar la "mula" a la fiesta de toros. Quien toma camino y ha de coronar alturas, se hace acompañar por la fiel "mula". Aun en actos serios, como echar discursos, los oradores cargan con su "mula", para dar tono al agua y compensar la fatiga de las largas peroratas.

La palabra es tan popular en Venezuela como lo fue la mula cuadrupedante en los tiempos de libertad anteriores al raudo automóvil. Entonces nadie se sentía señor sin ser dueño de una buena mula de silla. Nuestras viejas mulas debieron de nacer, como el mestizo, sobre nuestra propia tierra. El ganado caballar y la asnería hubieron de llegar originariamente puros, es decir, sin mulos ni mulas, de la Península matriz. La mula, la recia mula antigua, fue siempre producto indígena. Nosotros exportábamos mulas. En una estadística del año 1798 veo anotada la salida de noventa y tres mulas por el puerto de La Guayra. A

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas, 9-10-1953, p. 4.

lo mejor alguna de esas mulas fue embarcada para Estados Unidos, de donde hoy nos vienen los caballos (HP) que monta nuestro pueblo mecanizado.

La mula es apenas engendrada para una vida. Su destino se parece al de muchos cristianos que consideran que con ellos comienza y termina la Historia. Con el nombre de muladismo podría bautizarse todo sistema de filosofía social que no dé a la vida ningún sentido levantado sobre la propia materialidad circundante. En razón de ese concepto muladista, la existencia de ciertas gentes se limita a un estéril y pasadizo proceso encaminado a colmar epicúreamente la necesidad del dia o de los días. "Después de mí, el diluvio", piensan en categoría regia los practicantes del muladismo como método de vida.

Quienes se acompañan de la "mula" espirituosa durante más tiempo del requerido por el viaje, la arenga o el festín, terminan por encontrarse al final de la carrera de la vida con los otros muladistas. La irresponsabilidad es el sitio donde se dan cita convergente tanto aquellos que toman la existencia como mera aventura sin otro fin que los pequeños fines enderezados al éxito de cada día, como quienes terminan por convertir la modesta, oportuna y reconfortante "mula" momentánea en arreo mular de trabajo permanente.

Sin embargo, no pareciera que la palabra tuviese un mero sentido de trago ocasional. ¿Por qué se llama mula en Venezuela a la manual cantimplora destinada a llevar la bebida espirituosa? A simple bulto pareciera que el nombre derivase de la ayuda o apoyo, alegre o reconfortante, que pueda ofrecer el oportuno sorbo que de ella se obtenga. Tomada a lo festivo, creo que muy pocos se hayan detenido a buscar la razón etimológica de la palabra. A mí no se me hubiera ocurrido ver en nuestra popular "mula", más valor enológico que el trasmitido por la bebida en ella contenida materialmente, a no ser por la asociación de ideas que me suscitó el estudio de un pequeño problema litúrgico, que bien ha podido resolver nuestro encantador Fides.

Por el Siglo VIII en la antigua misa del culto estacional romano, el Papa personalmente recibía, según el orden de las dignidades, la ofrenda del

pan que presentaban los fieles para el sacrificio eucarístico. Al mismo tiempo, el arcediano recibía las ofrendas del vino, ofrecido en jarritas especiales. Estas botellitas, con imágenes religiosas, se fabricaban expresamente para este fin y recibían el nombre de *AMULAE.* Nada tan fácil en el movimiento semántico como la pérdida de la A inicial, de donde más tarde la palabra pudo llegar a nuestra "mula" nacional. Todo esto sería un proceso lingüístico de más de diez siglos en cuyo desmadejamiento posiblemente nadie ha llegado a pensar.

¿Será acaso ese nombre feo, vulgar, oloroso a caballeriza y a sudor de largas jornadas, un derivativo del nombre litúrgico dado a las finas vasijas destinadas a guardar el vino que los fieles cristianos ofrecían en la solemne, misteriosa y sublime festividad eucarística? En la amplia biblioteca de la Real Academia de la Lengua he fojeado algunos diccionarios medievales en pos de la peripecia del vocablo. Claro que mis pesquisas no han sido ni metódicas ni mucho menos exhaustivas. Mula parece que ni en el actual ni en el viejo español tuviese valor como recipiente. ¿Cómo, entonces, el vocablo adquirió en Venezuela ese secreto sentido de recipiente vínico que hoy luce, aun con escándalo de la gente pacata?... ¿Disimulo, acaso, de algún festivo clérigo de acá o de allá, a quien el "bon vino" del Arcipreste provocaba rendido entusiasmo? De no haber ido en la glosa del antiguo pueblo español que trasladó su hogar y su energía a nuestras soleadas playas, bien pudo dar tan alto y sagrado remoquete a la modesta cantimplora, algún sacerdote de egregias letras, el Padre Pérez Limardo, pongamos por caso, cuando con eufemismo elegante pidiera al sacristán para otros usos, un poco del buen vino destinado a los misterios eucarísticos. Eso mismo pudo haberlo hecho también en cualquier sacristía de España algún otro alegre sacerdote amigo del vino con especie y sustancia vinícola, más que con sustancia de eternidad sacrifical. El sacristán, deseoso de mostrar letras, como aquél su colega que comentaba entre iguales, que lo único que se decía en latín en la misa de rito griego eran los kiries, ha podido llamar por su cuenta mula a la vulgar cantimplora y mula se quedó en la jerga del pueblo.

No habré de dar cabo a esta indagación lexicográfica para su final inclusión en los glosarios venezolanos. La mejor parte la dejo a la

inteligencia y al amor que mi ilustre amigo Angel Rosenblat pone en la elaboración del gran catálogo de venezolanismos que prepara el Instituto de Filología "Andrés Bello". Don Andrés ha podido usar también su oportuna mulita, como la usó don Cecilio Acosta, como por ella suspiraba Juan Vicente González bajo la fronda de mangos de Blandín y Pan Sembrar. Todos ellos supieron ser fieles al consejo de San Pablo a Timoteo. "Usa un poco de vino para tu estómago y frecuentes enfermedades", recomendaba al discípulo el gran Apóstol. Un poco de vino, como lo tomó el Señor en la Cena donde se dejó a sí mismo por herencia a los discípulos. Un poco de vino, como el contenido en los primorosos frascos de la liturgia primitiva, de donde pueda derivar su nombre venezolano la discreta cantimplora de tan variados, gratos y peligrosos usos.

Madrid, octubre de 1953.

HACIA UNA SOCIEDAD SIN ORTOGRAFIA
(Virutas)[1]

Quizás una de las palabras locales de España que me ha proporcionado mayor impresión a causa del drama de su origen, sea la palabra "haiga" con que suelen ser determinados los coches de gran lujo. Un "Mercedes Benz", un "Rolls Royce" un "Packard", un "Cadillac" son llamados genérica y simplemente un haiga. "Qué haiga tan majo", escuché que decía un golfillo ante el lindo "Mercedes Benz" de un musiú afanado por aparcarlo en la alegre y congestionada Puerta del Sol, mientras yo compraba el diario de la tarde a una de las escandalosas y gordas vendedoras de periódicos que llenan las aceras.

La palabra me pegó en el magin. Haiga. ¿Y qué significa haiga en relación con un coche de lujo? Busqué en mi pequeño diccionario y nada hallé que pudiera orientarme. La palabra seguía, sin embargo, dando ocultas vueltas en los quilombos de mi memoria, hasta que atiné a preguntarle a un chofer de taxi. Este me refirió cómo en cierta oportunidad regresó de América, seguramente de Venezuela, pienso yo, un pobre paleto que había enriquecido allá de la noche a la mañana. Con la bolsa bien repleta de dólares, tornaba a su viejo hogar el rústico afortunado, quien fuera de la buena plata nada había conseguido que mejorase su nivel cultural. En una alegre tasca de la calle de Cuchilleros topó el indiano con sus viejos amigos de rústico oficio. Trasegaron alegremente una buena cantidad de cañas y luego fue interrogado el nuevo rico acerca de sus planes futuros. Les dijo en su empeño por

(1) Tomado de: *El Universal.* Caracas. 20-11-1953.

comprar una buena huerta en Aranjuez y un buen automóvil para el rápido y cómodo transporte. Alguno indagó acerca de la marca del coche que pensaba adquirir, y el palurdo respondió lleno de satisfacción: "Pues, el mejor que haiga".

La respuesta del paleto tuvo fortuna y rodó entre la gente del viejo Madrid. A poco alcanzó los mentideros de periodistas y de gente aguda, sin que tardara en convertirse la palabra haiga en sinónimo de carro de lujo, pero de carro de lujo con toda su sub-historia de pedantería, de vanidad, de estupidez que configura la mente de los nuevos ricos.

En el sobrio Madrid, que durante un cuarto de siglo ha cuidado con mano maestra sus viejos y desairados automóviles la palabra tiene un sentido de crítica justa al deseo de exhibir posibilidades de lujo. El haiga matritense, por la escasez de especímenes automovilísticos de alto rango, se convierte en una modesta y perdonable falta de ortografía. Si, en cambio, se leyese la plana que permanentemente escriben los compradores venezolanos de automóviles, el viejo Marroquín tendría para bajar de nuevo al sepulcro ante la comprobada inutilidad de sus reglas. Caracas luciría como capital de los peores errores ortográficos.

Mas, el drama de la palabra no se mueve sobre las ruedas mecánicas del coche. El drama lo motorizan los hombres del despilfarro y la echonería. La palabra no se endereza a criticar las bellas líneas de los costosos coches. Su fin último es hacer burla de quienes procuran asustar al prójimo con alarde de poder económico, así este poder no cuente muchas veces ningún sólido pilar donde afianzarse.

El "haiguismo" es una actitud de desbarrancadero por donde se hacen nulas las mismas posibilidades creadoras del pueblo. En el rústico obrero que se enriqueció en América pudiera explicarse su afán por mostrarse en un carro de lujo, como testimonio de un deseo de superación personal. Lo que no pudo crecer por sí mismo quiere aparentarlo por la caparazón de su nueva personalidad económica. Como el personaje censurado por Epicteto, este infeliz nuevo rico se envanece de la belleza de su automóvil, realización mecánica y múltiple del viejo caballo de Trasia, aludido por el filósofo. El proceso

imaginativo del paleto acaudalado lo lleva a confundirse con su propio coche. Puede llamarse Pedro Ruiz o Juan Pérez, como cualquier peón de Castilla, pero montándose en el costoso automóvil que se piensa comprar ya se cree un Mister Peter Rolls-Royce o un Mister John Cadillac.

Como filosofía explicativa de estos procesos de simpleza y de tontería, el haiguismo aporta buenos elementos de juicio. En cambio, el haiguismo como actitud generalizada, tal cual ocurre en Venezuela y en otros países de nuevorriquismo semi-colonialista, constituye una posición desgravitada en el orden de la moral nacional.

El afán de lucir nuevas marcas de carro representa un vicio social de proyecciones semejantes a las del vicio del juego o del alcohol. Con él se abre camino fácil para el regreso al Exterior del dinero que pudiera aplicarse a obras de verdadera proyección creadora. El haiguismo es en último análisis una verdadera amarra colonialista. De otra parte, el afán de lucir coches nuevos y costosos conduce al relajamiento de una serie de resortes donde se asienta la personalidad. Para beber y para jugar se dijo ayer que el hombre vicioso compromete honor y libertad. También para rodar arrellanados en un lujoso coche, muchos hombres y mujeres sacrifican insensiblemente partículas de su personalidad moral. El movimiento continuado insensiblemente termina en destruir muchos puntos de resistencia, por donde llegan a confundirse el vicioso y el zafio. Venga el haiga por el camino que sea, ya ganado en rudo trabajo, como el del indiano simplote, ya por fáciles, obscuros, inconfesables senderos, como el de quienes se venden a sí mismos o venden los caminos de la independencia nacional. Lo que interesa es que "haiga" con que comprar billete para la fiesta. Nada importa la ortografía de los valores. A una moral erradiza, bien cuadra un léxico erizado de faltas ortográficas.

Madrid, noviembre de 1953.

EL ESPAÑOL DE AMERICA[1]

Antes pude haberlo visto, mas ahora es cuando paro mientes en el caso. Al leer en la hoja de anuncios correspondiente a octubre último las novedades que ofrece Correa & Cía., de París (en lo venidero Buchet-Chastel) he tropezado con los libros "Un homme appelé Pierre", de Catherine Marshall y "Quand un homme est fou" de Harold Maine, traducidos del *AMERICANO* por Lola Tranec y Elisabeth Guertie, respectivamente.

Los nativos del Norte de América dieron en llamarse a sí mismos pura y simplemente americanos, con notable desconocimiento del derecho al gentilicio que en orden genérico-geográfico nos corresponde a todos los nacidos en el mundo descubierto por Colón. En fuerza de la costumbre y con apoyo en los poderosos recursos de que dispone el gran país del Norte, la confusión tuvo suerte, y en Europa, en Asia, en Africa, en Oceanía y aun entre desprevenida gente de la otra América, se suele llamar americano al natural de los Estados Unidos de Norte América. A éstos, en realidad de verdad, les corresponde oficialmente el gentilicio de norteamericanos o de estadounidenses. Se les llama *GRINGOS* y también *YANQUIS* desde otro punto de valorización política. A los propios sudistas no les va en gracia que se les diga *YANQUIS.* Así llaman ellos a los nacidos en Nueva Inglaterra.

La confusión denominativa se ha hecho camino, y Embajador Americano es hoy llamado en todas partes el Embajador de Estados Unidos. Como si la América toda fuera patrimonio de los yanquis, sus

(1) Tomado de: *La Nación.* Guayaquil, 22-11-1954.

representaciones en el Exterior se denominan American Embassy, American Legation, American Consulate. Para la Casa Blanca parece que no hubiese otra América. El resto del hemisferio americano lo miran en Washington como dependencias comerciales de la formidable Unión norteña. A su juicio, Venezuela, Bolivia y Guatemala serían apenas territorios útiles que producen hierro, petróleo, estaño y bananas.

Esta es la tragedia de nuestro mundo americano. Esta tragedia ocupó el pensamiento de Martí, de Hostos, de Rodó, de Blanco Fombona, de Henríquez Ureña, de Manuel Ugarte. Esta tragedia tiene voz altiva en Alfonso Reyes, en Gabriela Mistral, en Sanín Cano, en García Monge, en Vicente Sáenz, en Francisco Romero. Tiene voz también en millares de hombres y mujeres que en nuestra América traicionada sienten la necesidad de buscar caminos para la dignidad nacional.

Pensé que en este trance doloroso de nuestra vida de pueblos amenazados por la conquista económica y espiritual de Norte América, el pensamiento de Francia estuviese con nosotros. Habló Francia de latinoamericanidad como un valor que ganaba en categoría y dimensión a la propia hispanoamericanidad donde reside el tuétano de la mayoría de los países amenazados por la absorción imperialista de los norteamericanos.

En la Cámara de los Pares habló Víctor Hugo en 1848 a favor de Italia y de Pío IX. Víctor Hugo exaltaba la romanidad entrañada en el Pontífice y ponderaba las excelencias de Italia, es decir de Roma, como expresión eterna de cultura. "La civilización del mundo, decía el *PADRE HUGO,* tiene una abuela que se llama Grecia, una madre que se llama Italia (Roma), una hermana mayor que se llama Francia". ¿Por qué el pensamiento francés desdeña hoy al mayorazgo que le atribuía Víctor Hugo, para traicionar los valores de la latinidad de que se ha dicho puntera universal, aun con mengua de la propia Italia?

Digo traición a la latinidad de América por cuanto dar personería de lengua *AMERICANA,* al inglés que se habla en los Estados Unidos de Norte América es una deslealtad imperdonable hacia los intereses de los ciento ochenta y más millones de seres que nos sentimos orgullosos en

América de hablar el viejo, recio, sonoro idioma del Cid y de Cervantes, y que a la vez sentimos el orgullo de proclamar que, junto con los tradicionales valores que nos legó la España materna, las ideas de Francia han nutrido también nuestra cultura joven. Y mayores son los signos de la deslealtad cuando nuestra América ha de fortificar el ligamen que la une con la cultura de Europa.

El inglés que se habla en Estados Unidos, a pesar de las características locales que adquieren todos los idiomas trasplantados, no alcanza a las variedades con que se ha enriquecido el español en América. Jamás se nos ha ocurrido decir que nosotros hablamos venezolano o colombiano o chileno o mexicano. Nos empeñamos, por el contrario, en defender los elementos de unidad que residen en la lengua común. Sabemos que el idioma es el más vigoroso nexo que junta a las comunidades. México en 1951 reunió en su capital la primera gran asamblea de académicos de la Lengua Española. Pensamos en América que los hispanoparlantes no peninsulares tenemos el deber de velar como la Academia matriz por la pureza y la resistencia defensiva de nuestro idioma común. El pretenso *AMERICANO,* como expresión idiomática con derecho a autonomizarse del inglés materno, se reduciría en todo caso, al *GUASAMARISMO* de los muelles de Brooklyn. Quizás pensando en estas formas viciadas, los puritanos de Gran Bretaña hablan peyorativamente de un *AMERICAN ENGLISH.*

Junto al inglés de América –hoy en Francia indebidamente llamado *AMERICANO*– existe en el Nuevo Mundo el español de América. Ambas fueron lenguas conquistadoras. Al Norte llevó Shakespeare, junto con Hamlet, a Macbeth y a Shylock. Al Sur y al Centro, Cervantes condujo a Don Quijote y su inmortal escudero. La cultura norteamericana ha producido grandes valores. No le van de zaga los filósofos, los poetas, los ensayistas, los novelistas, que han nacido en el área de la cultura hispánica. Hamilton, Emerson, Poe, Longfellow, Whitmann, O'Neill, Pearl Buck, Hemingway, han removido y enriquecido las formas del inglés. Bolívar, Andrés Bello, Rafael María Baralt, José Cecilio del Valle, Juan Montalvo, Justo Sierra, Domingo F. Sarmiento, Cecilio Acosta, José Martí, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, José Hernández, José Enrique Rodó, Miguel Antonio Caro, Guillermo

Valencia, José Santos Chocano, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, Nicolás Guillén, Sabat Ercasty han enriquecido con nuevos colores y sonoras luces la arquitectura de la lengua española. No en pugna, pero sí como expresión de dos tonos anímicos diversos, el inglés y el español han conquistado nuevas dimensiones en el hemisferio occidental. El mundo inglés se configuró con un sentido distinto al nuestro. Mientras en el Norte, venteros y regatones hacían buenos negocios en la otra América, Don Quijote y Sancho dialogaban sin cuidarse de la primacía de los yangüeses. Los vecinos del Norte han visto crecidos sus graneros, por donde su palabra ha adquirido respaldo poderoso en todos los vientos del orbe. Tanta ha sido la fuerza alcanzada por el vocabulario de los hombres afortunados, que hoy se da a su lengua nombre que del mismo modo como la distancia del materno idioma la da amplitud que absorbe plenariamente la geografía del Nuevo Mundo.

Contra la arbitraria connotación que dan los libreros de Francia a la voz *AMERICAIN* hemos de levantar nuestra encendida protesta todos los que sentimos el deber de luchar por la permanencia de los grandes valores que forman y vivifican el sustrato de nuestro mundo hispanoamericano. En Norteamérica se habla inglés, como en el resto de América se habla español y portugués. Los hispanoparlantes del Nuevo Mundo somos mayores en número que los estadounidenses. El americano como lengua no existe. Decir que un pueblo del otro continente habla americano, es tanto como decir que en Inglaterra se habla europeo. Muchos, muchísimos somos los hombres y las mujeres que en América aspiramos a seguir hablando con Dios y con nuestros semejantes en el recio, sonoro, dulce, directo, claro idioma de Castilla. Los sueños con que compensamos la realidad hostil del mundo queremos seguir soñándolos en la sutil, meliflua, luminosa lengua de San Juan de la Cruz.

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 16

"Al margen de una crítica", **El Nuevo Diario.** Caracas, 28-9-1928, p. 1.

"Almas muertas", **Elite.** Caracas, 19-12-1922.

"A manera de prólogo", **Ritmos del alma.** Fray Angel P. Sáenz. Caracas: [Imp. Nacional], 1948. 147 p.

"La amistad de Enrique Planchart". INEDITO.

"Apólogo de los herederos traicionados", Papel Literario de **El Nacional.** Caracas, 18-6-1959.

"Apólogo de los pastores infieles", Papel Literario de **El Nacional.** Caracas, 25-6-1959.

"A propósito del Vanguardismo", **El Universal.** Caracas, 7-9-1928, p. 5.

También en: - Supl. Ilustrado de **El Espectador.** Bogotá, [s.d.]-8-1928.

"A propósito de la obra del Padre Olea (Nota bibliográfica)", **El Universal.** Caracas, 20-9-1928, p. 1.

"La ausencia de Bello", **Antología del bellismo en Venezuela.** Pedro Grases; com. Caracas: Instituto de Cultura y Bellas Artes (Biblioteca Popular Venezolana, 123), 1969 (391 p.) pp. 311-314.

También en: - **Primer libro de la Semana de Bello en Caracas, 23 de noviembre de 1951 - 29 de**

noviembre de 1952. Caracas: Ministerio de Educación, 1952 (317 p.) pp. 231-232.
- (Bitácora), **El Nacional.** Caracas, 28-11-1951, p. 4.

"'La balada de la estancia vacía' de Fombona Pachano", **El Universal.** Caracas, 22-8-1926, p. 5.

"Bello, maestro de escritores", **Segundo libro de la semana de Bello en Caracas, 23 de noviembre de 1952 - 29 de noviembre de 1952.** Caracas: Ministerio de Educación, 1953 (294 p) pp. 139-144.

También en: - **El Nacional.** Caracas, 30-11-1952, p. 30.

"Canción de los niños en la tarde". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. INEDITO.

"Canción de los ojos tuyos". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. INEDITO.

"Canción del amor perdido". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. INEDITO.

"Canción del amor que pasa". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. INEDITO.

"Canción sin esperanza". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. INEDITO.

Apareció también con título "Por el camino", en el Archivo de MBI.

"Caracas y Andrés Bello", **Crónica de Caracas** (Caracas), Nº 1 (1951), pp. 63-67.

También en: - **El Universal.** Caracas, 16-12-1950, p. 4.
- **El retorno de Bello.** Caracas: La Casa de Bello, 1988, pp. 21-26.

- **De "Bitácora" a "Crónica de Caracas".** Present. de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Fundación "Mario Briceño Iragorry", 1984 (201 p.) pp. 15-19.

"Claridad". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. Sin datos de publicación.

"Creación y biografía", Papel Literario de **El Nacional.** Caracas, 15-5-1958, p. [1].

"Crispín Ayala Duarte. Contestación del señor académico de número, Mario Briceño Iragorry, **Discurso de recepción del Dr. Crispín Ayala Duarte como Individuo de Número de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española. 8 de diciembre de 1932.** Caracas: Parra León Hnos. 1932 (30 p.) pp. 23-30.

"Despropósitos para agradecer a los álamos". [San José de Costa Rica], 17-9-1940. INEDITO.

"Dios", **Génesis.** Valera, Nª 6 (12-10-1911).

"Domingo Martínez no regresará a Caracas" (Virutas), Indice Lit. de **El Universal.** Caracas, 10-4-1954, p. 4.

"Elogio de Lisandro Alvarado", **El Universal.** Caracas, 10-4-1938, p. 11.

"Eloy Guillermo González. Contestación de Mario Briceño Iragorry", **Discurso de recepción de don Eloy G. González como individuo de número de la Academia Venezolana Correspondiente de la Española, el 16 de noviembre de 1932.** Caracas: Edit. Sur-América, 1932 (23 p.) pp. 15-23.

"En memoria de Andrés Eloy Blanco. La bruma dolorosa del exilio", **El Tiempo.** Bogotá, 12-6-1955.

También en: - Indice Lit. de **El Universal.** Caracas, 6-5-1958.
- Papel Lit. de **El Nacional.** Caracas, 22-5-1958, p. 3 y 21-5-1959, pp. 1-6.

- **Andrés Eloy Blanco humanista. Juicio de sus contemporáneos.** Comp. de José Agustín Catalá. 2ª ed. Caracas: Edics. Centauro, 1981 (2 v.) v. 1. pp. 241-250.
- **Apreciaciones críticas sobre la vida y la obra de Andrés Eloy Blanco.** Efraín Subero; comp. Caracas: Edics. Centauro, 1981. pp. 123-131.

"Enrique Bernardo Núñez. Contestación de Don Mario Briceño Iragorry", **Discursos de Incorporación. 1940-1958.** Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966 (4 v.) v. 3 pp. 261-264.

También en: - **Discurso de Enrique Bernardo Núñez, en el acto de su recepción como individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, de 1948. Contestación de Mario Briceño Iragorry.** Caracas: Tip. Americana, 1948. 44 p.

"**Ensayo gramátical del Dialecto de los indios Guaraúnos.** Bonifacio María Olea", **Anales de la Universidad Central de Venezuela** (Caracas), 16:3 (1928), pp. 236-238.

"El español de América", **La Nación.** Guayaquil, 22-11-1954.

"Este oficio de escritor", **El Nacional.** Caracas, 24-9-1952, p. 4.

También en: - **El Relator.** Cali, 3-10-1952.

"Evocación de Eduardo Carreño. Varón de letras", [**La Nación**]. Guayaquil, 5-3-1954.

"Exaltación de Andrés Eloy Blanco" (Aviso a los navegantes), **La Esfera.** Caracas, 7-6-1958, p. 4.

También en: - **El Nacional.** Caracas, 7-6-1958, p. 4.

"La fiesta del idioma", **El Universal.** Caracas, 4-11-1929, p. 1.

"El genio de Víctor Hugo. La inmensidad contradictoria", **El Tiempo.** Bogotá, 7-10-1954.

También en: - Papel Lit. de **El Nacional.** Caracas, 22-5-1958, p. 3. Con tit. "Vigencia de Víctor Hugo".

"Gramática social" (Limaduras), **El Nacional.** Caracas, 9-11-1952, p. 4.

"Hacia una sociedad sin ortografía" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 20-11-1953, p. 4.

"El hombre nuevo", **Elite.** Caracas, 5-10-1929.

"Homenaje al Doctor Santos Aníbal Domínici", **Revista Nacional de Cultura** (Caracas), Nº 73 (1949), pp. 138-143.

"Jacinto Fombona Pachano", **El Heraldo.** Caracas, 6-2-1952, p. 4.

"Juan Vicente González y el Padre Iradi", **Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua** (Caracas), Nº 6 (1935), pp. 169-177.

"Kiu Kak-neun finá wotsuí / La joven india llora en la tarde". Texto en lengua Timoto-Cuica y su traducción al español. [1945]. INEDITO.

"Lección inaugural de la Cátedra de Literaturas Antiguas", **Anales de la Universidad Central de Venezuela** (Caracas), v. 17 Nº 5 (1929), pp. 775-782.

"Los libros nuevos. **En el cerezal**", **Mercurio,** [Valera, 1923].

"La literatura argentina del señor Ayala", **El Universal.** Caracas, 28-5-1930, p. 1.

"Manos be kiu nisbó Chilin Jahn / Alabanza para la bella Chilin Jahn". Texto en lengua Timoto-Cuica y su traducción al español. [1945]. INEDITO.

"Meditación sobre la muerte", **Fuego.** [Caracas], junio 1951.

También en: - **El Heraldo.** Caracas, 29-8-1948, p. 10. Con tit. "Una página de Briceño Iragorry".

"La muerte de Pedro Emilio Coll", **U.R.D.** Caracas, 26-3-1947.

"La 'mula' litúrgica" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 9-10-1953, p. 4.

"Naufragio de amor", **Génesis.** Valera, Nª 5 (23-9-1911).

"Nihil", **Tic Tac.** Mérida, 20-9-1919.

"El ocaso de una literatura" (Crítica literaria), **El Universal.** Caracas, 6-11-1928, p. 1.

"Ojos" (Poemas mínimos), **Luz.** Mérida, 1-9-1923.

También en: - **El Heraldo.** Caracas, 27-5-1923, p. 1.

"O mal de vida" (Nota bibliográfica), El Universal. Caracas, 3-7-1922, p. 1.

"Palabras extraviadas para un poemario de Pedro Sotillo" (Virutas), **El Universal.** Caracas, 17-4-1952, p. 4.

"Palabras iniciales", **Hojas errantes. Poesías.** José Félix Fonseca. Trujillo: Imp. Santa Ana, 1916. 53 p.

Palabras para alabar a Luis Correa. Caracas: Ministerio de Educación, 1948. 12 p.

También en: - **Revista Nacional de Cultura** (Caracas), Nº 70 (1948), pp. 7-16.

"Pequeña historia de la literatura brasileña. Ronald de Carvalho", **Bitácora** (Caracas), Nº 3 (1943), pp. 88-89.

"Poemas en prosa: Marco de tinieblas, Mancha, La Mirada", **Elite.** Caracas, 23-2-1929, s.n.p.

"Poemas en prosa: Palabras sin eco, Las lágrimas, Lo ignoto, Entonces", **Azul.** Trujillo, 13-3-1917.

"Prólogo", **Alma en flor.** Jesús Antonio Llavaneras Carrillo. Trujillo: Imp. Santa Ana, 1915. (106 p.) pp. 17-25.

"Prosa inédita", **Cróquis.** Mérida, 8-5-1921.

Prosas de llanto. Pról. de Pedro Pablo Barnola. Boconó: Edics. del Ateneo de Boconó, 1969. 202 p.

"Responso a Joseph Hajek". INEDITO.

"Responso a las víctimas de Cali". s.d. 1956.

"Responso al periodista Jean Roy", **El Telégrafo.** [San José de Costa Rica], 5-12-1956.

"Romancillo de la canción vendida". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. Firmado con el seud. Lope de Encina. INEDITO.

"Romancillo de la vida breve". [San José de Costa Rica, 1939-1940?]. INEDITO.

"Santos Aníbal Domínici", **Discurso leído en la Academia Venezolana correspondiente de la Real Academia Española en la recepción pública del Doctor Santos Aníbal Domínici el 31 de enero de 1949.** Caracas: Tip. Americana, 1949. pp. 39-43.

"Una historia literaria de América", **El Universal.** Caracas, 9-11-1928, p. 1.

"Un escritor trujillano [Domingo Briceño y Briceño]", **Vanguardia.** San Cristóbal, ?-1-1942.

INDICES DEL VOLUMEN 16

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

ABC [Diario. Madrid]: 67.
Abel [Personaje bíblico]: 55.
Abraham [Personaje bíblico]: 81, 111.
Academia Chilena de la Lengua: 347.
Academia Nacional de la Historia: 254, 255, 267.
Academia Nacional de Medicina: 275.
Academia Venezolana de la Lengua: 229, 232, 275, 295, 353, 357, 367, 368.
"Acción Democrática": 326, 338.
Acosta, Cecilio: 101, 214, 249, 251, 252, 279, 293, 309, 310, 361, 378, 385.
Acosta, [Eliseo]: 276.
Acosta Ortiz, [Pablo]: 368.
Acosta Saignes, Miguel: 298.
Acrópolis [Grecia]: 157, 158, 292.
Africa: 94, 128, 324, 383.
Afrodita [Personaje mitológico]: 91, 309.
Agamenón [Rey griego]: 81.
Aguado, [Pedro de]: 343.
Aguirre, Lope de: 270.
Agustín de Cantorbery: 94.
Agustinos Recoletos de Venezuela: 263.
Alamo, Antonio: 17, 18, 19, 21, 26.
Alba lírica de L. Correa: 248, 255.
Alberdi, [Juan Bautista]: 101.
Alcázar de Toledo: 80, 81, 82.
Alemania: 275, 277.
Los Alfaraches: 286.
Alfonso El Sabio [Rey de España]: 305.
Alfonso, María Yolanda: 107.
Alfonso, Mercedes Teresita: 107.
Algo sobre literatura sánscrita de A. Schopenhauer: 231.
Allighieri, [Dante]: 175, 286, 325.
Alma en flor de J. A. Llavaneras Carrillo: **173-9**, 239.
Altagracia [Estado Zulia]: 311.
Alvarado, Lisandro: **235-6**, 268, 344.
Alvarez de Lugo, Eladio: 239.
Alvarez, Fraile: 237.
Amadeo, Mario: 101.
América: 25, 94, 97, 98, 99, 100,101, 103, 104, 105, 106, 128, 133, 134, 135, 204, 207,

226, 230, 241, 270, 286, 289, 317, 324, 325, 326, 327, 347, 348, 349, 350, 379, 380, 383, 385, 386.
América del Norte. Véase: *Norteamérica.*
Anacreonte: 92.
Anales de la Universidad Central [Caracas]: 203, 217, 274.
Anales de la Universidad de Chile [Santiago]: 347.
Anchieta, [Juan de]: 262.
Andrade, Olegario: 226.
Andueza Palacio, Raimundo: 299.
Angarita Arvelo, [Rafael]: 255.
Angeles, Sor María Josefa de los: 225.
Aníbal: 231.
"Annabel Lee" de E. A. Poe: 192.
El antifaz desgarrado de L. Correa: 253, 255.
Añez Casas, Edmundo: 238.
Apolo [Personaje mitológico]: 157.
"A propósito del Vanguardismo" de MBI: 214.
Apulia [Italia]: 231.
Aragón [España]: 25.
Aranjuez [España]: 380.
Arauca [Río]: 313.
Arboleda, Julio: 132.
Arcángel Miguel: 95.
Arcaya, Pedro [Manuel]: 344.
Arcipreste de Hita. Véase: Ruiz, Juan.
Arévalo González, Rafael: 251, 293.
Argentina: 98, 99, 101, 102, 103, 225, 349.
Arguedas, [José María]: 101.
Ariosto,. [Ludovico. Poeta italiano]: 175.
Aristóteles: 141.
Arizona [EE.UU.]: 68.
Arosemena, Justo: 101.
Arroyo Lameda, Eduardo: 315.
Arvelo Larriva, [Alfredo]: 255.
Asia: 94, 128, 324, 383.
Asociación de Escritores Venezolanos: 247, 301.
Atenas: 91, 93, 222, 354.
Atenea [Personaje mitológico]: 157, 335.
Ateneo de Boconó: 47.
Atlántico: 97, 107.
Augusto [Emperador romano]: 258
Austerlitz [Checoslovaquia]: 317.
Austregesilo, A.: **183-5.**
Austria: 230.
"Autognosia" de D. Martínez: 315.
Aveledo, Agustín: 255.
Aveledo Urbaneja, Agustín: 215.
Avila, [José Cecilio]: 249, 362.
Ayala Duarte, Crispín: **203-6, 225-8, 353-7.**
Aymará [Etnia peruana]: 345.
Ayuntamiento de Caracas. Véase: Concejo Municipal del Distrito Federal.
"Azul" de Cruz Salmerón Acosta: 334.
Azul [Diario. Valera]: 7.
"Babel y el castellano" de A. Capdevilla: 347.
Bacón, [Francis]: 230.
"Balada de la estancia vacía" de J. Fombona Pachano: **189-195.**
Balmes, [Francisco]: 230.
Baptista Quevedo, Alfredo: 239.
Baralt, Rafael María: 231, 249, 258, 287, 324, 385.
Barquisimeto: 239.
Barreto Peña, Samuel: 239.
Barrios, Máximo: 239.
Barroeta, Rafael Angel: 239.

Battistella, Amabile: 65.
Baudelaire, [Charles]: 175.
Beethoven, [Ludwig van]: 175, 303, 318, 333.
Bélgica: 87, 275.
Belice: 93.
Bello, Andrés: 101, 243, 249, 258, 270, **279-83, 285-8, 301-6,** 310, 323, 324, 335, 337, 355, 361, 362, **363-4,** 385.
Benetuera [Indígena venezolana]: 22, 24, 25.
Bergson, [Henri Louis]: 115.
Bermúdez, Juan Francisco: 340.
Bernárdez, Francisco Luis: 99
Bertiu, Luisa: 332.
Bertrand, Robert: 54.
Biblioteca Nacional: 292.
Bilbao, [Francisco]: 101.
Billiken [Revista. Caracas]: 145.
Binet Sanglé: 114.
Bitácora [Revista. Caracas]: 261, 262.
Blaine, [James Gillespie]: 100.
Blanco, Andrés Eloy: 215, 216, 279, **323-9, 335-40.**
Blanco, Diego Fernando: 107.
Blanco Fombona, Rufino: 295, 314, 384.
Blanco y Negro [Revista. Madrid]: 214.
Blandín [Caracas]: 378.
Boca Cocuina (Delta del Orinoco): 345.
Bocaranda, Francisco: 238.
Bocardo Stefani, Elsa: 107.
Boconó: 47.
Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua: 359.
Bolívar, Simón: 25, 98, 104, 236, 255, 286, 287, 301, 302, 304, 310, 317, 320, 321, 323, 324, 350, 369, 385.
Bolívar, [Yate]: 91.
Bolivia: 384.
Bonaparte, Napoléon: 317, 318, 319, 320.
Los Borbón: 230.
Borges, Nancy María: 107.
Borjas, Luis Alfredo: 107.
Bossuet, [Jacque Beningne]: 361.
Bouillón, Godofredo: 80.
Boves, José Tomás: 250.
Bradley, Mamie: 49, 50, 51, 52, 53.
Brasil: 261, 262.
Briceño Casas, Jesús: 239.
Briceño, José de: 283, 285.
Briceño Iragorry, Mario: 21, 229, 281.
Briceño, Ramón: 238.
Briceño Mendoza, Jesús: 239.
Briceño Valero, Américo: 239.
Briceño y Briceño, Domingo: **237-9.**
Briceño y Briceño, Antonio Nicolás: 237.
Brooklyn [New York]: 385.
Brown, John: 53.
Bruto, Lucio Junio: 81, 303, 311, 363.
Buckle, [Sociólogo ?]: 261.
Buck, Pearl: 385.
Buenos Aires: 101, 103, 261.
Buffon, [George Louis]: 359.
[Buonarrotti], Miguel Angel: 175, 318, 334.
Burke, [Edmund]: 123.
Byron de A. Maurois: 317.
Byron, Lord: 91, 320.
Cabildo de Caracas. Véase: Concejo Municipal del Distrito Federal.
Cabrera Malo [Rafael]: 210.
Cadillac: 370.
Caín [Personaje bíblico]: 55.

Cajigal, Juan Manuel: 249.
Calcaño, Julio: 276.
Caldas [Colombia]: 132.
Cali [Colombia]: 131, 134.
Calígula [Emperador]: 117, 363.
Calmón, Pedro: 261.
Calvani, Arístides: 339.
Cámara de los Pares [Francia]: 384.
Camoens, Luis de: 258.
Campíns [y Ballester, Lorenzo]: 367.
Canadá: 293.
"Canto a España" de A. E. Blanco: 326.
"Canto a la espiga y al arado" de A. E. Blanco: 336.
"Canto a los hijos" de A. E. Blanco: 323, 325.
Cantos de la prisión y el destierro de R. Blanco Fombona: 314.
Caño Araguao Grande [Delta del Orinoco]: 345.
Caño Mánamo [Delta del Orinoco]: 345.
Capacho [Estado Táchira]: 338.
Capdevilla, Arturo: 347, 348.
Capuchinos. Véase: Orden Franciscana.
Caracas: 15, 21, 145, 149, 157, 159, 183, 189, 197, 203, 207, 228, 213, 217, 225, 229, 235, 237, 241, 244, 255, 257, 267, 274, 277, **279–85**, 286, 287, 288, 289, 290, 295, 301, 307, 310, 311, 313, 314, 328, 335, 353, 359, 367, 380.
Caravaggio, [Michelangelo Merisi]: 333.
Caribe [Familia lingüística]: 345.
Carlos I [de España]: 270.
Carlyle, [Thomas]: 268.
Carlos V [Rey de España]: 25.
Carnelutti, [Jurista italiano]: 65.
Carnevali Monreal, Angel: 239.
Caro, Miguel Antonio: 101, 132, 309, 385.
Carrasquero, Manuel María: 238.
Carreño, Eduardo: **307–11**.
Cartagena [Colombia]: 103.
Carujo, Pedro: 293.
Carúpano: 273.
Carvajal, [Jacinto de]: 343.
Carvalho, Ronald de: **261–2**.
Casa León, Marqués. Véase: Fernández de León Antonio.
Casio [Asesino de César]: 363.
Castelar, [Emilio]: 175.
Castilla [España]: 25, 381, 386.
El Castillo de Elsinor de P. E. Coll: 241.
Castillo, Mireya Esperanza: 107.
Castillo, Pedro Raúl: 107.
Castro, Cipriano: 274, 299.
Catón [Político romano]: 158, 303.
Caulín, [Antonio]: 343.
Celestino VI [Papa]: 116.
[Cellini], Benvenuto: 175.
Centenario [Revista. Caracas]: 214.
Centro América: 349.
Cercano Oriente: 292.
Cerro de Las Pavas [Trujillo]: 108.
Cervantes, Miguel de: 277, 318, 355, 370, 383.
Césares: 51.
Cetina, Gutiérre de: 327.
Chaumer, Enrique: 328.
Chenier, [Andre Marie]: 276, 313, 320.
Chile: 243, 249, 287, 305, 349.
Chipre: 91, 92, 93, 95.
Chocano, José Santos: 386.
Chuecos, Blas Ignacio: 239.

Churruca [y Elorza, Cosme Damián]: 86, 87.
Cicerón [Político griego]: 158, 290.
Cid. Véase: Díaz de Vivar, Rodrigo.
Ciudad del Vaticano: 133.
Claro de luna de L. van Beethoven: 334.
Cleopatra: 11.
Colegio "Bolívar" (Puerto España): 273.
Colegio de Médicos del Distrito Federal: 274.
Colegio "El Salvador del Mundo": 252.
Colegio "Santa María": 255.
Colegio "Sucre": 279.
Colina Montilla, J. A.: 239.
Collagrande, Silvio: 65.
Coll, Pedro Emilio: **241-5**, 272.
Colombia: 99, 132, 134, 287, 361.
Colón, [Cristóbal]: 383.
Comte, [Auguste]: 183.
Concejo Municipal del Departamento Libertador [Caracas]. Véase: Concejo Municipal del Distrito Federal.
Concejo Municipal del Distrito Federal: 279, 280, 281, 282, 285, 286, 328.
Condé, [Luis de Borbón]: 361.
Conferencia Interamericana de Buenos Aires: 255.
Con las alas abiertas de S. Barreto Peña: 239.
Consejo de Indias: 348.
Corao, Angel: 215, 326.
Corbiere, [Edouard]: 292.
Cordelio [Personaje de Shakespeare]: 158.
Cordero, Pascual. Seud. Véase: Carreño, Eduardo.
Córdoba [Argentina]: 225.
Cornelia: 362.
Coro: 22, 177, 340.
Corot, [Juan B.]: 198.
Correa, Luis: **247-55.**
Correo del Orinoco [Periódico. Angostura]: 255.
Cortés, Hernán: 97.
Cosmópolis [Revista. Caracas]: 214, 241, 252.
Cossío, Carlos: 101.
Costa Azul [Francia]: 127.
Costa Rica: 255.
Craso: 303.
Crespo, [Joaquín]: 299, 336.
Cristo: 51, 54, 59, 61, 62, 63, 64, 66, 82, 83, 92, 94, 95, 113, 114, 115, 116, 118, 119, 123, 124, 125, 133, 135, 143, 146, 227.
Croce, [Benedetto]: 268.
Croes, Carmen: 107.
Croes, Margarita Rosa: 107.
Crónica de Caracas [Revista. Caracas]: 279.
Cróquis [Diario. Mérida]: 11.
Cruz, Sor Juana Inés de la: 386.
Cuba: 349.
Cuchilleros [Calle. Madrid]: 379.
Cuervo, Rufino José: 309.
Cumaná: 311, 338.
Da Cunha, Euclides: 261.
Daniel [Personaje bíblico]: 50, 76.
D'Annunzzio, [Gabriele]: 175.
Darío [Rey persa]: 231.
Darío, [Rubén]: 101, 175, 197, 199, 205, 207, 208, 299, 355, 385.
David [Personaje bíblico]: 333, 334.
Dávila, Vicente: 237.
Da Vinci, Leonardo: 318.
Dédalo [Personaje mitológico]: 92.

Delamare, V.: 277.
Del Campo, Etanislao: 226.
Los delitos políticos en la historia de Venezuela de L. Alvarado: 236.
Delta del Orinoco: 345.
Del Valle, José Cecilio: 385.
Del Vecchio, [Giorgio]: 65.
Demetriu, Andreas: 91-6.
Dentro de la Cosiata de E. G. González: 220.
Deroulede, [Paul]: 175.
"Des angyocholytes et Cholécystites suppurées" de S. A. Domínici: 274.
Diálogo de la lengua de J. de Valdés: 232.
Diana [Personaje mitológico]: 33, 81.
Díaz de Vivar, Rodrigo: 258, 325, 385.
Díaz, José Domingo: 306, 367.
Díaz, Leopoldo: 228.
Díaz, Luis María: 273.
Díaz Rodríguez, Manuel: 210, 242, 249, 251.
Díaz Romero, [Eugenio]: 228.
Díaz Sánchez, Ramón: 297.
Diccionario de Autoridades [Madrid, 1726-1739]: 230.
Diccionario de galicismos de R. M. Baralt: 231.
Diccionario [de la Real Academia Española]: 232, 375.
Diccionario de los términos técnicos usados en medicina de M. Granier y V. Delamare: 277, 368.
Diógenes [Filósofo griego]: 157.
Discurso de Angostura de S. Bolívar: 301.
Discursos de Incorporación. Academia Nacional de la Historia: 267.
"Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de Medicina" de S. A. Domínici: 276.
Disraeli de A. Maurois: 317.
Distrito Federal: 301.
Domingo, Fray: 145, 146.
Domínguez, Alvaro: 107.
Domínici, Aníbal: 273.
Domínici, Elina: 273.
Domínici, Inés Antonia: 273.
Domínici, Pedro César: 241.
Domínici, Santos Aníbal: 273. 367-70.
Don Luis Correa. Suma de generosidad en las letras venezolanas de P. Grases: 255.
Don Quijote de la Mancha: 79, 80, 81, 131, 216, 288, 350, 385, 386.
Drago, [Luis María]: 101, 104.
Drouet, Juliette [Amante de V. Hugo]: 320, 332.
Dubuc, Enrique María: 239.
Dunkergue [Francia]: 122.
Ecuador: 99, 203.
Editorial "Bitácora": 297.
Eduardo VII [de Inglaterra]: 94.
Eisenhower, [Dwight]: 105.
El Avila: 314.
El Catuche [Quebrada. Caracas]: 302.
El Chaco [Chile]: 99.
El Cojo Ilustrado [Revista. Caracas]: 214, 252, 255, 276.
"El Cuervo" de E. A. Poe: 190, 192.
"Elegía a la memoria del Dr. José Gregorio Hernández" de S. A. Domínici: 276
"Elegía a la muerte del Dr. Pedro Luis Montbrun" de S. A. Domínici: 276.
"Elegía a la muerte de Pasteur" de S. A. Dominici: 276.

El Greco [Domenikos Theotokopoulos]: 198, 201.
El Havre [Francia]: 255.
El Heraldo (Diario. Caracas): 295.
Elite (Revista. Caracas): 15, 149.
El Nacional (Diario. Caracas): 297, 301, 371.
El Nacional (Diario. 1843. Caracas): 237, 361.
El Nuevo Diario (Caracas): 213, 362.
Elsinor [Castillo]: 158.
El Telégrafo [Diario. San José, Costa Rica]: 137.
El Tiempo (Diario. Bogotá): 317, 323.
El Universal (Diario. Caracas): 183, 189, 197, 203, 207, 214, 215, 225, 235, 255, 257, 343, 347, 375, 379.
Emerson, [Ralph Waldo]: 303, 385.
Enciclopedia Sigüi de Job Pim: 375.
Encina, Lope de. Seud. de MBI: 27, 30, 32, 34, 35, 38, 41.
Eneas: 81.
En el cerezal de D. Samper Ortega: 187.
En el sur de B. Tavera Acosta: 345.
Ensayo gramatical del dialecto de los indios Guaraunos de B. M. de Olea: **345-6.**
Epicteto [Filósofo griego]: 380.
Erminy Luigi, Perán: 315.
Ernst, Adolfo: 344, 367.
La escondida senda de P. E. Coll: 241.
Escuela de Efeso: 198.
España: 80, 82, 83, 97, 203, 227, 269, 270, 326, 348, 379, 385.
Espartaco: 55, 303.
Espelozín, Luis: 276.
Esquilo: 175, 222, 318, 325, 367.
Esquina de Capuchinos: 279.
Esquiú, Mamerto: 104.
Estados Unidos de Norteamérica: 53, 54, 58, 100, 104, 105, 106, 275, 299, 376, 383, 384, 385, 386.
Estancias de E. Carreño: 308.
Estigia [Lugar mitológico]: 157.
Europa: 101, 103, 128, 209, 318, 324, 385.
"Exortación sobre la Paz" de M. V. Iradí: 362.
Extremadura [España]: 97.
Fabulillas de V. M. Pérez Perozo: 239.
Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela: 335.
Farsalia: 263.
Febres Cordero, Tulio: 344.
Felipe [V de España]: 232.
Fernández de León, Antonio: 306.
Fernández de Lizardi, José Joaquín: 207.
Fernández Madrid, [José]: 287.
Fernando [VII de España]: 79.
Fierro, Martín: 105.
Filipo [Rey de Macedonia]: 311.
La flauta encantada de S. Barreto Peña: 239.
Fombona, Evaristo: 295.
Fombona, Ignacia: 295.
Fombona Pachano, Jacinto: **189-95, 273, 295,** 326.
Fombona Palacios, Manuel: 295.
Fonda, Antonio: **85-90.**
Fonseca, Amílcar: 239.
Fonseca, José Félix: **181-2,** 239.
[Foucher], Adele: 320.

France, Anatole: 242.
Francia: 137, 230, 275, 318, 319, 331, 332, 384, 385, 386.
Freyre, Gilberto: 261.
Freites Marcano, Omaira: 107.
Froilán, Don: 18, 26.
Frondizi, Arturo: 101.
Fuego [Revista. Caracas]: 157.
Gabaldón Márquez, Joaquín: 239.
Gaceta de Caracas [Periódico. Caracas]: 237.
Gaceta Médica de Caracas [Revista]: 275.
Galerio: 363.
Gallegos, [Rómulo]: 210, 339, 386.
García de Paredes, [Diego]: 97.
García de Quevedo, [José Heriberto]: 324.
García González, Rafael: 239.
García Monge, Joaquín: 384.
Gautier, [Théophile]: 175.
Génesis [Diario. Valera]: 5, 141.
Gengis Khan [Conquistador mongol]: 117.
Geografía médica de la Isla de Margarita de A. Sánchez: 276.
Georgias: 369.
Gerbasi, Vicente: 339.
Getsemaní [Lugar bíblico]: 64.
Gibraltar: 93.
Gilbert, [Nicolás Agustín]: 274.
Gil Borges, Esteban: 308.
Gil Fortoul, [José]: 235.
Gilij, [Felipe Salvador]: 344.
Ginebra [Suiza]: 209.
Giraluna de A. E. Blanco: 323.
Gnocchi, Don: **61-6.**
Gobetti, Piero: 73, 74.
Gobineau, [Joseph Arthur]: 261.
Goethe, [Johan Wolfgang]: 195, 198.
"Goliat" de Caravaggio: 333.
Goldsmith, Oliver: 354.
Gómez, Juan Vicente: 299, 314, 336.
Góngora, Luis de: 201, 205.
González, Eloy Guillermo: **229-33,** 241.
González, Juan Manuel: 339.
González, Juan Vicente: 214, 236, 238, 243, 248, 249, 251, 252, 279, 285, 286, 288, 299, 309, **359-66,** 378.
González Rincones, Rafael: 368.
González Víquez: 101.
Gorrochotegui, Abelardo: 344.
Gracos [Políticos romanos]: 303.
Granada, Fray Luis de: 88, 355.
Gran Bretaña: 275, 277, 385.
Granier, Marcel: 277.
Grases, Pedro: 253, 255, 285.
Grecia: 61, 92, 217, 230, 384.
Gronchi, [Giovanni]: 85.
Guaimerú [Reina indígena. Venezuela]: 18, 19, 22.
Gual, [Pedro]: 324.
Guaraos [Waraos o Guaraúnos. Etnia venezolana]: 343, 344, 345.
Guatemala: 99, 384.
Guayana: 239, 313.
Las Guayanas: 93.
Guernesey [Isla inglesa]: 319, 320.
Guerrero Gori, [Concejal]: 280, 282.
Guertie, Elizabeth: 383.
Guevara, Maximiliano: 326.
Guillén, Nicolás: 386.
Gutiérrez Coll, Jacinto: 249.
Guyana: 346.
Guzmán Blanco, Antonio: 299.
Guzmán, [Alfonso Pérez de. El Bueno]: 80.
Hajek, Joseph: **127-30.**
Hamilton, [William ?]: 385.

Hamlet [Personaje de Shakespeare]: 385.
Hartmann, [Edouard von]: 183.
Hefaistos [Personaje mitológico]: 92.
Heine, [Heinrich]: 192.
Hélade: 92, 93.
Heliogábalo [Emperador romano]: 363.
Hemingway, [Ernest]: 385.
Henríquez Ureña, [Pedro]: 384.
Heredia, José Ramón: 239.
Hernández, José: 104, 385.
Hernández, José Gregorio: 310, 367.
Herrera y Reissig, [Julio]: 197, 207, 208.
Hidalgo [y Costilla, Miguel]: 98.
Higuerote (Estado Miranda): 255.
Hill, Gordon: **91-6.**
Hiroshima [Japón]: 57.
Historia de Cristo de G. Papini: 114.
Historia de la literatura hispanoamericana de C. Ayala Duarte: 225.
Historia de las ideas estéticas en España de M. Menéndez y Pelayo: 230.
Hitler, [Gustavo Adolfo]: 117.
Hojas errantes de J. F. Fonseca: **181-2,** 239.
Holanda: 87.
El hombre que ríe de V. Hugo: 319.
Homero: 93, 175, 222, 258, 285, 334.
Honduras: 99.
Horacio [Poeta latino]: 276, 277, 355, 369.
Hostos, [Eugenio María de]: 98, 384.
Huerto de los Olivos [Lugar bíblico]: 123.
Hugo, Eugenio: 319.
Hugo, Leopoldina: 332.
Hugo, Víctor: 55, 175, 277, 306, **317-21,** 325, 331, 332, 355, 384.
Humanismo [Revista. México]: 323.
Huncal, Milagros: 107.
Hurtado, Ramón: 215, 216.
Ibarbourou, [Juana de]: 208.
Ibsen, [Henrik]: 175, 355.
Ifigenia: 81.
Iginia, Doña: 19.
Imperio Romano: 217.
Indice Literario de **El Universal** (Caracas): 313.
El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha de M. de Cervantes: 326.
Inglaterra: 91, 92, 94, 95, 137.
Instituto de Filología "Andrés Bello": 279, 378.
Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes: 285.
Instituto Pasteur de Caracas: 274, 275.
Instituto Pasteur (París): 274.
Iradí, Manuel Vicente: **359-66.**
Irapa [Estado Sucre]: 338.
Iriarte, Francisco: 280, 281, 283.
Irisarri, [Antonio José de]: 101.
Isaac [Personaje bíblico]: 81.
Isaacs, Jorge: 131, 132.
Isabel II [de Inglaterra]: 93.
Isaías [Personaje bíblico]: 318.
Isócrates [Orador griego]: 369.
Israel: 137.
Italia: 85, 88, 217, 319, 384.
Itriago Chacín, [Pedro]: 308.
Iturbe, Juan: 368.
Iván el Terrible: 117.
Jahn, Alfredo: 344.
Jahn, Chilín: 43, 44.

James, [William]: 183.
Japón: 57.
Jáuregui [Moreno, Jesús Manuel]: 324.
Jenofonte: 141.
Jerez, Máximo: 101.
Jericó [Palestina]: 292.
Jersey [Isla inglesa]: 319, 331.
Jesús. Véase: Cristo.
Jiménez, Juan Ramón: 7, 199.
Jiménez de Cisneros, Francisco: 79.
Job [Personaje bíblico]: 325.
Job Pim [seud.]. Véase: Pimentel Francisco.
Jonás [Personaje bíblico]: 50.
Jovellanos, [Gaspar Melchor de]: 175.
"La joven prisionera", de A. Chenier: 313.
Juan Bimba: 340.
Juan Miguel: 146.
"Juan Vicente González y la biografía de Falcón" de MBI: 360.
Julio César [Emperador romano]: 301.
Jurado, Juan: 301.
Karaolis, Miguel: 91-6
Kelly, Grace: 139.
Kemal Pachá Ataturk [General y político turco]: 209.
Kempis, [Tomás de]: 114, 315.
Kenya: 93.
Key Ayala, Santiago: 241, 298.
Kierkegaard, [Sören]: 183.
Kiyomi, Yochito: 57-60.
Labastida, Ricardo: 238.
La Biblia: 326.
La Bruyere, [Jean de]: 142.
La Esfera [Diario. Caracas]: 335.
Lacio [Italia]: 217, 361.
La Guaira: 103, 375.
La Habana [Cuba]: 103.
La Nación [Diario. Buenos Aires]: 307.
La Opinión Nacional [Diario. Caracas]: 276.
La Riva Vale, Pedro: 215.
La Rotunda [Cárcel. Caracas]: 286.
Larrazábal, Felipe: 280, 286.
Lastarria, [José Victorino]: 101.
Las Termópilas, Batalla de: 92, 222.
Lazo Martí, [Francisco]: 210, 314.
Lear [Rey legendario de Gales]: 101.
"Lección de despedida de la Cátedra de Clínica Médica" de S. A. Domínici: 276.
Le Dantec, [Félix]: 183.
Leibnitz, [Gottfried Wilhelm]: 183, 223.
Léntulo [Político latino]: 303.
León, Carlos Augusto: 339.
León, Fray Luis de: 199, 327, 355.
Leopardi, [Giacommo]: 121, 354.
Lovene, Ricardo: 261.
Lewis, Robert: 58, 59.
La leyenda de los siglos de V. Hugo: 319.
El Libertador. Véase: Bolívar, Simón.
Liceo "Andrés Bello": 279.
Lillo, Samuel A.: 347.
Lima, Pedro: 147.
Lincoln, Abraham: 51, 303.
Liscano, Juan: 298.
Llavaneras Carrillo, Jesús Antonio: 173-9, 239.
Locke, [John]: 230.
Londres: 286.
Longfellow, [Henry Wadsworth]: 385.
Longo [Escritor griego]: 187.
López Contreras, Eleazar: 274.

López Méndez, Luis: 286.
Los Miserables de V. Hugo: 319.
Loti, [Pierre]: 175.
Loudet, Che: 18.
Loughbarough, Lord: 123.
Lozano, [Abigaíl]: 204.
Lucrecio [Poeta latino]: 367.
Lugones, [Leopoldo]: 175, 197, 205, **207-11**, 228, 385.
Luisiana [EE.UU.]: 54.
Luz [Diario. Mérida]: 13.
Llavaneras, Juan: 238.
Macbeth [Personaje de Shakespeare]: 385.
Madrid: 53, 60, 66, 71, 77, 83, 96, 100, 106, 111, 119, 135, 164, 169, 315, 324, 378, 380, 381.
"Maestro y discípulo" de S. A. Dominici: 276.
Maeterlinck, [Maurice]: 175.
Magallanes, [Fernando de]: 98.
Mahabaratha [Epopeya hindú] 98.
Maine, Harold: 383.
Maitín, [José Antonio]: 205.
Makarios, Patriarca: 94.
Malaret, [Augusto]: 375.
Maldonado, Samuel Darío: 344.
Manaure, [Cacique venezolano]: 22.
Manfredini, Giuseppe: **73-7.**
Manizales [Colombia]: 132.
Manresa [España]: 79.
Manrique, [Jorge]: 327.
Maracay: 336.
Marco Aurelio [Emperador romano]: 158, 184.
Marco Tulio [Emperador romano]: 369.
Margarita [Isla]: 340.
Marimón, Fernando Ramón: 107.
Marín, Alfonso: 239.
Marinetti, [Filippo Tomasso]: 199, 208.
Marín, Julio: 239.
Mármol, José: 101.
Mármol, Luis Enrique: 215, 326.
Marroquín, José Manuel: 380.
Marte [Personaje mitológico]: 59.
Martí, [José]: 98, 242, 325, 327, 361, 384, 385.
Martínez, Domingo: **313-5**, 326.
Martínez, Francisco de Paula: 238.
Martínez Mata, José de Jesús: 273.
Martínez Salas, Luis: 239.
Martínez, Víctor Rosa: 239.
Marshall, Catherine: 363.
Maurois, Andrés: **317-21.**
"La media noche a la claridad de la luna" de J. R. Yépes: 325.
Medina Angarita, Isaías: 339.
Medina, José Ramón: 339.
Mediterráneo [Mar]: 94.
Mejía, Miguel Antonio: 239.
Mello Franco, [Francisco]: 261.
Mendoza, Cristóbal: 249.
Mendoza [Trujillo]: 237.
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 230.
Mercedes Benz: 379.
Mercurio [Diario. Valera]: 187.
Mérida: 11, 13, 143.
Merimée, [Prosper]: 290.
Mesenianas de J. V. González: 255, 360.
"Meseniana de Bello" de J. V. González: **363-4.**
"Meseniana de Teófilo E. Rojas" de J. V. González: **362-3.**
Metchnikoff [Ilya]: 274.
México: 98, 323, 349, 385.
Michel, Albin: 331.
Migliardi, Carlo: 73.
Minerva [Personaje mitológico]: 92, 157, 309.

Ministerio de Relaciones Exteriores: 282.
Minotauro [Animal mitológico]: 93.
Miranda, Carmen: 262.
Miranda, Francisco de: 310, 324.
Misiones del Caroní: 343.
Missolonghi [Grecia]: 91.
Mistral, [Gabriela]: 187, 384, 385.
Mnemosine [Personaje mitológico]: 309.
Moisés [Personaje bíblico]: 114.
Moliére, [Jean Baptiste Poquelin]: 175.
Molina, [José Francisco]: 367.
Moloch: 73.
Monagas, [José Tadeo]: 287.
Monroe, [James]: 100.
Montaigne, Miguel de: 242, 290.
Montalvo, [Juan]: 101, 385.
Montelambert, [Político francés]: 318.
Montenegro [Italia]: 61.
Montesinos, [Padre]: 346.
Montes Rocosos [EE.UU.]: 98.
Monte Tabor [Israel]: 123.
Montreal: 289, 293.
Morelos [y Pabón, José María]: 98.
Moscardó, José: **79-83.**
Mosquera, [Bernardino]: 368.
Mozart, [Wolfgang Amadeus]: 175.
Municipio de Caracas. Véase: Concejo Municipal del Distrito Federal.
Muñoz, Gabriel: 249.
Las Musas [Personajes mitológicos]: 335.
Nagasaki [Japón]: 58.
Namuncurá [Beato argentino]: 104.
Nariño, [Antonio]: 132.
Naruhuaca [Familia lingüística]: 345.
Nerón [Emperador]: 117, 363.
Neruda, Pablo: 386.
Nervo, [Amado]: 175, 197, 207, 208.
Néstor: 286, 288.
Neurosis de hombres célebres de L. Alvarado: 236.
New Orleand [Louisiana, EE.UU.]: 53.
Nietzche, Federico: 114, 183.
Nínive [Asiria]: 159.
Niza [Italia]: 130.
Norteamérica: 51, 53.
Nucete Sardi, José: 298, 315.
Nueva Andalucía: 346.
Nuevo Circo de Caracas: 328.
Núñez, Enrique Bernardo: 215, 216, **267-72,** 298, 299.
Nuestra Señora de Guadalupe: 106.
Nuestra Señora de Luján: 106.
Nueva Inglaterra: 100, 383.
Nueva York: 67, 107, 255.
Numancia [España]: 81.
Nuremberg [Alemania]: 127.
Obligado, Rafael: 226.
Oceanía: 383.
"Oda al Orinoco" de S. A. Domínici: 276.
Odas de Horacio: 276.
Olea, Bonifacio María de: **343-4, 345-6.**
Olimpo [Lugar mitológico]: 231.
Olivero, Federico: 194.
Olympio ou la vie de Víctor Hugo de A. Maurois: **317-21.**
O mal da vida de A. Austregesilo: **183-5.**
O'Neill, [Eugene Gladstone]: 385.
Opera de Berlín: 277.
"Oracion fúnebre a la muerte del

Profesor Francisco Antonio Rísquez" de S. A. Dominici: 276.
Oramas, Luis R.: 344.
Orden Dominica: 346.
Orden Franciscana: 343, 344, 345, 346.
Orden Jesuita: 346.
Ordóñez, Santini: 239.
Orellana, [Francisco de]: 97.
Orfeo [Personaje mitológico]: 150.
Oriente: 59.
Orinoco [Río]: 337, 343, 345.
Otero de Domínici, Elina: 273.
Otero Silva, Miguel: 339.
Pachano, Jacinto R.: 295.
Pacheco, José Rafael: 239.
Pacífico (Mar): 99.
Packard: 379.
Padrón, Fernando: 107.
Padrón, Julián: 311.
Páez, [José Antonio]: 336, 340, 365.
Palacio de las Academias: 253.
Palacios, Alfredo: 101.
Palas Atenea: 92, 217, 357.
Pamplona [España]: 79.
Pan [Personaje mitológico]: 157.
Panamá: 103, 105, 255.
Pandora [Personaje mitológico]: 309.
Pan Sembrar [Barrio. Caracas]: 378.
Papel Literario de **El Nacional** [Caracas]: 159, 165, 331.
Papini, Giovanni: **113-9.**
Paraguay: 227.
Pardo, Francisco Guaicaipuro: 249.
Pariana [Etnia]: 345.
París: 53, 274, 277.
Parménides [Filósofo griego]: 92.
Parnaso [Lugar mitológico]: 230.
Parnaso venezolano de J. Calcaño: 276.
Parra León, [Caracciolo]: 215.
Parra León, Hermanos: 353.
Parra [Olmedo], Caracciolo: 238.
Parra Pérez, Caracciolo: 308.
Partido Social Cristiano [COPEI]: 339.
Los pasos trémulos de V. M. Pérez Perozo: 239.
Paz Castillo, Fernando: 215.
Pegaso [Animal mitológico]: 318, 337.
Peñalver, Fernando de: 361.
Peonía de M. V. Romerogarcía: 210.
Pequeña historia de la literatura brasileña de R. de Carvalho: **261-2.**
El pequeño Eyolí de H. Ibsen: 355.
Perdomo, [Monseñor]: 132.
Peregrina de M. Díaz Rodríguez: 210.
Pérez Bonalde, [Juan Antonio]: 204, 205, 249, 251, 252.
Pérez Limardo, [José María]: 377.
Pérez Perozo, V. M.: 239.
Pérez, Régulo: 239.
Pérez Rendiles, Alicia: 107.
Pérez, Udón: 258.
Perú: 99, 345.
Petrarca, [Francesco]: 199.
Pico de Los Torres [Trujillo]: 108.
Picón Febres, [Gonzalo]: 210.
Picón Salas, Mariano: 215, 298, 299, 306.
Pimentel, Francisco: 375.
Píndaro [Poeta griego]: 175.
Pío IX [Papa]: 384.
Pirineos: 230.
Pisani, Rafael: 326.
Pitia [Mitología]: 149.
Pizarro, [Francisco]: 97.

Planchart, Enrique: 215, 289-93, 311, 326.
Planchart, Julio: 280.
Platea, [Batalla]: 222.
Platón [Filósofo]: 92, 222, 318, 369.
Plaza Bolívar de Caracas: 177.
Plotino [Filósofo alejandrino]: 198.
Poe, [Edgard Allan]: 190, 192, 385.
Poggioli, José: 239.
Polonia: 319.
Pompeyo [Emperador romano]: 362.
Port Said [Egipto]: 137, 140.
Primera parte de la curiosa historia del hallazgo del Pentateuco del Disparate [de M. Briceño Iragorry]: 285.
Primeros poemas de E. Planchart: 292.
"Prólogo" a la **Geografía médica de la Isla de Margarita** de A. Sánchez: 276.
Provincia de Maracaibo: 237.
Puerta del Sol [Madrid]: 379.
Puesto de Socorro de la Parroquia Sucre: 372.
Quand un homme est fou de H. Maine: 383.
Quesada, Cristóbal de: 302.
Quevedo, Inocente de Jesús: 239.
Quevedo, Numa: 239.
Quijano, Alonso de: 80.
Quintiliano, [Marco Fabio]: 355.
Rabelais, François: 317.
La ración del boa de E. Guillermo González: 239.
Rafael [Sanzio]: 175.
Ráfagas de Rafael Angel Barroeta: 239.
Rainiero [III. Príncipe de Mónaco]: 139.
Raleigh, [Walter]: 345.
Ramos, María Cristina: 107.
Ramos Martínez, José Antonio: 273.
Rangel, María Rosario: 371.
Rangel, Rafael: 368.
Razetti, Luis: 368.
Real Academia Española de la Lengua: 229, 230, 232, 377.
Real y Pontificia Universidad de Caracas: 237.
Renán, [Ernest]: 114, 248, 320.
Restrepo, Antonio José: 309.
Restrepo, Carlos E.: 101, 132.
Resumen histórico-crítico de la literatura hispanoamericana de C. Ayala Duarte: **203-6.**
Revista de la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina (Caracas): 276.
Revista del Tricentenario de Carúpano: 276.
Revista Nacional de Cultura (Caracas): 247, 273.
Reyes, Alfonso: 384, 386.
Reyes, Antonio: 273.
Ribas, [José Félix]: 360.
Ribera, [José de]: 251.
Ricaurte, [Antonio]: 132.
Riesel, Víctor: **67-71.**
Río de Janeiro [Brasil]: 262.
Río Grande (México): 348.
Río de la Plata (Argentina): 348.
Rísquez, Jesús Rafael: 277, 367, 368.
Ritmos del alma de Fray A. Sáenz: 263.
Rivadeneira, [Pedro de]: 309.
Rivadavia, [Bernardino]: 98.
Rivero, [Juan]: 343.
Rocamora, José: 214.
Rocinante: 288.
Rodó, [José Enrique]: 101, 175,

242, 384, 385.
Rodríguez, Simón: 310, 324.
Rojas, Arístides: 279, 344.
Rojas Paúl, Juan Pablo: 279.
Rojas, Teófilo E.: **363-4.**
Rolland, Romain: 185.
Rolls Royce: 379.
Roma: 51, 53, 81, 217, 222, 258, 384.
Romero, Francisco: 101, 384.
Romero García, [Manuel Vicente]: 210.
Rosadi, [Juan ?]: 114.
Rosenblat, Angel: 378.
Rossetti, Dante Gabriel: 194, 200.
Roux, [Pierre Paul]: 274.
Roy, Jean: **137-40.**
Rubens, [Pedro Pablo]: 175, 198.
Rückert, Federico: 190.
Ruiz Blanco, [Matías]: 343, 344.
Ruiz, Juan: 377.
Ruysdael, [Jakob von]: 175.
Sabat Ercasty, [Carlos]: 208, 386.
Sáenz, Angel: **263-5.**
Sáenz, Vicente: 384.
Sagitario [Revista. Caracas]: 255.
Sagunto [España]: 81.
Sainte-Beuve, [Charles Agustín]: 242, 248.
Salamina: 92.
Salapia [Italia]: 231.
Salas, Julio César: 344.
Salias, [Vicente]: 367.
Salomé [Personaje bíblico]: 11.
Saluzzo, Marco Antonio: 249.
Samper Ortega, Daniel: **187-8.**
San Agustín: 263.
San Bernabé: 92.
Sánchez, Andrés: 276.
Sánchez, Julio H.; 239.
Sánchez Viamonte, Carlos: 101.
Sancho Panza: 216, 386.
San Cristóbal: 237.
San Felipe Neri: 118.
San Francisco de Assis: 64, 118, 143.
San Ignacio de Loyola: 80.
Sanin Cano, [Baldomero]: 384.
San José de Costa Rica: 26, 137.
San Juan de Dios: 68, 143.
San Juan de la Cruz: 79, 80, 114, 118, 370.
San Juan de Patmos: 319.
San Luis de Francia: 80.
San Martín, [José de]: 98, 317.
San Mateo: 68, 378.
San Pablo: 87, 92, 94, 116.
San Pedro: 123, 124, 125.
San Pedro Claver: 51.
San Pietro in Sala [Iglesia. Roma]: 61.
Santa Catalina de Siena: 118.
Santa María: 80.
Santa Marta [Colombia]: 321.
Santa Rosalía [Parroquia. Caracas]: 360, 362.
Santa Sede: 275, 277.
Santa Teresa de Jesús: 76, 79, 114, 118.
Santiago, Apóstol: 158.
Santiago de Chile: 287.
San Timoteo: 378.
Santo Tomás de Aquino: 64, 118.
Santo Tomé: 227, 228.
San Vicente de Paúl: 118.
Sao Paulo [Brasil]: 262.
Sarmiento, [Domingo Faustino]: 101, 385.
Satanás: 116, 117, 118.
Schopenhauer, [Arthur]: 183, 231.
Scott, [Walter]: 320.
Sadestrong, Pedro: 273.
Segundos Juegos Florales de Ca-

racas: 336.
Seminario de Caracas: 237.
Seminario de Mérida: 237.
Semprum, Jesús: 255.
Séneca [Filósofo]: 141.
Shakespeare, William: 175, 277, 318, 385.
Shaw, [George] Bernard: 122.
Shylock [Personaje de Shakespeare]: 385.
Sierra, Justo: 101, 385.
Sierra Nevada de Mérida: 337.
Siete meses y medio en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social de S. A. Domínici: 274.
Siglo de Oro [Español]: 232, 264, 309.
"Silva a la agricultura de la Zona Tórrida" de A. Bello: 325.
Silva Criolla de F. Lazo Martí: 210, 325.
Silva, José Asunción: 132, 197.
Silva, Marco Aurelio: 326.
Simón, [Pedro]: 343.
Smilton, Ronnie: **91-6.**
Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina: 275.
Socorro, Guillermo: 107.
Socorro Villasmil, Guillermo: 107.
Sócrates: 73, 151.
Sófocles [Poeta griego]: 175, 369.
Solón [Legislador ateniense]: 141.
"Sonatina" de R. Darío: 299.
"La sortija" de Domingo Martínez: 315.
Sotillo, Pedro: 215, **257-60.**
Spencer, [Herbert]: 183.
Stalin, [Joseph]: 117.
Strachey, Litton: 307.
Strauss, [David Friedrich]: 114.
Súarez, Marco Fidel: 132, 309.
Sucre, Antonio José de: 324.
Sumner [Mississippi]: 49.
Susana [Personaje bíblico]: 76.
Tablada, José Juan: 199.
Tallahatchie [Río. EE.UU.]: 49.
Tamariz, [Felipe]: 367.
Tamerlán [Conquistador bárbaro]: 117.
Tarquinosa [Emperadores romanos]: 303.
Tasso, [Torcuato]: 175, 286.
Tavera Acosta, Bartolomé: 344, 345, 346.
Teatro Ideal de Bayreuth: 277.
Tejada, Luis de: 225.
Tejera, Enrique: 368.
Tejera, Felipe: 204, 205, 249, 355.
Tejera, José Domingo: 239.
Temístocles [General ateniense]: 231.
Teoría literaria de F. Balmes: 230.
Terán, Ligia: 107.
Terán, Mercedes: 107.
Terra patrum de L. Correa: 249, 255.
Tertuliano [Apologista cristiano]: 67.
Tíber [Río. Italia]: 217.
Tibisay: 44.
Tibitibes. Véase: Guaraos.
Tic-Tac [Diario. Mérida]: 143.
Till, Emmet: **49-55.**
Time [New York]: 131.
Timón de Atenas: 158.
Tipografía Americana: 367.
Tirteo [Poeta griego]: 258.
Tito Livio [Emperador romano]: 231.
Tobías [Personaje bíblico]: 159.
Tolstoi, León: 325.
Tormes [Río. España]: 76.
Toro, Elías: 344.

Toro, Fermín: 101, 293, 309, 310.
Torres, Camilo: 132.
Los trabajadores del mar de V. Hugo: 319.
Trafalgar [Cabo. España]: 86.
Tranec, Lola: 383.
Tratado de Derecho de Gentes de A. Bello: 270.
Trébuchet, Sophia: 318.
La Trepadora de R. Gallegos: 210.
Trieste [Italia]: 85, 88.
Trinidad [Isla]: 273.
Troconis, Zoilo: 238.
Trujillo: 7, 173, 179, 181, 238.
Tucidides [Historiador ateniense]: 141.
Turín [Italia]: 73.
Tourón, Danae: 107.
Uaraos. Véase: Guaraos.
Ugarte, [Manuel]: 101, 228, 384.
Unamuno, Miguel de: 299.
Un homme appelé Pierre de C. Marshall: 383.
"Unión Republicana Democrática": 339.
Universidad Central de Venezuela: 255, 274, 279.
Universidad de La Sorbona [París]: 274.
Universidad de Los Andes [Mérida, Venezuela]: 238.
Universidad de Santa Rosa de Lima: 302.
Upata [Estado Bolívar]: 311, 314.
Urbaneja Achelpohl, [Luis Manuel]: 210.
U.R.D. [Periódico. Caracas]: 241.
Urdaneta Braschi, Ezequiel: 239.
Urdaneta, Ildemaro: 326.
Urdaneta, [Rafael]: 324.
Urdaneta Vargas, Rafael G.: 360, 361.
Uribe Uribe, Rafael: 132.
Urrecheaga, Rafael María: 238.
Uruguay: 349.
Uslar Pietri, Arturo: 262, 298, 333.
Valdés, Juan de: 232.
Valencia [Venezuela]: 311.
Valencia, Guillermo: 132, 386.
Valera Hurtado, Luis: 239, 315.
Valera [Trujillo]: 5, 141, 142, 187.
Valero, Américo A.: 141.
Valjean, Juan [Personaje de **Los miserables**]: 319, 320.
Valle del Cauca [Colombia]: 131.
Valle, José Cecilio del: 101.
Valle, Juan José: 97.
Vallenilla Lanz, Laureano: 293.
Valparaíso [Chile]: 103.
Vanguardia [Diario. San Cristóbal]: 237.
Vargas, [José María]: 276, 287, 293, 303, 310, 324, 367.
Vega, [Garcilaso de la]: 205, 327.
Vegas, Martín: 368.
Vendimias de V. M. Pérez Perozo: 239.
Venezuela: 22, 24, 98, 226, 237, 243, 249, 254, 261, 265, 274, 285, 286, 287, 288, 291, 292, 293, 304, 311, 323, 326, 327, 328, 337, 340, 349, 364, 375, 377, 379, 381, 384.
Venezuela heroica de E. Blanco: 354.
Venusino. Véase: Horacio.
Veracruz [México]: 103.
Vergara, José María: 361.
Verlaine, [Paul]: 355.
Versalles [Francia]: 230.
Viaje Stendhaliano de L. Correa: 255.
Vianna Oliveira, [Francisco José]:

261.
Vico, [Giovanni Battista]: 198.
Villalar [España]: 25.
Villalba, Jóvito: 326.
Villalba Villalba, Luis: 307.
Villanueva, Carlos E.: 210.
Villasmil, Rafael María: 239.
Villavicencio, [Rafael]: 367.
Villegas, José Antonio: 276.
Vinci, Leonardo de: 198.
Virgen de Coromoto: 106.
Virgilio [Marón, Publio. Poeta latino]: 175, 253, 258, 318.
Vitoria, [Francisco de]: 270.
"Vuelta a la patria" de J. A. Pérez Bonalde: 325.
Vulcano [Personaje mitológico]: 302, 319.
Wagner, Ricardo: 8, 175, 277.
Wagram ["antiguo burgués"]: 318.
Washington, D.C.: 384.
Washington, George: 317.
Washington, [Gobierno de]: 55, 100.
Whitman, [Walt]: 325, 385.
Wilde, [Oscar]: 49.
William Shakespeare de V. Hugo: 319, **331.**
Xenofonte [Historiador ateniense]: 17, 301.
Yaracuy: 26.
Yehveh [Personaje bíblico]: 81.
Yépez, José Ramón: 249, 258.
Yépez, Luis: 315.
Yocoima [Río]: 315.
Zabala, Rómulo: 262.
Zenón [de Elea]: 184.
Zérega Fombona, Alberto: 295.
Zola, [Emile]: 175.
Zumeta, César: 241.
Zurbarán, [Francisco de]: 251.

INDICE DE MATERIAS

AMARILLISMO. Véase: **PERIODISMO.**

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias.**

AMISTAD. Véanse: – **CRISIS – De amistad.**
– **SOCIOLOGIA – Valores.**

ANTICOMUNISMO. Véase: – **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas – Comunismo.**

ARGENTINA. Véanse: – **HISTORIA – Nacional**
– **LITERATURA – Nacional**
– **POLITICA – Nacional.**

ARTE
– **Pintura: 333.**
Véase además: **FILOSOFIA – Conceptos.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 97–8, 113–4, 289, 325–6, 339.

AUTODETERMINACION. Véase: **DERECHO – Político.**

BELICISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

BELLISMO: 249, 279–83, 285–8, 301–6, 363–4. Véase además: Bello, Andrés (Indice onomástico).

BOLIVARIANISMO: 301–2. Véase además: Bolívar, Simón (Indice onomástico).

BRASIL. Véase: **LITERATURA – Nacional.**

CARIDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

CATOLICISMO. Véase: **RELIGION – Cristianismo.**

CHIPRE. Véase: **HISTORIA – Nacional.**

CIVILISMO. Véase: **POLITICA – Tendencias.**

CIVISMO. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

CLASICISMO. Véase: **LITERATURA – Tendencias.**

COBARDIA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

COLOMBIA. Véanse: – **LITERATURA – Nacional.**
– **HISTORIA – Nacional.**

COMUNISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas.**

CRISIS
- **De amistad: 259, 290–3.**
- **De conductores: 304.**
- **De lealtad: 259.**
- **Moral: 131–5, 381.**
- **Política: 304.**

CRISTIANISMO. Véase: **RELIGION.**

CRITICA LITERARIA. Véase: – **LITERATURA – Géneros.**

CULTURA
- **Culturología: 210, 217–23, 252–3, 263,** 298, **347,** 355, **367–70.**
- **Historia [de la]: 217–23, 225–6, 252–3, 355–6.**
- **Historia de las Ideas: 218–23, 241–2, 249–52.**
- **Instituciones: 271–2.**
- **Tendencias**
  - **Americanismo:** 98, **104–6, 347–51.**
  - **Hispanoamericanismo: 97–106.**

CULTERANISMO. Véase: **LITERATURA – Tendencias.**

CULTUROLOGIA. Véase: **CULTURA.**

DEBER. Véase. **FILOSOFIA – Conceptos.**

DEMOCRACIA. Véase: **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas.**

DERECHO
- **Legislación**
  - **Civil**
    - **Libertad de expresión:** 67, 70, **138–40.**
- **Político**
  - **Autodeterminación:** 95.

DESARROLLO SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

DESIGUALDAD SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

DESTIERRO: 127–30.

DOLOR. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

ELECCIONES. Véase: **POLITICA – Elecciones.**

ENSAYO. Véase: **LITERATURA – Géneros.**

EPISCOPALISMO. Véase: **RELIGION – Cristianismo.**

ESCLAVISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas.**

ESCRITOR. Véase: **LITERATURA.**

ESPAÑA. Véase: **HISTORIA – Nacional.**

ESPAÑOL. Véase: **LENGUA.**

ESTETICA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

ETICA. Véase: **PERIODISMO.**

ETNOLINGUISTICA. Véase: **LENGUA.**

FELICIDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**
  - **Arte: 175.**
  - **Caridad: 61–6.**
  - **Civismo: 85–90.**

- **Cobardía: 121-5.**
- **Deber:** 184.
- **Dolor: 49-55, 108-11.**
- **Estética: 198-9, 209.**
- **Felicidad: 183-5.**
- **Heroísmo: 79-83.**
- **Irresponsabilidad: 131-5.**
- **Justicia, Injusticia: 49-55, 73-7.**
- **Libertad:** 100.
- **Miedo: 121-5.**
- **Moral: 150-6.**
- **Sufrimiento: 57-60.**

- **Tendencias**
  - **Pragmatismo jamesiano: 115.**

FRANCIA. Véanse: - **LITERATURA - Influencias.**
- **LITERATURA - Nacional.**

GANGASTERISMO. Véase: **SOCIOLOGIA.**

GRECIA. Véase: **HISTORIA - Nacional.**

GUERRAS
- **Civil Española: 79-83.**
- **Segunda Mundial:** 57, 62.

HEROISMO. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos.**

HISPANOAMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias.**

HISTORIA
- **Continental**
  - **Latinoamérica: 99-101, 347.**
- **Historiografía: 235-6, 248-9, 268-71.**
- **Nacional**
  - **Argentina: 97-106.**
  - **Chipre: 91-6.**
  - **Colombia:** 131-5.
  - **España:** 80, 81
  - **Grecia:** 92.
  - **Japón: 57-60.**
  - **Venezuela: 269-71, 287-8.**

HISTORIA DE LA CULTURA. Véase: **CULTURA - Historia [de la].**

HISTORIA DE LA LENGUA. Véase: **LENGUA.**

HISTORIA DE LAS IDEAS. Véase: **CULTURA – Historia de las ideas.**

HISTORIA DEL PERIODISMO. Véase: **PERIODISMO.**

HISTORIA LITERARIA. Véase: **LITERATURA.**

HISTORIOGRAFIA. Véase: **HISTORIA.**

IMPERIALISMO – ANTIMPERIALISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, ideologías y sistemas.**

IMPRENTA: 298.

INFLUENCIAS. Véanse: – **LENGUA.**
– **LITERATURA.**

INFORMACION. Véase: **PERIODISMO – Información.**

INJUSTICIA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Justicia.**

INSTITUCIONES. Véanse: – **CULTURA – Instituciones.**
– **RELIGION – Cristianismo – Catolicismo.**

IRRESPONSABILIDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

JAPON. Véase: **HISTORIA – Nacional.**

JUSTICIA. Véanse: – **FILOSOFIA – Conceptos**
– **SOCIOLOGIA – Justicia social.**

LATINOAMERICA. Véanse: – **HISTORIA – Continental**
– **LITERATURA.**

LEALTAD. Véanse: – **CRISIS – De lealtad.**
– **SOCIOLOGIA – Valores.**

LENGUA
- **Español: 349, 355–7, 383–6.**
- **Etnolingüística: 343–4, 345–6.**
- **Historia: 230–3, 347–51.**
- **Influencias: 229–33.**
- **Semántica: 371–3, 375–8, 379–81.**

- **y nacionalidad: 313, 383-6.**
- **y política: 347.**
- **y unidad americana: 347-51, 383-6.**

LENGUAS INDIGENAS. Véase: **LENGUA - Etnolingüística.**

LIBERTAD. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos.**

LIBERTAD DE EXPRESION. Véanse: **- DERECHO - Legislación - Civil.**
- PERIODISMO.

LIDERAZGO. Véase: **CRISIS - De conductores.**

LITERATURA
- **e historia: 217-23.**
- **e identidad: 220.**
- **Escritor**
  - **Estilo: 359-60.**
  - **Funciones: 305-6.**
  - **Oficio: 297-300.**
  - **y sociedad: 243-4, 250-1, 297-300, 305-6, 315.**
- **Función: 305.**
- **Géneros**
  - **Crítica literaria: 197-201, 203-6, 213-6, 333-4.**
  - **Ensayo: 183-5, 204-6, 225-8, 229-33, 241-5, 247-55, 267-72.**
  - Narrativa: 187-8.
  - Poesía: 173-9, 181-2, 189-95, 197-201, 208, **226-8, 234, 257-60,** 308, 313-5, **323-9, 335-40.**
  - **Historia: 225-8, 230, 241-5, 258.**
  - **Influencias**
    - **Francia: 230.**
  - **Latinoamericana: 173-9, 181-2, 183-5, 187-95, 197-201, 203-6, 213-6, 238-9, 241-5, 261-2, 289-93, 307-11, 323-9, 335-40, 353-7, 367-70.**
  - **Nacional**
    - **Argentina: 225-8.**
    - **Brasil: 183-5, 261-2.**
    - **Colombia: 187-8.**
    - **Francia: 317-21,** 331-4.
    - **Venezuela: 173-9, 181-2, 189-95, 210-11, 213-6, 238-9, 241-5, 147-55, 267-72, 289-93, 295, 307-11, 313-15, 323-9, 335-40, 353-7, 359-66, 367-70.**

- **Períodos**
  - **Clásico: 217-23.**
- **Polémicas: 213-6.**
- **Tendencias**
  - **Clasicismo: 230.**
  - **Culteranismo: 230.**
  - **Modernismo: 207-11.**
  - **Ultraísmo: 207.**
  - **Vanguardismo: 197-200, 207-11, 213-6.**
- **y ambiente: 220.**
- **y filología: 223.**
- **y sociedad: 220-1, 243,** 258.

MERCANTILISMO. Véase: **PERIODISMO.**

MIEDO. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos.**

MILITARISMO. Véase: **POLITICA - Tendencias.**

MODERNISMO. Véase: **LITERATURA - Tendencias.**

MONROISMO. Véase: **POLITICA - Doctrinas, ideologías y sistemas.**

MORAL. Véanse: - **CRISIS - Moral**
- **FILOSOFIA - Conceptos.**

MUERTE: 49-55, 107-11, 127-30, **134-5,** 140, **157-8.**

NACIONALIDAD: 257-9.

NARRATIVA. Véase: **LITERATURA - Géneros.**

PENSAMIENTO
- CRISTIANO . Véase: **RELIGION - Pensamiento cristiano.**
- CULTURAL. Véase: **CULTURA - Culturología.**
- HISTORIOGRAFICO. Véase: **HISTORIA - Pensamiento historiográfico.**
- SOCIOLOGICO. Véase: **SOCIOLOGIA - Pensamiento sociológico.**

PERIODISMO
- **Amarillista: 138-40.**
- **Etica: 138.**
- **Historia: 237-8.**
- **Información: 70,** 138.

- **Libertad de expresión:** 67, 70, **138–40.**
- **Mercantilismo: 138–9.**
- **Misión:** 67, 70, 138.

PERSECUCION POLITICA. Véase: **POLITICA.**

PINTURA. Véase: **ARTE.**

POESIA. Véase: **LITERATURA – Géneros.**

POLEMICAS. Véase: **LITERATURA.**

POLITICA
- **Doctrinas, ideologías y sistemas**
  - **Comunismo, anticomunismo:** 95, 97.
  - **Democracia:** 86, 87, 102.
  - **Esclavismo: 50.**
  - **Imperialismo – Antimperialismo**
    - **Británico: 91–6, 137.**
    - **Norteamericano:** 90.
    - **Soviético: 137.**
  - **Monroismo:** 100.
- **Elecciones**
  - **Sufragio: 85–90.**
- **Nacional**
  - **Argentina: 97–106.**
- **Persecución política: 128–9, 134.**
- **Tendencias**
  - **Belicismo:** 57.
  - **Civilismo: 250–1.**
  - **Militarismo: 97–106, 252.**

PRAGMATISMO JAMESIANO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias.**

PROTESTANTISMO. Véase: **RELIGION – Cristianismo.**

PUEBLO. Véase: **SOCIOLOGIA.**

RACISMO. Véase: **SOCIOLOGIA – Racismo.**

RELIGION
- **Cristianismo**
  - **Catolicismo:** 54, **94–5.**
    - **Historia:** 79, 82, **219, 263–5.**

- **Instituciones**
    - **Misiones: 343–4.**
  - **Episcopalismo: 94–5.**
  - **Protestantismo:** 54.
- **Historia: 219–22.**
- **Pensamiento cristiano:** 80, 83, **110–1, 113–9, 123–5, 141–2, 264.**

RENOVACION SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA.**

SEMANTICA. Véase: **LENGUA.**

SOCIOLOGIA
- **Desarrollo social: 261–2.**
- **Desigualdad social: 152–3.**
- **Gangsterismo: 67–71.**
- **Justicia social: 152–6.**
- **Pensamiento sociológico: 49–55, 132–5.**
- **Pueblo**
  - **Cualidades: 132.**
  - **Esencia: 132.**
- **Racismo: 49–55.**
- **Renovación: 150–5.**
- **Valores**
  - **Amistad: 259, 290–3, 310–11.**
  - **Lealtad: 259.**
- **Violencia: 153.**

SUFRAGIO. Véase: **ELECCIONES.**

SUFRIMIENTO. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos.**

TERRORISMO: 102.

TRADICION, TRADICIONISMO, TRADICIONALISMO: 250.

ULTRAISMO. Véase: **LITERATURA – Tendencias.**

VANGUARDISMO. Véase: **LITERATURA – Tendencias.**

VIOLENCIA. Véase: **SOCIOLOGIA.**

Impreso para el Congreso de la República por los Talleres Gráficos de la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial, Caracas, Venezuela, en el mes de marzo de 1993

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988